

DAVID  
ARMITAGE

LAS GUERRAS  
CIVILES



UNA HISTORIA  
EN IDEAS

**Alianza** editorial

DAVID ARMITAGE

# LAS GUERRAS CIVILES

Una historia en ideas

Traducido del inglés por  
Marco Aurelio Galmarini

**Alianza** editorial

# Índice

NOTA

INTRODUCCIÓN. PRESENTACIÓN DE LA GUERRA CIVIL

PRIMERA PARTE

CAMINOS DESDE ROMA

1. La invención de la guerra civil. La tradición romana
2. La memoria de la guerra civil. Visiones romanas

SEGUNDA PARTE

LAS PRIMERAS ENCRUCIJADAS DE LA ERA MODERNA

3. Guerras civiles incívicas. El siglo xvii
4. Guerra civil en una era de revoluciones. El siglo xviii

TERCERA PARTE

SENDEROS AL PRESENTE

5. Intentos de civilizar la guerra civil. El siglo xix
6. Mundos de guerra civil. El siglo xx

CONCLUSIÓN. GUERRAS CIVILES DE PALABRAS

POSFACIO

BIBLIOGRAFÍA

CRÉDITOS

*In memoriam*

Nicholas Henshall (1944-2015)

Christopher Bayly (1945-2015)

¿Guerra civil? ¿Qué significa esto? ¿Hay guerra extranjera? ¿No es entre hombres toda guerra, es decir, entre hermanos?

VICTOR HUGO, *Los miserables* (1862)

Cualquier hermandad de la que sean capaces los seres humanos ha nacido del fratricidio, cualquier organización política que los hombres hayan alcanzado tuvo origen en el crimen.

HANNAH ARENDT, *Sobre la revolución* (1963)

## NOTA

De acuerdo con la convención imperante entre los estudiosos de la era clásica y otros especialistas en el mundo antiguo, he empleado las formas AEC (antes de la Era Común) y EC (Era Común) para la indicación de fechas, en lugar de las también utilizadas a. C. y d. C.

En las citas de fuentes originales, he modernizado sin aclaración ciertas grafías en aras de la inteligibilidad, como *i* por *j*, *u* por *v* y viceversa. He mantenido la puntuación y las cursivas.

Cito las fuentes griegas y latinas de acuerdo con la numeración convencional de libros, líneas, etc., que se utiliza en los volúmenes de la Loeb Classical Library.

Las traducciones, salvo indicación en sentido contrario, son mías.

## INTRODUCCIÓN

# PRESENTACIÓN DE LA GUERRA CIVIL

A partir de 1945, Europa, Estados Unidos y otros países de riqueza comparable en distintos lugares del mundo, como Australia y Japón, han experimentado lo que se ha denominado «Larga Paz». Este período sin guerra entre Estados que siguió a la Segunda Guerra Mundial se presenta hoy como el más duradero de la historia moderna. Previamente, los momentos de mayor calma, al menos en Europa, se extendieron de finales de las Guerras Napoleónicas a la Guerra de Crimea (1815-1853) y de la Guerra Franco-Prusiana en 1871 al comienzo de la Primera Guerra Mundial en 1914, pero la reciente paz internacional en el Norte Global, no obstante la sombra de la Guerra Fría durante gran parte de la misma, ya lleva dos décadas más<sup>1</sup>. Las actuales tendencias globales también son alentadoras. En 2016, el último año del que contamos con cifras, se produjeron dos conflictos interestatales, entre India y Pakistán y entre Eritrea y Etiopía, ambos por disputas fronterizas, el último solo duró dos días<sup>2</sup>. A pesar de la intervención rusa en Ucrania y las encendidas disputas en torno a diversas islas del Mar del Sur de China, parece cada vez más probable que la Larga Paz se extienda y llegue a abarcar el planeta entero.

Sin embargo, nuestra era no es un tiempo de paz plenamente tranquilo. El mundo es todavía un lugar muy violento<sup>3</sup>. En 2016 hubo cuarenta y nueve conflictos armados desde Afganistán hasta Yemen, sin contar actos de terrorismo, insurgencias y otras formas de guerra «asimétrica», que es aquella en que el Estado o sus habitantes se ven atacados por fuerzas no estatales. Las actividades de al-Qaeda antes, y ahora las del Estado Islámico y sus simpatizantes, han llevado el armamento de guerra a las calles de ciudades del mundo entero, de Manhattan a Bombay y de Sidney a Bruselas. Aun cuando los Estados se hallen en paz, difícilmente sus respectivos pueblos pueden sentirse cómodos y seguros ante los efectos de los conflictos que

tienen lugar en sitios lejanos, donde tanta gente sufre todavía la guerra en sus propias fronteras. La Larga Paz sobrevive bajo una oscura sombra, la sombra de la guerra civil.

A comienzos de la última década del siglo xx, los teóricos del «fin de la historia» nos aseguraban que el capitalismo y la democracia estaban en condiciones de cubrir el planeta y unificar la humanidad en el disfrute de un comercio floreciente y de derechos seguros. Los partidarios de esa idea defendían la llamada paz democrática, punto de vista según el cual, con la expansión de la democracia vendrá la paz universal porque las democracias (sostienen) no van a la guerra con otras democracias. Estos autores se basaron en los argumentos del filósofo Immanuel Kant (1724-1804), quien se inspiraba a su vez en la larga tradición del discurso ilustrado europeo sobre la posibilidad de asegurar una paz duradera<sup>4</sup>. Kant no era ingenuo; observó con ironía que un posadero holandés había pintado las palabras «paz perpetua» en el cartel de su taberna al lado de la imagen de una tumba, insinuando así que la única paz verdadera y duradera sería la del sueño eterno de la muerte. Pero Kant creía que la paz entre Estados no era una «idea hueca», sino más bien «una tarea que, cumplida poco a poco, se acercará constantemente a su objetivo»<sup>5</sup>. No es que la paz perpetua se hiciera más cercana en vida del filósofo. En efecto, Napoleón, el gran general y constructor de imperios, fue coronado emperador tan solo diez meses después de la muerte de Kant en febrero de 1804 y se pasaría el decenio siguiente amenazando al mundo. Poco más de doscientos años después, muchos se atreven a creer que tal vez la humanidad haya superado finalmente el conflicto armado entre Estados; en otras palabras, que, siguiendo a «los mejores ángeles de nuestra naturaleza», podríamos muy bien ser capaces de cumplir el sueño de Kant y al final «ganar la guerra a la guerra»<sup>6</sup>. Sin embargo, rodeados de muerte y destrucción, la paz que tenemos se parece mucho a la paz de la tumba. Y más que cualquier otra forma de conflicto, lo que últimamente ha llenado tumbas no es la guerra entre Estados ni el terrorismo, sino la guerra *civil*.

Gradualmente, la guerra civil se ha convertido en la forma de violencia humana organizada más extendida, destructiva y característica. Las décadas que siguieron a la Guerra Fría fueron testigo del pico culminante de su incidencia. A partir de 1989 ha habido en cualquier momento un promedio de



veinte guerras intraestatales simultáneas, unas diez veces más que el promedio anual mundial entre 1816 y 1989. Estas guerras se han cobrado, a partir de 1945, un total de veinticinco millones de «muertos en batalla», o sea, aproximadamente la mitad de las bajas de la Segunda Guerra Mundial. Pero esta cifra no incluye los civiles heridos, desplazados o muertos, por no hablar ya de los afectados por enfermedades o desnutrición. No menos impresionantes han sido los costes materiales y económicos. Analistas rigurosos del desarrollo global han estudiado el impacto de la guerra sobre el crecimiento tomando en consideración la pérdida de vidas humanas y, en consecuencia, de productividad, así como el valor de los recursos desaprovechados, el gasto militar, la expansión de la delincuencia y la enfermedad y la alteración de las economías vecinas. ¿Cuál es el resultado de este cálculo? El coste anual de la guerra civil fue de alrededor de 123.000 millones de dólares, aproximadamente el presupuesto anual del Norte Global en concepto de ayuda económica al Sur Global. No sin razón, pues, se ha descrito de manera escalofriante la guerra civil como «desarrollo inverso»<sup>7</sup>.

Las guerras intestinas tienden a ser más largas, unas cuatro veces más largas, que las guerras entre Estados, y en la segunda mitad del siglo xx duraron por lo general unas tres veces más que en la primera mitad del mismo. Además, la tendencia a repetirse es mucho más pronunciada en este tipo de conflictos que en cualquier otro, puesto que «el mayor legado de una guerra civil es más guerra civil»; lo cierto es que casi todas las guerras civiles de la última década fueron reanudaciones de guerras anteriores<sup>8</sup>. Las guerras civiles parecen tener lugar de manera desproporcionada en los países más pobres, sobre todo de África y Asia, que el economista del desarrollo sir Paul Collier ha denominado «el millar de millones inferior»<sup>9</sup>. Si bien el mundo desarrollado ha disfrutado de una larga paz a partir de 1945, grandes zonas de la población mundial han experimentado un trauma igualmente prolongado. El Centro para el Estudio de la Guerra Civil en Oslo da a conocer todas estas distinciones en su sitio *web*, con el siguiente agregado: «Sin embargo, la guerra civil es menos estudiada que la guerra entre Estados»<sup>10</sup>. Es como si debiéramos convivir para siempre con las guerras civiles, así como con los pobres. Y en la medida en que esto sea así, los pobres del mundo serán los más afectados.

Pero la guerra civil no solo se mantendría como un campo notablemente descuidado por la investigación, sino que, como muchos autores han observado, también ha sido estudiada de forma insuficiente desde el punto de vista teórico y se ha mostrado resistente a la generalización. No hay ninguna gran obra con el título *Sobre la guerra civil* equiparable a *De la guerra*, de Carl von Clausewitz o a *Sobre la revolución*, de Hannah Arendt. Por cierto, como veremos, Clausewitz apenas se refiere a la guerra civil, mientras que Arendt directamente la desprecia, junto con la guerra a secas, como atávica y antimoderna. El poeta alemán de posguerra y comentarista político Hans Magnus Enzensberger (n. 1929) observó en 1993 que «no hay una teoría útil de la guerra civil»<sup>11</sup>. Más recientemente, también el teórico político italiano Giorgio Agamben (n. 1942) ha observado que «hoy existe tanto una “polemología” —teoría de la guerra— como una “irenología” —teoría de la paz—, pero que no hay una “estasiología”, esto es, una teoría de la guerra civil»<sup>12</sup>. También este tipo de lamentos es de antigua data. No es mi intención proporcionar una teoría que abarque el campo completo de la guerra civil, ni estoy en condiciones de aportar ese tratado aún sin escribir. Lo único que puedo hacer como historiador es desvelar los orígenes de nuestras actuales insatisfacciones, explicar por qué perdura nuestra confusión acerca de la guerra civil y por qué nos negamos a mirarla de frente.

Nuestra época exige un encuentro sereno con la guerra civil. Los trescientos años transcurridos entre 1648 y 1945 fueron una era de guerras *entre* Estados; los últimos sesenta años parecen ser una época de guerras estatales *intestinas*<sup>13</sup>. En realidad, es este el cambio más llamativo en los modelos de conflictos humanos durante siglos. Según una estimación ampliamente mencionada, la inmensa mayoría de los 259 conflictos que en el mundo han devenido en verdaderas guerras a partir de 1945 fueron en un comienzo conflictos internos. Desde 1989, apenas el 5 por ciento de las guerras del mundo ha tenido lugar entre Estados. Basta pensar en las guerras de los Balcanes de la última década del siglo o en las de Ruanda, Burundi, Mozambique, Somalia, Nicaragua o Sri Lanka, por ejemplo, para darse cuenta de lo importantes y mortales que han sido las luchas intestinas en nuestra memoria reciente, por no hablar del sufrimiento aún vivo de quienes padecen sus consecuencias. Para empeorar las cosas, las guerras civiles no

suelen mantener mucho tiempo su condición de «civiles». En 2016, dieciocho de los cuarenta y siete conflictos internos, desde Afganistán hasta Yemen, fueron lo que se conoce como guerras civiles internacionalizadas, guerras que atraían fuerzas de los países vecinos o la intervención de poderes externos<sup>14</sup>. La guerra civil no respeta fronteras. En realidad, a menudo saca los países fuera de sí mismos, en la medida en que el conflicto expulsa de su casa a la gente en busca de seguridad. Las poblaciones desplazadas por guerras civiles —piénsese en los casi cinco millones de refugiados de Siria en el curso del conflicto en este país desde 2012— son las víctimas más visibles de ese desborde. La precariedad de sus condiciones de vida ha provocado una crisis que rediseñará Oriente Próximo, África del Norte y Europa durante generaciones. Los presentes desafíos a la seguridad y la estabilidad nos mueven a pensar que nuestro mundo no es un mundo en paz. Efectivamente, es un mundo en guerra civil.

\* \* \*

A William Tecumseh Sherman, general de la Guerra Civil Norteamericana, se atribuye haber dicho que la guerra es el infierno, pero que con toda seguridad hay algo aún peor, una guerra *civil*<sup>15</sup>; y sobre esto ha habido acuerdo general a lo largo de los siglos. Las guerras intestinas se viven como más destructivas que las que se libran contra enemigos externos. Todavía en la estela que habían dejado las guerras civiles de Roma, en el siglo I AEC, el poeta Lucano, a partir de las ciudades destruidas, los campos abandonados y las multitudes desprovistas de todo, llegó a esta conclusión: «Jamás una espada extranjera se ha hundido / de esta manera: son las heridas infligidas por manos de conciudadanos las que más profundamente han penetrado». Las guerras civiles se asemejan a una enfermedad del cuerpo político que lo destruye desde dentro. Análogamente, Michel de Montaigne, el ensayista del Renacimiento, advertiría a sus lectores durante las Guerras de Religión en Francia: «En verdad, una guerra extranjera no es en absoluto tan peligrosa como una civil». Peligrosa y también moralmente degradante. Muy poco antes de la Guerra Civil Irlandesa de 1922, un anciano sacerdote se lamentaba en estos términos: «La guerra con el extranjero saca a la luz lo mejor y más

noble de una nación; la guerra civil, lo más vil y mezquino»<sup>16</sup>. Y aun cuando las batallas han cesado, dejan heridas que no curarán: «Me pregunto si hay guerra civil importante que acabe alguna vez», decía T. S. Eliot en 1947<sup>17</sup>. En 1970, durante una visita a España, el ex-presidente de Francia Charles de Gaulle estuvo de acuerdo: «Todas las guerras son malas [...] Pero las guerras civiles, en las que en ambas trincheras hay hermanos, son imperdonables, porque la paz no nace cuando la guerra termina»<sup>18</sup>.

No hay duda de que las guerras civiles son inhumanas, pero han sido tan extendidas y persistentes que no faltan quienes sospechan que se trata de algo esencial a la naturaleza humana. Como dijo Hans Magnus Enzensberger: «Los animales pelean, pero no se embarcan en una guerra. Solo los seres humanos —los únicos entre los primates— practican la destrucción en gran escala, deliberada y entusiasta de su prójimo». ¿Hay algo más característicamente humano, incluso más vergonzosamente distinto de los hábitos de otros animales, que convertir a los vecinos inmediatos en objeto de agresión? La guerra formal, protagonizada por ejércitos profesionales y limitada por las leyes de la guerra es un fenómeno moderno y reciente, pero tras esa apariencia se oculta una forma más básica y duradera de inhumanidad: la *guerra civil*. «La guerra civil no es simplemente una antigua costumbre —concluye Enzensberger—, sino la forma primordial de conflicto colectivo»<sup>19</sup>.

Enzensberger escribía bajo la influencia del conflicto étnico en África y los Balcanes y no mucho después de los disturbios de Los Ángeles de abril y mayo de 1992, que estallaron tras la absolución de los oficiales de policía que el año anterior habían apaleado a un motorista afroamericano. Era precisamente el momento en que la violencia de seres humanos sobre otros seres humanos parecía alcanzar su punto culminante por doquier, en distintos continentes y en el interior de las ciudades, como confirmación del predominio de lo peor de la especie humana y corroboración de nuestro destino como protagonistas de guerras civiles. Se podía disculpar a Enzensberger por haber dado por supuesto que la guerra civil ha sido siempre nuestra compañera de viaje, pues los mitos originarios del mundo que implican violencia intrafamiliar son tantos —Krishna y Arjuna en el Mahabharata; Caín y Abel en el Antiguo Testamento; Eteocles y Polinices en

la mitología griega; Rómulo y Remo para los romanos—, que en cierto modo sugieren que se trata de una violencia fundacional<sup>20</sup>. Esos mitos pueden ayudarnos a captar las dimensiones emocionales del conflicto, pero no debería entenderse su permanencia como prueba de la inevitabilidad de la guerra civil.

También antigua, y por fundados motivos, es la reputación de la guerra civil como el más destructivo y agresivo de todos los conflictos humanos. En el momento álgido de las guerras civiles de Roma durante el primer siglo AEC, tal vez la cuarta parte de sus ciudadanos varones comprendidos entre los diecisiete y los cuarenta y seis años se hallaban en armas<sup>21</sup>. Diecisiete siglos después es probable que la proporción de la población inglesa que murió en las guerras civiles de los años cuarenta del siglo XVII fuera mayor que la que fallecería más tarde en la Primera Guerra Mundial<sup>22</sup>. Y el total de muertos que se cobró la Guerra Civil Norteamericana fue, en proporción a la población, mucho mayor que el de las bajas norteamericanas de la Segunda Guerra Mundial, pues la cifra estimada de 750.000, sumando el bando del Norte y el del Sur, equivaldría a 7,5 millones de muertos para la población actual de Estados Unidos<sup>23</sup>. Matanzas de semejante magnitud siegan familias, destruyen comunidades, modelan la configuración de naciones y pueden también dejar por varios siglos profundas cicatrices en la imaginación.

Sin embargo, hemos de ser prudentes a la hora de aceptar la idea de que la guerra civil es una parte inevitable de nuestra constitución, una característica y no un virus del *software* que nos constituye como seres humanos, pues eso sería condenarnos a sufrir la guerra civil para siempre y excluir definitivamente la posibilidad kantiana de lograr la paz perpetua. Con el fin de debilitar la idea de que estamos condenados a la guerra civil interminable antes que destinados a la paz perpetua, propongo aquí instrumentos históricos para afrontar el desafío de la guerra civil. En el curso de este libro muestro que la guerra civil no es eterna ni inexplicable. Sostengo que se trata de un fenómeno colindante con su concepción histórica, desde sus desazonantes orígenes en la República Romana, su discutido presente y su probablemente no menos confuso o controvertido futuro. Tiene una historia con un comienzo identificable, aunque no sea posible comprender cuál será su fin. Un

tratamiento histórico saca a la luz la contingencia del fenómeno, lo que contradice a quienes sostienen su permanencia y durabilidad. Me propongo mostrar que lo que los seres humanos han inventado, ellos mismos pueden desmontar; que lo que la voluntad intelectual ha consagrado puede ser desentronizado por un equivalente esfuerzo de determinación imaginativa.

Mi objetivo no se limita a explorar la historia de la guerra civil, sino que aspira a señalar su importancia en la formación de nuestra manera de concebir el mundo. Afirmo que, pese a su índole destructiva, a lo largo de la historia la guerra civil ha sido conceptualmente generativa. Sin los desafíos que ella planteó, nuestras ideas de democracia, política, autoridad, revolución, derecho internacional, cosmopolitismo, humanitarismo y globalización, para mencionar solo algunas, habrían sido muy diferentes, incluso más pobres<sup>24</sup>. La experiencia de la guerra civil —los esfuerzos para entenderla, mejorarla e incluso evitarla— también ha modelado, y sigue conformando hoy mismo, nuestras ideas de comunidad, autoridad y soberanía. Las guerras civiles tienen origen en profundas y mortíferas divisiones, pero también exponen identidades y rasgos comunes. Llamar «civil» a una guerra es reconocer la familiaridad de los enemigos en tanto miembros de una misma comunidad, esto es, no extranjeros, sino conciudadanos. «A la guerra civil es inherente una cierta atrocidad», observó el pensador jurídico alemán Carl Schmitt (1888-1985). Y explicaba: «Es una guerra entre hermanos porque se libra en el marco de una unidad política común [...] y porque ambos bandos beligerantes afirman y al mismo tiempo niegan su unidad común con igual rotundidad»<sup>25</sup>. Este es el motivo por el que las guerras civiles nos horrorizan; no debemos subestimar el papel de las guerras civiles en su exigencia de reconocimiento de pertenencia común en medio de la confrontación, es decir, en la formación de una mirada que nos obliga a reconocernos en el espejo del enemigo.

Las guerras civiles han sido tan paradójicamente fértiles porque nunca ha habido un momento en que su definición resultara satisfactoria para todo el mundo o en que se pudiera usar sin cuestionamiento o disputa. Esto se debe en parte a que las distintas maneras de concebir la guerra civil han sido objeto de análisis y debate en el marco de muchos contextos históricos diferentes. Sin embargo, nombrar es siempre una forma de enmarcar. Comprender un

objeto significa, en primer lugar, distinguirlo de otras cosas semejantes, y esto implica con frecuencia fijar su identidad gracias a su domesticación mediante palabras. Una vez que hemos visto qué constituye su peculiaridad, podemos comenzar a reconocer modelos, continuidades y diferencias y, en consecuencia, desarrollar nuestra comprensión.

Este problema de dar nombre adquiere particular importancia cuando están en juego ideas políticas. Utilizamos estos términos para persuadir a nuestros amigos y combatir a nuestros enemigos. Y tenemos que inventar términos nuevos para nuevos fenómenos, tanto para darles sentido —¿qué estamos experimentando?— como para ayudar a los demás a compartir nuestra manera de interpretarlos. Sin embargo, cuando se trata de una expresión como «guerra civil», lo político precede incluso a los intentos de definición. ¿Qué determina que una guerra sea más «civil» que «extranjera»? Esta diferencia siempre planteará problemas. Además, ¿qué es lo que permite caracterizar una violencia como «guerra»? Una vez más, las guerras tienen implicaciones que un conjunto de refriegas no conoce. Incluso el planteamiento de estas cuestiones exige la fijación previa de ciertos puntos mínimos: qué se considera guerra y qué no y, por otro lado, qué significa «civil». Nunca ha sido fácil decidir qué es o qué no es una guerra civil, pero tal distinción fue literalmente inconcebible antes de la invención del concepto.

El sentido de «guerra civil» no depende únicamente de la perspectiva del espectador, pues a menudo el uso de la expresión es fuente de conflicto entre los propios combatientes. Los gobiernos establecidos siempre verán las guerras civiles como levantamientos rebeldes o ilegales contra la autoridad legítima, en particular si fracasan. El conde Clarendon (1609-1674) dio a su relato realista de los disturbios de la Inglaterra de mediados del siglo XVII el título de *La historia de la rebelión y las guerras civiles en Inglaterra* (editado en 1702-1704), justamente para privar de legitimidad a los «rebeldes»<sup>26</sup>. Por la misma razón, la historia oficial de la «Guerra Civil» norteamericana en setenta volúmenes, publicada entre 1880 y 1901, fue titulada *La guerra de la rebelión*, título claramente destinado a desprestigiar a los «rebeldes» derrotados<sup>27</sup>. Por el contrario, a menudo los triunfadores de una guerra civil conmemoran su lucha como una revolución, como hacen los de las

«revoluciones» francesa y norteamericana, por ejemplo. Con toda facilidad se da esta conjugación: *yo* soy un revolucionario, *tú* eres un rebelde, *ellos* están enzarzados en una guerra civil.

Para quienes tenemos la fortuna de vivir en una época de Larga Paz, la guerra civil es más una metáfora y una cuestión de memoria que una experiencia. En nuestros días, las guerras civiles se producen como actualizaciones históricas y videojuegos de ciencia ficción, y más en serio en los debates asamblearios y luchas por el poder entre partidos políticos. Por ejemplo, en 1988, el congresista norteamericano Newt Gingrich describió en estos términos la política del país como si se tratara de una guerra civil: «En el fondo, la izquierda, a la manera en que Grant lo hizo después de Shiloh, entiende que estamos en una guerra civil, que solo un bando prevalecerá y que el otro quedará relegado a mera historia». A continuación esbozó los términos de la lucha: «La escala, la duración y la bestialidad con que debe librarse esta guerra son las propias de las guerras civiles. Aunque en este país tenemos la suerte de que nuestras guerras civiles se disputen en las urnas y no en los campos de batalla, no deja de ser una guerra civil»<sup>28</sup>. Más recientemente, nada más producirse el ataque terrorista del Estado Islámico en París en noviembre de 2015, el primer ministro francés Manuel Valls afirmó que el Frente Nacional, de extrema derecha, azuzaba a la guerra civil en Francia. «Hay dos opciones para nuestro país —dijo—. Una es la de la extrema derecha, que, básicamente, fomenta la división. Esta división puede conducir a una guerra civil [*guerre civile*]. Pero hay otra opción, la de la República y sus valores, que significa remar juntos»<sup>29</sup>. Mientras escribo, la inestabilidad de los partidos políticos ha fomentado acusaciones de «guerra civil» entre republicanos en Estados Unidos, en el seno del Partido Laborista británico y entre las fracciones de la élite política de Brasil. En todo el mundo, hoy la política democrática se asemeja cada vez más a una guerra civil por otros medios.

Por doquier encontramos guerra civil: en los titulares de los periódicos, como tema de discusión, en los corazones y el pensamiento de las gentes y también en conmemoraciones de guerras civiles del pasado. Hay países que se han considerado libres de guerra civil. Otros, en cambio, difícilmente pueden pensar en sí mismos si no es a través de la guerra civil, como, por



ejemplo, Estados Unidos. Y la comunidad internacional percibe incluso otros —por ejemplo, Irak— como perpetuo campo de batalla de guerras civiles interminables. La ventaja de la historia, y tal vez la maldición de recordarla, está en el conocimiento de que la guerra civil nunca ha sido una categoría tan estable y transparente como parecería implicar su uso popular.

Sin embargo, ¿cómo diferenciaremos las guerras civiles de otras clases de guerras cuando son tantos los conflictos internos que trascienden las fronteras de un país o atraen a combatientes de fuera, como ocurrió en Liberia y Ruanda en la década de los noventa del siglo pasado, luego en Irak y Afganistán y más recientemente en Siria? ¿Pueden considerarse esas guerras como «civiles» —en el sentido de guerras que tienen lugar entre miembros de una misma comunidad— cuando los grupos insurgentes incluyen elementos transnacionales, como al-Qaeda, o se lanzan deliberadamente contra el orden mundial de Estados existentes mediante la proclamación de su deseo de constituir comunidades supranacionales, como el Califato que persigue el Estado Islámico/ISIS? ¿Son realmente todas las guerras civiles ejemplares de la misma especie, dada la diversidad de dinámicas —conflictos étnicos, guerras de secesión y liberación nacional, batallas de sucesión, etc.— que es posible encontrar en la historia y en el mundo entero y habida cuenta de que los contextos locales pueden hacer imposible el análisis de incidentes específicos de violencia como partes de modelos más amplios de acción colectiva?<sup>30</sup> ¿Es posible distinguir guerras civiles particulares de cualquier otro fenómeno global más amplio de «nuevas» guerras en conjunto?<sup>31</sup> En resumen, ¿qué es una guerra civil?

Cualquier idea compleja, como lo es la de guerra civil, tiene múltiples pasados. Los historiadores pueden mostrar las vías que no se han seguido, así como los caminos tortuosos por los que hemos llegado a nuestra actual manera de entenderla. Una expresión especializada, hoy de moda, para designar este procedimiento es «genealogía intelectual». Este método comparte ciertos rasgos con el rastreo de una historia familiar. En efecto, explora el pasado en profundidad, busca las raíces, está siempre abierto a internarse en las ramificaciones secundarias de una historia enmarañada. Pero también hay diferencias importantes<sup>32</sup>. La investigación genealógica se amarra a las continuidades, es decir, a quién desciende de quién, quién dio

origen a quién. Pero mientras que el objetivo general de la genealogía de familia tiende a la autoafirmación, la genealogía intelectual, en cambio, estimula el escepticismo y la humildad. Esta sigue la huella de rupturas o discontinuidades y muestra que nuestros propios ordenamientos son accidentales, no inevitables, resultado de elecciones y no producto del designio, contingentes y, en consecuencia, temporales y cambiantes. «Cuando rastreamos la genealogía de un concepto —ha sostenido un distinguido representante de este enfoque—, sacamos a la luz las diferentes maneras en que este se ha utilizado en tiempos anteriores. De esa manera nos dotamos de un instrumento para la reflexión crítica acerca de la manera en que se entiende en nuestros días<sup>33</sup>.

El creador de esta forma de genealogía conceptual fue Friedrich Nietzsche (1844-1900). En su *Genealogía de la moral*, de 1887, señaló que «algo existente, algo que de algún modo ha llegado a realizarse, es interpretado una y otra vez por un poder superior a ello, en dirección a nuevos propósitos, es apropiado de un modo nuevo, es transformado y adaptado a una nueva utilidad». Nietzsche se proponía explicar por qué podía haber surgido una idea, a qué finalidad sirvió en un momento, cómo las relaciones de poder le permitieron mantenerse y qué marcas de sus comienzos perduran aún mucho después de la desaparición de la intención originaria que presidió su creación<sup>34</sup>. Como destacado estudioso del período clásico, Nietzsche conocía la importancia de la filología, el estudio de los estratos de significación que subyacen en palabras complejas, y aplicó sus herramientas al análisis de ideas y de conductas. Esta descripción era a la vez estricta y sucinta: «todos los conceptos en que se concentra semióticamente un proceso completo escapan a la definición; *solo es definible aquello que no tiene historia*»<sup>35</sup>. Es decir, que el peso de la historia puede estar tan densamente compactado en un concepto dado, que ningún esfuerzo de refinamiento es capaz de desbrozar todas las complejidades en él acumuladas. Y nada que tenga un pasado, en particular si es un pasado profundo o controvertido, puede especificarse con tanta exactitud que su significado sea recibido de una vez para siempre.

La guerra civil no se encuentra entre los ejemplos que pone Nietzsche, pero fácilmente pudo haber sido uno de ellos. (Después de todo, su *Genealogía de la moral* lleva por subtítulo «Eine Streitschrift», esto es, una

«escritura polémica»). Solo si se ignoran sus múltiples historias es posible definir la guerra civil, pues la historia muestra que la guerra civil no ha tenido identidad estable ni ha sido objeto de una definición consensuada. Puesto que se trata de un concepto fundamentalmente *político*, ha sido reinterpretado y desplegado de nuevo en múltiples contextos y con múltiples finalidades a través de los siglos. Puede parecer descriptivo y, sin embargo, es decididamente normativo, pues expresa valores e interpretaciones antes que una identidad estable.

La guerra civil es un ejemplo de lo que los filósofos denominan concepto esencialmente controvertido, así llamado porque su desarrollo «implica inevitablemente disputas interminables entre sus usuarios acerca del empleo correcto del mismo», lo cual se debe a que con la aplicación del concepto a casos particulares hay tanto que ganar —y que perder— y a que, lo mismo que sucede con otros conceptos controvertidos —por ejemplo, arte, democracia o justicia—, su empleo entraña un juicio de valor. ¿Es tal o cual objeto una obra de arte? ¿Es democrático tal o cual régimen político? ¿Es justo tu proceder? Cualquiera que utilice estos términos ha de presentir que se aventura a una posible lucha por el prestigio del que son portadores<sup>36</sup>. Al mismo tiempo, es preciso que el usuario sepa que el empleo de esos conceptos «debe entenderse históricamente como una fase de una tarea intelectual heredada e interminable» y que «su interpretación conflictiva» está «limitada por la herencia del pasado», pero que «la posibilidad de debate futuro, más aún, su necesidad, nunca queda excluida»<sup>37</sup>.

Desde este punto de vista, la reflexión crítica más útil sobre los distintos conceptos de guerra civil rastrearían su historia a lo largo de un período extenso que trasciende en siglos el horizonte de 1989 o de 1945. Sin embargo, este enfoque se opone a la mayoría de las investigaciones actuales de la guerra civil, dominadas por disciplinas que imponen en general un enfoque cronológico mucho más estrecho. Después del final de la Guerra Fría se produjo un «boom en el estudio de la guerra civil» entre los profesionales de la sociociencia<sup>38</sup>. Los economistas que estudian el subdesarrollo, sobre todo en África, destacaban la guerra civil como una de sus causas más importantes. El fenómeno atrajo también a estudiosos de las relaciones internacionales, que comprobaban cómo su tema tradicional de guerras entre

Estados desaparecía del horizonte. El auge de conflictos aparentemente étnicos tras 1989 avivó el interés por las diversas causas de conflicto civil en distintas regiones del mundo, de los Balcanes al Cuerno de África<sup>39</sup>. A menudo los sociocientíficos solo estudian los conflictos que se produjeron a partir de la Segunda Guerra Mundial, momento en el que se inicia su base de datos estándar, el Conflict Data Program de la Universidad de Uppsala, en Suecia<sup>40</sup>. Hay quienes extienden sus horizontes más allá de esa fecha con ayuda de la formación de vastas bases de datos del Correlates of War Project (fundado en la Universidad de Michigan y ahora con sede en la Pennsylvania State University), que retrocede hasta 1816<sup>41</sup>. Pero pocos han examinado con un enfoque comparativo de largo alcance las guerras civiles anteriores a los dos últimos siglos<sup>42</sup>.

En cuanto a los historiadores, no han ayudado demasiado. Ellos —debería decir *nosotros*— han/hemos tendido a estudiar conflictos particulares: las Guerras Civiles Inglesas, la Guerra Civil Norteamericana, la Guerra Civil Española. Rara vez hemos tratado la guerra civil como un fenómeno serial, a través del tiempo y en el mundo entero. En cambio, hemos preferido la rica reconstrucción de particularidades históricas cuya claridad provendría de la revelación de pautas o modelos subyacentes<sup>43</sup>. No es casualidad que la mayoría de los historiadores profesionales se contentara, hasta hace muy poco, con emprender un estudio extremadamente concentrado en marcos temporales equivalentes más o menos a una vida humana; esto es, rara vez más de un siglo, a menudo unas décadas o incluso años. Sin embargo, posteriormente muchos han vuelto al gran panorama histórico, a la visión a largo plazo que había quedado fuera de moda, no pocas veces movidos por el interés en explicar los orígenes de algunos de los problemas más acuciantes de nuestros días —cambio climático, desigualdad, crisis de gobernanza mundial— cuyas raíces se remontan al pasado en décadas o incluso siglos<sup>44</sup>. Pero si queremos captar lo que se jugaba en su momento en las guerras civiles de los dos mil años anteriores y lo que aún hoy se debate al respecto, resulta esencial una perspectiva más amplia en el tiempo, la perspectiva tradicional de la historia.

He dado a este libro el subtítulo «una historia *en* ideas» para distinguirlo de la corriente de la historia intelectual, ya de larga data, conocida como

«historia de las ideas»<sup>45</sup>. Esta reconstruía las biografías de grandes conceptos —naturaleza, romanticismo, la gran cadena del ser— a través de las eras, como si las ideas fueran algo vivo por sí mismas y tuvieran una existencia independiente de quienes las sostienen. Pero, con el tiempo, la impresión de que las ideas habitaban alguna esfera platónica, lejos y más allá del mundo terrenal de la vida humana, vino a desacreditar la historia de las ideas entre historiadores intelectuales más rigurosos y a empobrecer la comprensión histórica de conceptos importantes. Solo hace muy poco, los historiadores han recobrado —otra vez, debería decir hemos— el valor para construir historias más sutiles y más complejas *en* ideas sobre períodos más amplios, con nociones como felicidad y talento, tolerancia y sentido común, soberanía y democracia, entre otras, que ahora resurgen como temas centrales de estudio<sup>46</sup>. Este libro se une a estas nuevas historias mediante la investigación de una idea clave en el debate occidental —y mundial— en sus múltiples contextos históricos. El punto de origen que propone es muy particularmente Roma, no ningún otro escenario anterior, como Grecia. No todos los caminos proceden de Roma en la formación del vocabulario político moderno, pero sí una gran parte de ellos, algunos de los cuales son en realidad las ideas de mayor permanencia en nuestro léxico contemporáneo, incluidas las de libertad, imperio, propiedad, derechos y... guerra civil<sup>47</sup>.

Las «ideas» que dan su estructura a esta clase de historia no son entes desencarnados que realizan incursiones intermitentes en el mundo terrenal desde el reino celestial del idealismo, sino más bien puntos focales de argumentos diseñados y discutidos de manera episódica a lo largo del tiempo, cada una de cuyas instancias se conecta conscientemente —o al menos de manera comprobable— con otros puntos focales, tanto anteriores como posteriores. Aun cuando sus supuestos no sean idénticos, esas «ideas» están mutua y temporalmente relacionadas por una misma palabra. También parecen conectadas por el peso de significados acumulados a partir de su diálogo con el pasado y, en ocasiones, con el futuro. La de guerra civil es una candidata de primer orden para este tipo de historia en ideas.

\* \* \*

Mi historia de discusiones sobre guerra civil a lo largo de dos mil años es deliberadamente más sintomática que sistemática. No aspira a ser una historia completa, ni siquiera una historia *intelectual* de gran envergadura, de las guerras civiles que se han dado en el tiempo y el espacio. Sin duda, es imaginable un trabajo verdaderamente universal en muchos volúmenes y escrito por muchos historiadores, que recoja los relatos de todos los conflictos de la historia mundial que, ya sea sus contemporáneos, ya observadores posteriores, concibieron como guerras civiles. Más difícil es imaginar que hubiera luego alguien dispuesto a leer semejante obra enciclopédica<sup>48</sup>. Para mantener la atención del lector, he centrado mi atención en aspectos concretos. Me ocupo de tres momentos fundamentales sucesivos —uno mediterráneo, otro europeo y el tercero mundial— de la *longue durée* de la guerra civil para ilustrar su génesis, su transformación y sus aplicaciones contemporáneas. El primero en la Roma antigua, el segundo en la temprana Europa moderna y el tercero a partir de mediados del siglo XIX. Se podría y se debería escribir otras historias de la guerra civil. Esta constituye el primer intento de presentar su metamorfosis a lo largo de dos milenios.

El hecho de adoptar un marco temporal tan extenso me obliga a limitar el marco espacial. En todas las grandes culturas mundiales hay, por supuesto, historias de violencia en el seno de comunidades particulares; al menos en cuatro de esas tradiciones, de las que tengo conocimiento, y sin duda en otras que ignoro. La primera es la tradición griega de *stasis*, que significa literalmente «estar» u «ocupar un lugar», con sus asociaciones de «facción», desacuerdo y disensión interna<sup>49</sup>. Hablo de este tema en el primer capítulo, aunque solo sea para explicar por qué asigno mayor importancia a una segunda tradición, la formulación romana de «guerra civil» (*bellum civile*). En inglés, francés, italiano, castellano, alemán, irlandés, ruso y otras muchas lenguas, las palabras que hacen referencia a mi tema están directa o casi directamente calçadas de la expresión romana: *civil war*, *guerre civile*, *guerra civile*, *guerra civil*, *Bürgerkrieg*, *Cogadh Cathartha*, *гражданская война* (*grazhdanskaya voyna*). La frase rusa viene de la alemana; esta traduce literalmente un término que se encuentra en las lenguas romances y en inglés. Tenemos que suponer que todas representan exactamente el mismo concepto

al comprobar que todas tienen dos elementos en común. La raíz es siempre una palabra con el significado de ciudadano: una guerra «civil» es literalmente una «guerra de ciudadanos» o entre conciudadanos. Y el término original para ciudadanos que subyace a todas es el nombre latino *civis*, del que deriva el adjetivo «civil» —en latín, *civilis*—, junto con ciertas palabras con gran carga semántica, como «civilidad» y «civilización».

La tercera tradición es la árabe, en la que el término *fitna* —cuyo significado varía entre anarquía, discordia, división y cisma, en particular el cisma doctrinario fundamental en el islam entre suníes y chiíes— es portador de algunas connotaciones similares a las de sus equivalentes en la tradición romana<sup>50</sup>. Y, finalmente, tenemos los conceptos chinos de «guerra interna» o *nei zhan* (内戰), que también se encuentra en japonés (*naisen*, 内戦)<sup>51</sup>. Por lo que conozco, no se ha realizado ningún intento de reconstruir estas tradiciones en el largo plazo; por tanto, en la actualidad es imposible cualquier comparación con ellas. Sin embargo, una parte de la argumentación se basará en que las concepciones occidentales de la guerra civil han moldeado los debates mundiales debido a que en los siglos XX y XXI han sido adoptadas por organizaciones internacionales como Naciones Unidas y por comunidades globales de abogados, estudiosos y activistas.

Tras la huella de la influencia que las distintas formas en que los romanos concibieron la guerra ejercieron en los siglos siguientes, mi argumentación identifica tres puntos importantes de inflexión en el significado de la expresión. El primero, a finales del siglo XVIII, se produjo en el momento en que los contemporáneos necesitaron distinguir entre guerra civil y otra categoría de insurrección política violenta y transformadora, la de revolución. El segundo, a mediados del siglo XIX, tuvo lugar con los primeros intentos de fijar un significado legal de guerra civil, esfuerzo que, aunque no de manera coincidente, se realizó durante el conflicto ampliamente conocido, al menos en Estados Unidos, como Guerra Civil Norteamericana de 1861-1865. Y el tercero se dio durante las últimas fases de la Guerra Fría, cuando los sociocientíficos decidieron definir la expresión para que les ayudara a analizar conflictos en todo el mundo en una época de guerras por delegación y de descolonización. Nuestra confusión acerca del significado y la aplicación del concepto de guerra civil a los conflictos contemporáneos es el

resultado de esta historia larga y estratificada. Pero sostengo que únicamente con ayuda de la historia podemos entender por qué su significado sigue siendo tan controvertido aún hoy.

Al menos hasta el siglo XIX, y la gran divisoria de aguas que constituye la Guerra Civil Norteamericana, se entendía que las guerras civiles eran fenómenos acumulativos cuya sucesión daba al pasado una forma, aunque raramente confortable, y cuya evitación habría sido beneficiosa para el futuro. La experiencia era típicamente refractada por la historia y la memoria mediante el registro de guerras civiles del pasado, en tiempos lejanos y lugares distantes, así como por los temores ante la posible repetición de las guerras civiles de la historia del propio país. No tenemos otra manera de abordar esos temores que mediante la historia, siempre que queramos entender lo que las víctimas de la guerra civil anticipan que retornará. Y la mejor manera de captar esa historia es hacerlo a través del lenguaje. Como veremos, la guerra civil es un fenómeno tan discutido porque lleva consigo una gran carga del pasado y solo admite un análisis en términos discutibles *ad infinitum*. La controversia acerca de su significado, así como el significado de la controversia, son temas primordiales para el tratamiento histórico a largo plazo.

A fin de exponer esta historia he dividido el libro en tres partes de dos capítulos cada una.

La primera parte, «Caminos desde Roma», sigue la huella de las cambiantes maneras de entender la guerra civil en orden cronológico a lo largo de seis siglos, del I AEC al V EC. Durante este período, es lo que sostengo, los debates romanos dieron decididamente forma a diversas ideas en torno a la guerra civil, como su génesis, su definición normativa, la manera de reconocer sus signos externos y la probabilidad de su repetición. A continuación, todos los caminos procederían de Roma y no, a mi juicio, de Atenas y el mundo de Tucídides, donde el conflicto en el seno de una comunidad se entendía de manera muy diferente. La propia herencia romana contenía muchas explicaciones distintas de la guerra civil y transmitía diversas narraciones recíprocamente en competencia sobre su lugar en la historia de Roma.

Como muestro en la segunda parte, «Las primeras encrucijadas de la era



moderna» en Europa, entre los siglos XVI y XVIII, esas explicaciones y relatos derivados de Roma aportaban el repertorio a partir del cual los pensadores europeos extrajeron sus propias nociones de guerra civil. Sin embargo, a partir de la Ilustración se distinguirá, e incluso se los instaurará deliberadamente como opuestos, dos grupos conceptuales relativos a la guerra civil y a la revolución, respectivamente, con muy distintas implicaciones morales y políticas. El primero miraba hacia atrás y presentaba un aspecto destructivo y regresivo; el segundo, orientado al futuro, era fértil y progresista. Por tanto, había que «rebautizar» las guerras civiles exitosas como revoluciones, mientras que los revolucionarios negarían haber estado comprometidos en guerras civiles<sup>52</sup>. Pero la realidad nunca es tan sencilla; como veremos, ambas categorías continuarán solapándose e interpenetrándose incluso con el siglo XX ya muy avanzado.

La tercera parte del libro, «Senderos al presente», estudia la herencia conceptual de la guerra civil desde la época de la Guerra Civil Norteamericana hasta nuestros días. La gran contribución del siglo XIX a esta historia fue el intento de mejorar la severidad de la guerra civil sometiéndola a la primacía del derecho. La guerra civil civilizadora sigue siendo un objetivo para la comunidad internacional hasta nuestros días; las raíces de su preocupación, así como las tensiones que la guerra civil presentaba en el seno de lo que hoy denominamos derecho humanitario internacional, constituyen el tema del capítulo final de este libro, que rastrea las evoluciones por las que, en el curso del siglo XX, las guerras civiles se convirtieron en globales. En esta época, las fronteras de la comunidad, tachonadas de guerras «civiles», se expanden allende los límites físicos del Estado y el Imperio para abarcar el mundo entero. Esta expansión puede conducirnos a diversas corrientes del pensamiento cosmopolita, que ya hace tiempo ha sugerido que todas las guerras, si son entre seres humanos, son guerras civiles<sup>53</sup>. Sin embargo, el impulso no se compadece con otro esfuerzo realizado en el siglo XX, el de los sociocientíficos que, a comienzos de la Guerra Fría, procuraron dar claridad conceptual al estudio de la guerra civil, empresa condenada al fracaso, como veremos.

Como afirmo en la conclusión, «Guerras civiles de palabras», las definiciones y las representaciones de las que la guerra civil fue objeto en el

pasado persisten hasta hoy en el ADN de organizaciones internacionales, órganos periodísticos y discusiones académicas. Este es el origen de gran parte de nuestra confusión acerca de qué es y qué no es guerra civil. La historia conceptual sedimentaria que se remonta a la República Romana se ha hecho más compleja y desconcertante desde que los modernos lenguajes del derecho y de las ciencias sociales han agregado sus propios estratos. Sugiero como conclusión que los controvertidos pasados de la guerra civil continuarán produciendo múltiples futuros. La manera en que el conocimiento de la historia nos prepare para abordar esos futuros puede tener consecuencias para decenas de miles e incluso millones de personas —con frecuencia las más vulnerables y desafortunadas— en todo el mundo. Para saber por qué, antes tenemos que retroceder más de dos milenios en la historia para observar la invención de la guerra civil en la Roma republicana.

---

[1](#) John Lewis Gaddis, «The Long Peace: Elements of Security in the Postwar International System», en *Long Peace*, 214-245; Mueller, *Retreat from Doomsday*; Mandelbaum, *Dawn of Peace in Europe*; Howard, *The Invention of Peace and the Reinvention of War*; Sheehan, *Where Have All the Soldiers Gone?*

[2](#) Allanson, Melander y Themnér, «Organized Violence, 1989-2016».

[3](#) Braumoeller, «Is War Disappearing?»; Newman, «Conflict Research and the “Decline” of Civil War»; Sarkees, «Patterns of Civil Wars in the Twentieth Century».

[4](#) Ghervas, «La paix par le droit, ciment de la civilisation en Europe?».

[5](#) Immanuel Kant, «Toward Perpetual Peace» (1795), en *Practical Philosophy*, pp. 317, 351 [*La paz perpetua*, presentación de Antonio Truyol y Serra, ed. de Joaquín Abellán, Madrid, Alianza, 2016, 148].

[6](#) Goldstein, *Winning the War on War*; Pinker, *Better Angels of Our Nature*.

[7](#) Hironaka, *Neverending Wars*, 4-5; Paul Collier, Lisa Chauvet y Håvard Hagre, «The Security Challenge in Conflict-Prone Countries», en *Global Crises, Global Solutions*, ed. Lomborg, 72, 99, cita; Skaperdas y otros, *Costs of Violence*; Banco Mundial, *World Development Report 2011*; Dunne, «Armed Conflicts»; Hoeffler, «Alternative Perspective».

[8](#) Collier, *Wars, Guns, and Votes*, 139, cita; Collier, Hoeffler y Söderbom, «On the Duration of Civil War»; Fearon, «Why Do Some Civil Wars Last So Much Longer Than Others?»; Walter, «Does Conflict Beget Conflict?»; Hironaka, *Neverending Wars*, 1, 50; Banco Mundial, *World Development Report 2011*, 57.

[9](#) Collier, *Bottom Billion*; Rice, Graff y Lewis, *Poverty and Civil War*.

[10](#) Mission statement, Centre for the Study of Civil War, Peace Research Institute Oslo, <http://www.prio.org/Programmes/Extensions/Centre-for-the-Study-of-Civil-War/About/>.

[11](#) Enzensberger, *Civil War*, 12.

[12](#) Agamben, *Stasis*, 2. Compárese Grangé, *Oublier la guerre civile?*, 7: «il est vrai que la guerre civile est occultée par les traités politiques»; Kissane, *Nations Torn Asunder*, 3: «There has been, in the history of thought, no systematic treatise on civil war».

[13](#) Mason, «Evolution of Theory on Civil War and Revolution», 63-66.

[14](#) Allanson, Melander y Themnér, «Organized Violence, 1989-2016», 576; Gleditsch, «Transnational Dimensions of Civil War»; Checkel, *Transnational Dynamics of Civil War*.

[15](#) Mayer, *Furies*, 323 («If war is hell, then civil war belongs to hell's deepest and most infernal regions»); Kalyvas, *Logic of Violence in Civil War*, 52-53.

[16](#) Lucan, *Bellum civile*, 1.31-32, en Lucan, *Civil War*, trad. Braund, 3-4 [Lucano, *Farsalia*, ed. a cargo de Sabastián Mariner, Madrid, Alianza Editorial, 1996]; Michel de Montaigne, «Of Bad Meanes Employed to a Good End» (*Essais*, 2.23), en *Essays Written in French by Michael Lord of Montaigne*, trad. Florio, 384 [«De los malos medios empleados para buen fin», en *Ensayos Completos*, 2.23, trad. Almudena Mantojo, Madrid, Cátedra, 2016]; Frank Aiken, 3 de agosto de 1922, cita en Hopkinson, *Green Against Green*, 273.

[17](#) Eliot, *Milton*, 3.

[18](#) De Gaulle, cita en Marañón Moya, «El general de Gaulle, en Toledo».

[19](#) Enzensberger, *Civil War*, trad. Spence y Chalmers, 11.

[20](#) Girard, *Violence and the Sacred*; Giraldo Ramírez, *El rastro de Caín*; Jacoby, *Bloodlust*; Esposito, *Terms of the Political*, 123-134. Como observa Bill Kissane, la expresión correspondiente a guerra civil del hebreo moderno se aproxima a «guerra entre hermanos». Kissane, *Nations Torn Asunder*, 7.

[21](#) Osgood, *Caesar's Legacy*, 3, que cita a Brunt, *Italian Manpower, 225 B.C.-A.D. 14*, 509-512.

[22](#) Braddick, *God's Fury, England's Fire*, xii.

[23](#) Faust, «“Numbers on Top of Numbers”», 997; Faust, *This Republic of Suffering*, xi. Neely, *Civil War and the Limits of Destruction*, 208-216, critica estas cifras, pero desde entonces Hacker, «Census-Based Count of the Civil War Dead», ha realizado una convincente revisión de ellas y ha elevado de 620.000 a 720.000 la estimación de muertos.

[24](#) Kloppenberg, *Toward Democracy*, 21-60.

[25](#) Clarendon, *The History of Rebellion and Civil Wars in England, Begun in the Year 1641*.

[26](#) Schmitt, *Ex Captivitate Salus* 56 («Der Bürgerkrieg hat etwas besonders Grausames. Er ist ein Bruderkrieg, weil er innerhalb einer gemeinsamen [...] politischen Einheit ... geführt wird, und weil beide kämpfenden Seiten diese gemeinsame Einheit gleichzeitig behaupten und absolut verneinen»).

[27](#) U.S. Department of War, *War of the Rebellion*.

- [28](#) Gingrich, cita en Stauffer, «Civility, Civil Society, and Civil Wars», 88.
- [29](#) «Pour Valls, le FN peut conduire à la “guerre civile”», en *Le Monde*, 11 de diciembre de 2015: «Il y a deux options pour notre pays. Il y a une option qui est celle de l’extrême droite qui, au fond, prône la division. Cette division peut conduire à la guerre civile et il y a une autre vision qui est celle de la République et des valeurs, qui est le rassemblement».
- [30](#) Brass, *Theft of an Idol*, 3-20; Kalyvas, «Ontology of “Political Violence”»; Kalyvas, «Promises and Pitfalls of an Emerging Research Program»; Kissane y Sitter, «Ideas in Conflict».
- [31](#) Kaldor, *New and Old Wars*; Kalyvas, «“New” and “Old” Civil Wars»; Münkler, *New Wars*.
- [32](#) Geuss, «Nietzsche and Genealogy»; Bevir, «What Is Genealogy?».
- [33](#) Skinner, «Genealogy of the Modern State», 325.
- [34](#) Nietzsche, *On the Genealogy of Morality*, 51 [*La genealogía de la moral*, Madrid, Alianza Editorial, 2016, 111].
- [35](#) *Ibid.*, 53 (la cursiva es mía) [*ibid.*, 115].
- [36](#) Gallie, «Essentially Contested Concepts»; Collier, Hidalgo y Maciuceanu, «Essentially Contested Concepts».
- [37](#) Gallie, prefacio a *Philosophy and the Historical Understanding*, 8-9.
- [38](#) Kalyvas, «Civil Wars», 417.
- [39](#) Para útiles visiones de conjunto, véase Sambanis, «Review Advances and Future Directions in the Literature on Civil War»; Collier y Sambanis, *Understanding Civil War*; Blattman y Miguel, «Civil War».
- [40](#) Uppsala Conflict Data Program (1948-presente), <http://www.pcr.uu.se/research/UCDP/>.
- [41](#) The Correlates of War Project, <http://www.correlatesofwar.org/>; Small y Singer, *Resort to Arms*; Gleditsch, «Revised List of Wars Between and Within Independent States, 1816-2002»; Sarkees y Wayman, *Resort to War*; Reiter, Stam y Horowitz, «Revised Look Interstate Wars, 1816-2007».
- [42](#) Dixon, «What Causes Civil Wars?», 730; Lounsberry y Pearson, *Civil Wars*, viii; Newman, *Understanding Civil Wars*.
- [43](#) Aunque para una excepción reciente, que abarca siglos desde la antigua Roma hasta Afganistán, véase Armitage y otros, «AHR Roundtable: Ending Civil Wars».
- [44](#) Guldi y Armitage, *History Manifesto* [*Manifiesto por la historia*, Madrid, Alianza Editorial]; Armitage y otros, «La longue durée en débat».
- [45](#) Armitage, «What’s the Big Idea?»; McMahon, «Return of the History of Ideas?»; McMahon, *Divine Fury*, xiii.
- [46](#) McMahon, *Happiness*; McMahon, *Divine Fury*; Forst, *Toleration in Conflict*; Rosenfeld, *Common Sense*; Fitzmaurice, *Sovereignty, Property, and Empire, 1500-2000*; Kloppenberg, *Toward Democracy*.

- [47](#) Fitzmaurice, *Sovereignty, Property, and Empire, 1500-2000*, 20; Dubos, *Le mal extrême*.
- [48](#) De Rouen y Heo, *Civil Wars of the World*, es un compendio más manejable sobre el tema.
- [49](#) Manicas, «War, Stasis, and Greek Political Thought»; Berent, «*Stasis*, or the Greek Invention of Politics».
- [50](#) Gardet, «Fitna»; As-Sirri, *Religiös-politische Argumentation im frühen Islam (610-685)*; Ayalon, «From Fitna to Thawra»; Martinez-Gross y Tixier du Mesnil, comps., «La *fitna*: Le désordre politique dans l’Islam médiéval».
- [51](#) Expresiones similares para «guerra interna» se encuentran en finlandés, persa y turco. Kissane, *Nations Torn Asunder*, 39.
- [52](#) Armitage, «Every Great Revolution Is a Civil War».
- [53](#) Armitage, «Cosmopolitanism and Civil War».

PRIMERA PARTE  
CAMINOS DESDE ROMA

## CAPÍTULO 1

# LA INVENCION DE LA GUERRA CIVIL LA TRADICION ROMANA

La guerra civil no fue un hecho natural a la espera de ser descubierto, sino un artefacto de la cultura humana que hubo que inventar. Este invento, de algo más de dos mil años de antigüedad, puede datarse con gran aproximación en el siglo I AEC. Los romanos no fueron los primeros en padecer un conflicto interior, pero fueron los primeros en vivirlo como guerra civil. Tal vez por ser los primeros en definir qué significaba «civil» —esto es, «entre conciudadanos»—, entendieron inevitablemente sus conflictos más desgarradores en términos decididamente políticos, como choques entre ciudadanos que se elevaban al nivel de una guerra. Esos elementos habrían de permanecer en el núcleo de los conceptos de guerra civil durante gran parte de su historia.

De esta suerte, al concebir primero lo «civil» y luego —con renuencia, paradójica, pero irreversiblemente— asociarlo a la idea de guerra, los romanos crearon el inestable y escindible nombre compuesto que permanece perturbadoramente aún entre nosotros: el de «guerra civil». No se conoce a su inventor. Él —tiene que haber sido un hombre, puesto que con toda certeza era un ciudadano romano— reunió dos ideas distintas para dar nacimiento a una nueva y explosiva amalgama. Antes de este romano anónimo, nadie había vinculado entre sí esos dos elementos.

Los griegos tenían ideas claras sobre la guerra, o lo que llamaban *pólemos*, vocablo del que deriva en muchas lenguas modernas el término «polémico». Pero lo que ellos concebían como «guerras» en el seno de sus comunidades era «una cosa completamente distinta» de la que los romanos consideraron como tales<sup>54</sup>. Esto no quiere decir que hubiera un abismo insalvable entre las ideas de lucha interna que tenían griegos y romanos. A veces los autores romanos atribuían los orígenes de sus propias divisiones políticas a la

importación de peligrosas nociones griegas, como, por ejemplo, la de «democracia»<sup>55</sup>. Tucídides, el primigenio historiador griego, influyó en sus sucesores romanos, y muy notablemente en Salustio, «el rival de Tucídides», como le llamó otro cronista romano<sup>56</sup>. Y en el siglo primero de la era común los historiadores romanos que escribían en griego emplearon naturalmente términos griegos para describir las guerras civiles de Roma<sup>57</sup>. Pero a pesar de estas continuidades, los romanos no abrigaban dudas de estar experimentando algo nuevo, por lo que tuvieron necesidad de un nuevo nombre, el de guerra civil o, en latín, *bellum civile*.

Para los romanos, la idea de guerra había implicado tradicionalmente algo específico, esto es, un conflicto armado por una causa justa y con un enemigo exterior. El concepto no incluía la mera agresión, pues era difícil que esta pudiera ser justa. Tampoco comprendía la violencia individual elevada al nivel de una guerra, porque no conocería las limitaciones que imponían las leyes de la guerra, que los romanos tenían. Y el enemigo (*hostis*) era por definición extraño a la familia, ya porque no fuera romano, ya porque no perteneciera a la comunidad de ciudadanos romanos libres; los romanos libraron guerras contra esclavos, como Espartaco, el gran líder de los esclavos, y pelearon contra piratas del Mediterráneo; también entablaron guerras con enemigos en sus fronteras, como los partos y los cartagineses. Lo que hacía de la guerra «civil» algo tan distinto era que los enemigos fueran también conocidos e incluso parientes; en otras palabras, los que se hallaban en el bando contrario eran conciudadanos, o *cives*. En consecuencia, esa guerra desafiaba de una manera extremadamente crítica los criterios romanos normales, su definición misma de guerra. Los enemigos no eran extraños, sino, efectivamente, propios. Y era difícil considerar como justa una lucha entre ellos cuando ofendía de forma tan flagrante su concepto de guerra justa, que implicaba tanto un enemigo legítimo como una causa idónea para la autodefensa.

La idea de guerra civil que de ello se desprendía era deliberadamente paradójica: una guerra que no podía ser guerra, contra enemigos que en realidad no eran enemigos. En la batalla propagandística durante las guerras civiles de Roma, los bandos en liza proclamaban la licitud de su causa para obtener apoyo y también para asimilar sus conflictos a la comprensión



convencional de la guerra como lucha por una causa justa<sup>58</sup>. Llamar «civil» a esta clase de guerra derivaba de la práctica romana de denominar sus guerras según los oponentes contra los que luchaban<sup>59</sup>. Esta tradición se prolongó hasta el siglo XIX, como, por ejemplo, las «Guerras Napoleónicas» en Europa y, en el caso de Gran Bretaña, la «Guerra de los Zulúes», la «Guerra de los Boers» o las «Guerras Maoríes»<sup>60</sup>, pero no se ha mantenido hasta nuestros días. Incluso en Estados Unidos son muy pocos quienes hoy denominarían «Guerra de Mr. Lincoln» a la Guerra Civil y nadie allí ni en ningún otro sitio llamaría Guerra «de Sadam» a la Guerra del Golfo. En Occidente, denominamos generalmente las guerras según los lugares donde se desarrollan; así, tenemos las guerras de Corea y de Vietnam, la Primera y la Segunda Guerra del Golfo e incluso las guerras «mundiales» del siglo XX.

Esto no quiere decir que los romanos nunca hayan concebido sus guerras con criterios geográficos, sino solo que era más característico que las denominaran según el gobernante o el pueblo enemigos. De esta manera, llamaron «púnicas» a las tres guerras que libraron contra Cartago porque los cartagineses eran descendientes de los fenicios o *poeni*; y una guerra posterior contra el rey norteafricano Jugurta en 112-105 AEC será bautizada como Guerra de Jugurta. En los años 91-89 AEC, Roma también luchó en Italia con varios aliados, o *socii*, por la difusión de los plenos derechos de ciudadanía en toda la península; en conjunto, estos enfrentamientos se conocieron como Guerra Social. Análogamente, los esfuerzos militares para aplastar las revueltas de esclavos, en particular la de Espartaco en Sicilia en 71 AEC, se denominaron Guerras Serviles, o guerras contra los esclavos (*servi*)<sup>61</sup>. Cada una de estas expresiones tendría una intermitente posteridad, como, por ejemplo, cuando los autores que escribieron durante la Revolución Norteamericana comparaban la rebelión de los colonos americanos con la Guerra Social o cuando los dueños de esclavos hablaban de la amenaza de la «guerra servil» a comienzos del siglo XIX en el sur de Estados Unidos. Sin embargo, ni una ni otra denominación echarían raíces con tanta firmeza o permanencia como la de «guerra civil».

En un primer momento, los romanos adoptaron con renuencia la idea de guerra civil. Durante mucho tiempo solo la emplearon con desasosiego. La abordaban como algo nuevo e inquietante y aún hoy requiere un esfuerzo de

imaginación entender por qué la guerra civil era originariamente tan perturbadora e imposible de invocar sin temor. «“Guerra civil” —ha observado un estudioso de la tradición romana— ha perdido en inglés [*civil war*] el sentido paradójico que tenía en Roma». Allí, «la distinción entre *ciues* y no *ciues* constituía un factor determinante de estatus, obligaciones y derechos» con una claridad inexistente antes de la invención romana. Sin embargo, solo dejó fantasmales huellas etimológicas, en la actualidad apenas discernibles<sup>62</sup>.

Para los romanos, guerra civil era la subversión de la civilización urbana. Sin embargo, también había una duradera e inquietante corriente de la historia romana que sugería la existencia de una estrecha relación entre guerra civil y civilización. Estos conflictos se repetían con tanta frecuencia en la historia de la república y de los primeros momentos del imperio, que parecían entretejidos en la urdimbre misma de la vida pública de Roma. Por esta razón, los romanos se resistían a explicar las causas de sus guerras civiles. Pronto establecieron vinculaciones entre sucesos sociales y los compararon con fenómenos naturales, como la actividad de un volcán, que podía quedar latente tras una erupción, pero sin ninguna certeza de que no volviera a entrar en erupción. Con este enfoque, la historia de Roma no parecía ser otra cosa que una serie de guerras civiles con breves momentos de calma entre ellas. Esto creaba un relato —de hecho, un conjunto de relatos— que perduraría durante siglos y daría forma a las concepciones posteriores de la guerra civil a comienzos de la Europa moderna y en su pleno desarrollo, así como en tiempos posteriores.

A estas alturas debemos preguntarnos cómo se entendía el conflicto interno antes de que los romanos alumbraran sus ideas de guerra civil. Los propios romanos contaban con dos fuentes donde buscar respuestas a esta cuestión: por un lado, la historia de las ciudades-Estado de la Grecia antigua y, por otro lado, su propia historia, esto es, todo su pasado hasta la fundación misma de la ciudad de Roma. En el pasado griego, sobre todo en la historia de Atenas, habrían encontrado algo que se parecía a la guerra civil, pero que no reconocían como equivalente a sus propias agitaciones. Tampoco podían reconocer esa equivalencia en el pasado temprano de Roma, aun cuando en él pudieran descubrir algunas de sus raíces, es decir, las causas morales y a

menudo inmorales que en última instancia habían llevado a Roma a sus innovaciones tal vez más destructivas. Del análisis de las causas a largo plazo de la guerra civil se desprendía un conjunto de relatos históricos que explicaba el presente y predecía el futuro. Pero todos esos relatos tenían una gran carga política y, en consecuencia, eran enormemente controvertidos. Para comprender por qué, observemos antes por orden la historia de los conflictos internos de Grecia y Roma.

\* \* \*

Las maneras de concebir la guerra civil han cambiado con las distintas formas de entender la civilización y la propia guerra. Durante gran parte de su historia, la guerra civil estuvo estrechamente asociada a la idea de ciudad. Eso no debería sorprender en absoluto si se recuerda que las bases de las ideas occidentales de civilización y de política derivan directamente de la experiencia organizativa de los seres humanos en esas comunidades complejas, muy ordenadas y a menudo con sólida unidad interna, que llamamos ciudades. Para los griegos, la ciudad era la *polis*, la paradigmática comunidad autosostenible que describen Aristóteles y otros autores y de cuyo nombre aún derivamos la voz «política». Para sus herederos romanos, la ciudad era la *civitas*, habitada por ciudadanos o *cives*, a quienes recordamos a distancia cada vez que empleamos términos como «civil», «civilidad» o «civilización»<sup>63</sup>. No es mera coincidencia que durante los dos últimos milenios las ciudades hayan sido con frecuencia escenario de guerras civiles, esto es, de enfrentamientos entre ciudadanos que también (como su nombre indica) son habitantes de la urbe<sup>64</sup>. Las guerras civiles, por tanto, fueron luchas entre ciudadanos, pero también, y con frecuencia, se libraron en el interior de ciudades, reales o imaginarias.

Para los pensadores clásicos, la ciudad era un lugar físico y a la vez un espacio metafísico como, por ejemplo, Atenas o Roma en el marco de sus fronteras cívicas. Era una zona de cooperación y de paz, donde los seres humanos podían cultivar su humanidad al amparo de la ley. Estaba cada vez más alejada de los peligros y de la ausencia de civilidad de la naturaleza salvaje, tanto literalmente como en sentido figurado, porque la ciudad se

construía y se sostenía justo para mantener extramuros las amenazas de irracionalidad, salvajismo y animalidad<sup>65</sup>. Cuando esos males reaparecían, lo hacían en la forma de una violencia que irrumpía en el recinto mismo de la civilización. Esta es la razón por la que gran parte del imaginario de las guerras civiles, desde las épocas clásicas a nuestros días, ha reflejado barbarie, bestialidad e inhumanidad, o sea, el auténtico retrato de una naturaleza de dientes y garras teñidos de sangre.

El pensamiento político griego apreciaba la armonía por encima de otros valores, al menos a juzgar por las defensas ampliamente aristocráticas de la vida ciudadana que tenemos de Platón y Aristóteles. «¿Conocemos mayor mal para la *polis* que aquello que la distrae y hace de ella muchos en lugar de uno —dice Platón en *La República*— o mayor bien que el que la liga y la unifica?»<sup>66</sup>. Este es el núcleo de la idea que Platón tenía de la ciudad ideal, en la que el equilibrio de un alma individual reflejaba el equilibrio ideal de los elementos que constituían la *polis*. Y si la armonía era el mayor bien, la división era el mayor mal.

El término griego para designar el mal que dividía la *polis* era *stasis*. Al igual que el concepto romano de guerra civil, la *stasis* se fundaba en una paradoja. La voz es la raíz del adjetivo «estático» y uno de sus sentidos literales era la ausencia de movimiento; sin embargo, otro significado era «posición» o «actitud» y de allí, por implicación, «tomar posición» en una discusión política<sup>67</sup>. (Puede incluso significar un lugar donde permanecer pacientemente; *stasis* es todavía hoy el término del griego moderno para la parada de autobús). Pero el significado que aquí nos concierne es el relacionado con la idea de *polis*, en tanto condición de existencia de esa comunidad tan fundamental y a la vez natural. Como actitud política hostil y divisoria, que desafía la unidad de la *polis* y el fin común, *stasis* se convirtió en sinónimo de disensión, partidismo, algo parecido a lo que más tarde se conocería como guerra civil. Parecido, sí, pero no idéntico. Para los atenienses, la política —en tanto arte de gobernar, el mecanismo de distribución de honor y funciones entre los ciudadanos, y en tanto medio de gestionar intereses en conflicto con vistas al bien público y sin derramamiento de sangre— era en realidad la cura de la *stasis* y su sustitución.

Para los griegos, la *stasis* era más un estado mental que un acto de oposición física. Podía conducir a la guerra o ser una consecuencia de ella, pero no conllevaba en sí misma guerra real; en este sentido, podía significar lo que hoy llamaríamos *impasse*, sin agresión ni combate efectivo<sup>68</sup>. Y los griegos nunca calificaban la *stasis* con un adjetivo que implicara una definición política o legal de quienes se hallaban a uno y otro lado de la división interna. En resumen, no era «civil» ni entrañaba necesariamente la presencia de una «guerra».

Sin embargo, los griegos distinguían entre dos tipos particulares de lucha: la división en el seno de la *polis* y la guerra entre comunidades políticas. No trataban esta distinción de manera sistemática, pero era para ellos significativa. Por ejemplo, en *La República* de Platón, Sócrates le dice a Glaucón, su interlocutor en el diálogo imaginario, que quienes defendieran la ciudad ideal que él propone deberían respetar la diferencia entre griegos, que son amistosos y civilizados, y bárbaros, que son hostiles y extraños; si los griegos luchan contra griegos, no deben arrasarse sus tierras ni incendiar sus casas como harían en caso de batirse con bárbaros. La frontera entre griegos y bárbaros era también, por tanto, la frontera entre dos clases de conflicto: uno entre griegos, el otro con extraños. De acuerdo con Platón, el conflicto entre «amigos y parientes» se denominaba contienda, disensión o, en griego, *stasis*; el conflicto con «extraños y extranjeros», en cambio, era *pólemos*, guerra<sup>69</sup>.

Análogamente, en la última obra de Platón, *Las Leyes*, el Ateniense, personaje que parece expresar las ideas del propio Platón, pregunta si quien establece una *polis* desearía organizarla para afrontar la amenaza de una guerra desde fuera: «¿No prestaría más atención a la guerra interior que cada tanto se presenta en la ciudad y que, como sabéis, se denomina *stasis*, un tipo de guerra que jamás hombre alguno desearía ver en su propia ciudad?»; y prosigue con la descripción de un contraste entre *stasis*, «el tipo más peligroso de guerra [...] [y] la otra forma, mucho más leve [...] [que] es la que se libra cuando estamos en pugna con extraños externos»<sup>70</sup>.

Los griegos antiguos también hablaban de *stasis emphylos*, una disensión o división en el seno de la comunidad con lazos de sangre y parentesco, pues *phylos* era el vocablo que se usaba para designar la familia o el clan. Pero empleaban la palabra «guerra» (*pólemos*) para sus desavenencias más

peligrosas, incluso intracomunales, aunque lo hacían de una manera muy distinta de la que más tarde sería el enfoque romano. Cuando el conflicto se producía en el seno de la comunidad, lo llamaban guerra en la familia extensa, o *emphylos pólemos*. Muchos siglos después, los historiadores bizantinos emplearían esta expresión para describir conflictos armados en el interior del imperio, aunque rara vez acudirían a ella para referirse a las disputas con otros cristianos, y para los siglos XIII y XIV había perdido sus connotaciones estrictamente culturales y étnicas<sup>71</sup>. La expresión también persiste en el uso del griego moderno, por ejemplo, para describir los conflictos que dividieron Grecia entre 1944 y 1949<sup>72</sup>.

La idea de comunidad experimentó ciertos cambios en función del contexto. Platón, como hemos visto, distinguía rotundamente entre contiendas con griegos, por un lado, y guerras contra bárbaros, por otro. Las guerras entre comunidades griegas —como la de atenienses y espartanos y sus respectivos aliados que narra el historiador Tucídides— eran por propia naturaleza conflictos en el seno de una única familia extensa<sup>73</sup>. Esto empaña la distinción posterior entre lo que los romanos llamarían guerras civiles —las que tienen lugar en el seno de una comunidad política— y las guerras entre Estados o ciudades. De momento, como observa el Sócrates de Platón en *La República*, «considerarán cualquier diferencia con griegos que son su propio pueblo como una forma de *stasis* y rehusarán referirse a ella como guerra»<sup>74</sup>.

El relato griego clásico de la *stasis* se halla en el tercer libro de la *Historia de la Guerra del Peloponeso*, de Tucídides. Es el episodio de las sediciones en Córquira (la isla jónica conocida como Corfú) en 427 AEC, invocado por incontables comentaristas modernos como la imagen primigenia de guerra civil. En el curso de la guerra entre Esparta y Atenas, como narra Tucídides, Córquira cambió de bando para dar apoyo a los atenienses; tras cuatro años de lucha, un grupo de cautivos corcirenses fue enviado a su ciudad natal para que promoviera una rebelión y convenciera a la ciudad de que restableciera su alianza primitiva con Corinto. Tras la escisión política en el interior de Córquira entre los demócratas proatenienses, que apoyaban al gobierno de la gente común, y los oligarcas, que sostenían a la alianza con Corinto, se produjo la división diplomática entre Esparta y Atenas.

La quinta columna de prisioneros corcirenses liberados trató de revertir la alianza con Atenas por medios pacíficos, pero no consiguió persuadir a la asamblea de Córquira. Entonces intentó juzgar al líder de los demócratas, Pitias, por someter Córquira a Atenas. Esa táctica también fracasó. Cuando Pitias contraatacó a sus acusadores, estos lo mataron junto con sesenta de sus aliados. Los oligarcas se impusieron temporalmente a los demócratas, pero tras la llegada de una galera corintia, la frágil tregua resultante estalló en abierta lucha de facciones.

De esta manera, la guerra entre ciudades extrañas estimuló las sediciones internas entre los dos grupos que peleaban con base en las diferentes regiones de Córquira que habían ocupado respectivamente. Ambos trataban de atraer el apoyo de los esclavos de la ciudad con promesas de emancipación. Los esclavos escogieron la facción democrática, que, con la colaboración de los atenienses, se hicieron con el control de la situación. La llegada de naves, tanto desde Corinto como desde Atenas, agravó las tensiones hasta que se logró una distensión que se rompió con el arribo de una flota más grande de Atenas. Con eso, los demócratas lanzaron una política de terror que se convertiría en símbolo de sedición política y de subversión del orden establecido. Como dijo Thomas Hobbes, el filósofo inglés del siglo XVII, en 1629, en su traducción clásica de Tucídides: «Todas las formas de muerte se vieron entonces [...] pues el padre mató a su hijo; se sacó a rastras a los hombres de los templos y luego se los asesinó brutalmente; y alguno murió en el *Templo de Baco* tras haber sido en él encerrado. Así de cruel fue la Sedición»<sup>75</sup>. Es notable que en ningún pasaje de su traducción de los *Ocho libros de la Guerra del Peloponeso* utilice Hobbes la expresión «guerra civil»; en realidad, hasta el siglo XIX esas palabras no se convertirían en el equivalente ordinario de los términos utilizados por el propio Tucídides en versiones posteriores<sup>76</sup>.

Tucídides había descrito la *stasis* como una enfermedad que se extendía por las ciudades de Grecia<sup>77</sup>. En tiempos de guerra, estas comunidades divididas se volvían más vulnerables a la infección de lo que habrían sido en épocas de paz. «La guerra, al hacer imposible la satisfacción de las necesidades cotidianas, es un Amo muy violento y acomoda la mayoría de las pasiones de los hombres a la ocasión presente». Los síntomas de la

enfermedad eran múltiples. No solo no se desaprobaban las malas acciones, sino que se las exaltaba. Se ignoraban las leyes; en su lugar imperaba la anarquía. Se quebrantaban los juramentos. Predominaban el fraude, la deshonestidad y la venganza, mientras todo tipo de delito se convertía en motivo de orgullo, no de vergüenza. «El valor heredado de los nombres con que se daba significado a las cosas se volvió arbitrario»; así, la temeridad pasó a ser coraje; la modestia, cobardía; la sabiduría, pereza. En realidad, era un mundo patas arriba. «Toda clase de maldad imperaba en toda *Grecia* en virtud de su sedición», tal como reza la traducción de Hobbes<sup>78</sup>.

En su tratamiento de la *stasis*, Tucídides distingue con toda coherencia la guerra entre Esparta y Atenas y la lucha interior de Cócira. La gran influencia de su relato en teóricos posteriores de la guerra civil se debió en parte a que demostró que las corrientes de guerra externa podían estimular la división interna, pero su examen de las causas que las relacionaban nunca identificó ambas formas de violencia. Guerra, o *pólemos*, era una actividad que ejercían las ciudades y sus gobernantes cuando conducían ejércitos y naves de combate contra sus enemigos. La disensión, o *stasis*, tenía lugar en el seno de la *polis* entre grupos radicalmente divididos, sin tales despliegues militares formales y a menudo con armas que no iban más allá de lo que tenían a mano, como las tejas que las mujeres arrojaban contra los oligarcas en los primeros momentos de las sediciones de Cócira<sup>79</sup>. Los bandos luchaban por el control de la ciudad, como lo harían más tarde en Roma, pero en los casos griegos no se planteaban cuestiones de legitimidad.

En el relato de Tucídides, lo más importante es la quiebra moral de la *polis* misma. No había lugar a argumentar una causa justa cuando toda justicia había saltado por los aires y los criterios morales ya no se aplicaban. Tampoco la escala de la violencia era ni remotamente la que alcanzarían los ejércitos que más tarde se formarían en las guerras civiles romanas, en las que la totalidad de las legiones se desplegaba ya no solo para el control de una ciudad, sino de provincias enteras. La simple escala de los conflictos de Roma y las áreas en las que dichos conflictos se desarrollaban eran de una vastedad inimaginable para los griegos. En realidad, únicamente cuando el conflicto superó los límites de la ciudad se convirtió en guerra civil, guerra entre ciudadanos que engullía la ciudad, pero que esta no podía contener.



Nada de este nivel ni de este tipo afligió a los griegos en las épocas de las que se ocupa la narración de Tucídides<sup>80</sup>.

Además, en el escenario griego, los bandos contendientes no se veían como enemigos formales. Pero tampoco se consideraban recíprocamente miembros de las categorías de ciudadanía que definirían más tarde la idea romana de violencia civil. «Muchos autores llaman a la Guerra del Peloponeso [...] la gran guerra civil de Grecia», observaba el gran ensayista inglés Thomas de Quincey en 1844. Y a continuación comentaba: «“Civil” habría sido si los Estados griegos hubieran tenido un órgano central que reclamara obediencia común»<sup>81</sup>. Por tanto, en ausencia de esta unidad política, no podía haber ciudadanía común, legal ni política. Y sin esta concepción de ciudadanía, no podía haber «guerra» entre ciudadanos, no podía haber guerra *civil*. Como inteligentemente observa el traductor inglés más reciente y autorizado de Tucídides: «La traducción habitual de *stasis* como «guerra civil» parece anacrónica e inapropiada a la escala de estos conflictos»<sup>82</sup>. Por todas estas razones, y a pesar de cualquier semejanza que se les haya atribuido, sencillamente la *stasis* no era para los griegos equivalente a la *bellum civile* de los romanos.

Cualquier forma de concebir la guerra civil es paradójica a su manera. La paradoja griega era diferente de la que habrían de afrontar los romanos. Sobre la base de la supuesta unidad étnica o incluso genética del pueblo dividido, Tucídides presenta la *stasis* como una desgracia común a todos los griegos y destinada a desgarrar todas sus comunidades de modo «cada vez más permanente mientras la naturaleza humana siga siendo la misma»<sup>83</sup>. Concebir de esta manera la disensión tiene por lo menos la ventaja de dar por supuesta una comunidad lo suficientemente integrada como para afrontar el desafío. Se entendía que su unidad arraigaba en su fundamento mismo, que era anterior a la política y trascendía la ley, puesto que todos sus miembros descendían de los mismos antepasados. De esta suerte, pertenecer a la ciudad era cuestión de herencia, no un estatus adquirido y, por tanto, no era necesario definir legal y políticamente las divisiones, como lo sería en Roma<sup>84</sup>. De esta manera, los griegos podían imaginar una guerra en su propia familia, o *polis*, si por esta se entendía una aglomeración de familias; a esto llamaban guerra doméstica (*oikeios pólemos*)<sup>85</sup>. Lo que no podían imaginar

era una guerra en el seno de la *polis* entendida metafísicamente; eso habría sido como una guerra contra sí mismos.

Los romanos tenían muy claro que sus disensiones internas eran distintas —horriblemente distintas— de las que habían padecido los griegos. Los griegos nunca hablaron de una guerra política, de *politikós pólemos*; eso era casi literalmente impensable en griego. Solo los romanos cargarían con la culpa de inventar la guerra civil y de aprender a relatar sus avatares y determinar el significado de su historia.

\* \* \*

Aparte de retrotraer la mirada a las luchas griegas en busca de respuestas a sus interrogantes sobre el conflicto interno, los romanos pudieron remontarse a la historia primitiva de su propia comunidad. Esa historia estaba salpicada de todo tipo de violencia política: asesinatos y magnicidios, tumultos y sediciones, conspiraciones y alzamientos, todo excepto guerra civil<sup>86</sup>. La mayor parte de estas agitaciones tempranas tuvieron lugar dentro del cuerpo de ciudadanos, pero ninguna de ellas alcanzó el nivel de guerra abierta<sup>87</sup>. Esta ausencia reforzaba el argumento de que la guerra civil no solo era algo propio de Roma, sino también algo completamente nuevo en la historia.

La mitología romana contaba cómo Roma misma había sido fruto de un asesinato. Y, de hecho, el fratricidio se erigió en la metáfora más importante del enfrentamiento antinatural que anidaba en el corazón mismo de la guerra civil. La leyenda contaba que los fundadores de Roma, los hermanos Rómulo y Remo, habían disputado por el lugar donde establecer su nueva ciudad y, por tanto, por la manera de instaurar un nuevo linaje de reyes que la gobernara. Puesto que eran mellizos, ninguno podía invocar derecho de primogenitura sobre el otro. Según la versión más común, tal como la transmite Tito Livio, el historiador de la Roma primitiva, Rómulo mató a Remo para burlarse de las reclamaciones de su hermano y «convertirse así en el único soberano dando nombre a la ciudad»; es decir, Roma, derivación de Rómulo<sup>88</sup>. «Nuestras primeras murallas se tiñeron de la sangre de un hermano», dice el poeta Lucano en su poema épico de las guerras entre César y Pompeyo, *La guerra civil (De bello civili)*<sup>89</sup>. La verdad del relato es la

típica del mito, pero su aparición en posteriores narraciones de la guerra civil es «inmensamente reveladora de la gran preocupación de los romanos» por este problema y de los términos fundamentales en que concebían básicamente su horror»<sup>90</sup>.

Entre los historiadores y los poetas romanos, la expulsión del último rey de Roma, Tarquino el Soberbio, y el giro que se produjo en el siglo V AEC, parecían redimir hasta cierto punto la vergüenza inherente a la fundación misma. Esta expulsión, realizada sin violencia, permitió a la ciudad teñida de sangre una refundación como república (*res publica*), literalmente asunto, cosa del pueblo, o riqueza común compartida por todos los ciudadanos<sup>91</sup>. Entonces se presentó a Roma la oportunidad de convertirse en lo que Livio llamó «una nación libre en la paz y en la guerra», una comunidad política que «daba mayores muestras de respeto a las leyes que a los hombres». Los ciudadanos solo eran verdaderamente libres cuando vivían en una comunidad libre: su libertad dependía de la libertad de la *res publica* misma<sup>92</sup>.

Por libre y regida por la ley que la república romana haya podido ser en teoría, en la realidad distó mucho de ser una comunidad pacífica o exenta de turbulencias. Por ejemplo, del siglo V al III AEC, los hombres de nacimiento humilde, los plebeyos, se enfrentaron a los de linaje más antiguo, los patricios, con el propósito de obtener reconocimiento político en una serie de luchas que más tarde se conocieron como el *conflicto de los órdenes*<sup>93</sup>. Precisamente de este período ha heredado el mundo occidental algunas de las denominaciones clave de los conflictos sociales y de clase: la propia palabra «clase» (*classis*), «patricio», «plebeyo» y «proletario», que es el que contribuye a la riqueza de la comunidad con la aportación de hijos, o *proles*. En la sociedad romana, todos estos términos formaron parte de un léxico especializado mucho antes de pasar a otras lenguas, en particular a través de Karl Marx (1818-1873), agudo conocedor del conflicto social del siglo XIX y estudioso de la historia clásica en general y de las perturbaciones políticas romanas en particular<sup>94</sup>.

Los aristócratas romanos controlaban las bandas callejeras y podían crear rápidamente milicias privadas echando mano a sus dependientes y sus clientes. Matanzas espantosas marcan el último siglo de la república,

empezando por la muerte de Tiberio Graco, un tribuno del pueblo que defendía los intereses populares. En 133 AEC, una muchedumbre políticamente exaltada dio muerte a trescientos seguidores de Graco y arrojó ignominiosamente al Tíber el cadáver de este. «Se dice que fue la primera vez, desde que comenzara la revolución contra la monarquía, que la lucha civil en Roma terminaba de forma cruenta y con la pérdida de vidas de ciudadanos», se lamentaba el historiador Plutarco a principios del siglo I AEC. Quizá fuera la primera vez, pero difícilmente sería la última. En 121 AEC fue asesinado y decapitado el hermano menor de Tiberio, el tribuno Cayo Graco, tras lo cual se rellenó su cráneo con plomo fundido antes de arrojar también su cadáver sin cabeza al río<sup>95</sup>.

Todos estos asesinatos eran actos «civiles» porque se producían en el seno del cuerpo social de ciudadanos, pero a ninguno de ellos podría calificarse como «guerra». Solo con mirada retrospectiva pudieron los historiadores romanos considerar esos incidentes como síntomas de guerras civiles plenamente desarrolladas y precursores de actos tan notables de derramamiento de sangre como el asesinato de Julio César un siglo más tarde, en 44 AEC, y la ejecución de Cicerón un año después. A continuación tenemos la palabra del historiador de habla griega Apiano (*ca.* 95-*ca.* 165), que se remonta a más de cinco siglos de historia romana a partir del suyo:

En Roma, la gente común y el senado se enfrentaban con frecuencia a propósito de la aprobación de leyes, la cancelación de deudas, la distribución de la tierra o bien durante las elecciones, pero nunca se produjo una explosión de violencia civil [...] Jamás se llevó la espada a la asamblea, nunca un romano fue asesinado por un romano, hasta que Tiberio Graco, en pleno desempeño de su cargo de tribuno y en el momento de proponer una ley, se convirtió en el primer hombre que moría a causa de una agitación civil.

Esto era agitación civil —en el griego de Apiano, el término correspondiente es, por supuesto, *stasis*—, pero, repitémoslo una vez más, todavía no *guerra* civil<sup>96</sup>.

Mirando hacia atrás con la distancia crítica que le permitían el tiempo transcurrido y el hecho de escribir en griego, Apiano pudo captar

exactamente lo que distinguía las disputas romanas del primer siglo AEC tanto de las disensiones de los griegos, por un lado, como de la violencia primigenia de los primeros siglos de Roma, por otro. Para empezar, se habían desenvainado las espadas en público, lo que marcaba que se había traspasado un umbral, que se había producido una grieta en la paz entre ciudadanos. Pero aún se trataba de una amenaza interpersonal, de un individuo a otro individuo. No implicaba acción colectiva, ni subvertía el delicado equilibrio que el derecho romano había logrado entre la esfera de la vida civil y la de la disciplina militar. Apiano sostenía que la guerra civil sería el resultado del debilitamiento de la república por la ambición y la injusticia, hasta que un conflicto aún mayor dividiera Roma: «Hubo revueltas abiertas contra la república y se dirigieron con violencia grandes ejércitos contra su tierra natal [...] Si un bando tomaba primero posesión de Roma, el otro bando hacía la guerra nominalmente contra un adversario, pero en realidad contra su patria, pues la atacaba como si se tratara de una ciudad enemiga». No era la manifestación de una enemistad recurrente. Era algo terriblemente nuevo y de una naturaleza perturbadora sin precedentes, una guerra del pueblo contra el pueblo y, por tanto (finalmente), una guerra civil<sup>97</sup>.

Por definición, cualquier cosa que ocurriera en el marco de la comunidad era «civil» porque tenía lugar entre ciudadanos. Se cree que la palabra latina *civilis* hizo su primera aparición en el siglo II AEC para convertirse en un término técnico del vocabulario jurídico y político romano. Es posible incluso que la expresión *bellum civile* se forjara de acuerdo con el modelo *ius civile*, o «derecho civil», que regía las relaciones entre los miembros de la misma comunidad política y que era un conjunto de normas distintas del «derecho de gentes» (*ius gentium*), que regía las relaciones entre extranjeros o entre romanos y extraños. Los romanos solo habían librado guerras contra estos enemigos literalmente hostiles —*hostes*— que poblaban el mundo allende las fronteras de Roma<sup>98</sup>. Asimismo, se daba por supuesto que las formas de autoridad de un gobernante en el interior de Roma y las de un general fuera de Roma eran completamente distintas; quebrantar esa diferencia asumiendo el mando militar dentro de la ciudad y tratando a sus ciudadanos como si fueran enemigos era cometer la forma más grave de traición y de sacrilegio contra la república. La enormidad de ese crimen contribuye a explicar por

qué los romanos vacilaron tanto antes de dar nombre a la guerra civil y por qué fueron por tanto tiempo reacios a utilizarla después de su acuñación<sup>99</sup>.

Una guerra civil era una lucha entre enemigos íntimos; en realidad, entre quienes jamás debieran haberse considerado enemigos. Los ciudadanos contaban con la protección del derecho civil y eran las únicas personas elegibles para los cargos y honores que concedía la república, aun cuando no todos los ciudadanos fueran objeto de todos esos premios, como había mostrado el conflicto de los órdenes. También eran responsables de la defensa militar de la comunidad con su servicio en las legiones<sup>100</sup>. Los derechos civiles, o derechos de los ciudadanos, eran objeto de definiciones tanto jurídicas como políticas e implicaban como contrapartida el deber de defender a Roma de sus enemigos. La guerra civil echaba por tierra todas estas certezas. No era nada menos que la transformación de la república, que de terreno de amistad pasaba a ser arena de enemistad, una incursión de hostilidad dentro del marco mismo de la civilidad. ¿Qué provocó el ingreso de esta perturbadora idea de guerra civil en el léxico político romano? La respuesta, en resumen, fue un conjunto de nuevas amenazas a Roma.

\* \* \*

Hay acuerdo general en que la sucesión de guerras civiles de Roma comenzó cuando el cónsul Lucio Cornelio Sila marchó sobre la ciudad al frente de un ejército en 88 AEC, con lo que violaba el tabú más importante para cualquier gobernante o mando militar romano. Su consulado —el máximo cargo político en Roma— había sido en parte una recompensa por su victoria sobre los aliados de Roma en la Guerra Social. Los miembros de la confederación italiana encabezada por Roma habían pedido igualdad, en particular en lo relativo a los derechos de ciudadanía. Roma se los había denegado. En 90 AEC, frustrados, los aliados se rebelaron para asegurar su independencia y fueron finalmente reprimidos por una campaña que duró dos años. Sin embargo, aunque por ese entonces, y a regañadientes, se había concedido la ciudadanía a la mayoría de los aliados, sus votos tenían muy poco peso en las asambleas romanas. Cuando en 88 AEC el tribuno Publio Sulpicio Rufo presentó una ley en el Senado por la que se extendía el derecho a voto, el

nuevo cónsul, Sila, que había regresado tras la realización de unas operaciones de limpieza contra los aliados, la declaró ilegal. Furioso, Sulpicio se dirigió a otro comandante romano, Cayo Mario, rival de Sila. Esto puso en marcha los explosivos acontecimientos que conducirían a la marcha de Sila sobre Roma. Como recompensa por su apoyo, Sulpicio prometió a Mario un apetecible regalo: el mando de los ejércitos romanos contra el rey persa Mitrídates, un puesto que ofrecía amplias oportunidades de pillaje, así como de gloria. Dado que ese mando había sido prometido a Sila, el choque entre los dos generales más importantes de Roma resultó inevitable<sup>101</sup>.

Sila, pionero en la historia de la guerra civil, era reacio a lanzar sus tropas sobre Roma y vacilaba. Cuando él y su colega consular intentaron bloquear la ley de Sulpicio, la violencia estalló en las calles de la ciudad. Se rumoreaba que Sulpicio tenía a sus órdenes tres mil hombres armados. Después de un enfrentamiento que se hizo violento, Sila escapó y se alojó breve tiempo en la casa de Mario, donde probablemente negoció con su rival antes de retirarse de Roma para ponerse a salvo. Ausente Sila, Sulpicio consiguió aprobar sin oposición las leyes que promovía y dio a conocer su plan, hasta entonces secreto, de confiar a Mario el mando de las fuerzas contra Mitrídates.

Al darse cuenta de que la aceptación de estos movimientos eran su ruina política y personal, Sila, en busca de apoyo, acudió a sus tropas con la descripción de las injusticias de que había sido objeto. No parece haber tenido la intención de marchar contra Sulpicio o Mario, pero sus leales soldados lo presionaron. Sus oficiales, mientras tanto, estaban horrorizados y querían abandonarlo. Las entrañas que examinó su augur arrojaban buen presagio. Luego una diosa se le apareció a Sila en un sueño, le entregó un rayo y le dijo que atacara a sus enemigos. Animado por estos auspiciosos augurios y la buena voluntad de sus soldados, Sila se decidió a encabezar el primer ejército que marcharía sobre Roma en la historia. Sería el primero de una larga serie.

El Senado salió al encuentro de Sila con embajadas; en realidad, poco más podía hacer, dada la carencia de fuerza organizada para hacerle frente. Cuando tres grupos de enviados senatoriales cuestionaron su intento, Sila respondió que había ido para liberar la patria de tiranos, con lo que daba a entender su compromiso con una operación defensiva y, por tanto,

comprensible y justa. Julio César haría cuarenta años después la misma declaración cuando volvió su ejército contra Roma tras cruzar el Rubicón<sup>102</sup>.

Cuando el ejército de Sila hubo entrado cinco millas en territorio romano, el Senado hizo un último esfuerzo para atajar su marcha. Sila prometió ceder; no obstante, envió un contingente. Cuando sus hombres entraron en la ciudad, se toparon con una feroz resistencia civil bajo una lluvia de piedras y tejas, hasta que llegó Sila para hacerse cargo de la situación. Sulpicio y Mario trataron de lanzar a sus seguidores contra él, pero Sila marchó sobre el Foro y tomó el Capitolio. Cuando, al día siguiente, se le pidieron explicaciones, volvió a responder que utilizaba su autoridad como cónsul para defender a la comunidad de sus enemigos. Pronto declaró formalmente enemigos públicos (*hostes publici*) y, por tanto, fuera de la ley, a Sulpicio, Mario (que ya había huido a África) y diez de sus colaboradores más cercanos. Solo Sulpicio fue capturado y ejecutado. Por lo demás, este golpe de Sila fue incruento porque ambos lados se esforzaron en evitar choques entre soldados y ciudadanos dentro de la ciudad.

Por limpia que haya sido la acción de Sila, no cabe duda de que marcó un punto de inflexión en el destino de Roma. Los efectos inmediatos fueron calamitosos. Únicamente las acciones posteriores de Sila como dictador — cargo investido de poderes de emergencia por un tiempo limitado, que él amplió— pondrían de manifiesto que sus acciones iniciales eran el comienzo de un ciclo de violencia civil que no finalizaría hasta la creación del imperio con la entronización de Augusto como emperador en 27 AEC.

Sila no había intentado nada ni remotamente parecido a una subversión militar de la república. Pero lo cierto es que entró en la ciudad con un ejército y trató formalmente a sus rivales romanos como a enemigos externos, ambas cosas por primera vez en la historia de Roma. Y el ejército permaneció en la ciudad, inactivo pero sin duda intimidatorio, mientras él dejaba sin efecto el programa legislativo de Sulpicio. Pero tan pronto hubo hecho esto, envió sus tropas fuera y dejó Roma a sus dos cónsules recién electos, Cneo Octavio y Lucio Cornelio Cina. Sin embargo, muy pronto los cónsules discreparon entre sí sobre la manera de tratar a los italianos a los que se acababa de reconocer el derecho de voto. Sus respectivos partidarios se enzarzaron a golpes y la violencia se intensificó rápidamente cuando Octavio mandó matar



a algunos de los nuevos ciudadanos y Cina abandonó Roma con el fin de recabar apoyo para solucionar sus problemas políticos por la vía militar.

El Senado de Roma declaró *hostis* a Cina. Era la segunda vez que se calificaba a un ciudadano como enemigo de Roma. Cina tramó una alianza con Mario, regresó con un ejército y rodeó Roma. Al igual que en la primera ocasión en que la ciudad había sido objeto de amenaza militar, se enviaron comisionados y, una vez más, un cónsul y comandante regresó al poder al frente de un ejército. Sin embargo, esta vez se declararía enemigo público a Sila y se lo enfrentaría a Mario, quien al año siguiente se uniría a Cina como cónsul.

Así quedó montado el escenario para la siguiente gran confrontación — que sería la segunda guerra civil de Roma— entre los dos enconados rivales. A finales de 85 AEC, Sila escribió al Senado desde Grecia recordando sus victorias en nombre de Roma y jurando vengarse de sus enemigos. No era una vana amenaza. Sila se había negado a reconocer la declaración previa que lo convertía en enemigo público y, creyéndose legitimado a encabezar el ejército que él mismo había conducido contra el rey Mitrídates, planeaba, y sus adversarios lo sabían, llevar sus fuerzas de nuevo contra Roma.

Tras el fracaso de sus negociaciones con el Senado, en la primavera de 83 AEC Sila comenzó su avance. Al poco tiempo se le unieron Craso y Pompeyo, quien, llegado el momento, obtendría a los veinticuatro años sus precoces victorias en la campaña de África durante la guerra civil. A lo largo del año siguiente, Sila y sus hombres se acercaron gradualmente a Roma; cuando llegaron a la ciudad, sus enemigos la habían abandonado. A la ocupación le siguió una serie de proscripciones que produjeron la ejecución y desposesión de destacados adversarios y la exclusión de los cargos públicos a sus descendientes. En cuanto a Sila, retornó a su posición de dictador.

Más tarde, en Roma y para los herederos de Roma, Sila sería la verdadera encarnación del líder militar audaz que reclama poderes de emergencia con fines personales, imagen que se asignaría posteriormente a otros líderes en armas, desde Julio César a Oliver Cromwell dieciocho siglos después. Pero a él se atribuye también el hecho de dar forma humana a la guerra civil y definir sus rasgos para generaciones de romanos. Como observa contundentemente Apiano, cuando Mario y Sulpicio se enfrentaron a Sila en

su camino al Foro, «se produjo entre los enemigos políticos una lucha que, por primera vez en Roma, no se daba en forma de discrepancia civil, sino abiertamente como guerra, con trompetas y estandartes [...] De esta manera, los episodios de lucha civil escalaron de la rivalidad y la disputa al asesinato y del asesinato a la guerra abierta. Fue el primer ejército formado por ciudadanos romanos en atacar su propio país como si se tratara de una potencia hostil»<sup>103</sup>. El momento marcó el advenimiento de la guerra civil como acontecimiento y no tan solo como idea.

La meditada exposición de Apiano sobre las razones que explican la extraordinaria relevancia de las acciones de Sila más tarde daría forma a la manera de comprender precisamente qué había de guerra en la guerra civil. Comienza con un típico análisis griego de una comunidad acerbamente dividida entre plebeyos y patricios sobre temas tales como leyes, deudas, distribución de la tierra y la gestión de las elecciones. Sin embargo, a pesar de la animadversión, ninguno de los dos lados, como explica Apiano, llegaba a las manos y ni siquiera sus enfrentamientos más violentos podían compararse, por ejemplo, con el momento en que Coriolano, el general renegado, se alió con los enemigos de Roma y en 491 AEC se volvió contra la ciudad.

Para Apiano, lo mismo que para la mayoría de los comentaristas romanos, lo que distingue la guerra civil de otras agitaciones internas es la posesión de armas y la adopción de las reglas de la guerra. Únicamente cuando «los líderes facciosos lucharon entre sí al estilo militar y con grandes ejércitos por el dominio de su tierra natal», lo que sucedió bajo Sila y Mario, se pudo decir que la guerra civil había comenzado de verdad<sup>104</sup>. Las trompetas y los estandartes eran los signos visibles, la guerra convencional era el medio, y el control político, el fin. En resumen, se trataba de las señales peculiares de la guerra civil, en oposición al simple tumulto, la disensión o la sedición.

Los romanos introdujeron dos elementos de la guerra civil que habrían de crear un aire de familia entre las concepciones posteriores. El primero fue que la guerra se desarrolla dentro de las fronteras de una única comunidad política. En el caso romano, esta comunidad estaba en constante expansión, primero de la ciudad de Roma a la península italiana y luego a la cuenca del Mediterráneo, de modo que la ciudadanía romana abarcaba cada vez más

pueblos. Esta expansión de los límites de la comunidad tal como la define la guerra civil habría de repetirse en siglos posteriores para alcanzar su máxima extensión en nuestra propia generación con la noción de «guerra civil global», como veremos más adelante. Los romanos también sabían que en una guerra civil debía haber al menos dos contendientes y uno de ellos con legítima pretensión de autoridad sobre la comunidad. Estos elementos se transmitirían no solo a través del lenguaje de la guerra civil, sino también en los relatos de diversas guerras civiles que, tanto en latín como en griego, produjeron los historiadores romanos para exponer y comprender las calamidades en serie que castigaban su comunidad.

La guerra llegó a definir la historia de la civilización romana, ya fuera como maldición que la comunidad no podía quitarse de encima, ya como catarsis de las enfermedades populares de la república que permitió la restauración de la monarquía. Más adelante, los herederos de Roma en la parte latina de Occidente percibirán sus propios problemas internos con ayuda del repertorio de ejemplos e imágenes extraído del *corpus* romano de escritos sobre el tema. El legado de Roma al mundo no consta únicamente de columnas y capiteles, anfiteatros y acueductos, leyes y la propia lengua latina. Entre lo más duradero y más inquietante de ese legado se encuentra el concepto de guerra civil. En realidad, durante más de un milenio y medio, la guerra civil se contempló con mirada de romanos.

---

[54](#) Loraux, *Divided City*, trad. Pache y Fort, 108.

[55](#) Nicolet, *Demokratia et aristokratia*; Wiedemann, «Reflections of Roman Political Thought in Latin Historical Writing», 519.

[56](#) «Aemulumque Thucydidis Sallustium»: Velleius Paterculus, *Historiae* 2.36.2; Scanlon, *Influence of Thucydides on Sallust*; Pelling, «Learning from “That Violent Schoolmaster”».

[57](#) Botteri, «Stásis».

[58](#) Clavadetscher-Thürlemann, *Πόλεμος δίκιος und bellum iustum, und bellum iustum*, 178-183; Wynn, *Augustine on War and Military Service*, 128-131.

[59](#) Rosenberger, *Bella et expeditiones*.

[60](#) Keenan, *Wars Without End*, 32.

[61](#) Jal, *La guerre civile à Rome*, 19-21; Urbainczyk, *Slave Revolts in Antiquity*, 100-115; Schiavone, *Spartacus*.

[62](#) Robert Brown, «The Terms *Bellum Sociale* and *Bellum Civile* in the Late Republic», 103.

[63](#) Sobre cómo entendían la *civitas* los romanos, véase Ando, *Roman Social Imaginaries*, 7-14.

[64](#) Harvey, *Rebel Cities*; Hazan, *History of the Barricade*.

[65](#) Brett, *Changes of State*.

[66](#) Plato, *Republic* 462a-b, en *Collected Dialogues*, 701 [Platón, *La República*, trad., int. y notas de José Manuel Pabón y Manuel Fernández Galiano, Madrid, Alianza Editorial, 2008].

[67](#) Gehrke, *Stasis*.

[68](#) Price, *Thucydides and Internal War*, 30-32.

[69](#) Plato, *Republic* 470b-c, en *Collected Dialogues*, 709 [Platón, *La República*, ed. cit.].

[70](#) Plato, *Laws* 628b, 629d, en *Collected Dialogues*, 1229, 1231 [Platón, *Las Leyes*, trad., int. y notas de José Manuel Pabón y Manuel Fernández Galiano, Madrid, Alianza Editorial, 2008]; Price, *Thucydides and Internal War*, 67-70.

[71](#) Stouratis, «Byzantine War Against Christians»; Kyriakidis, «Idea of Civil War in Thirteenth-and Fourteenth-Century Byzantium».

[72](#) Panourgía, *Dangerous Citizens*, 81-86.

[73](#) Loraux, «*Oikeios polemos*».

[74](#) Plato, *Republic* 471e, en *Collected Dialogues*, 710 [Platón, *La República*, ed. cit.].

[75](#) Thucydides, *Eight Bookes of the Peloponnesian Warre* 3.81-83, trad. Hobbes, 187-190 [Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, trad. e introducción de Antonio Guzmán Guerra, Madrid, Alianza Editorial, 2014]. En la actualidad se acepta en general que la sección inmediatamente posterior a esta descripción de la *stasis* (3.84) es una interpolación ulterior. Fuks, «Thucydides and the Stasis in Corcyra».

[76](#) La de Hobbes es la primera traducción de Tucídides del griego; una versión inglesa anterior, *The Hystory Writtone by Thucidides the Athenyan of the Warre, Whiche Was Betwene the Peloponesians and the Athenyans*, trad. Nicolls, fue traducida de la versión francesa de Claude de Seyssel. Esta también evita en general «*guerra civil*» a favor de «*disensión civil*», «*sedición civil*» o «*batallas civiles*», por ejemplo. Sobre el contexto político de la traducción de Hobbes en los años veinte del siglo XVII —completamente distinto, pues, del de las guerras civiles de los años cuarenta del mismo siglo—, véase Hoekstra, «Hobbes's Thucydides», 551-557; sobre la recepción moderna de Tucídides más en general, véase Harloe y Morley (comps.), *Thucydides and the Modern World*.

[77](#) Sobre Tucídides y la medicina de su época, véase Price, *Thucydides and Internal War*, 14-18, y sobre las analogías entre su descripción de la *stasis* y su tratamiento de la peste en Atenas (2.47-58), véase Orwin, «*Stasis and Plague*».

[78](#) Thucydides, *Eight Bookes of the Peloponnesian Warre*, trad. de Hobbes, 198, 199 (es decir, 188, 189) [Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, ed. cit.] Sobre las consecuencias lingüísticas de la voz *stasis*, véase Loraux, «Thucydide et la sédition dans les mots».

[79](#) Thucydides, *War of the Peloponnesians and the Athenians* 3.74, trad. de Mynott, 208 [Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, ed. cit.].

[80](#) Estoy muy agradecido a Richard Thomas por su insistencia en este punto importante acerca de las dimensiones espaciales de la guerra civil, en oposición a la *stasis*.

[81](#) Thomas de Quincey, «[“Greece Under the Romans”, draft]», enero-marzo, 1844, en *Works of Thomas de Quincey*, 15:539, nota a pie de página. Agradezco a Jennifer Pitts por llamarme la atención sobre este pasaje.

[82](#) Thucydides, *War of the Peloponnesians and the Athenians*, trad. de Mynott, 212 n1 [Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, ed. cit.].

[83](#) Thucydides, *Eight Bookes of the Peloponnesian Warre*, Hobbes, 198 (o sea, 188) [Tucídides, ed. cit.].

[84](#) Loraux, *Divided City*, 107-108, 197-213; Ando, *Law, Language, and Empire in the Roman Tradition*, 3-4.

[85](#) Thucydides, *War of the Peloponnesians and the Athenians* 4.64, trad. de Mynott, 273 [Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, op. cit.]; Loraux, «Oikeios polemos».

[86](#) Brunt, *Social Conflicts in the Roman Republic*; Lintott, *Violence in Republican Rome*.

[87](#) Sobre la distinción entre agitación y guerra civil, véase Jal, «“Tumultus” et bellum “ciuile” dans les Philippiques de Cicéron»; Grangé, «*Tumultus et tumulto*».

[88](#) Livy, *History of Rome*, 1.7, en *Rise of Rome*, Luce, 10-11 [Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, 7 vols., Madrid, Gredos, 1993]; Wiseman, *Remus*.

[89](#) Lucan, *Bellum civile*, 1.95, en *Civil War*, trad. de Braund, 5 [Lucano, *Farsalia*, ed. a cargo de Sebastián Mariner, Madrid, Alianza Editorial, 1996, 72]; también cita en Augustine, *City of God Against the Pagans* 15.5, ed. y trad. de Dyson, 640 [Agustín, *La ciudad de Dios*, ed. bilingüe de José Morán, Madrid, Biblioteca de autores cristianos, 1964].

[90](#) Beard, *SPQR*, 73-74.

[91](#) Sobre el significado de *res publica*, véase Lind, «Idea of the Republic and the Foundations of Roman Political Liberty».

[92](#) Livy, *History of Rome*, 2.1, en *Rise of Rome*, 71 [Tito Livio, op. cit.]; Arena, *Libertas and the Practice of Politics in the Late Roman Republic*.

[93](#) Raaflaub, *Social Struggles in Archaic Rome*.

[94](#) Véase, por ejemplo, Draper, *Dictatorship of the Proletariat*, 11-27 (sobre «dictadura»); Lekas, *Marx on Classical Antiquity*; Bonnell, «“A Very Valuable Book”: Karl Marx and Appian». El empleo que

Marx hace de la lengua latina en referencia al conflicto interior merecería mucha más investigación.

[95](#) Plutarch, «Tiberius and Gaius Gracchus», en *Roman Lives*, trad. de Waterfield, 98-99, 113-114 [Plutarco, «Tiberio y Cayo Graco», en *Vidas paralelas*, vol. viii, trad. de Carlos Alcalde Martín, Madrid, Gredos, 2010].

[96](#) Appian, *Civil Wars* 1.1-2, trad. de Carter, 1 [Apiano, *Historia Romana*, trad. y notas de A. Sancho Royo, Madrid, Gredos, 1985]; Price, «Thucydidean Stasis and the Roman Empire in Appian's Interpretation of History».

[97](#) *Ibid.* 1.1-2, trad. de Carter, 1-2.

[98](#) Jal, «“Hostis (Publicus)” dans la littérature latine de la fin de la République».

[99](#) Flower, «Rome's First Civil War and the Fragility of Republican Culture», 75-78.

[100](#) Sherwin-White, *Roman Citizenship*, 40, 264-267.

[101](#) Keaveney, *Sulla*, 45-50; Seager, «Sulla».

[102](#) Raaflaub, «Caesar the Liberator?».

[103](#) Appian, *Civil Wars*, 1.59-60, trad. de Carter, 32-33 [Apiano, *Historia Romana*, trad. y notas de A. Sancho Royo, Madrid, Gredos, 1985].

[104](#) *Ibid.*, 1.1, 1.55, trad. de Carter, 1, 30.

## CAPÍTULO 2

# LA MEMORIA DE LA GUERRA CIVIL VISIONES ROMANAS

«El olvido es la mejor defensa contra la guerra civil», es lo que pensaba el orador e historiador romano Tito Labieno<sup>105</sup>. Hoy, en lenguaje psicológico popular llamaríamos a esto represión, o sea, el intento de suprimir los recuerdos dolorosos mediante un esfuerzo de amnesia voluntaria. Pero puesto que con frecuencia la represión va unida al trauma, empujar esos recuerdos a la profundidad del inconsciente puede requerir mucha energía y no puede hacerse indefinidamente. Incluso los romanos, que intentaron al máximo no hablar de la guerra civil, se sorprendieron a sí mismos reviviéndola en sus escritos y sus discursos. Y tanto para sus contemporáneos como para sus sucesores fue muy difícil referirse a ella en términos que no derivaran de la experiencia romana.

Para muchos romanos, la guerra civil seguía siendo la guerra que no se atrevía a decir su nombre. La expresión *bellum civile* debía sopesarse con cuidado y, en caso de pronunciarla, hacerlo con parquedad, debido a los amargos recuerdos de graves conflictos. El ejemplo más claro de esa reticencia podría ser el de Julio César, protagonista de la guerra civil y a la vez historiador. César relató su lucha por el poder con Pompeyo en una obra que hoy se conoce simplemente como *La guerra civil*. En parte historia de la campaña, en parte autobiografía y en parte autojustificación, la obra es la continuación directa de sus siete libros de análoga finalidad relativos a la conquista de Galia, normalmente conocida como *La Guerra de las Galias*. Pese a que el comienzo del relato quedó inconcluso o, en realidad, fue abandonado, y la historia se ha perdido, parece seguro que César no la llamó «Guerra Civil». Este título, que solo aparece en manuscritos posteriores, habría sido entonces una elección insólita, incluso impensable. La realidad es que César hizo todo lo posible por evitar el uso de dicha expresión en su

texto. En los libros que han llegado hasta nosotros, la expresión *bellum civile* aparece solo dos veces: en un pasaje, deteriorado por cierto, en el cual el autor la pone en boca de soldados nerviosos y posiblemente desilusionados de su ejército, que hablan del gran temor que los embarga; y en otro en el que el propio César la utiliza de manera informal y retrospectiva para describir su lucha con Pompeyo<sup>106</sup>.

César y Pompeyo habían hecho en 60 AEC una alianza de conveniencia contra sus enemigos comunes en el Senado, una alianza que se vio fortalecida en 59 AEC con el matrimonio de Pompeyo con la hija de César, Julia. Sus acuerdos políticos incluían también a un tercer hombre, Marco Craso, razón por la cual se conoció como primer triunvirato (es decir, el gobierno de tres hombres, o *viri*). El mismo año en que César y Pompeyo sellaron una relación de parentesco, el primero asumió las posiciones más elevadas de la república en calidad de uno de los dos cónsules anuales que gobernaban la comunidad, y comandó sus ejércitos. Mientras ejercía su cargo, proyectó un mando militar de cinco años en la Galia Cisalpina, cerca de Roma, en parte para asegurarse la inmunidad respecto de la persecución del Senado en relación con acciones de las que era responsable en tanto que cónsul. En 56 AEC, también Pompeyo y Craso se aseguraron mandos similares por cinco años y luego aprobaron una legislación que prolongaba la posición de César hasta 50 AEC.

Cuando llegó ese momento, Julia y Craso habían muerto y los partidarios de César intrigaron en su nombre en Roma, al tiempo que hacían lo mismo los de Pompeyo. La crisis llegó a su culminación cuando el Senado decidió que César y Pompeyo debían entregar sus respectivos mandos. Ninguno de los dos lo hizo. Después de que el cónsul vigente, Léntulo, exonerase a los tribunos del pueblo, Antonio y Casio, que tenían facultades para mantener a César en su puesto, el Senado declaró el estado de emergencia para «evitar daños a la República». Eso impulsó a César a marchar sobre Roma. Se esforzó todo lo que pudo por negar que sus acciones y las del ejército fueran un movimiento ofensivo contra sus conciudadanos romanos. Al igual que cualquier comandante romano, insistió en la justicia que asistía a su causa, que explicó como maniobra puramente defensiva. Los verdaderos infractores, decía, eran los miembros de una poderosa minoría del Senado que se había



confabulado para despojarlo del consulado violando la constitución romana:

César interrumpe su discurso diciendo que él no había salido de su provincia para hacer daño a nadie, sino para defenderse de las afrentas de sus enemigos, para restituir en su dignidad a los tribunos de la plebe expulsados de Roma por esta disputa y para devolver la libertad a sí mismo y al pueblo romano<sup>107</sup>.

El paso al que César se refiere aquí —«había salido de su provincia»— fue el acto que habría de convertirse en uno de los mayores legados de Roma al repertorio posterior de la guerra civil. Fue el momento, enero de 49 AEC, en que César atravesó con su ejército el río que demarcaba la frontera entre la provincia de Galia, donde ejercía su autoridad como mando militar, y la propia Roma, a la que ese poder militar tenía prohibido el acceso. El nombre del angosto río pasó a la historia: Rubicón. Así, la expresión «Cruzar el Rubicón» pasó a denominar toda decisión política problemática, rápida e irreversible<sup>108</sup>.

Al obviar la estricta separación entre mando militar y mando civil, el acto llevó la guerra, que tan celosamente se tenía controlada allende las fronteras de Roma, al dominio de paz propio de la comunidad. Los guardianes de la memoria de Roma, sus historiadores y sus poetas, narrarían diversas versiones del acontecimiento. Plutarco y Apiano cuentan que César envió una pequeña fuerza a Ariminum, el actual centro turístico de Rímini, a dieciséis kilómetros al sur del Rubicón, para que penetraran en la ciudad. Luego se excusaría de haber cenado antes discretamente con un pequeño grupo de asistentes en un carruaje que cogió allí.

Al caer la noche, César, hombre de pensamiento profundo, vaciló ante el río antes de dar a conocer sus dudas a sus compañeros. «Si me abstengo de realizar este cruce, amigos, será para mí el comienzo de la desventura —dijo César según el retrato que Apiano presenta de él—, pero si cruzo, lo será para toda la humanidad». En un estallido de emoción, cruzó rápidamente el río pronunciando las proverbiales palabras de un jugador osado y calculador: «¡La suerte está echada!»<sup>109</sup>.

El historiador Suetonio agrega a la escena una cautivadora y misteriosa

mujer flautista que arrebató una trompeta a uno de los hombres de César y, tras saltar al otro lado del río, convoca al ejército desde esa margen. También Lucano habla de una mujer en la escena, vestida de luto, desaliñada encarnación de Roma, que aterroriza al general con sus advertencias: «Si venís conforme a derecho, como ciudadanos, justo hasta aquí os es permitido [llegar]». Pero en Lucano, César da el paso decisivo con pleno conocimiento de la trascendencia de la acción: «Aquí, aquí abandono la paz y unos derechos profanados y voy, Fortuna, en pos de ti. Queden ya lejos de aquí los pactos; ya bastante nos hemos confiado a ellos; a la guerra hay que tomar por juez»<sup>110</sup>. Los artistas de tiempos posteriores tendrían que elegir si agregaban o no la curiosa flautista o la desconsolada figura de Roma en sus descripciones de la escena<sup>111</sup>. Para César no había elección.

Según la versión de los sucesos que César realiza en tercera persona, el general y su legión hicieron simplemente su repentina aparición en Ariminum como por arte de magia. No hay ninguna referencia al cruce ni ninguna indicación de angustiada conversación, nada que sugiera que César considerara ese desplazamiento como algo decisivo para el destino de Roma ni para su futuro personal. Ninguna presencia de mal agüero, en realidad ningún otro personaje en el drama fuera del propio César. Todo lo que escribe acerca del incidente es esto: «Conocida la disposición de ánimo de los soldados, se dirige a Rímini con aquella legión y allí encuentra a los tribunos de la plebe que habían ido a refugiarse junto a él»<sup>112</sup>. A los ojos del Senado y a juicio de la mayor parte de la posteridad, César había «declarado la guerra civil y había desafiado los anatemas pronunciados contra los generales que cruzaran el Rubicón en armas, condenados a los dioses infernales». Es lo que pensaba Napoleón Bonaparte, su gran admirador, mientras dictaba sus notas a las historias de César durante su exilio en la isla de Santa Elena, en 1819<sup>113</sup>.

En cuanto al tema de la guerra civil, César fue un original maestro de la negación. Su gran rival, el jurista, estadista y filósofo Marco Tulio Cicerón, no se mostró en absoluto tan reprimido como él a ese respecto. Hay tres razones que acreditan la autoridad de Cicerón en relación con el propósito de nuestra historia. En primer lugar, fue, que se sepa, el primer escritor en emplear la expresión, aunque durante mucho tiempo lo hizo casi tan raramente como César mismo, solo dos veces en sus voluminosos escritos y

discursos entre 66 y 49 AEC<sup>114</sup>. En segundo lugar, mostró la flexibilidad de las fronteras existentes entre la concepción romana de la guerra civil y su comprensión de otras formas de amenaza armada organizada. Y en tercer lugar, proporciona evidencias de que los romanos concebían sus luchas internas como algo completamente distinto de los disensos de los griegos, a quienes tanto admiraban.

Cicerón fue el primero en emplear la expresión «guerra civil». Lo hizo en un discurso que pronunció en 66 AEC, exactamente en el mismo sitio del Foro en el que, veintitrés años después, se exhibirían su cabeza y sus manos tras ser asesinado. En ese discurso defiende el ofrecimiento del mando de la guerra contra el enemigo más peligroso de Roma en Asia Menor, Mitridates, rey del Ponto, al general Cneo Pompeyo, o Pompeyo el Joven, con el tiempo más conocido simplemente como Pompeyo, el principal adversario de César. Tras señalar que lo que se jugaba en esa guerra justa era nada menos que la gloria y el honor de Roma, así como el futuro de su imperio, Cicerón pide a sus oyentes que imaginen el tipo de comandante en jefe que se necesitaba para llevar a Roma a la victoria, un hombre con experiencia militar, capacidad, autoridad y buena fortuna. ¿Quién mejor que Pompeyo? ¿Quién poseía esas cualidades en mayor medida que él, precoz general que había asumido su primer mando importante a los dieciocho años? Había luchado contra todo nuevo enemigo, en todos los escenarios imaginarios de la guerra que los romanos habían afrontado en las dos últimas décadas:

¿Hay alguna variedad de guerra en la que él, por fortuna del Estado, no haya sido puesto a prueba? Guerra *civil*; guerra de África; guerra transalpina; guerra hispana (en la que los ciudadanos romanos estaban mezclados con pueblos muy belicosos); guerra servil; guerra marítima, y tantas otras, tan diferentes por su naturaleza como el carácter de los enemigos, todas ellas por él solo no ya dirigidas, sino llevadas a términos felices, atestiguan que en el campo del arte militar no hay nada que sea extraño a la ciencia de este varón eminente<sup>115</sup>.

Por derrotar a los rebeldes de África del Norte, España y Gales, más otros dos triunfos militares cuando todavía no había cumplido los treinta años, Pompeyo había ganado el apodo de Magnus, «el Grande», en referencia a su

héroe, Alejandro Magno. También aplastó fácilmente los restos de la rebelión esclava de Espartaco en Sicilia, barrió a los piratas del Mediterráneo en una sorprendente campaña de tres meses y luchó con éxito contra las fuerzas de Cneo Papirio Carbón en Sicilia, en 82 AEC, y de Marco Emilio Lépido en Etruria, en 77 AEC<sup>116</sup>. Salvo en lo que se refiere a las guerras contra los esclavos y los piratas, todas estas hazañas tuvieron plena o parcialmente por enemigos a conciudadanos. Las guerras «civiles» formaban parte de la reciente historia de Roma y ya resultaba difícil distinguirlas de las guerras contra enemigos externos.

La mención que Cicerón hace de la guerra «civil» en su defensa de Pompeyo demuestra que la expresión ya se empleaba de manera generalizada. Por tanto, no era el primero en pronunciarla, aunque su empleo registrado es todavía hoy el más antiguo. Su lista de las guerras en las que intervino Pompeyo implicaba también una jerarquía de enemigos y de desafíos, los más oprobiosos de los cuales eran los piratas y los esclavos, pero los más duros de derrotar eran los ciudadanos romanos. Así, Cicerón no debió de dejar ninguna duda en sus oyentes acerca de que la victoria en las guerras «civiles» de los años 80 AEC era el logro más importante de Pompeyo, aun cuando esas guerras se volvieran de inmediato innombrables. Después de todo, Cicerón hablaba como partidario de Pompeyo, y este es seguramente el sentido en que su público tomaría su tendenciosa mención de la guerra civil como equiparable a la derrota de los enemigos externos de Roma y las amenazas internas. De esta manera, la guerra civil fue reinventada a poco de haberse inventado: primero, como un horror inconcebible, pero enseguida como un concepto más escurridizo, susceptible de transformarse en algo que, aunque desprovisto de valor y de honra por sí mismo, constituía al menos una ocasión en que podía darse muestras de valor y de destreza militares.

Esto era engañoso, pues las guerras civiles eran «guerras que no iban a alcanzar triunfo alguno», como dijo Lucano y en lo que la mayoría de los comentaristas romanos estaban de acuerdo<sup>117</sup>. Los rituales romanos de triunfo eran la recompensa por la victoria en una guerra justa contra un enemigo externo, o eso era lo que la convención mandaba. Un ejército victorioso proclamaba *imperator* a su general, quien solicitaba entonces

permiso al Senado para diversos rituales de agradecimiento; llegado el momento, pues, la concesión de un triunfo formal era frecuente. «A ningún hombre —escribió el historiador Valerio Máximo en el siglo I EC—, por grandes y eminentemente útiles para la comunidad que hubieran sido las acciones que realizara en una guerra civil, se otorgó por ellas el título de *imperator*, ni se decretó ningún agradecimiento, ni se le rindió el homenaje de un triunfo en forma de ovación ni con una cuadriga, pues se consideraba que siempre esas victorias, aunque necesarias, habían sido dolorosas, en tanto habían derramado sangre nacional y no extranjera»<sup>118</sup>. Pompeyo, sin embargo, recibió triunfos por victorias en África y España «que eran en realidad guerras civiles» y, más tarde, César celebró una serie de triunfos sobre sus enemigos —ciudadanos y extranjeros por igual— en Galia, Egipto, Ponto y África, así como luego sobre los hijos de Pompeyo, en evidente violación del tabú contra los triunfos en guerras civiles<sup>119</sup>. Cuando, finalmente, Octaviano accedió al poder como emperador Augusto tras haber derrotado a Marco Antonio y Cleopatra en la Batalla de Accio en 31 AEC, también celebró un triunfo, pero solo después de haber mostrado que los enemigos sobre quienes había conseguido la victoria eran tanto extranjeros como conciudadanos. Las fronteras entre diferentes tipos de guerra seguían siendo porosas y discutibles; la lógica de la justicia que asistía al vencedor podía determinar la definición, pero, en muchas de las guerras de la última etapa de la república, únicamente mediante la eliminación del elemento «civil»<sup>120</sup>.

Los romanos creían que su experiencia de guerra civil era anómala cuando se la comparaba con la historia griega y con los comienzos de su propia ciudad. Se requería un peculiar tipo de orgullo invertido para ver en la violencia interna de la república una innovación respecto de las conmociones menos estructuradas y menos visiblemente bélicas de los griegos. Así lo reconocía por cierto Cicerón. Poco antes del asesinato de César, en 44 AEC, el senador escribió una obra en la que aconsejaba a su hijo, Marco, que a la sazón vivía en Roma, que ampliara su educación en Atenas. Esta obra, más conocida como *Sobre los deberes* o *Los oficios* (43 AEC), fue en parte un velado argumento a favor del tiranicidio; en ella Cicerón señalaba la diferencia entre la concepción griega y la romana de la división interna.

Menciona a Sócrates, en *La República* de Platón, a propósito de la necesidad de perseguir el bien común, y advierte a Marco contra la división de la República Romana en facciones de demócratas y aristócratas. Luego Cicerón observa que aunque los griegos habían experimentado en realidad grandes discordias, las divisiones en Roma eran diferentes en escala, forma y nombre. Los romanos no habían sufrido solo sediciones —agitaciones que los griegos habrían llamado *stasis*—, sino algo mucho peor y completamente nuevo: «pestíferas guerras civiles» (*pestifera bella civilia*). Cualquier ciudadano serio y valiente habría evitado y condenado la guerra civil<sup>121</sup>. A pesar de eso, puede considerársela un invento de Roma.

\* \* \*

Los oradores, poetas e historiadores romanos se esforzaron por explicar la caída de su comunidad en la contienda armada formal. Reflexionaban sobre la cuestión de la responsabilidad de las guerras civiles, en busca de señales de decadencia en la salud moral de Roma. Los embargaba la idea de que la guerra civil se repitiera tras períodos de aparente calma. Finalmente, lo que legaron a los futuros lectores fue una visión de la historia estructurada en torno a un fenómeno traumáticamente recurrente y éticamente desafiante que, sin embargo, era la paradójica marca de la civilidad, incluso (para usar un término posterior) de la civilización misma. De todas estas maneras, los romanos se convirtieron en los guardianes de la memoria de la guerra civil, tanto para su pueblo como para los tiempos por venir.

Recordar la guerra civil fue siempre una empresa arriesgada, como daba a entender Tito Labieno cuando aconsejaba el *oblivio* (olvido). El recuerdo venía acompañado del peligro de exaltar las pasiones y reencender la guerra civil. Es lo que podemos ver de modo más conmovedor en los primeros intentos romanos en el campo de la guerra civil por parte de un compañero de César, Cayo Asinio Polión. Según el orador Quintiliano, Polión, «hombre original para todos los tiempos», fue escritor, político, protector de poetas (entre otros, Horacio y Virgilio) e incluso fundador de la primera biblioteca pública de Roma. Su autoridad para escribir sobre la guerra civil se basaba en haber luchado con César en 49 AEC. En efecto, había estado junto a César

mientras el general cavilaba angustiado a orillas del Rubicón y luego había asumido el riesgo con él. Después del asesinato de César en 44 AEC, Polión fue honrado con el cargo de cónsul y tuvo un triunfo militar en 39 o 38 AEC. Más tarde, cuando se retiró de la vida pública, Polión, al igual que otros políticos romanos en esa condición, se dedicó a la literatura como una forma de política por otros medios. Conocemos el tema de su obra más importante por la oda que su cliente Horacio le dedicó sobre el mismo tema:

Las discordias civiles desde el cónsul  
Metelo con sus causas, culpas, formas;  
los juegos de Fortuna, el pésimo  
confabularse de los magnates;  
las armas tintas en no expiada sangre  
describes, obra llena de aleatorios  
riesgos, pisando la falaz  
ceniza que ascuas bajo ella oculta<sup>122</sup>.

En tanto seguidor de César, Polión, que trabajaba bajo la influencia de su asesinato, pensaba sin duda que la muerte del general estaba todavía sin vengar (de ahí la alusión de Horacio a «las armas tintas en no expiada sangre»). Su historia, pues, habría de ser en cierto modo un ejercicio de rehabilitación. Sin embargo, tal como César sabía, tras cruzar el Rubicón todo dependía del azar; o, en las palabras que a él se atribuyen de manera generalizada, «la suerte está[ba] echada» (*jacta alea est*). Al recordar el aforismo de César, Horacio combina con habilidad la decisión de César con la peligrosa empresa de Polión («obra llena de azarosos peligros»), pues el mayor peligro reside en mantener viva la llama de la memoria. Aun cuando se la concibiera como una pira ritual, podría convertirse en algo mucho más destructivo, puesto que el volcán humeante puede entrar en erupción en cualquier momento. El potencial para una nueva explosión de conflicto civil siempre estuvo presente. Ocuparse de la historia de la guerra civil es siempre como caminar sobre el fuego.

La guerra civil entró en erupción una y otra vez a lo largo de más de un siglo de historia romana entre los años 80 AEC y más allá de los 60 EC. La primera guerra civil de Sila contra Mario en 88-87 AEC condujo a una

segunda serie de disputas entre ellos en 82-81 AEC. Dos décadas después, los veteranos empobrecidos en las guerras de Sila dieron apoyo a la conspiración del senador Catilina para que se hiciera con el control de la ciudad en 63 AEC. Cicerón era una de las víctimas que el golpe tenía previstas en sus planes, pero fue alertado del peligro y lanzó su ataque político y de oratoria para derrotar a ese enemigo de la república. Casi veinte años después, César dio comienzo a una guerra civil que inauguró un ciclo de intermitente violencia armada que comprometió primero a Roma, luego a la península italiana y finalmente a gran parte del mundo mediterráneo, incluido Egipto. En este ciclo, los seguidores y los descendientes de César y de Pompeyo continuaron oponiendo sus diferencias en una serie de guerras que habrían de culminar con la victoria de Octaviano sobre Marco Antonio y Cleopatra en la Batalla de Accio en 31 AEC. Con la elevación de Octaviano a la condición de emperador como Augusto en 27 AEC, se ponía término a una secuencia de guerras civiles, pero en la dinámica de sucesión de la autoridad imperial anidaban las semillas de otra.

El encumbramiento de Octaviano trajo consigo un alivio temporal del conflicto, glorificado como la era «augusta» de paz y estabilidad. Pero las décadas inmediatamente posteriores a su fallecimiento, en 14 EC, fueron testigo de un extraordinario florecimiento de escritos sobre la guerra civil y, a su vez, de recurrencia de la guerra misma. Los que se oponían a la monarquía imperial contemplaban retrospectivamente con nostalgia la república como una época en que se había mantenido el bien común (la *res publica*) antes de que se instalara la corrupción. Para otros, sin embargo, los años anteriores a Julio César y el emperador Augusto estaban cayendo en el olvido. «Incluso entre los ancianos, la mayoría había nacido en los tiempos de las guerras civiles: ¿cuántos podrían quedar que hubiesen visto la República?», se lamentaba el historiador Tácito en sus *Anales*, en referencia a quienes todavía vivían a finales del reinado de Augusto. A este respecto, la tiranía era la continuación de la guerra civil por otros medios<sup>123</sup>. Las décadas siguientes, durante el reinado del emperador Tiberio, fueron testigo de más relatos de guerra civil que ningún otro momento de la historia romana. El de Tácito es uno de los pocos que ha llegado hasta nosotros; la mayoría siguió la misma suerte que el de Polión, incluidas las obras de Séneca el Viejo y las del



historiador Aulo Cremucio Cordo, a quien se había acusado de traición en 25 EC por presunta incitación a la guerra civil tan solo por escribir acerca de conflictos anteriores<sup>124</sup>.

Otro destello de remembranza se produjo durante el reinado de Nerón, cuando Lucano escribió su poema épico *La guerra civil* (60-65 EC), sobre las luchas entre César y Pompeyo. Era un poema ambivalente, escrito con los auspicios del emperador, pero con visible nostalgia del mundo anterior a los emperadores, aquel en que, si bien sacudida por la disputa civil, la república había vibrado de vitalidad. Lucano rememoraba los conflictos civiles de un siglo antes y evocaba un cosmos a tono con las desavenencias políticas y militares del mundo humano, en el que los cielos se estremecían por simpatía con las calamidades de la tierra<sup>125</sup>.

La capacidad imaginativa de Lucano, sus inclinaciones republicanas y sus vívidas recreaciones de violencia entre conciudadanos garantizaban su permanencia entre los poetas romanos más ampliamente leídos y admirados durante casi quince siglos, del IV hasta comienzos del XIX<sup>126</sup>. A mediados del siglo XII se realizó una traducción de *La guerra civil* al irlandés medio<sup>127</sup>. En el siglo XIII, un manuscrito de esa traducción llegó a Islandia, donde, en combinación con extractos de *Jugurta* de Salustio y de su *Catilina*, dio lugar a la sinopsis en prosa que constituyó la *Rómverja Saga*, una historia islandesa de Roma narrada a través de sus tumultos, conspiraciones y guerras civiles<sup>128</sup>. A comienzos del siglo XIV, Dante lo consideró «ese gran poeta Lucano»; para Geoffrey Chaucer, más avanzado ese mismo siglo, fue «el gran poeta, el señor Lucano»<sup>129</sup>. Y para Hugo Grocio (1583-1645), el sabio, teórico del derecho y erudito holandés editor de *La guerra civil*, Lucano era nada menos que el «poeta amante de la libertad»<sup>130</sup>. Su popularidad creció y decayó al ritmo de la incidencia de la guerra civil en Europa. En los siglos XVI y XVII, como veremos, fue una fuente decisiva para la comprensión de los conflictos, tanto de los históricos como de los contemporáneos, y aunque su fama se eclipsó en el siglo XIX, tendría nuevos lectores a finales del XX.

Entre los escritores contemporáneos de Lucano en época del emperador Nerón se hallaba el político, poeta y *bon vivant* Tito Petronio Arbiter (ca. 27-66 EC), autor de *El Satiricón*. Este conocido poema describe una cena

imaginaria en la que el poeta igualmente imaginario Eumolpo recita un poema sobre la guerra civil entre César y Pompeyo. Eumolpo califica la guerra civil de «tema verdaderamente grandioso», tal vez tan importante como la *Eneida*, a la que el propio Virgilio había considerado su «gran obra»<sup>131</sup>.

Tanto Lucano como Petronio se suicidaron cuando Nerón era emperador. Tras la muerte de este, en 69 EC, las llamas de la guerra civil se reavivaron en el «Año de los Cuatro Emperadores» (Galba, Otón, Vitelio y Vespasiano). Estas guerras por la sucesión imperial —que, según ciertos relatos, se prolongaron hasta entrado el siglo IV— no serían las últimas guerras civiles de Roma, pero llevaron a su punto culminante los relatos históricos que presentaban Roma como una comunidad peculiarmente inclinada a este tipo de discordia. Ese modelo resultó claro para la visión retrospectiva. «¿No debía yo deducir la declinación del Imperio [Romano] a partir de las guerras civiles que siguieron a la caída de Nerón, o incluso a partir de la tiranía que sucedió al reinado de Augusto?», se preguntaba el historiador Edward Gibbon (1737-1794) en los años ochenta del siglo XVIII, tras la finalización de su famosa historia de la decadencia y caída de Roma. «¡Claro que debía!»<sup>132</sup>.

Lejos de relegar la guerra civil al olvido, los romanos y sus sucesores la recordaron una y otra vez. Se había vuelto tan inevitable como innombrable hasta que, al parecer, no pudieron hablar casi de otra cosa durante siglos porque la guerra civil nunca desaparecía. Un personaje de *Farsalia* de Lucano se lamenta en estos términos: «Nos aguarda padecer otra vez esos sufrimientos, pasaremos por esas fases de la guerra, ese resultado tendrán las luchas civiles»<sup>133</sup>. La redacción de libros sobre las guerras civiles romanas habría de ser una tarea interminable. Al poema de Lucano le siguió cuatro décadas después el relato de Tácito del Año de los Cuatro Emperadores en sus *Historias* (ca. 109 EC). Plutarco, el historiador grecoparlante, escribió una serie de vidas paralelas de personajes griegos y romanos, y entre estos últimos estaban los Graco y los posteriores protagonistas de guerras civiles Mario, Sila, César, Pompeyo y Antonio (ca. 100-125 EC). También en esos años, Apiano, otro historiador que escribía en griego, redactó los libros que han llegado a nosotros de su *Historia Romana*, titulada *Las Guerras Civiles* (ca. 145-165 EC), cuya intención era ofrecer una historia completa que

comprendiera todas las guerras civiles romanas, de Sila a Octaviano.

Aunque menos detallada que las mencionadas, pero con un marco temporal cada vez más amplio, están el popular *Epítome de la Historia Romana*, de Floro (ca. 117-138 o ca. 161-169 EC), que describe los siete siglos posteriores a Rómulo como una serie interminable de diferentes tipos de guerras: externas, serviles, sociales y civiles. Floro considera justas únicamente las primeras y borra a propósito las fronteras entre los otros tipos de guerra, observando, por ejemplo, que la guerra social era en realidad una guerra civil puesto que los aliados que se habían unido a los romanos «para rebelarse en territorio italiano, cometieron un gran crimen en tanto ciudadanos que se rebelaban en el interior de una ciudad». Además, después de describir las guerras contra los esclavos como las más desgraciadas de todas, iguala a ellas en infamia las guerras de Sila y Mario, imagen de las peores desdichas de Roma, con ciudadanos luchando con otros ciudadanos en el Foro como si se tratara de gladiadores —«hombres de la peor calaña»— en la arena. Y para coronar esta indistinción de categorías, Floro persigue las huellas de la extensión de la lucha entre César y Pompeyo fuera de Roma, primero en Italia y luego en el imperio<sup>134</sup>.

En el curso de los casi cinco siglos siguientes, aproximadamente de César a Augusto, los historiadores romanos lucharon con valentía por comprender la mayor maldición de su civilización<sup>135</sup>. Se esforzaron por resolver el problema de las causas. ¿Qué había desencadenado cada una de las guerras civiles de Roma? ¿Era su origen algún defecto fundamental de la república romana? Se preocuparon por las razones que explicaran tantas guerras. ¿Había alguna lógica más profunda? Y trataron de extraer sentido de sus tribulaciones. ¿Había alguna forma ideal de comunidad inmune a la guerra civil? ¿O alguna estructura subyacente a la civilización romana que hiciera inexorable la repetición permanente del flagelo? Estos interrogantes habrían de dar forma a *La ciudad de Dios* (413-426) de Agustín, el historiador norteafricano y obispo de Hipona que sigue estando entre los más importantes historiadores de la guerra civil romana. Pero, antes de detenernos en él, volvamos a algunos de sus predecesores.

Las respuestas de los romanos de la época a aquellos grandes interrogantes dieron lugar a ciertas lecciones claras e intranquilizadoras que

se repetirían y se aprenderían luego durante siglos, a saber: que las guerras civiles no se producían una a una, sino en serie, que dejaban heridas incurables, herederos que exigirían venganza y divisiones que desmembrarían primero la ciudad de Roma y luego todo el Imperio Romano del Mediterráneo y aún más lejos. Dice Tácito al comienzo de su historia de las amargas disputas del siglo I EC: «Emprendo un relato cuajado de calamidades, de batallas atroces, de sediciones y revueltas; un tiempo en que hasta la paz fue inmisericorde. A hierro perecieron cuatro emperadores; hubo tres guerras civiles, numerosas en el exterior y a menudo combinadas»<sup>136</sup>. Así, a pesar de que las guerras civiles se libraban por el control de la ciudad, difícilmente podía distinguírselas de las guerras con el extranjero, pues sus consecuencias afectaban a todo el mundo romano y luego atraían a actores de todo el imperio.

A mayor propagación de la concesión de la ciudadanía romana, mayor era el alcance de la guerra civil. Como dice Floro: «La ira de César y de Pompeyo, como una inundación o un incendio, cubrió la ciudad, Italia, tribus, naciones y finalmente todo el imperio, al punto de que no sería correcto denominarla guerra civil, ni siquiera guerra social o exterior, sino que fue una guerra con algo de todas ellas, peor [incluso] que una guerra»<sup>137</sup>. En este pasaje Floro se hace eco de las líneas iniciales de *Farsalia* de Lucano, el clásico resumen de las angustias romanas a este respecto:

Cantamos las guerras, no meramente civiles, de las llanuras de Ematia, la legalidad otorgada al delito, y a un pueblo poderoso vuelto contra sus propias entrañas con su diestra vencedora; ejércitos de una misma sangre enfrentados y, quebrado el pacto de dominio, una contienda, con todas las fuerzas del orbe sacudido, para ruina común; enseñas chocando con iguales enseñas enhiestas, idénticas águilas y picas que amenazan a picas.

¿Qué furor es este, ciudadanos?»<sup>138</sup>.

Si estas guerras entre César y Pompeyo no son «meramente civiles» es porque se libraron entre dos hombres que habían estado vinculados por un pacto matrimonial; en ese sentido, eran guerras familiares («pariente contra pariente») y no simplemente entre ciudadanos<sup>139</sup>. El resultado es una frase

que se repetiría en la historia posterior: «una guerra sin un enemigo», como llamó el parlamentario inglés general *sir* William Waller a la turbulencia de su propia comunidad en 1643. En tanto conflicto entre parientes y compatriotas, esa guerra era terriblemente tensa porque la lucha era por el poder político y con ello por el derecho a definir la pertenencia misma a la comunidad<sup>140</sup>. Pero, entendida de esta manera, como test de valores, la guerra civil era una lucha necesaria y natural, tan inevitable como terrible.

Las guerras civiles eran realmente guerras, con todo el despliegue de insignias y de armas, igual que la primera guerra que se reconoce como civil —la de Sila—, con su resonancia de tambores y trompetas, pero abarcaban la totalidad del Mediterráneo romano: las «llanuras ematianas» se extendían en el norte de Grecia y fueron el lugar donde se libró la decisiva batalla de Farsalia en 48 AEC, de la que deriva su nombre el poema de Lucano. Si las fronteras físicas carecían de nitidez, las conceptuales eran aún más fluidas. La delimitación de los diversos tipos de guerra que Cicerón y otros habían intentado discriminar se diluyeron como si hubiera sido precisamente eso lo que se perseguía, lo cual dificultó más aún la distinción de las guerras civiles respecto de otras formas de conflicto. A semejanza de una implacable fuerza natural, la guerra civil ya no respetó las fronteras de la comunidad y adquirió mucho mayor poder destructivo en la medida en que su potencial se revelaba de alcance universal. Era precisamente esta naturaleza, que hace tan imperativa la comprensión de la guerra civil, lo que vuelve también tan difícil describirla y definirla.

\* \* \*

El problema más importante que afrontaron los historiadores de la guerra civil de Roma era dónde comenzar exactamente su relato. Ni siquiera César empezó su historia con el cruce del Rubicón; otros poetas e historiadores fueron más atrás en busca de los orígenes de las perturbaciones internas de su comunidad. El poema de Horacio dedicado a Polión ilustra con claridad la dificultad de explicar la recurrencia; se refiere al «consulado de Metelo», aun cuando entre 140 y 60 AEC hubiera habido *once* cónsules con ese nombre. Podría ser que Horacio se refiriera al que ocupó el cargo en 60 AEC, apenas

sellada la alianza entre César, Pompeyo y Craso, de acuerdo con la mayoría de los historiadores romanos. Pero también podría ser que aludiera a otro Metelo, que asumió el consulado en 123 AEC, el año en que Cayo Graco fue tribuno del pueblo, dos años antes de ser asesinado y decapitado por una muchedumbre encolerizada. Ahora bien, si Horacio se refería al primer Metelo, la historia de Polión comenzaba solo dos décadas antes de que César cruzara el Rubicón. Si, en cambio, aludía al segundo, la perspectiva de Polión sobre los problemas que dividieron Roma y enfrentaron a sus ciudadanos unos con otros era mucho más amplia<sup>141</sup>. Toda la historia ética de Roma podría depender de esas elecciones.

Una explicación a corto plazo implicaba que la guerra civil era accidental por naturaleza y que su repetición no era probable. La visión más amplia entretejería el conflicto en la urdimbre de la historia romana y pondría en juego causas de profundo arraigo, incluso tal vez un sentimiento de culpa por haberse precipitado en la violencia destructiva. Para algunos, ya en la fundación misma de la ciudad hubo problemas, con el asesinato de su hermano perpetrado por Rómulo, cuando, como diría luego Agustín, «la ciudad como un todo cometió el crimen que como un todo ignoró»<sup>142</sup>. Puesto que Horacio escribía a finales de los años treinta del siglo I AEC, durante un breve e incómodo período de paz negociado por el triunvirato en 39 AEC, preguntaba a sus conciudadanos por qué desenvainaban espadas que acababan de ser guardadas, y cómo podían llegar a tal locura de derramar sangre sin conquistar otros pueblos, como los cartagineses o los bretones, y preferir la muerte por sus propias manos? Solo podía haber una explicación, la del pecado primigenio de fratricidio que había maldecido la ciudad para siempre.

¿Adónde, malvados, corréis? ¿Por qué empuña  
vuestra diestra el arma apenas  
envainada?

[...] un amargo sino y fratricida  
sigue a los romanos desde  
que fluyó inocente la sangre de Remo,

maldición para sus nietos<sup>143</sup>.

En la época en que Horacio escribía este poema, después de dos generaciones de guerra civil, el fratricidio de Rómulo se había convertido en una alegoría prácticamente institucionalizada de la división política y social entre *plebs* y patricios, «con la permanente posibilidad de conflicto entre unos y otros»<sup>144</sup>. Esto era remitir las luchas internas de Roma —el conflicto de los órdenes, las divisiones bajo los Graco y las guerras civiles— a los orígenes mismos de la ciudad. Esta sangrienta genealogía también ensombrecía el futuro, como el propio Horacio confirmaría poco más de un año después en otro lamento poético con ocasión de la ruptura de relaciones entre el triunvirato y Sexto Pompeyo, hijo de Pompeyo: «En Roma la guerra civil consumiendo ya está a la segunda / generación: sola la ciudad se derrumba». Y luego, una vez más, «perdémola ahora los hijos impíos de sangre maldita»<sup>145</sup>. La única manera de escapar a la maldición originaria de Roma, proseguía Horacio, era evitarla. La huida, no el olvido, sería en efecto el único remedio para la maldición de la guerra civil.

¿Y si las disensiones de Roma no estuvieran tan profundamente arraigadas en la historia temprana de la ciudad? En su relato de la conspiración de Catilina de 63-62 AEC, Salustio también atribuye el gran giro en los destinos de la ciudad a un defecto moral, pero un defecto que es la consecuencia no buscada del éxito romano. La derrota de Cartago, la enemiga de Roma, en 146 AEC, había llevado la corrupción en la mochila de la victoria. Antes de ese momento, pensaba Salustio, «ciudadanos disputaban con ciudadanos», pero únicamente lo habían hecho por el honor que acompañaba a la virtud. Sin embargo, después de los triunfos de la Guerra Púnica, «la Fortuna comenzó a ser cruel y a confundirlo todo» mediante la alimentación de la codicia y la ambición. Sila pudo conquistar Roma gracias a la compra de la lealtad de su ejército con los pingües saqueos de las campañas en Asia. Desde este punto de vista, la guerra civil y la corrupción iban de la mano, debilitando la moral de Roma hasta que Catilina trató de seguir los pasos de Sila al intentar el derrocamiento de la república con la ayuda de los soldados corruptos que «anhelaban la guerra civil»<sup>146</sup>. En otra parte de sus historias, Salustio confirmaba este relato; la disensión más antigua de Roma tuvo

origen en la defectuosa naturaleza humana y su deseo de libertad, gloria y poder, pero hasta la caída de Cartago estos males no se desarrollaron al extremo de llevar a plebeyos y patricios al conflicto abierto: «El camino estaba expedito para la prosecución de las rivalidades [y] entonces se produjo un gran número de motines, insurrecciones y, al final, guerras civiles»<sup>147</sup>.

Para la mayor parte de los historiadores romanos, había otra fuente de la lucha social: el programa de reforma de los hermanos Tiberio y Cayo Graco, en el siglo I AEC. De su tutor, el filósofo estoico Bloasio de Cumas, los Graco habían asimilado aparentemente un vocabulario de influencia griega con el que dividían la política romana en facciones de «aristócratas» y de «demócratas»; de ahí que los futuros estudiosos de Roma vieran en esa división el fundamento de la fatal propensión de la ciudad a la guerra civil. Cicerón, Veleyo Patérculo, Apiano y Floro, todos ellos considerarían el asesinato de Tiberio Graco en 133 AEC como la primera desavenencia fatal de Roma, mientras que Varrón señalaría como el momento crucial la muerte del hermano menor en 121 AEC, con el argumento de que era Cayo quien había «hecho del cuerpo ciudadano bicéfalo el origen de las discordias civiles»<sup>148</sup>. En estos problemas entre los tribunos del pueblo, escribe Tácito en sus *Historias*, «se ensayaron las guerras civiles»<sup>149</sup>. Y, como observa Cicerón, fue la división entre quienes apoyaban a la aristocracia (*optimi*) y los que adoptaban el lado del pueblo (*populares*) lo que sembró las semillas de la traición y la discordia en la república romana<sup>150</sup>. Estas explicaciones no son incompatibles, por supuesto; ensambladas compondrían un relato convincente que estimularía a un historiador posterior como Agustín a proponer su propia explicación de las fatales debilidades de Roma.

Efectivamente, los diversos análisis de las guerras civiles del canon histórico romano fueron más acumulativos que excluyentes. El mito de Rómulo y Remo explica la causa más fundamental de la tendencia de la ciudad al conflicto. El ataque de índole moral de Salustio a la opulencia y la corrupción posterior a la derrota de Cartago sugiere las precondiciones. Las enumeraciones de Cicerón y otros de las divisiones que se produjeron en tiempos de los Graco prefiguran las escisiones que más tarde culminarían en abiertas facciones y en divisiones más profundas en el seno del cuerpo político, para terminar llevando a los romanos a tomar las armas contra



conciudadanos.

Es así como una secuencia se convierte en un ciclo. Las explicaciones se vuelven justificaciones y los acontecimientos se ordenan en un relato que se remonta profundamente al pasado de Roma —hasta sus verdaderos orígenes—, proyectando una sombra hacia el futuro y resurgiendo en momentos de tensión política. Tácito describe de esta manera las inquietudes de la gente común tras el asesinato de Galba durante el Año de los Cuatro Emperadores: «[...] se traían a colación los precedentes de las guerras civiles, cuando la ciudad de Roma había sido tomada una y otra vez por sus propias tropas, Italia devastada, las provincias asoladas —se recordaba [las batallas de] Farsalia y Filipos, Perusia y Módena, nombres bien conocidos de públicas calamidades»<sup>151</sup>. Ese ciclo de guerras civiles se repetiría una y otra vez, ya de manera indirecta, como, por ejemplo en el poema *Tebaida* (92 EC), de Estacio, que narra la primigenia disputa fratricida en Tebas entre Eteocles y Polinices, los dos hijos de Edipo, y tiene como telón de fondo las guerras civiles del primer siglo de nuestra era<sup>152</sup>, ya directamente en quienes, como Tácito y Floro, configuran la historia de Roma en torno a la experiencia de la guerra civil, para no hablar de los relatos posteriores de guerras civiles que se sucedieron a lo largo de la historia hasta, ya bien entrado el siglo XVIII, la Revolución Norteamericana y la Revolución Francesa.

El relato más completo de la propensión romana a la guerra civil fue con mucha diferencia el de la versión cristiana que Agustín detalló con toda autoridad en *La ciudad de Dios*. Escribiría su obra maestra de historia y teología en los albores de la invasión bárbara de Roma de 410 EC, ya que redactó los veintidós volúmenes que la componen entre 413 y 426. Uno de sus múltiples propósitos era explicar por qué había caído Roma. Los adversarios del cristianismo señalaban a la nueva religión como su causa. Solo con que se hubiese podido apaciguar a los dioses paganos, la ciudad habría estado en condiciones de rechazar a sus atacantes. Para rebatir la acusación de que el cristianismo había minado Roma y la había vuelto vulnerable a los godos, Agustín argumenta que la debilidad moral del imperio y su tendencia a la división eran en muchos años previas al nacimiento de Jesús y la atribuye precisamente a la serie de acontecimientos que mencionaron los historiadores romanos de la guerra civil que le habían

precedido. Pero esto encierra una evidente paradoja. ¿No había sido Roma un vehículo de salvación que llevaba el evangelio por el mundo conocido, por todo su imperio? ¿No habría entonces un propósito divino detrás del saqueo de la ciudad, así como respecto de su fortuna anterior? Agustín es coherente con sus antecesores en remontar la historia moral de la ciudad a su fundación misma, pasando por sus interminables episodios posteriores de turbulencia y autodestrucción. ¿Cómo podía compararse la furia de los bárbaros o la conquista de extranjeros con los horrores de la matanza de ciudadanos por otros ciudadanos?

Agustín contaba con la ventaja de una rigurosa formación en literatura romana y de haber pasado un tiempo enseñando retórica en Milán, la capital cultural del imperio en su juventud. Estaba impregnado de las obras de Cicerón, Salustio y Virgilio y conocía muchos de los libros de la magna historia de Roma de Tito Livio hoy perdidos<sup>153</sup>. Esta erudición le permitió compilar una historia completa de las perturbaciones internas de Roma desde Rómulo y Remo —cuyo fratricidio «muestra cómo la ciudad terrena se divide contra sí misma»— hasta su propia época. Si podía mostrar que su decadencia moral era muy anterior al nacimiento de Jesús, difícilmente el cristianismo podía ser la causa de su declive y su caída final. Salustio proporciona la evidencia que Agustín necesita «en su Historia, donde muestra que la inmoralidad que derivó de la prosperidad [tras la derrota de Cartago] condujo finalmente a las guerras civiles». De los Graco a Sila, las sediciones de Roma «se convirtieron incluso en guerras civiles» sin que los dioses de la ciudad hicieran nada para impedirlos; en realidad, a veces eran precisamente los dioses quienes incitaban a los ciudadanos unos contra otros y quienes les proporcionaban excusas para sus disputas. Los romanos erigieron un templo a la diosa Concordia, observaba con ironía Agustín, pero «al retirarse Concordia, los condujo la sañuda Discordia hasta las guerras civiles»<sup>154</sup>.

El relato agustino de la Roma pagana era un catálogo de «aquellos males que fueron tanto más lamentables cuanto más internos: las discordias civiles, o, más bien, inciviles [...] ¡Cuánta sangre romana derramaron y cuánta Italia destruyeron y devastaron —se lamenta— las guerras sociales, las guerras civiles, las guerras serviles!». En esto sigue a Floro con la narración de la historia romana como sucesión de guerras, cada una de ellas basada en la

incapacidad moral de su predecesora para volver a sacudir los fundamentos de la comunidad. Los intervalos entre los episodios de lucha abierta no eran menos cruentos que las batallas mismas, ya que, después de la primera victoria de Sila, «la paz contendió con la guerra sobre la crueldad, y salió vencedora». Las primeras guerras civiles, de Mario y Sila, llevaron inexorablemente a todas las otras guerras internas hasta el advenimiento de Augusto, el de guerrero civil (según Agustín) bajo cuyo reinado nació Jesús: «Pero las crudas guerras civiles [...] nacieron mucho antes del advenimiento de Cristo. Y en virtud de un enlace de malvadas causas, se pasa de una guerra a otra»<sup>155</sup>.

En plena redacción de *La ciudad de Dios*, Agustín animó a Paulo Orosio, sacerdote español que había migrado a África del Norte, a que emprendiera su propia historia «contra los paganos» en respuesta al bárbaro saqueo de Roma. El ámbito temporal que abarcan los *Siete libros de historia contra los paganos* (417-418) de Orosio fue verdaderamente universal, pues cubren los más de 5.618 años desde la creación del mundo hasta los días del autor. El sacerdote inserta el catálogo de las guerras civiles de Roma en un marco mucho más amplio de crímenes, guerras y desastres naturales que la humanidad padeció desde el comienzo de los tiempos para los que se dispone de documentación<sup>156</sup>, y de manera muy similar a la de los primeros historiadores romanos, sus predecesores (y a la vez sus fuentes), también él presenta las guerras civiles de Roma como una secuencia. Considera el crimen de «parricidio» —asesinato en el seno de la familia— como síntoma recurrente de la guerra civil al menos desde la época de los persas, que «libraron una guerra civil, o más bien *una guerra no solo civil*» —¡otra vez el linaje lucaniano!— tras la muerte de su rey Darío II, que condujo a una lucha por la sucesión entre sus hijos, Artajerjes y Ciro. Orosio respeta la cronología convencional de las guerras civiles de Roma, empezando por Sila, pero piensa que el ciclo prosigue incluso hasta sus días. En esto coincide con Agustín, que sostiene que las peores de estas guerras fueron las que se libraron solo entre paganos y no aquellas entre paganos y cristianos. Orosio responde a quienes negaban la existencia de tales guerras «civiles» contemporáneas que «sería en realidad más exacto llamarlas guerras contra aliados, pero nos convendrá más —es decir, será más ventajoso para los

cristianos— «llamarlas guerras civiles». ¿Por qué? Porque eran guerras *justas* que se libraban por la valiosa causa de la victoria cristiana y, gracias al perdón cristiano, eran mejores: «¿Quién puede dudar de que las llamadas guerras civiles de hoy se libran con más benevolencia y misericordia o incluso que se tiende más a evitarlas que a hacerlas?»<sup>157</sup>.

Agustín, por su parte, tenía sus dudas. Nunca alude a Orosio por su nombre y la historia de sus seguidores parece haberle decepcionado, pues había sido organizada en torno a la idea optimista de que el Imperio Romano era y continuaría siendo el vehículo que la providencia divina había escogido para difundir el cristianismo<sup>158</sup>. Hasta el final de la redacción de su propia *Ciudad de Dios*, Agustín mantuvo la firme separación entre paganos y cristianos, es decir, entre los que habitaban la Ciudad Terrenal (simbolizada por Roma) y los creyentes de la Ciudad Celestial. Como él mismo recuerda a sus lectores, los romanos habían encontrado ininterrumpidamente razones para pelear entre ellos con consecuencias cada vez más destructivas para todo el mundo romano: «La misma grandeza del imperio ha dado origen a guerras de la peor laya, a las guerras sociales y a las civiles. El género humano padece con ellas tremendas sacudidas, tanto cuando se guerrea para conseguir la paz como cuando se teme un nuevo levantamiento». Difícilmente podía ser mayor el contraste con esa otra ciudad, la Ciudad de Dios, una *civitas* cuyos ciudadanos nunca se hallaban en guerra unos con otros<sup>159</sup>.

\* \* \*

El canon de las guerras civiles de Roma, de César a Agustín, dio lugar a tres relatos duraderos y de influencia perdurable. El primero es lo que podría denominarse relato republicano. A tono con los valores cívicos supuestamente altruistas de la república romana, describía la interminable repetición de las guerras civiles como surgidas de las propias raíces de Roma. Según esta explicación de la historia romana, el hecho de ser «civilizado» era inseparable de la propensión a la guerra civil, y padecer una única guerra civil parecía imposible, porque, mientras la civilización romana existiera, se producirían inevitablemente otras. Luego estaba el relato imperial, que discurría por derroteros muy similares, pero llegaba a una conclusión

completamente distinta. La guerra civil era una enfermedad persistente del cuerpo político y solo tenía una cura posible: la restauración de la monarquía o la exaltación de un emperador. Este relato culminaba en la creación del Imperio Romano bajo César Augusto. «De esta manera —escribía Apiano, el historiador helenoparlante—, el sistema político romano sobrevivió a todo tipo de perturbaciones civiles para alcanzar la unidad y la monarquía, «demostración evidente —acordaba su traductor inglés de finales del siglo XVI— de que el sometimiento del pueblo es necesario y de que el poder del Príncipe debe prevalecer»<sup>160</sup>. Por último, había un relato cristiano, según el cual la guerra civil era el gran pecado de una ciudad o comunidad dedicada a las cosas del mundo antes que a la gloria de Dios. Esta mundanidad era la fuente de su autodestrucción e impedía el advenimiento final de un medio adecuado de salvación. Todos estos relatos se aplicarían a secuencias posteriores de perturbaciones políticas y militares en toda Europa y sus imperios hasta bien entrado el siglo XVIII.

Al adoptarla, las generaciones posteriores confirmarían la idea que los oradores, los poetas y los historiadores romanos tenían de cómo se veía la guerra civil, cómo se peleaba en ella y cuáles eran sus consecuencias. Los lectores de estos textos clásicos entenderían sus propias luchas internas por el poder en los términos heredados de los romanos. Adoptarían el significado de la guerra civil del latín que leían en la escuela y en la universidad, lo que aseguraba desde el primer instante la conformación de su pensamiento por la visión heredada. Escribirían poemas inspirados en Lucano y compilarían historias de sus propias divisiones bajo el hechizo de Salustio, Tácito y los otros cronistas romanos de las luchas civiles. Y los principales pensadores políticos del siglo XVII —Hugo Grocio, Thomas Hobbes y John Locke, entre otros— emplearían la lengua romana para debatir acerca de soberanía y traición, rebelión y revolución. Estos esfuerzos pondrían por primera vez a prueba las concepciones tradicionales de la guerra civil, pero únicamente en diálogo con los antepasados de la Antigüedad. En la medida en que se recordara a los poetas y los historiadores de Roma, el olvido no podía ser una defensa viable contra la guerra civil.

---

[105](#) Al menos según el filósofo Séneca el Viejo, que conservó sus palabras: «Optima civilis belli defensio oblivio est». Seneca, *Controversiae*, 10.3.5, cita en Gowing, *Empire and Memory*, 82. El historiador Josiah Osgood ha sugerido recientemente que para los romanos la «mejor defensa era olvidar a medias». Osgood, «Ending Civil War at Rome», 1689. Más en general, véase Flower, *Art of Forgetting*.

[106](#) Caesar, *Civil War*, 2.29, 3.1, ed. y trad. de Damon, 166, 192 [César, *Guerra Civil*, trad. literal y literaria de Julio Calonge Ruiz, Madrid, Gredos, 1986, v. 1, 224; v. 2, 8]; Francis W. Kelsey, «Title of Caesar's Work on the Gallic and Civil Wars», 230; Batstone y Damon, *Caesar's «Civil War»*, 8-9, 31-32; Brown, «The Terms *Bellum Sociale* and *Bellum Civile* in the Late Republic», 113-118.

[107](#) Caesar, *Civil War*, 1.22, ed. y trad. de Damon, 35 [César, *Guerra Civil*, ed. cit., v. 1, 50]; Raaflaub, *Dignitatis contentio*.

[108](#) Sobre representaciones posteriores del cruce del Rubicón por César, véase Wyke, *Caesar*, 66-89 y 263-266.

[109](#) Appian, *Civil Wars*, 2.35, trad. de Carter, 88 [Apiano, *Historia Romana*, trad. y notas de A. Sancho Royo, Madrid, Gredos, 1985]; Plutarch, *Caesar* 32, en *Roman Lives*, trad. de Waterfield, 328-339 [Plutarco, «César», en *Vidas paralelas*, trad. de Emilio Crespo, Madrid, Alianza Editorial, 2007, 212]. La frase se cita habitualmente en el latín de Suetonio: «Iacta alea est». Suetonius, *Deified Julius*, 32, en *Suetonius*, trad. de Rolfe, 1:76.

[110](#) Suetonius, *Deified Julius*, 31-32, en *Suetonius*, 1:74-77 [Suetonio, «Vida del divino Julio César», en *Vidas de los doce Césares*, ed. y trad. de Vicente Picón, Madrid, Cátedra, 1998]; Lucan, *Bellum civile*, 1.190-192, 225-227, trad. de Braund, 8, 9 [Lucano, *Farsalia*, ed. a cargo de Sebastián Mariner, Madrid, Alianza Editorial, 1996, 77, 79].

[111](#) Heuzé, «Comment peindre le passage du Rubicon?».

[112](#) Caesar, *Civil War*, 1.8, ed. y trad. de Damon, 15 [César, *Guerra Civil*, ed. cit., v. 1, 24].

[113](#) Bonaparte, *Précis des guerres de Jules César*, 97-98 («En passant le Rubicon, César avait déclaré la guerre civile et bravé les anathèmes prononcés contre les généraux qui passeraient en armes le Rubicon: ils étaient voués aux dieux infernaux»); Poignault, «Napoleon Ier et Napoleon III lecteurs de Jules César», 329-336.

[114](#) Brown, «Terms *Bellum Sociale* and *Bellum Civile* in the Late Republic», 104.

[115](#) Cicero, *De imperio Cn. Pompei*, 28, en *Political Speeches*, trad. de Berry, 119 (la cursiva es mía) [Cicerón, «Discurso en defensa de la Ley Manila o “De Imperio Pompei”», en *Discursos políticos y forenses*, trad., prólogo y notas de Agustín Blázquez, Barcelona, Iberia, 1968].

[116](#) Seager, *Pompey the Great*, 25-36 y 43-48.

[117](#) Lucan, *Bellum civile*, 1.12, en *Civil War*, trad. de Braund, 3 [Lucano, *Farsalia*, ed. cit., 68]; Schmitt, *Glossarium*, 32 («Im Bürgerkrieg gibt es keinen Triumph»); Beard, *Roman Triumph*, 123-124 y 303-304.

[118](#) Valerius Maximus, *Memorable Deeds and Sayings*, 2.8.7 [Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables*], cita en Lange, «Triumph and Civil War in the Late Republic», 69-70.

[119](#) Östenberg, «*Veni Vidi Vici and Caesar's Triumph*», 823.

[120](#) Lange, «Triumph and Civil War in the Late Republic», 74, 76-78 y 82-84. Más en general, véase Lange, *Triumphs in the Age of Civil War*.

[121](#) Cicero, *De officiis* 1.85-86 («apud Atheniensis magnae discordiae, in nostra re publica non solum seditiones sed etiam pestifera bella civilia»), en *On Duties*, 86-87 [Cicerón, *Sobre los deberes*, trad., introd. y notas de José Guillén Cabañero, Madrid, Alianza Editorial, 2015], donde cita a Platón, la *República*, 420b.

[122](#) Horace, *Odes* 2.1, en *Complete Odes and Epodes*, trad. de West, 56 [Horacio, *Odas y épodas*, ed. bilingüe de Manuel Fernández-Galiano y Vicente Cristóbal, Madrid, Cátedra, 1997, 175]; Mendell, «Epic of Asinius Pollio»; Henderson, *Fighting for Rome*, 108-159.

[123](#) Tacitus, *Annals* 1.3 [Tácito, *Anales*, trad., introd. y notas de Crescente López de Juan, Madrid, Alianza Editorial, 2008], cita en Harriet I. Flower, *Roman Republics*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 2010, 154 («etiam senes plerique inter belli civilia nati: quotus quisque rem publicam vidisset»); Keitel, «Principate and Civil War in the *Annals* of Tacitus».

[124](#) Gowing, «Caesar Grabs My Pen», 250.

[125](#) Masters, *Poetry and Civil War in Lucan's «Bellum Civile»*.

[126](#) Sobre la recepción de la historia de Lucano, véanse los capítulos pertinentes en Asso, comp., *Brill's Companion to Lucan*.

[127](#) Lucan, *In Cath Catharda*; Meyer, «Middle-Irish Version of the *Pharsalia* of Lucan».

[128](#) *Rómverja Saga*, ed. Helgadóttir.

[129](#) Dante, *Convivio* 4.28.13 («quello grande poeta Lucano»); Geoffrey Chaucer, *The House of Fame* 3.1499, cita en Susanna Braund, introducción a *Lucan*, ed. a cargo de Tesoriero, Muecke y Neal, 2-4.

[130](#) Lucan, *Annaei Lvcani Pharsalia*; Grocio («poeta phileleutheros»), cita en Conte, *Latin Literature*, trad. de Solodow, 451.

[131](#) Petronius, *Satyricon*, 118, en *Satyricon*, trad. de Sullivan, 109 («ingens opus»), 109-122 (poema de Eumolpo) [Petronio, *Satiricón*, ed. y trad. de Bartolomé Segura Ramos, Madrid, Cátedra, 2003]; Virgilio, *Aeneid* 7.45 («maius opus») [Virgilio, *Eneida*, introd. y trad. de Rafael Fontán Barreiro, Madrid, Cátedra, 2005].

[132](#) «Pero —proseguía Gibbon— ¿de qué sirve el conocimiento tardío? Allí donde el error es irreparable, el arrepentimiento es inútil», nota del invierno de 1790-1791, en Gibbon, *History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, British Library shelf- mark C.60.m.1 [*Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, Barcelona, Debolsillo, 2003]; Bowersock, «Gibbon on Civil War and Rebellion in the Decline of the Roman Empire».

[133](#) Lucan, *Bellum civile* 2.223-224, en *Civil War*, trad. de Braund, 27 [Lucano, *Farsalia*, ed. cit., 111].

[134](#) Floro, *Epitome* 1.intro., 1.47.14, 2.3.18, 2.8.20 y 2.13.4-5, en *Epitome of Roman History*, trad. de Foster, 5-7, 217, 233, 241, 267 [Floro, *Epítome de la historia de Tito Livio*, introd., trad. y notas de

Gregorio Hinojo Andrés e Isabel Moreno Ferrero, Madrid, Gredos, 2000].

[135](#) Henderson, *Fighting for Rome*, pts. 1, 4; Breed, Damon y Rossi, *Citizens of Discord*.

[136](#) «Trina bella civilia, plura externa, ac plerumque permixta». Tacitus, *Histories* 1.2, en *Histories, Books I-III*, trad. de Moore, 5 [Tácito, *Historias*, ed. de Juan Luis Conde, Madrid, Cátedra, 2006, 54].

[137](#) Floro, *Epitome* 2.13, en *Epitome of Roman History*, Foster, 267 [Floro, *op. cit.*].

[138](#) Lucan, *Bellum civile* 1.1-8, en *Civil War*, trad. de Braund, 3 [Lucano, *Farsalia*, ed. cit., 67].

[139](#) Núñez González, «On the Meaning of *Bella Plus Quam Ciuilia* (Lucan 1.1)».

[140](#) Lucan, *Bellum civile* 1.682, in *Civil War*, trad. de Braund, 21 [Lucano, *Farsalia*, ed. cit., 101]; Waller a sir Ralph Hopton, 16 de junio de 1643 (O.S.), en Coate, *Cornwall in the Great Civil War and Interregnum, 1642-1660*, 77.

[141](#) Woodman, «Poems to Historians».

[142](#) Augustine, *City of God Against the Pagans* 3.6, 15.5, ed. y trad. de Dyson, 99, 639-640 [Agustín, *La ciudad de Dios*, ed. bilingüe de José Morán, Madrid, Biblioteca de autores cristianos, 1964].

[143](#) Horace, *Epodes* 7, en *Complete Odes and Epodes*, trad. de West, 11 [Horacio, *Odas y épodos*, ed. bilingüe de Manuel Fernández-Galiano y Vicente Cristóbal, Madrid, Cátedra, 1997, 405].

[144](#) Wiseman, *Remus*, 143.

[145](#) Horace, *Complete Epodes* 16, trad. de West, 18 [Horacio, *Odas y épodos*, ed. cit., 425].

[146](#) Sallust, *The War with Catiline* 16.4, en *Sallust*, trad. Rolfe, 17, 19 y 27-28 («civile bellum exoptabant») [Salustio, *La conjuración de Catilina*, trad., introd. y notas de Mercedes Montero Montero, Madrid, Alianza Editorial, 2000, 47].

[147](#) Sallust, fragmentos de *Histories*, libro 1, frags. 8, 10 y 12, en *Fragments of the Histories*, trad. de Ramsey, 8-13 [Salustio, *Fragmentos de las «Historias»*, en Cayo Salustio Crispo, *Conjuración de Catilina, Guerra de Yugurta; Fragmentos de las Historias* (y otras obras), trad. y notas de B. Segura Ramos, Madrid, Gredos, 1997].

[148](#) Varro, *Di vita populi Romani*, frag. 114 [Varrón, *La vida del pueblo romano*], cita en Wiseman, «Two-Headed State», 26; véase también Floro, *Epitome* 2.5.3, en *Epitome of Roman History*, trad. de Foster, 228 («iudiciaria lege Gracchi diviserant populum Romanum et bicipitem ex una fecerant civitatem») [Floro, *Epítome de la historia de Tito Livio*, ed. cit.].

[149](#) Tacitus, *Histories* 2.38, en Tacitus, *Histories, Books I-III*, trad. de Moore, 223 («temptamenta civilium bellorum») [Tácito, *Historias*, ed. cit., 137].

[150](#) Cicero, *De officiis* 1.86, en Cicero, *On Duties*, 86-87 [Cicerón, *Sobre los deberes*, ed. cit., 85-86, 121].

[151](#) Tacitus, *Histories* 1.50, en *Histories, Books I-III*, trad. de Moore, 85 («repetita bellorum civilium memoria») [Tácito, ed. cit., 84].



[152](#) Braund, «Tale of Two Cities»; McNelis, *Statius' Thebaid and the Poetics of Civil War*.

[153](#) Brown, *Augustine of Hippo*, 23-25.

[154](#) Augustine, *City of God Against the Pagans*, 15.5, 2.19, 2.22, 2.25, 3.25, ed. de Dyson, 640, 73, 81, 87, 134 [Agustín, *La ciudad de Dios*, ed. bilingüe de José Morán, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1964].

[155](#) *Ibid.*, 3.23 («illa mala [...] quae quanto interiora, tanto miseriora [...] discordiae civiles vel potius inciviles [...] bella socialia, bella servilia, bella civilia quantum Romanum cruorem fuderunt, quantam Italiae vastationem desertionemque fecerunt»), 3.28, 3.30, ed. de Dyson, 132 (trad. adaptada), 137 y 139.

[156](#) Rohrbacher, *Historians of Late Antiquity*, 135-149.

[157](#) Orosius, *Seven Books of History Against the Pagans* 2.18.1, 5.22.6, 8, trad. de Fear, 105 y 253 [Orosio, *Historia contra los paganos*, Barcelona, Biblioteca Universitaria, 1983].

[158](#) *Ibid.*, 23-24.

[159](#) Augustine, *City of God Against Pagans* 19.7, ed. de Dyson, 929 [Agustín, *La ciudad de Dios*, ed. cit.].

[160](#) Appian, *Civil Wars* 1.6, trad. de Carter, 4 [Apiano, *op. cit.*]; Appian, *Ancient Historie and Exquisite Chronicle of the Romanes Warres*, portada.

SEGUNDA PARTE

LAS PRIMERAS ENCRUCIJADAS DE LA  
ERA MODERNA

CAPÍTULO 3

GUERRAS CIVILES INCÍVICAS

EL SIGLO XVII

Los relatos romanos sobre la guerra civil fueron básicos en la tradición clásica que se transmitió a través de las instituciones educativas en Europa y las Américas, lo que dotó a las generaciones posteriores de un vocabulario y un conjunto de narraciones aplicables a sus propios problemas, aunque no siempre tranquilizantes. Como observó Thomas Hobbes en 1642, inmediatamente después del inicio de la primera guerra civil inglesa, «las acciones y apotegmas más eminentes deben los elogios que han recibido no tanto a su *razón* como a su *grandeza*, y muchísimas veces a esa próspera usurpación (por la cual nuestras historias se reprochan mutuamente) que como torrente impetuoso arrastra en la corriente del tiempo todo lo que hay en ella, tanto agentes públicos como acciones públicas»<sup>161</sup>. Hobbes había empezado su carrera de editor en 1629 con su traducción de Tucídides; en 1670, cerca del final de su vida, pues murió en 1679, escribió una historia de las guerras civiles inglesas, inspirada parcialmente en los modelos romanos. Pese a su profundo escepticismo en lo relativo a los efectos políticos de la enseñanza clásica —por ejemplo, pensaba que las ideas republicanas griegas y romanas eran una de las causas fundamentales de los problemas de Inglaterra—, Hobbes era, al igual que sus contemporáneos, como veremos, gran deudor del canon romano de guerra civil.

Ese canon no cayó en el olvido, ni era posible olvidarlo. Los autores romanos, de Cicerón y César a Lucano y Agustín, siguieron siendo objeto de lectura e imitación en la medida en que se los enseñaba y editaba. Tras el resurgimiento de la enseñanza clásica que conocemos como Renacimiento, en los siglos xv y xvi, los alumnos, casi siempre varones, estudiaban poesía y retórica en textos latinos. Coronaban su formación con la historia y la filosofía que leían en las obras de César, Salustio, Tácito y Cicerón. No

siempre se utilizaron los mismos textos, pero muchas de las obras que Agustín había estudiado en el norte de África en el siglo IV EC serían familiares al joven William Shakespeare (1564-1616) en su escuela de gramática en Stratford-upon-Avon, más de mil años después<sup>162</sup>. Y la reputación de los autores romanos sobre guerra civil siguió de cerca el predominio del conflicto interno en Europa. Entre 1450 y 1700, las ediciones de estos historiadores superaron con mucho las de sus predecesores griegos, a tal punto que cinco de los diez libros más vendidos de historiadores clásicos eran historias de guerra civil. Las historias de Salustio fueron los dos textos reimprimados con mayor frecuencia, junto con César, Tácito y Floro, no muy detrás de aquel<sup>163</sup>.

Aunque hoy ha caído en el olvido, Floro llegó a ser una figura importante en los planes de estudios de nivel secundario y universitario y dio forma a las ideas sobre la historia romana de generaciones de jóvenes estudiosos, algunos de ellos destinados a reflejar críticamente la experiencia romana<sup>164</sup>. Es probable que Hobbes leyera el *Epítome* de Floro en su época de estudiante; más tarde, cuando ejerció como tutor de los jóvenes aristócratas William Cavendish II en 1608 y William Cavendish III en los años treinta del mismo siglo, los utilizó como libro de texto. Es significativo que titulara *Behemoth* a su historia de los levantamientos en Inglaterra a mediados del siglo XVII, «Epítome» de las guerras civiles inglesas<sup>165</sup>. Cuando se creó la primera cátedra de historia en Oxford en 1622, la lectura de Floro era una tarea prioritaria e imperativa. (Es posible que, a ese respecto, Degory Wheare, el primer titular de la cátedra, incurriera en exceso de celo, pues después de ocho años y 154 clases, aún no había terminado el primer libro del historiador)<sup>166</sup>. De acuerdo con los nuevos estatutos de Oxford, en 1636 todos los estudiantes tenían que asistir a clases sobre Floro dos veces por semana, plan de estudios que probablemente fue el que siguió John Locke como estudiante de esa universidad en los años cincuenta del siglo XVII<sup>167</sup>. Las ediciones de Floro continuaron apareciendo de forma casi anual hasta su decadencia a finales del siglo XVIII, junto con la de otro epitomista, Eutropio, historiador del siglo IV, cuya historia romana, no sin motivo, estudió Adam Smith en la escuela escocesa en los años treinta del siglo XVIII<sup>168</sup>.

Las historias romanas de guerra civil dejaron su impronta en las percepciones de los conflictos allende Europa. Por ejemplo, hubo plena evidencia de que se estaba produciendo una secuencia de guerras civiles de tintes reconociblemente romanos en el continente americano tras la conquista española. En los años treinta y comienzos de los cuarenta del siglo XVI, los conquistadores de Perú, comandados por Francisco Pizarro y Diego de Almagro, amigos íntimos convertidos en enconados enemigos, disputaron una serie de guerras por el botín de la conquista, a las que arrastraron a familiares y allegados. En los decenios siguientes, los historiadores españoles Gonzalo Fernández de Oviedo, Agustín de Zárate y Pedro Cieza de León narraron las luchas de los Pizarro y los Almagro, sus ejércitos españoles y aliados indígenas, en términos tomados de Salustio, Plutarco, Livio y Lucano. Oviedo aludía a Lucano cuando decía «esta guerra, peor que una guerra civil, y no menos horrible», mientras que Cieza de León observaba con mordacidad que «las guerras más temidas y que se libran con mayor crueldad son las guerras civiles»<sup>169</sup>. Y unos decenios después, a comienzos del siglo XVII, el Inca Garcilaso de la Vega, historiador indígena, describía de modo muy semejante, en el segundo volumen de su crónica de historia del Perú, «las guerras civiles que tuvieron lugar entre los Pizarro y los Almagro»<sup>170</sup>. Es evidente que los europeos habían exportado la guerra civil como marca distintiva de su civilización a un mundo más amplio, aun cuando en general no emplearan esa expresión para describir las contiendas de pueblos indígenas en América. No obstante, ser civilizado era ser capaz de sostener una guerra civil, pero también ser fatalmente propenso a ella.

La serie romana de guerras civiles fue la fuente de inspiración de una parte del pensamiento y la literatura políticos más creativos de la Europa medieval tardía y principios de la moderna. En sus *Discursos sobre Livio* (ca. 1517), Nicolás Maquiavelo diseccionaba los tumultos de Roma en busca de lecciones para su propia época, mientras que Michel de Montaigne veía las guerras civiles francesas de finales del siglo XVI desde una distancia defensiva: «Tienen las guerras civiles algo peor que las demás guerras, y es que está uno en vilo en su propia casa»<sup>171</sup>. Los tumultos de Francia también aportan su dosis de actualidad a la obra de Christopher Marlowe titulada *La Masacre de París* (ca. 1592). El tema de la guerra civil es básico en toda la

obra de Shakespeare, tanto en las piezas de tema romano —de *Julio César* (1599) a *Antonio y Cleopatra* (1606-1607)— como en sus historias inglesas, incluida *El Rey Juan*, pero sobre todo en las tres obras sobre *Enrique VI* y en *Ricardo II*<sup>172</sup>. Pero la tragedia inglesa más popular del siglo XVII no fue una obra de Shakespeare —ni *Hamlet* ni *El Rey Lear* ni *Macbeth*—, sino *Catilina* (1611), de Ben Jonson, basada en el relato de Salustio sobre la conjuración de Catilina<sup>173</sup>.

El poema de Lucano sobre la guerra civil romana entre César y Pompeyo proporcionó un patrón lo suficientemente flexible como para servir de marco a las historias posteriores de guerras civiles. Por ejemplo, en la última década del siglo XVI, el poeta inglés Samuel Daniel (1562-1619) escribió una historia en verso acerca de las batallas del siglo XV por la corona inglesa conocidas como Guerras de las Dos Rosas, *The First Fowre Bookes of the Civile Wars between the Two Houses of Lancaster and Yorke* (1595). Shakespeare fue sin duda víctima del hechizo de Lucano cuando se inspiró en el poema de Daniel para escribir *Ricardo II* (Daniel saqueó a su vez *Enrique IV* de Shakespeare para una versión revisada de su poema en 1609)<sup>174</sup>.

Daniel tomó de Lucano la forma de la narración, junto con muchos detalles, para contar lo que llamó «nuestras últimas guerras civiles de Inglaterra». Para sus lectores de formación clásica, los versos iniciales del poema debieron de haber sido una clara señal de su deuda con el modelo romano:

Canto las guerras civiles, tumultuosas agitaciones,  
cruentas facciones de una tierra poderosa,  
cuya gente altiva, orgullosa de los botines extranjeros,  
vuelve contra sí misma su mano conquistadora.  
Mientras el pariente a su pariente y el hermano a su hermano  
ofenden,  
todos como alféreces contra alféreces se unen.  
Arcos contra arcos, Corona contra corona,  
mientras todos aspiran al derecho, todos el derecho destruyen<sup>175</sup>.

Las jabalinas (*pila*) de Lucano se convierten en arcos ingleses, y las águilas

imperiales son ahora las «coronas» en disputa. Los ejércitos de Lancaster y de York repiten las patologías de la política expansiva, pero autodestructiva, de César y Pompeyo tal como las inmortalizó Lucano.

Al menos a comienzos de la Inglaterra moderna, Lucano era el «poeta más importante de la imaginación republicana», el que más inspiró a quienes dudaban de que la monarquía fuese la mejor organización política para una comunidad y, más tarde, a quienes darían su apoyo al Parlamento contra la corona en las guerras civiles de mediados del siglo XVII<sup>176</sup>. En los cincuenta años anteriores al estallido de esas guerras, los poetas Christopher Marlowe (1564-1593), Arthur Gorges (m. 1625) y Thomas May (ca. 1596-1650) tradujeron al menos partes de *Farsalia*, de Lucano<sup>177</sup>. La versión de May fue más allá que la troncada en diez libros que había dejado Lucano, pues incluyó el resto de la vida de Julio César. Poco después, May escribió la primera historia de las agitaciones de Inglaterra en medio de lo que, haciéndose eco de Lucano, llamó «una guerra [...] no meramente civil»<sup>178</sup>. Con plausibilidad se ha sostenido que al menos una razón por la que el republicano John Milton (1608-1674) proyectara originariamente su *Paraíso perdido* en diez libros y no en doce, según el modelo de la *Eneida* de Virgilio, fue la intención de rendir tributo a Lucano<sup>179</sup>. Es posible considerar todas estas obras como un cuerpo acumulativo de «la poesía de guerra civil [...] con sus características propias y sus recurrentes figuras de dicción, imágenes y temas»<sup>180</sup>.

Sin embargo, Lucano no fue solo patrimonio de los críticos e incluso de los abiertos enemigos de la monarquía, como el propio Milton. Entre los defensores del gobierno monárquico en la Gran Bretaña del siglo XVII estaba sir Robert Filmer (1588-1653), que incluyó versos de Lucano en la portada de su *Patriarcha* (1680) a modo de advertencia sobre los peligros de la libertad ilimitada; dos años después, la primera edición autorizada de *Behemoth*, de Hobbes, adaptó los versos iniciales del poeta romano para la portada del libro<sup>181</sup>. En el siglo XVIII, Lucano reapareció como símbolo republicano cuando Rousseau lo citó en su *Discurso sobre el origen de la desigualdad* (1755) y en la portada de su ensayo sobre la paz perpetua (1761)<sup>182</sup>. Y hubo más apropiaciones durante la Revolución Francesa, pues las espadas de la Guardia Nacional llevaban presuntamente grabada una

máxima del poema de Lucano<sup>183</sup>. Los poetas románticos Samuel Taylor Coleridge y Percy Bysshe Shelley se hallarían entre los últimos admiradores importantes de Lucano en el siglo XIX. A partir de entonces, el interés en el poeta se eclipsó, para renacer una vez terminada la Segunda Guerra Mundial. Aun así, las vicisitudes del interés por Lucano indican el valor que se atribuyó en cada momento a las ideas romanas sobre la guerra civil durante dieciocho siglos.

Que en los siglos XVII y XVIII los libros produjeran revoluciones es un tema que los historiadores han debatido acaloradamente, pero de lo que no cabe duda es de que las guerras civiles producían libros<sup>184</sup>. Las ideas de la historia que se encuentran en Lucano y sus imitadores de la temprana era moderna conciben el presente como resultado de las luchas del pasado, y el futuro como lo que probablemente surja de un proceso similar de «cruentas facciones» y «tumultuosas agitaciones»:

La lucha intestina es la más temible de todas,  
la que lleva a los hijos a amenazar a sus padres,  
a romper amistades, a pelear entre hermanos,  
la que castiga a los honrados y favorece a los ladrones.  
Es la que experimentó Roma, la que probó Germania  
y la que tantas veces devastó esta noble tierra<sup>185</sup>.

Esta tendencia a mirar retrospectivamente las guerras civiles y proyectar al futuro sus consecuencias se intensificaría en Gran Bretaña a lo largo del siglo XVII. Hacia los años treinta de ese siglo, la historia de Europa en general, y en particular la de Inglaterra, dada la serie cada vez más veloz y compleja de conflictos internos que la caracterizaba, parecía fundarse en las contiendas originarias de los romanos. No solo los historiadores y los poetas romanos mantuvieron viva la memoria de las guerras de Sila y Mario, Pompeyo y César, sino que también la historia más reciente, sobre todo en el norte de Europa, cultivó el recuerdo de aquellos momentos. En las décadas de los años cuarenta y cincuenta del siglo XVII hubo una avalancha de publicaciones, muchas de ellas traducciones, acerca de las antiguas guerras civiles de Roma, pero también de las de Francia, Inglaterra y España, para ayudar a los



británicos a comprender sus propios problemas.

Los europeos de comienzos de la era moderna concebían sus problemas internos como culminación de un ciclo de guerras similares que habían tenido lugar en Europa desde la caída del Imperio Romano y que parecían responder al patrón de las guerras civiles romanas<sup>186</sup>. Inglaterra, por sí sola, había sufrido las Guerras de los Barones del siglo XIII, la Guerra de las Dos Rosas en el siglo XV y luego las guerras civiles de mediados del XVII. Italia, por su parte, había experimentado sus guerras civiles en el siglo XV. Luego se produjeron las Guerras de Religión en Francia y la rebelión holandesa contra la monarquía española a finales del siglo XVI, conflicto que a juicio de Hugo Grocio, de acuerdo con su relato, publicado en edición póstuma en 1657, «no sería impropio llamar *social*, o Guerra de Confederados [...] ni hay razón suficiente para no denominarlo Guerra Civil»<sup>187</sup>.

Tras el estallido de la crisis constitucional británica de 1640-1641 en despliegues armados por toda Inglaterra, a menudo se contempló la lucha a la luz de la guerra civil holandesa o la francesa y como continuación de la contienda inglesa de los siglos XIII y XV. Para tomar un ejemplo prominente, John Corbet, historiador de la ciudad inglesa de Gloucester, declaró que lo que estaba en juego en 1645 era superior a lo que se disputaba en las contiendas anteriores. Dice Corbet:

La acción de estos tiempos trasciende las Guerras de los Barones y de los tediosos desacuerdos entre la Casa de *York* y la de *Lancaster*, en la medida en que está movida por principios más elevados, orientada a un fin más noble y de consecuencias más universales<sup>188</sup>.

Las historias de guerra civil proliferaron. El conde de Monmouth tradujo la *Historia de las guerras civiles de Inglaterra* (1641) del italiano Giovanni Francesco Biondi, sobre la Guerra de las Dos Rosas. La *Historia de Guerras Civiles de Francia*, al estilo de Tácito, de Enrico Davila —tema de un ácido comentario anónimo posterior del vicepresidente John Adams, en el siglo XVIII— apareció por primera vez en inglés en 1647<sup>189</sup>. El poeta realista Richard Fanshawe acompañó su traducción de 1648 de *Il pastor fido* de Guarini con «un breve Discurso sobre las Largas Guerras Civiles de Roma»

dedicado a Carlos, el Príncipe de Gales, en el que confirmaba las distinciones romanas entre guerra civil, guerra servil (que él llama «motín») y conspiraciones, como la de Catilina, a favor de los conflictos que eran «propiamente *guerras civiles*»<sup>190</sup>. En 1650, *sir* Robert Stapylton publicó una traducción de la «historia de las Guerras de los Países Bajos» (*De bello Belgico*), de Famiano Strada, y en 1652 apareció una versión inglesa de la historia de Sandoval de las guerras civiles españolas de comienzos del siglo XVI, acompañada del comentario de que nadie que hubiera leído acerca de las Guerras de los Barones de Inglaterra encontraría extrañas las Guerras de Religión en Francia, de la misma manera que, era de suponer, nadie que tuviera conocimiento del siglo anterior español se asombraría ante los problemas de Inglaterra<sup>191</sup>.

Todas estas obras confirmaban el lugar de las «guerras civiles incívicas» de Inglaterra en el marco de patrones históricos más amplios<sup>192</sup>. Se dice que, tras la lectura de Davila, Carlos I habría comentado, acerca de sus adversarios, que «la verdad es que sus espadas ya la han escrito en sangre *inglesa* antes de que la pluma [del traductor] lo hiciera en tinta *inglesa*»<sup>193</sup>. La gran variedad de publicaciones —clásicas y modernas, inglesas y europeas continentales— muestran en qué medida los modelos históricos disponibles trascendían el horizonte de la Roma republicana o de las Guerras de Barones de la Inglaterra medieval<sup>194</sup>.

\* \* \*

Dada la educación humanista de la mayoría de los participantes de la crisis de mediados del siglo XVII, sería de esperar que los análisis de la guerra civil a comienzos de la Europa moderna se hubiesen iniciado en el campo de la poesía y la historia. Sin embargo, en el curso de ese siglo el tema fue decantándose cada vez más del lado del derecho y la ciencia civil, o sea de lo que hoy llamaríamos politología y filosofía del derecho. También aquí, la visión de los romanos sobre el tema estableció los términos del debate. Por ejemplo, en 1604, inspirándose en el pensamiento jurídico romano, Hugo Grocio sostenía que la guerra no era justa ni injusta en sí misma, que no se trataba en absoluto de una expresión normativa, sino descriptiva, cuyo único

significado era el de «acción armada contra un adversario armado». Lo que determinaba que una guerra fuese justa era la naturaleza de su motivo. Si solo se proponía causar daño, era por definición injusta o contra derecho; si aspiraba a poner en práctica un derecho, se la podía justificar. Luego Grocio dividió las guerras en dos clases: públicas, si eran financiadas por el Estado, y privadas, si la fuente de financiación no era el Estado<sup>195</sup>. La definición de guerra pública mantuvo su formulación original, pero en cierto momento Grocio añadió una especificación: «La guerra pública puede ser “civil” (cuando se libra contra una parte del mismo Estado) o “externa” (cuando lo es contra otros Estados). Lo que se conoce como “guerra de aliados” es una forma de guerra externa»<sup>196</sup>.

En una nota posterior, Grocio aclaraba que, de la misma manera, las guerras privadas podían ser civiles o externas, pero no desarrolló las implicaciones de una guerra civil que careciera de autoridad pública al menos en uno de sus bandos. Más claro fue sobre la cuestión más inmediata relativa al apoderamiento de botines: era tan justo hacerlo en una guerra civil como en cualquier otra clase de guerra. Con esto respondía a sus adversarios, sobre todo a Fernando Vázquez de Menchaca (1512-1569), jurista español del siglo XVI, que había sostenido que no era legítimo cobrarse un precio en las guerras civiles. El objetivo de Vázquez de Menchaca era impedir el saqueo en todas las guerras entre cristianos, porque, decía, toda guerra de ese tipo era una guerra civil. Grocio no creía lo mismo: «¿Quién aceptará la afirmación de que las guerras entre cristianos son guerras civiles, que es como decir que, de hecho, toda la cristiandad constituye un solo Estado?»<sup>197</sup>. Más adelante, en los siglos XVIII y XIX, como veremos, reaparecerán análogas discusiones acerca de la extensión que debería tener una comunidad —ya fuera cristiana, europea, regional o global— para que la guerra que se librara en su ámbito pudiera calificarse de «civil». No obstante, para Grocio, el hecho de que una guerra fuera civil o externa, o de que se librara entre cristianos o contra no cristianos, era irrelevante respecto de la legitimidad de la toma de botín, pues eso dependía únicamente de que se tratara de una guerra justa o injusta.

En el momento en que Grocio escribió su respuesta más extensa y duradera a estos interrogantes en su obra *Sobre el derecho de guerra y de paz* (1625), la guerra civil no era una categoría importante. Sus distinciones

decisivas giraban en torno a tres clases de guerras:

La clasificación más general y más necesaria de los tipos de guerras distingue entre una privada, una pública y una tercera, mixta. Guerra pública es la que tiene la autoridad del poder civil como protagonista en ambos bandos; guerra privada es la que tiene lugar entre particulares, sin intervención de la autoridad pública; y guerra mixta es la que se da entre la autoridad pública de un lado y meros particulares del otro lado<sup>198</sup>.

Tan firme es la posición de Grocio contra la guerra privada y su coste, que no es otro que el de poner a «un país ante peligrosas perturbaciones y cruentas guerras», que aconseja la sabiduría de Plutarco y de Cicerón, aun en el caso de hallarse ante un usurpador: «*Una guerra civil es peor que la necesidad de someterse a un gobierno ilegítimo [...] Cualquier paz es preferible a una guerra civil*»<sup>199</sup>. Este tipo de sensibilidad conservadora le acarrearía a Grocio el desdén de Jean-Jacques Rousseau, que lo consideraba apenas algo más que un defensor de la tiranía y la esclavitud<sup>200</sup>.

Grocio había dedicado todo el libro a argumentar, sobre la base romana de la autodefensa y de una causa justa, que la guerra podía ser justa, pero dejó sin respuesta el problema más intrincado relativo a si en una guerra civil, fuese privada o mixta, era posible justificar *ambos* bandos al mismo tiempo, pues ¿cómo podrían ambos lados aducir autodefensa, cuando uno o el otro tuvo que haber comenzado las hostilidades? Para quienes vinieron después de Grocio, la respuesta a esta cuestión giró en torno al establecimiento de qué bando podía ser legítimamente considerado como la autoridad pública y, en consecuencia, a cuál podía considerarse revestido de autoridad legal contra la insurrección privada.

Reflexionando sobre estas cuestiones en el lenguaje de la ley natural, el sucesor (y crítico) más riguroso de Grocio fue el inglés Thomas Hobbes, humanista, historiador y estudioso de la ciencia civil. De acuerdo con Hobbes, y en sus términos más directos, la finalidad de la filosofía civil es «prevenir la confusión y la guerra civil, para evitar la cual fue ordenado todo gobierno civil» (*Leviatán*, 1651)<sup>201</sup>. No bastaba con analizar en abstracto los derechos de guerra y paz, como Hobbes creía que había hecho Grocio; era

esencial saber por qué había guerras. Hobbes señaló como su causa una falta de comprensión. Como observa en *De Corpore* (1655), «todas las calamidades que podrían evitarse con la industria humana surgen de la guerra, pero sobre todo de la guerra civil; de esta derivan las masacres, la soledad y la carencia de todas las cosas [...] La causa de la guerra, por tanto, es que los hombres no conocen las causas de la guerra ni de la paz, pues son en el mundo muy pocos [...] los que han estudiado de modo suficiente las reglas de la vida civil». Puesto que «las guerras civiles provienen de la carencia de ciencia moral», Hobbes asumió la misión de enseñar a sus conciudadanos la filosofía que pudiera ahorrarles esas supremas calamidades<sup>202</sup>.

Para Hobbes, la tarea decisiva de cualquier autoridad interna adecuadamente constituida es la de asegurar la paz a todos sus ciudadanos. En su primera obra política importante, *De Cive*, define negativamente la paz como ausencia de guerra, y la guerra como «ese período de tiempo en el que se declara abiertamente la voluntad de enfrentarse a otro por la fuerza, ya sea con palabras o con hechos»<sup>203</sup>. Además de las guerras entre Estados, Hobbes distingue otras dos formas de guerra, la civil y la competición entre individuos en estado de naturaleza. La guerra civil, por definición, solo puede darse tras la creación de una comunidad (*civitas*). Antes de eso, en «la condición de hombres fuera de la sociedad civil (la condición que podría denominarse estado de naturaleza), lo que había no era otra cosa que una guerra de todos los hombres contra todos los hombres (*bellum omnium contra omnes*), guerra en la que todos los hombres tenían derecho a todas las cosas»<sup>204</sup>. En tanto lucha entre individuos desorganizados, que podían llegar a acuerdos circunstanciales con aliados (*socii*), era posible una guerra *social*, pero seguramente no una guerra civil. No había en ese caso tambores ni trompetas ni estandartes, porque no había ejércitos ni generales, y por supuesto tampoco ciudadanos, o *cives*, formalmente armados; es decir, ninguno de los elementos, decisivos o decorativos, de una sociedad civil. La famosa guerra de Hobbes de todos contra todos no era en absoluto una guerra civil.

De acuerdo con Hobbes, la guerra civil hizo su aparición cuando la autoridad pública se dividió. Como explicó a su exalumno William

Cavendish, tercer conde de Devonshire en 1645, «la experiencia enseña [...] que la disputa por [la precedencia] entre el *poder espiritual* y el *poder civil* ha sido últimamente, más que ninguna otra cosa en el mundo, la causa de las *guerras civiles en toda la cristiandad*»<sup>205</sup>. Esto tal vez fuera correcto en aquel momento (y sería básico para la explicación hobbesiana posterior, en el *Leviatán*, de los motivos de la creación de un soberano unitario), pero era tan solo un aspecto de un fenómeno más fundamental. En *De Cive*, Hobbes dice que «en una comunidad, *el poder supremo* [...] siempre existe y es ejercido, excepto en tiempos de sedición y guerra civil; y entonces lo que ocurre es que de un mando supremo se hacen dos» o, según la terminología de Floro en relación con lo que sucedió bajo los Graco y que Hobbes habría retomado, una comunidad se hace bicéfala. La facción, del tipo que fuere, sería el origen más probable de esa división, en especial cuando «trata de conseguir por las armas lo que no consigue mediante la elocuencia y la intriga; así nace una guerra civil». Una facción era en realidad «como una comunidad dentro de la comunidad (*civitas in civitate*)». Que un príncipe cualquiera tolerara una facción dentro de su comunidad equivalía, pues, «a permitir al enemigo traspasar las murallas de su reino»<sup>206</sup>. La consecuencia inevitable sería una guerra en la que unos ciudadanos se convertían en enemigos de otros ciudadanos; por consiguiente, en el sentido romano de la expresión, una verdadera guerra *civil*.

En el momento en que Hobbes publicaba, en 1647, una segunda edición de *De Cive*, con una distribución mucho mayor, Inglaterra llevaba largo tiempo inmersa en lo que él llamaba «actuales calamidades del país»<sup>207</sup>. El momento crucial en esa crisis se produjo cuando, en enero de 1649, los fiscales acusaron a Carlos I<sup>208</sup>. Su delito fundamental habría sido el de traición. Sin embargo, como ha observado recientemente un historiador, «qué constituía traición y, en consecuencia, merecía castigo, era materia de juicio partidista», dado que tanto Carlos I como el Parlamento reivindicaban para sí mismos la autoridad soberana<sup>209</sup>. En realidad, para iniciar un juicio contra un soberano ungido era necesario redefinir la sede de la soberanía, y de ahí que el objeto de traición fuera el Parlamento, no la Corona<sup>210</sup>. Con esta inversión de la perspectiva se abría la posibilidad de pensar que el rey sostenía una guerra contra el pueblo inglés, una guerra que, por definición, era civil

porque estaba dirigida al interior de la comunidad y contra sus ciudadanos.

El 6 de enero de 1649 el Parlamento aprobó su «Orden de Creación de un Tribunal Superior de Justicia para el Juicio al Rey». Los dos «delitos de alta traición» de los que se acusaba a Carlos I eran, en primer lugar, que «tenía el propósito maligno de subvertir por completo las Antiguas Leyes y Libertades Fundamentales de esta Nación, y [...] introducir un Gobierno Arbitrario y Tiránico»; y, en segundo lugar, «que, además de utilizar todo tipo de perversidades con el fin de lograr este propósito, lo había perseguido a fuego y espada, provocando y manteniendo una cruel guerra interna contra el Parlamento y el Reino, en la que se había devastado miserablemente el país, agotado el Tesoro Público, perjudicado el comercio, asesinado a miles de personas y cometido otra infinidad de males»<sup>211</sup>. El fin era el gobierno arbitrario; el medio, la «guerra cruel». Pero ¿qué ley se habría violado con esto como para merecer un juicio e incluso la condena de muerte?

Antes de enero de 1649 había sido imposible para la Corona declarar la guerra a sus súbditos. Podía actuar en defensa propia contra rebeldes, pero la guerra contra su propio pueblo era legalmente inconcebible. Incluso antes de declararse sede de la soberanía, la Cámara de los Comunes tuvo que reelaborar la ley de traición. El 4 de enero de 1649, el Parlamento Rabadilla se proclamó «poder supremo de esta nación», pero ya el 1 de enero había afirmado que «para las Leyes Fundamentales de este Reino, es ahora traición del Rey de *Inglaterra* iniciar una guerra contra el Parlamento y el Reino de *Inglaterra*»<sup>212</sup>. Con esta declaración se alteraba de manera decisiva lo que había sido el derecho inglés desde el siglo XIV, que incluía en su lista de ofensas el delito de «iniciar una guerra» contra el rey. Esa definición de traición era de origen romano y derivaba del *Digesto* de derecho romano, donde se la describía en parte como el inicio de hostilidades sin orden del emperador<sup>213</sup>. Así las cosas, el único cuerpo que disponía de legítima autoridad para iniciar una guerra era, por definición, el soberano.

Fue inmediatamente después de este debate cuando Thomas Hobbes elaboró su propia teoría general de soberanía en *Leviatán*. Pese a la falta de definición sobre si la soberanía debía residir en una sola persona o en una asamblea, no dejó espacio a la posibilidad de resistir a la soberanía, cualquiera que fuese su constitución. Para Hobbes, su constitución no era la

alternativa a la guerra civil, sino a la condición de guerra *al margen* de la sociedad civil. En palabras de Hobbes:

De todo ello queda de manifiesto que, mientras los hombres viven sin ser controlados por un poder común que los mantenga atemorizados a todos, están en esa condición llamada guerra, guerra de cada hombre contra cada hombre. Pues la GUERRA no consiste solamente en batallas o en el acto de luchar, sino en un período en el que la voluntad de confrontación violenta es suficientemente declarada [...] la naturaleza de la guerra no está en una batalla que de hecho tiene lugar, sino en una disposición a batallar durante todo el tiempo en que no haya garantías de que debe hacerse lo contrario. Todo otro tiempo es tiempo de PAZ<sup>214</sup>.

El poder soberano se instituye precisamente para asegurar la paz y evitar la guerra. Cualquier división de la soberanía llevaría tanto a la confusión y a la disputa como al «poder común»; por tanto, era esencial mantener la indivisibilidad de los derechos del soberano, incluso el «derecho de hacer la guerra y la paz con otras naciones y Estados. «Pues —argumentaba— a menos que una división así haya precedido, la división entre ejércitos opuestos no podría nunca darse. Si no hubiese habido primero la opinión, extendida por la mayor parte de Inglaterra, de que estos poderes estaban divididos entre el rey, los lores y la Cámara de los Comunes, el pueblo no hubiera llegado nunca a dividirse y a caer en la presente guerra civil». En el capítulo 18 del *Leviatán* fundamenta su oposición a las vanas objeciones del sufrimiento que se experimentaría bajo un gobierno tiránico o bajo un gobierno popular: «El estado del hombre no puede nunca estar libre de incomodidades, y que aún la mayor que pueda acaecer a la generalidad del pueblo bajo cualquier sistema de gobierno es insignificante si se la compara con las miserias y horrores que acompañan a toda guerra civil»<sup>215</sup>. Esa condición marcaba la disolución de la soberanía en el retorno al estado precivil de naturaleza en el que la vida podía ser solitaria, pobre, despreciable, brutal y breve. En este sentido, la guerra civil era para Hobbes estrictamente un oxímoron, pese a la presión que el lenguaje de la época ejercía a favor de la descripción de un tiempo sin consenso acerca de quién o qué constituía el poder común sobre el pueblo.



Hobbes había nacido en 1588, el año de la Armada Invencible española, y tuvo una vida extraordinariamente larga que cubrió casi todas las turbulencias del siglo XVII en Inglaterra, lo bastante larga como para permitirle participar, antes de su muerte en 1679, en la Crisis de la Exclusión, cuya finalidad era excluir de la sucesión dinástica al católico Jacobo I, duque de York<sup>216</sup>. Pero habría debido vivir todo un siglo para presenciar la Revolución Gloriosa de 1688-1689 y haber leído los *Dos tratados de gobierno* de John Locke, escritos tras la Crisis de la Exclusión, aunque luego revisados y publicados en 1689 «para confirmar el Trono de nuestro Gran Restaurador, nuestro actual Rey Guillermo [...] Y justificar ante el Mundo al pueblo de Inglaterra»<sup>217</sup>. Locke había sido alumno de la Westminster School cuando Carlos I fue ejecutado cerca de allí, en Whitehall<sup>218</sup>. Se convirtió en un estudioso particularmente atento de la historia de las guerras civiles, desde las de la larga experiencia romana hasta aquellas en que había participado su padre en 1646 del lado del Parlamento. En el curso de su vida, Locke conoció la historia de las guerras civiles de Perú del Inca Garcilaso, las historias al estilo de Tácito de Davila y Strada, muchos relatos de la Rebelión Holandesa, así como varios ejemplares de Floro, Lucano y los comentarios de César, entre otras obras sobre la guerra civil<sup>219</sup>. No obstante, su exposición sobre la tiranía y la legítima respuesta a ella en que consisten sus *Dos tratados*, se hace eco de las acusaciones realizadas en el juicio contra el monarca supuestamente malintencionado.

Locke negaba que el Estado por naturaleza fuera un estado de guerra, que él no definía como «impulso apasionado y momentáneo, sino [como] una premeditada y establecida intención contra la vida de otro hombre» y, por consiguiente, completamente distinta, tanto en intención consciente como en orientación precisa, de la permanente condición hobbesiana de inseguridad entre ajenas pasiones<sup>220</sup>. No hay razón para creer que Locke pretendiera responder directamente a Hobbes; la única referencia a «guerras civiles» muestra cuán lejos se hallaba su teoría política tanto de la de Hobbes como de la de Grocio. Sin embargo, como si respondiera al pasaje de Grocio que hemos citado antes, Locke sostenía: «Pero si quienes dicen que [el derecho de resistir a un tirano] “está sembrando la semilla de la rebelión” quieren con ello dar a entender que eso podría ocasionar guerras civiles o agitaciones

internas para que el Pueblo sepa que está absuelto de prestar obediencia [...] y que en consecuencia es una doctrina impermisible porque resulta destructiva para la paz del mundo, entonces podrían agregar también, basándose en lo mismo, que los hombres honestos no pueden oponerse a los ladrones y piratas, porque esto puede dar ocasión a desorden y a derramamiento de sangre». Los seres humanos entran en la sociedad civil para escapar al estado de naturaleza; sin embargo, una vez en comunidad, la mayor amenaza a su seguridad no son sus propias pasiones ni los enemigos externos, sino el uso ilegítimo que sus gobernantes hagan de la fuerza, al que es lícito resistir, pues quienes así actúan «están destruyendo la autoridad que el pueblo, el cual tiene la capacidad exclusiva para ello, estableció; y están introduciendo un estado de guerra en el que la fuerza es ejercida sin autoridad [...] Y de ese modo se ponen a sí mismos en un estado de guerra contra quienes les habían nombrado protectores y guardianes de su paz; y son, propiamente hablando, y en grado máximo, *rebellantes*, es decir, rebeldes»<sup>221</sup>. El objeto de preocupación inmediato era en este caso Jacobo, duque de York e hijo de Carlos; durante la Crisis de la Exclusión, Locke, al igual que muchos contemporáneos, temía una restauración del absolutismo estuardo y, con ella, un retorno al ciclo de guerras civiles que había comenzado en 1641. Al mismo tiempo, también podemos verle sumarse a la discusión sobre el análisis del significado y la naturaleza de la guerra civil que ya había atraído a Grocio y Hobbes en el siglo XVII.

Locke concebía la guerra civil como lo que Grocio habría llamado guerra «mixta», con «autoridad pública» de un lado, pero pensaba que la autoridad debía estar a favor del pueblo, no del gobernante. Así pues, era una guerra en la que jamás ambos bandos podían tener justificación. En este sentido, e incluso de un modo más radical que Hobbes, Locke repudiaba la tradición romana de guerra civil en tanto guerra que tenía lugar en el seno de la *civitas* entre grupos armados de conciudadanos. Para Locke, mientras no se restaurase la autoridad justa, la guerra civil implicaba la extinción de la comunidad, el colapso de la sociedad civil, el abandono de la propia civilidad. Locke no tenía dudas de que esa restauración se había producido en 1688 con lo que él llamaba «nuestra liberación del papismo y la esclavitud desde la llegada del Príncipe de Orange»; es decir, el cuñado de Jacobo II,

Guillermo de Orange, quien llegó al trono con su mujer, María, gracias a la maniobra política conocida como la Revolución Gloriosa debido a su índole supuestamente incruenta<sup>222</sup>.

¿Habría pensado Locke que la Revolución Gloriosa era la última guerra civil británica del siglo XVII? ¿La habrá considerado una guerra civil? Parece muy improbable. Fue relativamente breve, se resolvió con rapidez y no se repitió, a diferencia de las guerras civiles de la Roma republicana, la Europa medieval o la de comienzos de la edad moderna. Historiadores más recientes han considerado la Revolución Gloriosa como la guerra civil inglesa o británica que nunca tuvo lugar: «En 1688 no hubo verdadera guerra civil; esto quiere decir que no hubo batalla, se derramó muy poca sangre y no se experimentó una recaída general en la condición de violencia armada epidémica como la que se había dado en Inglaterra entre 1642 y 1646». Si los acontecimientos constituyeron una «cuarta» guerra civil inglesa tras las tres que convencionalmente se cuentan entre 1641 y 1649, «acabó antes de empezar» en los meses finales de 1688<sup>223</sup>. La Revolución Gloriosa puede haber sido así la guerra civil inglesa o británica que puso fin a todas las guerras civiles, una lucha de facciones en la que ambos lados tenían ejércitos, pero no reclamaron territorio alguno ni se embarcaron en conflictos militares (no al menos en suelo inglés). En cambio, acordaron sin derramamiento de sangre la transmisión de la autoridad de una facción a otra; proceso «civil», tal vez, pero difícilmente una guerra.

Más sombría era la visión que sobre la inevitabilidad de la guerra civil tenía un contemporáneo de Locke, el aristocrático pensador republicano inglés Algernon Sidney (1623-1683). Sidney, al igual que Hobbes y Locke, estaba activamente implicado en la Crisis de Exclusión, pero pasó de la teoría a la práctica de la resistencia política y en 1683 fue ejecutado por su participación en una conspiración para asesinar al rey. Tal vez considerara inevitable dicha conspiración e incluso preferible a los conflictos sin duda mayores que los regímenes monárquicos producían por su mera naturaleza. «Todas las monarquías están condenadas a padecer guerras civiles —escribió en sus *Discourses Concerning Government* (1698), de publicación póstuma—. Pero las comunidades libres [*commonwealths*] se ven menos afectadas por esa plaga». En realidad, como sugiere el título de su capítulo dedicado a

este tema: «Los gobiernos populares son menos susceptibles de padecer perturbaciones civiles que las monarquías, las gestionan con más habilidad y se recuperan más fácilmente de ellas». Esto, según Sidney, se debía en gran parte a que los regímenes no monárquicos no sufrían las destructivas disputas por la herencia y la sucesión propias de las monarquías<sup>224</sup>.

Sidney demostró esta diferencia mediante un detallado despliegue de todas las violentas perturbaciones de la historia: en Israel, bajo el gobierno de sus reyes, en la monarquía persa, en Roma, Francia, España y Gran Bretaña. Por ejemplo, la sucesión provocó «muchas revoluciones» en Francia, donde, lo mismo que en Roma, «el fin de una guerra civil encerraba el comienzo de otra». Por si las páginas y páginas de evidencias del Mediterráneo y del norte de Europa no bastaran para convencer a sus lectores, Sidney terminaba con una letanía de devastadoras guerras civiles en Inglaterra desde la conquista normanda. «Las desgracias de *Inglaterra* en esas ocasiones —dice— son las peores de todas». Desde la disputada sucesión tras la muerte de Guillermo el Conquistador hasta las agitaciones de los Tudor, la historia de Inglaterra parece haber sido un tiempo prácticamente ininterrumpido de perturbaciones durante cinco siglos<sup>225</sup>.

La historia de Sidney era claramente deudora de los historiadores romanos y sus imitadores. Como él mismo observó en su anterior *Court Maxims* (1664-1665) en relación con la ferocidad de las guerras por la sucesión regia, «de esta verdad dan innegable testimonio Inglaterra, Francia y Flandes; cada uno de estos países ha perdido más sangre que la derramada en todas las crueles guerras de Mario y Sila, César y Pompeyo y todas las otras que tuvieron lugar en Roma desde la expulsión de los reyes hasta el establecimiento de los césares». ¿Hacía falta algo más que estas historias para demostrar que la monarquía alimentaba la guerra y el republicanismo traía la paz, tanto en el mundo antiguo como en el moderno? El argumento de la era augusta británica, según el cual las comunidades, o «Estados libres», «agotados por las disensiones civiles, buscaron la monarquía como puerto de descanso», era tan peligroso como absurdo. «También podríamos concluir que la muerte es mejor que la vida —agregaba Sidney— porque pese a cuantos esfuerzos se hagan por preservar la vida, todos los hombres terminan muriendo. Que a menudo los Estados libres caigan en la monarquía debido a

sus disputas internas solo muestra que la monarquía es un estado como la muerte respecto de la vida»<sup>226</sup>.

Sidney aclaraba el sentido romano de guerra civil por la distinción de esta respecto de otros tipos de guerra que los romanos habían afrontado. Era «completamente absurdo —pensaba— aplicar el nombre de guerras civiles a las guerras serviles y de gladiadores, pues los gladiadores también eran esclavos, y la guerra civil solo podía tener como contendientes a miembros de la sociedad civil, cosa que los esclavos no eran. Quienes luchaban en la *bellum sociale* [guerra social] eran hombres libres, pero no ciudadanos, y la guerra que ellos libraban no podía llamarse civil»<sup>227</sup>. Sidney discutía con sus predecesores y sus contemporáneos que utilizaban la historia romana para argumentar que el gobierno republicano llevaba directamente a la anarquía y a la inestabilidad. Él sostenía, en cambio, que «todas las monarquías están condenadas a padecer guerras civiles [...] Pero las comunidades libres [*commonwealths*] se ven menos afectadas por esa plaga»<sup>228</sup>.

La república romana —el período en que el pueblo romano no estuvo gobernado por reyes ni por emperadores— era el mejor ejemplo de esa correlación. Sidney refutaba en particular a *sir* Robert Filmer, monárquico acérrimo, en relación con «la imperfección del gobierno popular» a la que este se refiere en su *Patriarcha*, de finales de los años veinte del siglo XVII. Filmer describía la «democracia» de Roma como turbulenta y fugaz, apenas unos 480 años desde la expulsión del último rey de Roma, Tarquino el Soberbio, hasta la asunción de Julio César. El conflicto entre la nobleza y el pueblo llevó a sediciones que luego dieron lugar a una destructiva serie de guerras «civiles»: «la guerra *social*, que era sencillamente guerra civil; las guerras de los esclavos y de los otros combatientes; las guerras civiles de Mario y Sila, de Catilina, de César y Pompeyo, de Augusto, Lépido y Antonio. Todas estas guerras derramaron un océano de sangre en Italia y en las calles de Roma». En oposición a quienes, como Floro, consideraban que el mayor logro de Roma —la expansión de su imperio— era fruto del «gobierno *democrático*», Filmer sostenía que «incluso en los tiempos en que las victorias romanas en el extranjero asombraban al mundo, las trágicas matanzas de ciudadanos en el interior eran merecedoras de la conmiseración de sus enemigos vencidos». Estas guerras continuaron incluso mientras Roma

se expandía porque los ciudadanos volvían las armas de la conquista contra sí mismos, hasta que las «disputas civiles terminaron reinstaurando una monarquía en el gobierno»<sup>229</sup>.

Para demostrar la necesidad de la monarquía y la inestabilidad del gobierno republicano, Filmer había invertido el relato republicano de la guerra civil para ponerlo al servicio de una narrativa augusta que ensalzara los beneficios de la monarquía con vistas a garantizar la paz. Igualmente polémica era la refutación de Sidney a Filmer. Sostenía, como lo había hecho Salustio, que los males del imperio eran como una infección que descomponía el cuerpo político. «Fue muy difícil, cuando no imposible, preservar la igualdad civil cuando los males de los mayores reinos pasaron a ser adorno de las casas particulares»<sup>230</sup>. No fue la adhesión a una constitución republicana la causa de las sediciones de Roma ni, finalmente, la de sus guerras civiles, sino el alejamiento de esa constitución. Tampoco fueron los ciudadanos sin monarca la causa de la guerra civil, sino un conjunto hostil de otros enemigos. Sin embargo, habría sido la explicación de Sidney, no la de Filmer, la que los pensadores romanos hubieran reconocido como descripción acertada de los enemigos que hubieron de enfrentar en muchas de las guerras de la república. «La guerra civil solo pueden protagonizarla miembros de la sociedad civil», era la forma idiomática con que los romanos expresaban su concepción de este tipo de conflicto.

\* \* \*

Si algo habían enseñado los autores de obras sobre la guerra civil era la elevada probabilidad de que, una vez comenzados, los ciclos de guerra civil se repitieran sin interrupción. «En vano buscaremos un gobierno completamente libre de la posibilidad de guerras civiles, tumultos y sediciones —advertía Sidney—. Esa es una bendición negada a esta vida y reservada para colmar de felicidad a la próxima»<sup>231</sup>. Era como si, en tanto herederas de Roma, las naciones europeas que iban surgiendo gradualmente no pudieran desprenderse de los hábitos romanos de violencia organizada o de la manera romana de entenderlos. La guerra civil era una de las marcas distintivas de civilización, pues la civilización era imposible sin *civitates*, es

decir, sin ciudades o Estados, y tanto unas como otros tenían como destino natural el verse desgarrados por la lucha civil. El barón de Montesquieu (1689-1755), jurista y pensador político francés, captó el dilema en sus reflexiones de 1734 sobre la grandeza y la decadencia del Imperio Romano: «Mientras Roma conquistaba el mundo, una guerra oculta se desarrollaba intramuros: estos fuegos eran como los de los volcanes, que se encienden cuando son alimentados por una sustancia combustible»<sup>232</sup>. Esa sería una lección inolvidable de la historia de la guerra civil romana hasta finales del siglo XVIII y aún más.

En ese período comienza a emerger poco a poco en Europa un nuevo relato, que también abarca una sucesión de agitaciones políticas que vinculan el pasado con el futuro, pero esta vez de un modo pleno de posibilidades utópicas. Según esta visión de la historia, una secuencia de revoluciones sería ya menos una serie de guerras civiles que un relato central de luchas, ya no congénitas, sino de emancipación moderna, que empieza con la Revolución Norteamericana y la Revolución Francesa y se desarrolla en la historia. La creación de este relato implicaría su propio acto de olvido. La naciente categoría de revolución estaba diseñada, en parte, para reprimir recuerdos de guerra civil y reemplazarlos por algo más constructivo, más esperanzador y con proyección al futuro. En palabras del filósofo francés Théodore Jouffroy (1796-1842), escritas en los albores de las guerras francesas revolucionarias y napoleónicas: «Las guerras civiles de Europa se han acabado»<sup>233</sup>. Esta esperanza revolucionaria solo podía sostenerse si se pasaban por alto las semejanzas entre guerra civil y revolución, así como el considerable solapamiento recíproco de los conceptos que se emplean para entender una y otra. Pero la concepción romana de guerra civil se resistirá a desaparecer. En efecto, la era de las revoluciones también fue una era de guerras civiles.

---

<sup>161</sup> Hobbes, *On the Citizen*, ed. de Tuck y Silverthorne, 4 [*De Cive*, trad. y prólogo de Carlos Mellizo, Madrid, Alianza Editorial, 2015, 34].

<sup>162</sup> Sobre la deuda de Shakespeare al currículum humanista, véase Armitage, Condren y Fitzmaurice, *Shakespeare and Early Modern Political Thought*; Skinner, *Forensic Shakespeare*.

<sup>163</sup> Burke, «Survey of the Popularity of Ancient Historians, 1450-1700».

[164](#) Jensen, «Reading Florus in Early Modern England»; Jensen, *Reading the Roman Republic in Early Modern England*, 56-73.

[165](#) Schuhmann, «Hobbes's Concept of History», 3-4; Hobbes, *Behemoth; or, The Long Parliament*, 52 [*Behemoth: el largo Parlamento*, trad. y est. preliminar de Antonio Hermosa Andújar, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1992].

[166](#) Grafton, *What Was History?*, 194-195; véase en Wheare, *Method and Order of Reading Both Civil and Ecclesiastical Histories*, trad. de Bohun, 77-78, en «el cuerpo de la historia romana [...] cuya presentación ha sido magníficamente elaborada por nuestro L. Aneo Floro».

[167](#) *Statutes of the University of Oxford Codified in the Year 1636 Under the Authority of Archbishop Laud*, 37.

[168](#) Eutropius, *Eutropii historiae romanæ breviarum* [Eutropio, *Breviario*]; Phillipson, *Adam Smith*, 18, láminas 2-3.

[169](#) MacCormack, *On the Wings of Time*, 15, 72 y 76.

[170](#) Garcilaso de la Vega, *Historia general del Perú, trata el descubrimiento del; y como lo ganaron los Españoles*.

[171](#) Montaigne, *Essays Written in French Montaigne*, trad. de Florio, 547 [*Ensayos Completos* 3.9, trad. de Almudena Mantojo, Madrid, Cátedra, 2016, 932].

[172](#) Hadfield, *Shakespeare and Republicanism*, 103-129, ha llamado «Shakespeare's *Pharsalia*» a esta tetralogía.

[173](#) Bentley, *Shakespeare and Jonson*, 1:112; Donaldson, «Talking with Ghosts: Ben Jonson and English Civil War».

[174](#) *Shakespeare's Appian; Logan, Daniel's Civil Wars and Lucan's Pharsalia*; Logan, «Lucan-Daniel-Shakespeare».

[175](#) Daniel, *The First Fowre Bookes of the Civile Wars Between the Two Houses of Lancaster and Yorke*, sig. B[1]r.

[176](#) Norbrook, *Writing the English Republic*, 24.

[177](#) Shapiro, «Metre Meete to Furnish Lucans Style»; Gibson, «Civil War in 1614»; Norbrook, «Lucan, Thomas May, and the Creation of a Republican Literary Culture»; Norbrook, *Writing English Republic*, 43-50.

[178](#) May, *History of the Parliament of England Which Began November the Third, MDCXL*, sig. A3v; Pocock, «Thomas May and the Narrative of Civil War».

[179](#) Milton, *Paradise Lost*; Hale, «*Paradise Lost*»; Norbrook, *Writing the English Republic*, 438-467, 443.

[180](#) McDowell, «Towards a Poetics of Civil War», 344.

[181](#) Filmer, *Patriarcha*, portada, cita de Lucano, *Farsalia* 3.145-146 («Libertas [...] Populi, quem



regna coercent / Libertate perit»); Hobbes, *Behemoth: The History of the Causes of the Civil-Wars of England*, portada, adaptación de Lucano, *Bellum civile* 1.1-2 («Bella per Angliacos plusquam civilia campos, / Jusque datum sceleri loquimur»); Hobbes, *Behemoth; or, The Long Parliament*, 90, 92 [*Behemoth: el largo Parlamento*, trad. y est. preliminar de Antonio Hermosa Andújar, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1992].

[182](#) Jean-Jacques Rousseau, *Extrait du projet de paix perpétuelle de monsieur l'abbé de Saint-Pierre*, portada (cita de Lucano, *Farsalia*, 4.4-5); Rousseau, *Discourse on the Origin and Foundations of Inequality Among Men*, en *Discourses and Other Writings*, trad. de Gourevitch, 185 [*Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, en *Discurso sobre las ciencias y las artes. Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, prólogo, trad. y notas de Mauro Armiño, Madrid, Alianza Editorial, 2012] (cita de Lucano, *Farsalia*, 1.376-1.378).

[183](#) Lucan, *Pharsale de M. A. Lucain*, trad. de Chasles y Greslou, 1: xvii (cita de Lucano, *Farsalia*, 4.579).

[184](#) Véase, por ejemplo, Mason (comp.), *The Darwin Debate*.

[185](#) «Intestinae Simultates», en Whitney, *Choice of Emblemes and Other Devises*, 7.

[186](#) Seaward, «Clarendon, Tacitism, and the Civil Wars of Europe».

[187](#) Grotius, *De Rebus Belgicis*, 1 [Grocio, *Anales e Historia de Bélgica*].

[188](#) Corbet, *Historicall Relation of the Military Government of Gloucester*, sig. A2v.

[189](#) Biondi, «Civil Warrs of England», trad. de Henry, conde de Monmouth; Biondi, *History of the Civil Warres of England, Betweene the Two Houses of Lancaster and Yorke*, trad. de Henry, conde de Monmouth; Davila, *Historie of the Civil Warres of France*, trad. de Cotterell y Aylesbury; Adams, *Discourses on Davila*.

[190](#) Guarini, *Il Pastor Fido*, trad. de Fanshawe, 303-312.

[191](#) Sandoval, *Civil Wars of Spain in the Beginning of the Reign of Charls the 5t, Emperor of Germanie and King*.

[192](#) Samuel Kem, *The Messengers Preparation for an Address to the King*, 1644, cita en Donagan, *War in England, 1642-1649*, 132; compárese con Robert Doughty, «Charge to the Tax Commissioners of South Erpingham, North Erpingham, North Greenhoe, and Hold Hundreds» (febrero de 1664), en *Notebook of Robert Doughty, 1662-1665*, 123: «nuestras últimas guerras civiles incívicas».

[193](#) Davila, *History of the Civil Wars of France*, trad. de Cotterell y Aylesbury, sig. A2r.

[194](#) Dugdale, *Short View of the Late Troubles in England*. Compárese también Adamson, «Baronial Context of the English Civil War», con el relato más detallado de Adamson, *Noble Revolt*.

[195](#) Larrère, «Grotius et la distinction entre guerre privé et guerre publique».

[196](#) Grotius, *Commentary on the Law of Prize and Booty*, 50 («aut civile in partem eiusdem reipublicae: aut externum, in alius, cuius species est quod sociali dicitur»). Sobre la deuda de Grocio con el derecho romano, véase Straumann, *Roman Law in the State of Nature*.

[197](#) Grotius, *Commentary on the Law of Prize and Booty*, 80 («bella Christianorum esse civilia, quasi vero totius Christianus Orbis una sit republica») [Grocio, *Del derecho de presa. Del derecho de la guerra y de la paz*, trad. de Primitivo Mariño Gómez, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1987], en referencia a Vázquez Menchaca, *Controversiarum illustrium [...] libri tres*.

[198](#) Grotius, *Rights of War and Peace* 1.3.1, 1:240 [Hugo Grocio, *Del derecho de la guerra y de la paz*, 4 tomos, Madrid, Reus, 1925].

[199](#) *Ibid.*, 1.4.19.1, 1:381, cita de *Bruto y César* de Plutarco y de la *Segunda Filípica* de Cicerón.

[200](#) Rousseau, *The Social Contract* (1762), en *Social Contract and Other Later Political Writings*, 42-43 y 44-45 [*Del Contrato social* 1.4, prólogo, trad. y notas de Mauro Armíño, Madrid, Alianza Editorial, 2016, 38-40].

[201](#) Hobbes, *Leviathan*, 3:850 [*Leviatán*, 3:42, trad. prólogo y notas de Carlos Mellizo, Madrid, Alianza Editorial, 2009, 448].

[202](#) Thomas Hobbes, *De Corpore* 1.7, en *Elements of Law, Natural and Politic*, 190 («causa igitur belli civilis est, quod bellorum ac pacis causa ignoratur»), 191 [*Tratado sobre el cuerpo*, introd., trad. y notas de Joaquín Rodríguez Feo, Madrid, Trotta, 2000, 40].

[203](#) Hobbes, *On the Citizen*, 1.12, 29-30 [*De Cive*, trad. y prólogo de Carlos Mellizo, Madrid, Alianza Editorial, 2015, 63].

[204](#) *Ibid.*, 11-12 [*ibid.*, 11-12, 63].

[205](#) Hobbes a Cavendish, julio de 1645, en Hobbes, *Correspondence*, 1:120.

[206](#) Hobbes, *On the Citizen*, 82, 124 («et bellum civile nascitur»), 149 [*De Cive*, ed. cit., 131, 220].

[207](#) *Ibid.*, 15 [*ibid.*, 50].

[208](#) Sobre el trasfondo, véanse en particular Kelsey, «Ordinance for the Trial of Charles I»; Kelsey, «Trial of Charles I»; Holmes, «Trial and Execution of Charles I».

[209](#) Donagan, *War in England, 1642-1649*, 130.

[210](#) Orr, «Juristic Foundation of Regicide».

[211](#) «An Act of the Commons of England Assembled in Parliament for Erecting a High Court of Justice, for the Trying and Judging of Charles Stuart, King of England», 6 de enero de 1649, en *Acts and Ordinances of the Interregnum, 1642-1660*, ed. Firth y Rait, 1:1253-1254 (la cursiva es mía). Heath, *Chronicle of the Late Intestine War in the Three Kingdoms of England, Scotland, and Ireland*, 194-195, y «The Act Erecting a High Court of Justice for the King's Trial», 6 de enero de 1649, en Gardiner, *Constitutional Documents of the Puritan Revolution, 1625-1660*, 357, dice «guerra civil» en lugar de «guerra cruel», pero esto carece de confirmación en, por ejemplo, «An Ordinance of the Commons in England in Parliament Assembled with a List of the Commissioners & Officers of the Said Court by Them Elected», 3 de enero de 1649, British Library, E.536(35), fol. 1r, o en [John Nalson], *A True Copy of the Journal of the High Court of Justice, for the Tryal of K. Charles I*, 2.

[212](#) *Journals of the House of Commons*, 6:107, 111, cita en Orr, *Treason and the State*, 173.

- [213](#) Bauman, *Crimen Maiestatis in the Roman Republic and Augustan Principate*, 271-277; Orr, *Treason and the State*, 12, 44-45 (en referencia a 25 Eduardo III, st. 5, c. 3); *Digest* 48.4.3.
- [214](#) Hobbes, *Leviathan*, 2:192 [*Leviatán*, 1:13, trad., prólogo y notas de Carlos Mellizo, Madrid, Alianza Editorial, 2009, 115].
- [215](#) *Ibid.*, 2:256, 274, 278 y 282 [*ibid.*, 2:18, 164-166].
- [216](#) Hobbes, «Questions Relative to Hereditary Right», 1679, en *Writings on Common Law and Hereditary Right*, 177-178.
- [217](#) Locke, *Two Treatises of Government*, 137 («The Preface»).
- [218](#) Woolhouse, *Locke*, 11.
- [219](#) Por ejemplo, Harrison y Laslett, *Library of John Locke*, ítems 2, 561-562, 927, 1146-1148, 1818-1819, 2792b y 3060.
- [220](#) Locke, *Two Treatises of Government*, 278 (*2nd Treatise*, § 16) [*Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil*, trad., prólogo y notas de Carlos Mellizo, Madrid, Alianza Editorial, 2012, 46].
- [221](#) *Ibid.*, 416-417 (*2nd Treatise*, §§ 227, 228) [*ibid.*, 218-219].
- [222](#) Locke, «On Allegiance and the Revolution», ca. abril de 1690, en *Political Essays*, 307.
- [223](#) Pocock, «Fourth English Civil War», 153 y 159.
- [224](#) Sidney, *Discourses Concerning Government*, 198, 187-189.
- [225](#) *Ibid.*, 193, 196-199.
- [226](#) Sidney, *Court Maxims*, 20.
- [227](#) Sidney, *Discourses Concerning Government*, 121.
- [228](#) *Ibid.*, 198.
- [229](#) Filmer, *Patriarcha*, 54, 55-56, 57 y 58.
- [230](#) Sidney, *Discourses Concerning Government*, 120.
- [231](#) *Ibid.*, 172.
- [232](#) Montesquieu, *Reflections on the Causes of the Rise and Fall Roman Empire*, 61 [*Grandeza y decadencia de los romanos*, Barcelona, Alba Editorial, 1998]; Bates, *States of War*, 160-164.
- [233](#) Jouffroy, *Mélanges philosophiques par Théodore Jouffroy*, 140 («Las guerras civiles de Europa han acabado»).

## CAPÍTULO 4

# GUERRA CIVIL EN UNA ERA DE REVOLUCIONES

### EL SIGLO XVIII

La necesidad de distinguir siempre entre guerra civil y revolución es un supuesto fundamental de la política moderna. La visión común, la de que la revolución es impulsada por elevados ideales y esperanzas de transformación, mientras que la guerra civil está animada por motivos deleznable y violencia absurda, puede remontarse a finales del siglo XVIII, la era de la Revolución Norteamericana y de la Revolución Francesa, momento inaugural de la idea de revolución. Esta idea persistió incluso después de la caída del comunismo, en 1989, y de la Primavera Árabe, hasta nuestro actual tiempo de guerras civiles. En noviembre de 2013, por ejemplo, *The Guardian* publicó una entrevista a un hombre de negocios sirio forzado a exiliarse en Turquía por la crisis de su país, aún hoy sin resolver. Se lamentaba de que los elevados ideales del levantamiento contra el presidente sirio Bashar al-Assad — libertad, una cierta igualdad, la protección del islam— habían sido reemplazados por la violencia sectaria y la lucha entre distintos movimientos armados, yihadistas y extranjeros. «Esto ya no es una revolución contra un régimen —dijo—, es una guerra civil»<sup>234</sup>.

Superficialmente parecería haber convincentes razones para mantener conceptualmente diferenciadas la revolución y la guerra civil. En general se ha dado por supuesto que las guerras civiles son estériles, sin más consecuencias que miseria y desastre, mientras a menudo se ha tenido a las revoluciones por terreno fértil para la innovación y el progreso. Las guerras civiles reviven antiguos agravios y profundas y acérrimas divisiones, mientras que las revoluciones abren el camino a un futuro abierto y en expansión. De la misma manera, las guerras civiles son locales y limitadas en el tiempo, pues tienen lugar en comunidades específicas, por lo general

nacionales, y en momentos particulares<sup>235</sup>. Por el contrario, la revolución parece casi un contagio, que se produce cuando se expande por el mundo, al menos por el mundo moderno, que hasta cierto punto ella define, como despliegue progresivo de liberación humana. Al menos desde el hundimiento del comunismo, sin embargo, se ha vuelto más difícil contemplar las revoluciones sin una aguda conciencia de la violencia y la devastación humana que las acompañan. El resultado, después de 1989, es que el estudio comparativo de esa noble criatura, la revolución, decayó rápidamente, mientras que el estudio de la bestia feroz, la guerra civil, experimentó un *boom*. Así fue como se redescubrió una verdad hasta entonces oculta, la de que el núcleo de la mayoría de las grandes revoluciones modernas fue la guerra civil.

Fue una píldora difícil de tragar. Para la manera convencional de entender las cosas, las guerras civiles anuncian desastres y el hundimiento del espíritu humano, mientras que las revoluciones lo reafirman y lo realizan. Por eso resulta tan perturbador comprobar que una fuerza definitivamente moderna, nueva y con visión de futuro deba tanto a otra tan arcaica, tradicional y retrógrada. No se trata de que en la revolución no hubiera nada nuevo. Como dijo la teórica política Hanna Arendt (1906-1975) en 1963, «las revoluciones, en sentido estricto, no existían antes de la era moderna; se hallan entre los más recientes de los grandes acontecimientos políticos». Arendt comparó las revoluciones con la categoría duradera de las guerras —incluidas las civiles— que, pensaba esta autora, se hallaban «entre los fenómenos más antiguos del pasado registrado»<sup>236</sup>.

La oposición entre revolución y guerra civil tiene profundas raíces históricas. De acuerdo con Reinhart Koselleck (1923-2006), destacado historiador alemán de los conceptos políticos, la revolución hizo su aparición a lo largo del siglo XVIII «como un concepto opuesto al de guerra civil». Al comienzo del siglo, por el contrario, estas dos expresiones, si bien no eran intercambiables, tampoco eran recíprocamente excluyentes». Dadas sus asociaciones con destructivos conflictos religiosos en toda Europa durante los siglos XVI y XVII, la guerra civil era el tipo de calamidad que los impulsos de la Ilustración esperaban eliminar en el futuro. Revolución, por el contrario, equivalía a vanguardia de transformaciones útiles en todos los campos de la

actividad humana: educación, moral, derecho, política, ciencia y, no menos importante, en religión. La maleza irracional, atávica y destructiva de la guerra civil languidecería para no volver a encontrar nunca más un suelo propicio. Este era uno de los objetivos de la Ilustración. La ausencia de entrada alguna para «guerra civil» (*guerre civile*) en la grandiosa suma del conocimiento ilustrado que fue la *Encyclopédie* (1751-1765), de Diderot y D'Alembert, era por sí misma una pequeña pero significativa indicación del éxito que los *philosophes* atribuían a su época en la erradicación del problema<sup>237</sup>. Al mismo tiempo, el deseo práctico de eliminar la guerra civil abrió la vía a un programa visionario para promover la revolución. A finales del siglo XVIII se había llegado a una dualidad relativamente aguda que hoy nos resulta familiar. Como concluye Koselleck, «desde muchos puntos de vista, la expresión “guerra civil” había adquirido el sentido de un insensato girar sobre sí mismo, mientras que la Revolución, por el contrario, buscaba abrir nuevas perspectivas»<sup>238</sup>.

Pero eso llevaría tiempo. Mientras tanto, debería quedar claro que la página en la que los revolucionarios con conciencia de modernidad reescribían el guion del cambio político era en realidad un palimpsesto, pues bajo la nueva versión subsistía aún demasiado visiblemente la que transmitieron los historiadores de las guerras civiles de Roma. El nuevo guion, no menos que el antiguo, era un acto de voluntad. También él presentaba discusiones en torno a la soberanía y también él se verá ensombrecido por el fantasma de la repetición. Sin embargo, el relato sintético de los conflictos romanos inspiró en los siglos XVII y XVIII una nueva manera europea de escribir la historia, en la cual las historias de naciones o pueblos particulares se presentaban como relatos de sus «revoluciones», término que designaba las experiencias de invasión, las disputas por la sucesión al trono en las monarquías y las guerras civiles<sup>239</sup>.

Los romanos y sus descendientes habían concatenado las luchas internas específicas en relatos más amplios que, en su mayoría, daban por supuesto que las guerras civiles formaban una serie destructiva de acontecimientos. Los partidarios de la monarquía y los autores que apoyaban el imperio describirían ese horror acumulativo como la enfermedad que tenía su curación en el gobierno autocrático. Los historiadores europeos, por su parte,

nunca dejarían de lado el relato de levantamientos violentos en serie que provocaban cambios fundamentales en la autoridad y la soberanía; solo lo transformarían. Sobreviviría como historia de revoluciones que se extienden a lo largo de siglos y que poco a poco van borrando la plaga de la guerra civil. Finalmente, se recreó una genealogía moderna de la revolución, según la cual la guerra civil era una molesta antecesora a eliminar, pero que no parecía destinada a desaparecer nunca por completo.

Historiadores de finales del siglo XVII reconstruyeron una serie de perturbadoras «revoluciones» mediante las cuales Roma, a lo largo de siglos, había pasado de su monarquía primitiva al imperio a través del período republicano<sup>240</sup>. Por ejemplo, el clérigo inglés Laurence Echard (1672-1730) escribió de acuerdo con este criterio *La historia romana desde la formación de la ciudad hasta el perfecto establecimiento del Imperio por César Augusto* (1695 y ediciones posteriores) y luego tradujo el libro del estudioso francés Pierre Joseph d'Orléans con el título de *La historia de las revoluciones en Inglaterra bajo la familia Estuardo, del año 1603 a 1690* (1722), mientras que el propio Vertot aprovechaba el éxito de su *Historia de las revoluciones acontecidas en el gobierno de la república romana* (1719 y ediciones posteriores) para ocuparse de las «revoluciones» más recientes en Portugal y Suecia<sup>241</sup>. Hubo imitadores que analizaron con detalle revoluciones en toda la historia europea y en el mundo más amplio de Europa y Asia. Con este tipo de marco histórico, las guerras civiles fueron incluidas en las listas de las revoluciones, las cuales, a su vez, fue imposible distinguir de las guerras civiles. Además, las revoluciones se convirtieron en el modelo de descripción para los levantamientos violentos en Asia, incluida la caída de la dinastía Ming en China en 1644. Solo hacia finales del siglo XVIII los europeos dejaron de calificar esas luchas como «revoluciones», pues reservaron celosamente el término para sus propias transformaciones políticas<sup>242</sup>.

Los pensadores europeos de esa época distinguían tres tipos de guerra civil, que podrían llamarse «sucesionista», «supersesionista» y «secesionista». Las guerras civiles sucesionistas eran el pecado capital de las monarquías. Surgían de las disputas por la sucesión a los tronos de Europa, auténtica plaga de los regímenes reales desde la Edad Media, como sin ninguna piedad señaló, entre otros, Algernon Sidney. En los años ochenta del

siglo xvii —cuando los tronos de los tres reinos fueron objeto de disputa entre dos ramas de la familia Estuardo—, Sidney había afirmado que esas luchas por la sucesión equivalían a las guerras civiles de los romanos. Se repetían y, en potencia, eran interminables porque se originaban en la naturaleza misma de la monarquía: «la violencia de quienes poseían la corona y la ambición de quienes aspiraban a ella» implicaba siempre «que el final de una guerra civil albergara en su seno el comienzo de otra»<sup>243</sup>. Este era el modelo romano de recurrencia trasladado al mundo posromano, tanto de las monarquías como de las repúblicas.

Las guerras civiles supersesionistas eran aquellas en las que los bandos enfrentados luchaban por la autoridad sobre un mismo territorio. En estas guerras, el Estado no era bicéfalo, como lo describía la metáfora romana, sino que se había convertido efectivamente en un organismo con dos cuerpos, cada uno de los cuales intentaba sustituir al otro. No era la división el rasgo distintivo de este tipo de guerra, como demasiado bien lo sabían los romanos y sus herederos. Lo que lo caracterizaba como nuevo era la importancia del estatus de ambos bandos —por un lado, el obligado soberano, ya fueran, por ejemplo, una monarquía o una asamblea republicana; y por otro lado, los rebeldes—, en tanto «elementos constitutivos, al menos por un tiempo, de dos cuerpos separados, de dos sociedades distintas»<sup>244</sup>. Esta concepción era una cuestión de derecho, no de hecho. En realidad, la concepción jurídica de guerra civil que hace su aparición en el siglo xviii dará forma a argumentos de consecuencias decisivas, tanto en la Revolución Norteamericana como en la Revolución Francesa, y se mantendrá vigente en el contexto del derecho internacional hasta bien entrado el siglo xix. Pero esto es adelantarse demasiado.

La guerra civil secesionista, por contraste, era un hecho relativamente nuevo a finales del siglo xviii. La secesión había sido una categoría romana, pero en Roma su significado había sido mucho más específico que el que adquiriría en tiempos posteriores. En tres ocasiones, 494, 449 y 287 AEC, las clases bajas de Roma —la plebe— se declararon en huelga y se retiraron a espacios exteriores a la ciudad, acciones conocidas como «secesiones de la plebe». Estas acciones no llevaron a guerras civiles y fueron en realidad muy anteriores a los conflictos que los romanos reconocerían como guerras entre



conciudadanos. El empleo moderno de «secesión» se refería más en general al intento de una parte de la comunidad política de romper vínculos con la autoridad política existente y afirmar su independencia, o, en palabras de la Declaración de Independencia de Estados Unidos de 1766, al momento en que «se hace necesario para un pueblo [...] disolver los vínculos políticos que lo han ligado a otro [...] y tomar entre las naciones de la tierra el puesto separado e igual al que las leyes de la naturaleza y el Dios de esa naturaleza le dan derecho»<sup>245</sup>. A finales del siglo XVIII esta acción tenía muy pocos antecedentes, el más notable de los cuales era la Revuelta Holandesa contra la monarquía española en los años ochenta de siglo XVI. Solo tras el éxito de las colonias británicas de América del Norte en su separación del imperio en 1776, este modelo comenzó a extenderse y a ganar reconocimiento legal. De esta manera, los norteamericanos proporcionaron una concepción verdaderamente revolucionaria de la guerra civil, que en los siglos siguientes sería imitada en todo el mundo.

\* \* \*

El gran innovador en la manera moderna de concebir la guerra civil fue el escritor suizo Emer de Vattel (1714-1767). Hoy poco conocido fuera del ámbito académico, fue probablemente durante casi un siglo el pensador jurídico contemporáneo más influyente en el mundo. Vattel nació en el cantón suizo de Neuchâtel y aspiró a un cargo en la diplomacia. Se había formado rigurosamente en lo que sus contemporáneos llamaban derecho de naturaleza y de naciones, o sea, en la tradición intelectual cuyo origen se remontaba en última instancia al derecho y la filosofía romanos que se ocupaba de las normas rectoras del comportamiento de individuos y Estados en tanto inherentes a la naturaleza racional de los seres humanos. La obra más importante de Vattel es un resumen de derecho natural aplicado a la conducción de Estados o naciones, conciso volumen titulado *El derecho de gentes* (1758). El libro le aseguró la preferencia política del elector de Sajonia en Dresde y un puesto en el mapa mundial como gran autoridad en materia jurídica, aunque solo fuera por el uso que Thomas Jefferson hizo de su obra para la redacción de la Declaración de Independencia en 1776.

El tema de *El derecho de gentes*, de Vattel, era lo que hoy llamaríamos derecho internacional, si bien su enfoque abarcaba también la ley natural y no solo el comportamiento de los Estados. Para los fundadores de los Estados Unidos de América, habría de officiar casi como una biblia de política internacional en la era de la Revolución. Ampliamente traducido de su original francés, este libro sirvió pocas décadas después como fuente de inspiración a una nueva generación de revolucionarios en América Latina y en Europa del Sur. Al menos hasta los años treinta del siglo XIX podía encontrárselo en las bibliotecas o en los despachos de abogados, políticos y gestores administrativos de todo el mundo. Lo que hizo de Vattel una figura tan atractiva para tantas personas era su mezcla de realismo y moral. Escribía en el sólido marco ético del derecho natural, pero también daba muestras de poseer una comprensión pragmática de la política internacional. Su obra, por lo demás, cubría un espectro tan amplio y exhaustivo que podía aportar argumentos para casi cualquier posición, ya fuera de sumisión o de resistencia, de colonialismo o de anticolonialismo, por ejemplo. Combinó con habilidad los argumentos y tradiciones ya existentes, a la vez que trataba de esclarecer e inventar allí donde las reglas de conducta internacional no fueran claras o no existieran. El de la guerra civil era precisamente un tema en el que sus innovaciones habrían de ejercer una profunda influencia, pues buscaba insertarla por primera vez en el terreno del derecho de las naciones.

Vattel fue consciente de su adscripción a una tradición a la que pertenecían muchos de los pensadores del siglo XVII con los que ya nos hemos encontrado, en particular Hugo Grocio, Thomas Hobbes y John Locke. De Locke tomó una prudente teoría de la resistencia a los gobernantes injustos. «Raramente vemos monstruos como Nerón», escribió. De Hobbes heredó una teoría de la soberanía de Estados libres e independientes en el dominio internacional. Y de Grocio extrajo gran parte de su interés por la definición de la guerra y las leyes diseñadas para regularla, ya fueran las justificaciones para ir a la guerra (o lo que técnicamente se conoce como *jus ad bellum*, el derecho a iniciar una guerra), ya las reglas que rigen su conducción (lo que se conoce como *jus in bello*, el derecho en una guerra). La definición que Vattel daba de la guerra era: «Situación en la que perseguimos nuestro derecho por la fuerza». No obstante, no estaba de

acuerdo con Grocio en que hubiera algo así como una guerra privada, pues limitaba su práctica únicamente a los Estados, como cuatro años después haría Jean-Jacques Rousseau en su *Segundo Discurso*. Según su definición, «guerra pública [...] es la que tiene lugar entre naciones o soberanos y que se hace en nombre del poder público y por orden de este»<sup>246</sup>. Aparentemente, la definición de Vattel excluía toda posibilidad de que se pudiera reconocer como legítimos beligerantes a quienes se rebelaban contra un soberano o «poder público». Sin embargo, su innovación decisiva fue la de sostener que sí era posible reconocer su legitimidad, con lo que abrió la vía tanto a la aplicación de las leyes de la guerra a los conflictos civiles, como a una doctrina potencialmente radical que justificara la intervención de potencias externas en los asuntos internos de otros Estados soberanos.

El argumento de Vattel había comenzado con la «tan debatida cuestión» de si los soberanos debían tratar a los súbditos rebeldes de acuerdo con las leyes de la guerra. Una consideración era de orden empírico; diversas eran las formas de disturbios que podían afligir a un Estado, entre ellas una tumultuosa «conmoción», una «sedición» más violenta o una «insurrección» que abarcara toda una ciudad o provincia y desafiara la propia autoridad soberana. Ninguna de ellas, pensaba Vattel, podía ser calificada de legítima: «todo ciudadano [...] debería tolerar pacientemente males que no sean insoportables», a menos que les sea negada la justicia, en cuyo caso, «si los males son intolerables y la opresión grande y manifiesta», la resistencia podría justificarse<sup>247</sup>. Este había sido el argumento de Locke en el *Segundo Tratado* y también sería una afirmación básica de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América. En este documento, Thomas Jefferson había retomado incluso el lenguaje de la acusación a Carlos I en 1649, que imputaba a este la incitación a «guerras crueles y no naturales». En un pasaje eliminado en la versión final de la Declaración, Jefferson acusa a Jorge III de promover personalmente el comercio de esclavos a través del Atlántico como base para acusarlo del mismo delito que supuestamente había cometido su antecesor, el de haber «lanzado una guerra cruel contra la propia naturaleza humana» al privar a los africanos de su libertad y transportarlos a través del océano. La responsabilidad de Jorge III en el lanzamiento de esa «guerra cruel» contra «un pueblo lejano que nunca

le hizo daño» —en este caso, el pueblo africano— fue la justificación de los colonos para negar la soberanía del rey<sup>248</sup>.

Pero ¿qué pasaba si las exigencias del soberano se volvían intolerables y provocaban el levantamiento en armas de su propio pueblo contra ellas? Entonces, afirmaba Vattel en una definición pionera, tenemos un supuesto de guerra civil: «Si una facción se convierte en Estado, deja de obedecer al soberano y tiene la fuerza suficiente para oponérsele —o cuando, en una república, la nación se divide en dos facciones opuestas y ambas toman las armas—, el resultado se denomina *guerra civil*». Lo que distingue esta situación de la mera rebelión es el hecho de que los insurgentes tienen la justicia de su lado; si la causa de oposición no es justa, el soberano (o, en una república, la autoridad dividida) está obligado a librar una guerra formal contra la oposición: «La costumbre ha hecho suya la expresión “*guerra civil*” para designar cualquier guerra entre los miembros de una y la misma sociedad política»<sup>249</sup>.

A continuación Vattel vuelve a una de las paradojas más reveladoras de la guerra civil, en virtud de la cual el temor a la fragmentación agudiza la conciencia de afinidad. Los bandos de una guerra civil pueden reconocerse mutuamente como partes «de la misma sociedad política» al extremo de haberse desgajado en facciones hostiles y separadas, porque «eso produce en la nación dos partes independientes que se consideran recíprocamente facciones enemigas que no reconocen árbitro común» y llegan a conformar «dos cuerpos separados, dos sociedades distintas». (En ningún momento tiene en cuenta la posibilidad de que haya más de dos partes luchando en una guerra civil en el seno de una misma sociedad). La novedad de Vattel está en la inferencia que extrajo de la realidad de tan tajante división: «Por tanto, se afirman por igual como dos naciones que, enzarzadas en un conflicto e incapaces de llegar a un acuerdo, han recurrido a las armas». De eso se seguía que si los dos cuerpos independientes se convertían efectivamente en dos naciones, sus disputas serían reguladas por el derecho de las naciones; de esta manera, una guerra «civil» se volvería internacional. Si los rebeldes se alzasen en armas por una causa justa, los soberanos deberían tratarlos de acuerdo con la ley de la guerra, pues en ese momento la nación o el Estado unitarios habrían dejado de existir. El conflicto se ha convertido en «una

guerra pública entre dos naciones». Por tanto, ya no está sometida al derecho nacional interno<sup>250</sup>.

Pero ¿quién juzgaba si las condiciones para una guerra civil estaban dadas? El cambio de jurisdicción y de perspectiva que Vattel propuso tuvo sorprendentes implicaciones para las potencias extranjeras. En circunstancias normales, la integridad de un Estado soberano era sagrada; ninguna autoridad externa podía intervenir en sus asuntos. Pero en el caso de un Estado dividido en dos «naciones», otras potencias podían intentar restaurar la paz, por ejemplo, utilizando la mediación. Si eso fallaba, continuaba Vattel, podían «asistir al bando que a su criterio tuviera el derecho de su lado en el caso de que este solicitara ayuda o aceptara la ayuda ofrecida», como sucedería en el caso de una guerra entre dos Estados<sup>251</sup>. Esto abría la puerta a la intervención extranjera, ya por razones humanitarias, ya por otras razones, en los asuntos internos de un país<sup>252</sup>. El ejemplo clave de Vattel de esa guerra civil en la reciente historia europea era la Revolución Gloriosa. «Los ingleses se quejaron con justicia de Jacobo II» en 1688, dice Vattel, y luego pidieron ayuda a Holanda, de donde Guillermo de Orange respondió asumiendo el trono como rey Guillermo. Puesto que la resistencia estaba justificada y había convertido al pueblo inglés y a la monarquía de Jacobo II en «poderes distintos», la intervención de Guillermo era legítima. En palabras de Vattel: «Toda vez que las cosas se lleven tan lejos como para desencadenar una guerra civil, las potencias extranjeras pueden asistir a la parte que a su criterio tenga la justicia de su lado»<sup>253</sup>. Aunque ya en 1758 esta visión de la guerra civil era impactante, la plenitud de su potencialidad no fue evidente hasta las revoluciones que se produjeron después de la muerte de Vattel, en 1767.

\* \* \*

Poco después de las batallas de Lexington y Concord en abril de 1775 y de Bunker Hill en junio de ese mismo año, el topógrafo y cartógrafo Bernard Romans (*ca.* 1720-1784), de origen holandés, publicó un mapa de Massachusetts con esta leyenda burlona: «Mapa del Paisaje de la Guerra Civil en América»<sup>254</sup>. Unas semanas antes había hecho pública una propuesta de suscripción para la compra de la publicación que tenía planeada:

«Presentación del Paisaje de la Presente y Desgraciada Guerra Civil en América del Norte». El mapa contenía viñetas detalladas de Boston y de las líneas de combate que había desplegado en la ciudad «el Ejército Gubernamental»<sup>255</sup>. Romans simpatizaba con la causa colonial y había luchado como ingeniero y comandante en los años anteriores a la edición de su representación de Boston ocupada. Como si su fidelidad política no estuviera suficientemente clara, dedicó su mapa de 1775 a John Hancock, que más tarde fue presidente del Congreso Continental y cuya casa, ocupada por las tropas británicas, aparecía en la ilustración de Boston. Romans llegará a ser más conocido por su *Concise Natural History of East and West Florida* (1775), pero en un momento posterior del conflicto (1778-1782) publicó otro tipo de historia, un informe de la Revolución Holandesa del siglo XVI, como «adecuado y oportuno espejo para los americanos de hoy»<sup>256</sup>.

Es posible que hoy el significado del título «Mapa del Paisaje de la Guerra Civil» no resulte evidente. «¿Se trataba realmente de una revolución y no de una guerra civil? Por otro lado, ¿qué concepto de guerra podía describir los acontecimientos que desembocaron en 1775? Las historias tradicionales de la «Revolución» Norteamericana se habían resistido a llamarla guerra civil<sup>257</sup>. Hubo sin duda muchas razones para ello entre las futuras generaciones de historiadores norteamericanos y el público general de Estados Unidos. La más evidente era el deseo de evitar la confusión o la fusión de dicho acontecimiento con la guerra civil que tuvo lugar entre 1861 y 1865, origen de una división mucho mayor. A mediados del siglo XIX, la denominación «guerra civil» implicaba en particular matanzas a escala industrial, realizadas por ejércitos modernos que libraban inmensas batallas campales, así como toda una sociedad en pie de guerra; de hecho, una guerra total. Por el contrario, los choques militares de la Revolución Norteamericana parecían de escala relativamente reducida, con bajas, por supuesto, pero con escasas consecuencias para la sociedad en general; nada parecido a la violencia que conocieron las poblaciones civiles durante, por ejemplo, la Revolución Francesa. La Revolución Norteamericana ha sido, una vez más para la mitología popular, más bien cohesiva que causa de división, con una población ampliamente unida detrás de la causa de la independencia. Desde este punto de vista, la Revolución fue un acto de liberación de americanos

que se identificaban a sí mismos como tales, se sentían distantes de Gran Bretaña y exigían la autodeterminación como compensación a sus justas reclamaciones. «Todo lo justo o natural aboga por la separación», sostuvo Thomas Paine en enero de 1776. «La sangre de los caídos, voz doliente de la naturaleza, grita: “ES EL MOMENTO DE SEPARARSE”»<sup>258</sup>.

Si bien las historias norteamericanas nacionalistas de la Revolución presentaban esta como una crisis de desintegración, los historiadores más recientes han visto en ella una crisis de integración que hizo que estallaran más las afinidades que las diferencias entre los súbditos británicos de uno y otro lado del Atlántico. Debido a las presiones de la guerra con Francia, las conexiones derivadas de unas comunicaciones más integradas y su lugar en una floreciente economía transatlántica de consumo, a lo largo del siglo XVIII los colonos americanos se habían acercado a los británicos de la metrópolis. Apenas terminada la Guerra de los Siete Años —la titánica lucha entre Gran Bretaña y Francia por el dominio de América del Norte y el sur de Asia—, la voluntad del Parlamento británico de que los súbditos de la colonia cubrieran los costes de su participación en la defensa y los déficits de tiempos de guerra llevó a una serie de aumentos de impuestos a la que los colonos americanos se opusieron. La consiguiente disputa dividió el imperio, no simplemente entre súbditos de la colonia y de la metrópolis, sino también entre quienes en la colonia se unieron a la resistencia colonial, sobre todo a la de las trece colonias británicas de la Costa Este de América del Norte, y los que no lo hicieron, como ocurrió, por ejemplo, en Nueva Escocia, Quebec o el Caribe Británico. Un imperio dividido era el campo de batalla para una guerra entre conciudadanos, es decir, una guerra civil<sup>259</sup>.

En cuanto a la Revolución, historiadores recientes, menos fascinados por las fervorosas narraciones del destino americano, han revisado su condición para calificarla, también a ella, de guerra civil. Tras la llegada a América del Norte de importantes contingentes de tropas británicas, el enfrentamiento adoptó las características de una guerra en gran escala, con generales, trompetas y estandartes (como habrían observado los romanos) y extraordinariamente dolorosa justo porque era una guerra contra connacionales más que contra enemigos extranjeros, sobre todo en conflictos locales entre colonias acerbamente divididas, como Nueva York y Carolina

del Sur. Pero el conflicto dividió también a las familias y a la población general entre los conocidos como patriotas (los que apoyaban la resistencia contra Gran Bretaña) y los lealistas, unidos por su fidelidad a la corona, pero con diferencias políticas y étnicas entre sí. En efecto, entre estos últimos había colonos británicos, poblaciones amerindias como los cheroqui y los mohawk y unos veinte mil esclavos que se habían liberado de sus amos cruzando las líneas británicas durante la guerra. Las mejores estimaciones del número total de lealistas blancos sugieren que hacia el final de la guerra, en 1783, alrededor del veinte por ciento de la población, aproximadamente medio millón de colonos, se mantenían leales a la corona; unos sesenta mil de ellos, junto con quince mil esclavos, abandonaron Estados Unidos como parte de una diáspora global que llegó a Canadá, Florida Oriental y Occidental, las Bahamas, Sierra Leona, la India Británica y Australia. La proporción de la población en armas de la América del Norte británica era comparable a la que luchó en la Guerra Civil de Estados Unidos<sup>260</sup>, que fue, concluye un importante historiador del mundo atlántico en torno a la Revolución Norteamericana, «una guerra civil a la vez que una revolución»<sup>261</sup>.

El de guerra civil no fue el primer modelo romano que se empleó en el curso de la crisis imperial británica de las décadas de los sesenta y los setenta del siglo XVIII. En un primer momento se apeló al modelo de guerra social, que tenía que ver con las relaciones metropolitanas y los derechos de los aliados a organizarse como ciudadanos de pleno derecho. Por ejemplo, en 1766, William Bolla (m. 1776), el agente para la Colonia de la bahía de Massachusetts, con base en Londres, declaró que los ministros británicos «parecen complacerse en la sangre, y [...] ansiosos de introducir una guerra social; de ahí que después de haber escapado apenas a la espada de los enemigos empleemos nuestra propia espada para autodestruirnos». Las acusaciones de Bolla iban acompañadas de una advertencia originaria de la historia romana: «*Roma* cuando, en pleno florecimiento, fue llevada al borde de la ruina por la guerra social ocasionada por su negativa a transmitir el derecho *romano*». ¿Estaban los británicos condenados al mismo destino si, también ellos, se negaban a extender el abanico completo de sus derechos a sus «aliados» en el seno del imperio?<sup>262</sup>. Análogamente, en una de las polémicas más reeditadas sobre la controversia política en el Atlántico



británico, Richard Price (1723-1791), ministro inglés disidente y publicista, recordaba diez años después la contribución de los aliados de Roma al éxito de sus guerras, su reclamación de igualdad de derechos y los desastres que siguieron a las negativas de Roma. Decía Price: «[De ello] derivó una guerra, la más horrible en los anales de la humanidad, que terminó en la ruina de la República Romana». También él se preguntaba si Gran Bretaña podía sufrir la misma calamidad en caso de rehusar el derecho a voto de sus «aliados» en el seno del imperio<sup>263</sup>.

El análisis más destacado del conflicto transatlántico como guerra social llegó en el más largo de los escritos de la controversia revolucionaria: *La riqueza de las naciones* (1776), de Adam Smith. Este no era tan alarmista como Bollaño o Price, pero alegaba la tardía respuesta de Roma a las guerras sociales como posible solución a los conflictos del presente:

En el declive de la república romana, los aliados de Roma, que habían soportado la carga más pesada en la defensa del Estado y la expansión del imperio, solicitaron que se les reconocieran todos los privilegios propios de los ciudadanos romanos. Como eso les fue denegado, estalló la guerra social. En el curso de esa guerra Roma fue concediendo dichos privilegios a la mayor parte de ellos, uno por uno, y en proporción a su distanciamiento respecto de la confederación general [...] Si para cada colonia que hubiese querido separarse de la confederación general, Gran Bretaña hubiera permitido una cantidad de representantes proporcional a su contribución a las rentas públicas del imperio, como consecuencia de su sometimiento al mismo régimen de impuestos, y hubiera admitido en compensación la misma libertad de comercio para ellos que para sus conciudadanos metropolitanos [...] se habría abierto una nueva manera de lograr notoriedad, un nuevo y más asombroso objeto de ambición para los hombres más destacados de cada colonia<sup>264</sup>.

Para el momento en que aparecía *La riqueza de las naciones*, otoño de 1776, ya se había declarado, en julio, la independencia norteamericana. La propuesta de Smith de un parlamento imperial, con representantes de las colonias americanas, llegó demasiado tarde. Por ambas partes era improbable la adopción de una solución federal y, por tanto, la visión de la guerra

americana como guerra social desapareció junto con la idea de la igualdad de derechos y de representación para británicos de ambos márgenes del Atlántico.

La idea del conflicto transatlántico como «guerra social» implicaba que los británicos que habitaran la margen occidental del océano Atlántico se diferenciaban de los de la Gran Bretaña metropolitana en estatus y en derechos. Eran «aliados» —*socii*, como hubieran dicho los romanos—, pero no ciudadanos iguales ni todos *cives*, es decir, conciudadanos<sup>265</sup>. El lenguaje de guerra civil implicaba relaciones mucho más cercanas entre todas las partes, así como la existencia de una organización política común a la que todos pertenecían. Esta organización política era el Imperio Británico del Atlántico, mucho más expansivo aún que el imperio mediterráneo de Roma en su apogeo. Pensar de otra manera era reforzar la sospecha de los halcones guerreros de Gran Bretaña en el sentido de que los colonos se habían declarado en secesión e independientes meses, si no años, antes del 4 de julio de 1776. Al igual que en el caso de Roma, fue en el momento de fragmentación interna y colapso cuando se hicieron más plenamente evidentes las fronteras de la comunidad, así como los discutidos lazos de fraternidad.

Una vez las tropas británicas hubieron abierto el fuego sobre las milicias coloniales en Lexington y Concord, en abril de 1775, los comentaristas contemporáneos comenzaron a hablar libremente de guerra civil. El 24 de abril de 1775, *The Newport Mercury*, periódico de Rhode Island, observó el cambio que se había producido en el conflicto con el uso de la fuerza militar: «Con las sanguinarias medidas de un ministro pérfido, y la disposición de un Ejército a ejecutar sus órdenes, ha comenzado la *Guerra Civil Americana*, que ocupará en adelante una página importante de la historia»<sup>266</sup>. También otros autores se refirieron a ella en 1775-1776 en términos de «guerra civil», «guerra civil con América» y «guerra civil americana»<sup>267</sup>. En 1780 apareció una novela histórica inspirada en «ciertas circunstancias recientes» en América, titulada *Emma Corbett; or, The Miseries of Civil War*, que presentaba los traumas de la guerra civil norteamericana valiéndose de la división familiar, imágenes de confusión de género y disfraces<sup>268</sup>. Cincuenta años después, el novelista norteamericano James Fenimore Cooper

reflexionaba sobre las implicaciones que derivaban de caracterizar la Revolución como guerra civil, con la ventaja de la mirada retrospectiva y tras la definitiva concreción de un relato nacionalista del enfrentamiento como momento de autodeterminación para los norteamericanos:

El enfrentamiento de Inglaterra y los Estados Unidos de América, si bien no fue estrictamente una pelea de familia, presentó muchos rasgos propios de una guerra civil. Aunque el pueblo de estos nunca estuvo sometido propia y constitucionalmente al pueblo de aquella, los habitantes de ambos países debían fidelidad a un rey común. Como los americanos, en tanto nación, rompieron esa lealtad, y los ingleses decidieron apoyar a su soberano con la intención de reconquistar su poder, el conflicto entrañaba en gran parte los sentimientos propios de la lucha interna<sup>269</sup>.

Al llamarla «guerra civil», los norteamericanos (o quien fuere) colocaban como mínimo la crisis imperial en una secuencia de guerras civiles británicas que (al menos según ciertas definiciones), se remontaba a la Edad Media a través de la Revolución Gloriosa y las tres guerras civiles inglesas de 1642-1645, 1648-1649 y 1649-1651. Es lo que hizo Paine. Los historiadores posteriores también considerarían esta guerra civil transatlántica como parte de una serie de «revoluciones británicas» de los siglos XVII y XVIII<sup>270</sup>.

En julio de 1775, el mismo mes en que vio la luz el «Mapa del Paisaje de la Guerra Civil en América», de Bernard Romans, el Congreso Continental dio a conocer su primera declaración, casi exactamente un año antes de la mucho más famosa Declaración de Independencia. Redactada también por Thomas Jefferson, la «Declaración [...] [al] exponer las causas y la necesidad de tomar las armas», justificaba el paso a la resistencia armada contra las fuerzas británicas. Los miembros del Congreso intentaron tranquilizar «a nuestros amigos y connacionales de cualquier lugar del imperio [...] no nos proponemos disolver la Unión que durante tanto tiempo y tan felizmente ha existido entre nosotros y que sinceramente nos gustaría ver restaurada». Su objetivo explícito era «la reconciliación sobre bases razonables [...] con el fin de evitar al imperio las *calamidades de la guerra civil*»<sup>271</sup>. La declaración de julio de 1775 acompañó a la Petición Olive Branch a Jorge III, en la que se

requería la conciliación con los colonos, pero tanto aquella como esta llegaron cuando el ministerio británico ya había percibido un cambio fundamental en la naturaleza del conflicto. Lord North escribió al rey Jorge III el 16 de julio de 1775 que «las hostilidades se han desarrollado a tal punto que deben ser tratadas como una guerra extranjera»<sup>272</sup>. En agosto de 1775, el rey declaró formalmente a las colonias continentales en abierta rebelión y al margen de su protección, mientras que en diciembre de ese año el Parlamento confirmaba legislativamente la proclamación real. Los rebeldes de la América británica eran los primeros en afrontar el dilema de transformar las luchas internas de un imperio en conflicto exterior al mismo.

En las páginas finales de su incendiario opúsculo titulado *Common Sense*, Thomas Paine (1737-1809), que escribía en Filadelfia, presentaba el caso de la independencia americana de acuerdo con la idea contemporánea de «la costumbre de las naciones». Sostenía este autor que únicamente la independencia haría posible que un mediador negociara la paz entre Estados Unidos y Gran Bretaña. Sin ello sería imposible asegurar las alianzas extranjeras. Sin esa declaración, persistirían las acusaciones de rebelión. Además, era esencial «la publicación de un manifiesto y su envío a las cortes extranjeras»; mientras eso no se haga, «la costumbre de todas las cortes está contra nosotros y así será mientras, mediante la independencia, no nos pongamos al mismo nivel que otras naciones»<sup>273</sup>. Con el fin de convertirse en beligerantes legítimos al margen del Imperio Británico y dejar de ser rebeldes internos, los colonos tenían que transformarse en cuerpos reconocibles en el marco de las normas predominantes en el campo internacional. Solo entonces podrían declarar la guerra y llegar a acuerdos con otros Estados soberanos independientes. Con ello acabaría la primera guerra civil americana y podría comenzar la primera guerra angloamericana.

Paine respaldaba su principal argumento a favor de la independencia respecto de Gran Bretaña con una narración histórica de guerra civil. Se remontaba al relato romano de guerras civiles en serie tal como las había presentado Algernon Sidney, para exponer un argumento a favor del gobierno no hereditario, sobre la base de que ofrecía más garantías de paz. Oponía su inclinación personal al republicanismo a lo que, a su juicio, era «la defensa más plausible que se haya ofrecido de la sucesión hereditaria», en un pasaje

que presentaba una gran semejanza con los argumentos de Sidney de casi un siglo antes. La justificación tradicional de la monarquía, recordaba Paine, era que, supuestamente,

preservaba a una Nación de las guerras civiles; si esto fuera cierto, sería un argumento de peso; pero es la más burda falsedad que se haya impuesto jamás a la humanidad. Toda la historia de Inglaterra lo desmiente. Desde la conquista [normanda] han ocupado el trono de este consternado reino treinta reyes y dos menores de edad y en ese período ha habido (incluida la [Gloriosa] Revolución) no menos de ocho guerras civiles y diecinueve rebeliones. De ahí que, en lugar de favorecer la paz, vaya en contra de ella y destruya el fundamento mismo en el que parece asentarse [...] En resumen, la monarquía y la sucesión han cubierto de sangre y cenizas (no solo este o aquel reino) sino el mundo entero<sup>274</sup>.

Vale la pena detenerse en las matemáticas antimonárquicas de Paine. No está claro cuántas guerras civiles distinguiría Paine durante la Guerra de las Dos Rosas o incluso en las perturbaciones de mediados del siglo XVIII, ni ha sugerido una manera de diferenciar entre «rebeliones» y «guerras civiles». Sin embargo, lo asombroso es que parezca incluir la Revolución Gloriosa en la lista de las guerras civiles de Inglaterra; 1688-1689 fue un año con dos monarcas, Jacobo II y Guillermo (y su consorte, María), y por tanto no hay duda de que la mitad de malo que el Año de los Cuatro Emperadores que relata Tácito en sus *Historias*. Para Paine, la Revolución Gloriosa fue simplemente un ejemplo más de la manera en que una sucesión disputada podía conducir a la inestabilidad nacional, poniendo a unos ciudadanos contra otros en su intento de afirmar su sumisión monárquica. El remedio para la guerra civil no era, como afirmaban los autores neoclásicos ingleses, la imposición de la monarquía, sino la instauración de un gobierno sin reyes<sup>275</sup>. Esta sería la solución implícita en la Declaración de Independencia al romper los lazos entre los colonos británicos de América y la Corona británica y declarar que, a partir de ese momento, las antiguas colonias eran «Estados Unidos».

En julio de 1776, la Declaración de Independencia presentaba públicamente los hechos ante un «mundo ingenuo» con el fin de demostrar

que «estas colonias son, y por derecho deben ser, estados libres e independientes [...] y que toda conexión política entre ellas y el estado de la Gran Bretaña, es y debe ser totalmente disuelta»<sup>276</sup>. A ojos de los impulsores de la Declaración, Gran Bretaña era entonces un bando de un conflicto internacional; los Estados Unidos de América —en plural, por supuesto—, el otro bando. Ya no se los concebía como partes de la misma comunidad política y de ahí que sus habitantes ya no fueran conciudadanos o miembros de lo que Algernon Sidney llamaba la misma «sociedad civil». La guerra norteamericana había dejado de ser lo que Paine habría reconocido como la novena guerra civil británica desde 1066.

La Declaración de Independencia había hecho saber a las grandes potencias europeas que Estados Unidos estaba (o, en realidad, *estaban*) abierto a negociaciones y en disposición de sellar alianzas. Lo dijo en el lenguaje de las normas legales de la época, redactadas directamente a partir de *El derecho de gentes*, de Vattel. Vattel había sido el primer impulsor importante de la tradición de derecho natural en Europa con el fin de identificar independencia con soberanía exterior o con la condición de Estado en el dominio internacional<sup>277</sup>. Fue esta precisamente la razón por la que Benjamin Franklin envió la última edición del libro de Vattel al Congreso Continental en 1775, pues «las circunstancias de un Estado emergente hacen a menudo necesario consultar el derecho de las naciones»<sup>278</sup>. La repetida y típica descripción de Vattel de los Estados como «libres e independientes» tenía en la Declaración una prominente expresión en tanto instrumento que apuntaba a asegurar el reconocimiento a la lucha americana contra Gran Bretaña por «las potencias de la Tierra», tal como lo hacen sus argumentos (derivados de Locke) de que se había colmado el vaso tras un «largo período de abusos y usurpaciones» que no solo habían justificado la rebelión, sino también la secesión respecto del Imperio británico<sup>279</sup>. Con este acto, lo que había empezado como una típica revuelta provincial moderna por una cuestión de impuestos, y que luego se convirtió en una guerra civil británica, terminó siendo «la Guerra Americana».

La transformación de luchas rebeldes en el seno de un imperio en conflictos legítimos allende tales fronteras fue un problema que afrontaron los insurgentes de las tres Américas en una época de revoluciones

antiimperialistas que eran al mismo tiempo guerras civiles<sup>280</sup>. El paso de conflictos internos a conflictos externos trasladó la fuente de las normas y sanciones pertinentes del derecho nacional a las leyes de la guerra y al derecho de las naciones. Por ejemplo, al afrontar las acusaciones de rebelión del virreinato de Nueva España en 1812, José María Cos trató de transformar una «guerra entre hermanos y ciudadanos» en una guerra de independencia, mediante la afirmación de la legítima igualdad entre Nueva España y España y el sometimiento de sus disputas a las «leyes de las naciones y de la guerra». Más tarde, en 1816, José de San Martín proclamó análogamente en Argentina que «nuestros enemigos, con buenas razones, nos tratan de insurgentes, mientras que nosotros nos declaramos vasallos. Puede estar usted seguro de que nadie nos ayudará en semejante situación», eco casi exacto del argumento de Thomas Paine cuarenta años antes<sup>281</sup>.

En todas esas luchas, la independencia, en el sentido de autonomía respecto de la interferencia de potencias extranjeras que proponía Vattel, era solo una de las muchas soluciones posibles a la crisis imperial; en la mayoría de los casos no era la opción prioritaria, sino, de hecho y con frecuencia, la última que, tanto en América del Norte como del Sur, adoptaban los americanos en sus luchas por la soberanía. Las múltiples transiciones de imperio a Estado que tuvieron lugar en el hemisferio (y, en ciertos casos, como México y Brasil, de un imperio a otro) nunca fueron suaves ni estuvieron exentas de enfrentamientos, en parte debido a que las fuentes legales y políticas de la soberanía eran eclécticas y plurales. La soberanía era menos una fuente de certeza jurisdiccional que un ámbito de feroz discusión, porque, en esta supuesta era de «revoluciones», las comunidades de las Américas en las que se libraban las guerras civiles no eran Estados, sino imperios. Al igual que en el caso de Roma, solo en el momento de fragmentación interna y de colapso pudieron hacerse más penosamente evidentes las fronteras de la comunidad, así como los discutidos lazos de fraternidad.

\* \* \*

El caso paradigmático acerca de la implicación mutua de revolución y guerra

civil es la Revolución Francesa. Los historiadores han localizado los orígenes de la visión moderna de revolución precisamente en Francia en 1789. Fue este el momento, se nos dice, en que «se revolucionó el concepto de revolución». Era una novedad porque ese año «los franceses imaginaron una ruptura radical con el pasado, a la que se llegó gracias a la voluntad consciente de actores humanos y que constituyó el momento inaugural de un drama de cambio y transformación proyectado indefinidamente al futuro»<sup>282</sup>. Antes de 1789 era frecuente concebir las revoluciones como acontecimientos inevitables de la naturaleza —por ejemplo, ciclos astronómicos predeterminados—, o como repeticiones eternas en los asuntos humanos<sup>283</sup>. Uno de los personajes del diálogo de Hobbes sobre las guerras civiles inglesas, *Behemoth*, había enunciado en estos términos la clásica idea respecto de los acontecimientos de 1649-1660 en Gran Bretaña: «He visto en esta revolución un movimiento circular del Poder Soberano que, a través de dos usurpadores, padre e hijo [Oliver Cromwell y Richard Cromwell], pasó del último rey [Carlos I] a su hijo [Carlos II]». Se trataba de una revolución en el sentido de retorno, no de subversión<sup>284</sup>.

Después de 1789, las revoluciones, en plural, se convirtieron en la revolución, en singular. Lo que había sido natural, inevitable, ajeno al control humano, se volvió voluntario, calculado, repetible. La revolución como acontecimiento dio paso a la revolución como acción. Con la temeraria proeza de la imaginación colectiva, se hizo irreversiblemente política y comprendía primordial, pero no exclusivamente, los cambios fundamentales en la distribución del poder y de la soberanía. En los años posteriores a 1789, la revolución también desarrolló una autoridad con su derecho propio, en cuyo nombre la violencia política era legítima. En conjunto, estas características constituyeron «el guion de la política moderna inventado en 1789», guion diseñado en parte para relegar la guerra civil a los bastidores y sacar al escenario histórico un nuevo elenco de actores<sup>285</sup>.

Estos elementos constituían una concepción novedosa de la revolución como proceso por el cual podía rehacerse el mundo. Era una idea muy distinta de la compulsión de repetición de la guerra civil de los relatos romanos y reflejaba un movimiento más amplio hacia nuevas ideas de tiempo histórico a finales del siglo XVIII, movimiento que dejaba atrás los supuestos



de repetición heredados de la antigüedad<sup>286</sup>. «Toda revolución —observaba el historiador francés François Furet— y sobre todo la Revolución Francesa, ha tendido a autoperibirse como un inicio absoluto, como el verdadero comienzo de la historia». De acuerdo con esta lógica, resultaba paradójico que el carácter único de cada revolución sucesiva indicara su universalidad<sup>287</sup>.

Desde su redacción en 1789, el guion moderno de revolución ha sido representado de nuevo en distintos escenarios del mundo entero. Los revolucionarios posteriores lo adaptaron a sus propósitos particulares y le añadieron nuevas propiedades para cada representación. Sus piezas tomaban prestados de producciones anteriores diálogos y gestos, símbolos y vestuario. Esos préstamos podían limitar a los actores, según la clásica observación de Karl Marx en *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*: «Así, Lutero se disfrazó de apóstol Pablo, la Revolución de 1789 a 1814 se atavió alternativamente como la República Romana y el Imperio Romano, y la revolución de 1848 no supo hacer nada mejor que parodiar aquí al 1789, y allá la tradición revolucionaria de 1793-1795»<sup>288</sup>. Pero invariablemente justificaban el esfuerzo, pues cada intento de superar la tradición contribuía a la creación de una nueva tradición. Así las cosas, con posterioridad a 1789 un repertorio conscientemente acumulativo de revoluciones vino a conformar el hilo conductor de la modernidad.

Dada tan poderosa reputación, podría parecer que la búsqueda de la guerra civil en el corazón mismo de toda revolución es directamente *contrarrevolucionaria*. A menudo, los adversarios de la revolución han intentado negar la legitimidad de esta llamando la atención sobre la violencia y la destrucción que acompañan a todo esfuerzo por derribar el orden social y económico existente, precio que jamás ninguna transformación podría justificar. Y puesto que la guerra civil ha adquirido estas connotaciones retrógradas, la clasificación de una revolución como guerra civil se consideraría un socavamiento de su potencial de liberación y de apertura a un nuevo futuro. Sin embargo, no puede haber innovación sin tradición. Como señaló Marx, incluso los revolucionarios primigenios de 1789 retrotrajeron su mirada a los romanos, de la misma manera en que sus sucesores tendrían retrospectivamente los acontecimientos de 1789 como fuente de inspiración.

La Revolución Francesa no fue un proceso secesionista, al estilo de la Revolución Norteamericana. Ni fue tampoco un proceso de sucesión, porque no se discutía la legitimidad del derecho de los Borbón al trono de Francia, sino la de depositar la soberanía en la figura de un monarca en lugar de hacerlo en una nación. ¿Era una guerra supersesionista, en el sentido en que Vattel había definido este término? ¿Se había quebrado Francia en dos partes tras el asalto a la Bastilla, incluso en dos naciones que luchaban entre sí por la autoridad y la supremacía? Un contemporáneo que creía tal cosa era Edmund Burke (1729-1797). Este político y pensador irlandés se había hecho famoso tanto por sus escritos políticos como por sus discursos en el Parlamento británico. Al igual que Thomas Paine, pero por razones muy diferentes, había dado su apoyo a la independencia de Estados Unidos, de la misma manera en que dio también su aprobación a la causa de otros pueblos oprimidos, como, por ejemplo, el irlandés y el indio. Sin embargo, en el debate británico sobre el devenir y las consecuencias de la Revolución Francesa fue un comentarista proféticamente escéptico y un antagonista cada vez más agresivo.

Burke estaba de acuerdo con Paine no solo acerca del carácter esencialmente justo de la Revolución Norteamericana. También coincidía con él en que la Revolución Gloriosa había sido una guerra civil. En *Common Sense*, Paine había tratado de sacar a sus lectores coloniales de su complacencia respecto de la monarquía británica, recordándoles las tendencias bélicas que la monarquía anida en su propia naturaleza, sin dejar de incluir la Revolución Gloriosa en la retahíla de guerras civiles desde 1066. Por el contrario, la presentación que Burke hace de los acontecimientos de 1688-1689 como guerra civil tenía por finalidad defender la monarquía de las incipientes tendencias de la revolución a arrebatar a la familia real la legitimidad y tal vez incluso la vida. En su *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* (1790) observa con acritud que la «ceremonia de destitución de reyes»

raramente, o nunca, puede ser cumplida sin fuerza. Por tanto deviene un caso de guerra, no una cuestión constitucional. Ante las armas, las leyes están condenadas a retener la lengua y los tribunales se derrumban junto

con la paz que ya no son capaces de mantener. La Revolución de 1688 fue posible mediante una guerra justa, en el único caso en que cualquier guerra, *y con mucha mayor razón una guerra civil*, puede ser justa. *Justa bella quibus necessaria*<sup>289</sup>.

¿Por qué Burke llama guerra «civil» a la Revolución Gloriosa? Es posible que escribiera tal cosa como irlandés antes que como político inglés y que al evocar el conflicto armado entre Jacobo II y Guillermo III en su suelo natal le vinieran a la mente las duraderas consecuencias que dicho conflicto tuvo para su patria. (La Batalla del Boyne, en 1690, en la que resultó victorioso el «Rey Billy», es aun hoy objeto de conmemoración anual para los protestantes de Irlanda del Norte). A la luz de esta experiencia, dos años después sostendría que la Revolución Gloriosa «no era una revolución, sino una conquista, lo que no es precisamente hablar demasiado bien de ella»<sup>290</sup>. O bien puede ser que Burke rememorara el lado inglés de la revolución como la invasión de un postulante al trono de los tres reinos, con el respaldo de la fuerza y de sus sostenedores ingleses, contra otro. Sin duda, parecía estar de acuerdo con Vattel en que Guillermo había intervenido justificadamente en los asuntos ingleses para asistir al pueblo inglés, que había sido agraviado y había solicitado su ayuda. Inglaterra, y tal vez por implicación los otros reinos británicos, había llegado a dividirse internamente a tal punto de que en los hechos imperaba un estado de guerra civil; únicamente su pueblo, oprimido por un tirano, tenía la justicia de su lado; en consecuencia, Guillermo había entrado en el país en su nombre y en el marco de una guerra justa. Fuera como fuese, Burke sostenía que lo que había sucedido en 1688 era excepcional y no algo a repetir. El derrocamiento de un monarca no podía ser regulado por ley ni definido por el derecho; era una cuestión de necesidad armada y, por tanto, de guerra. Y puesto que en ella luchaban en ambos lados miembros de la misma comunidad política, era por definición una guerra civil.

Bajo el argumento de Burke acerca de 1688 a la luz de 1789 subyace una historia que se extiende a la antigua Roma. La cita con la que termina el pasaje citado, «*Justa bella quibus necessaria*» («las guerras son justas para quienes son necesarias»), pertenece a un famoso intercambio de ideas de

*Historia de Roma*, de Tito Livio, en el que uno de los enemigos de Roma justifica la guerra ofensiva sobre la base de que los romanos habían rechazado una propuesta de paz. Es muy probable que Burke recordara las palabras de Livio, pero también era sin duda consciente de que Vattel las había citado en *El derecho de gentes*. Allí Vattel imagina la circunstancia en que una nación lucha contra un invasor al que asiste una causa justa para hacer la guerra. Sin embargo, si el invasor no acepta los términos de sumisión, el equilibrio de la justicia se decanta a favor de la nación invadida «y sus hostilidades se vuelven injustas [...] por lo que es justo oponerse a ellas». Al citar el incidente a partir de Livio, Vattel cierra el párrafo con una cita más amplia de dicho pasaje<sup>291</sup>. Mientras que en Vattel el concepto específico es una guerra entre naciones, o Estados, Burke también es consciente de que el autor se refiere a todas las justificaciones aplicables cuando un Estado se ha dividido en dos «naciones» como resultado de una guerra civil.

Al rechazar la idea misma de revolución, Burke veía a los franceses con posterioridad a 1789 divididos en dos naciones en guerra, cada una de las cuales se arrogaba la soberanía, una en nombre del rey y la otra en nombre del pueblo. Tomó este análisis del «último y el mejor [relato del derecho de las naciones], cuyo testimonio era el que prefería», es decir, de Vattel, quien lo había utilizado para legitimar la intervención externa en los asuntos internos de una nación previamente soberana<sup>292</sup>. De acuerdo con el mismo patrón, ya en 1791 Burke sostenía que Gran Bretaña y sus aliados podían —y en realidad debían— intervenir en Francia del lado del rey y de quienes lo apoyaban. Se valió explícitamente de Vattel para demostrar que «por el derecho de las naciones, en estas condiciones (esto es, en el caso de un reino dividido), Gran Bretaña, lo mismo que cualquier otra potencia, tiene libertad para tomar el partido que le plazca»<sup>293</sup>. La Francia «revolucionaria» era en realidad una nación dividida y en estado de guerra civil; efectivamente, eran de hecho dos naciones y Gran Bretaña tenía libertad para juzgar quién tenía de su lado la justicia. Pese a todas las advertencias de Vattel, en ausencia de tribunal exterior alguno, el juicio acerca de a qué bando le asistía la causa justa era discrecional.

El debate relativo a la intervención extranjera en la guerra civil, que Vattel

sintetizó y al que Burke se plegó, es un recordatorio de que los conflictos en el interior de las fronteras nacionales no pueden distinguirse de manera absoluta de los internacionales. El éxito o el fracaso de una facción puede depender de la ayuda o del reconocimiento del extranjero y esa intervención puede transformar de inmediato las hostilidades en una guerra externa con consecuencias geopolíticas más allá de las fronteras de la comunidad en la que el conflicto ha surgido originariamente. Es indudable que Vattel no quería que se abusara de su «máxima» para «hacer de ella un instrumento que autorice odiosas maquinaciones contra la tranquilidad interna de los Estados», pero en esas circunstancias siempre podía haber empecinado argumentos que justificaran cualquier acto de intervención, en la medida en que una revolución hubiera sido intencionadamente redefinida como guerra civil<sup>294</sup>.

Había razones de Estado como esta, reconfortante para los gobernantes establecidos, que llevó a Kant en su *Paz perpetua* a incluir a Vattel entre los lamentables aportadores de consuelo, los propulsores del derecho natural que, con su ética de la conveniencia, estimulan la acción política amoral. No obstante, los fundamentos más restrictivos de Kant para justificar la intervención pueden haber sido tomados de Vattel sin rodeos:

Esto, sin embargo, no se podría aplicar si un Estado se dividiera en dos partes como consecuencia de una disensión interna, representando cada parte a un Estado distinto pero reivindicando cada uno todo el conjunto. En este caso, si un tercer Estado presta ayuda a uno de ellos, no se podría considerar injerencia en la constitución del otro (pues en tal caso este es una anarquía). Pero mientras no esté solucionada esta lucha interna, la injerencia de potencias extranjeras sería una violación de los derechos de un pueblo que solo está luchando con una enfermedad interna y que no depende de ningún otro Estado, es decir, esa injerencia sería por sí misma un escándalo y haría insegura la autonomía de todos los Estados<sup>295</sup>.

Pero en el contexto de las guerras de la Revolución Francesa, esta doctrina no podía ser una licencia para la guerra perpetua más que un estímulo para la paz perpetua. Un año después que Kant hubiera escrito esto, Burke sostenía en su «Second Letter on a Regicide Peace» (1796), que los propulsores franceses

de la soberanía popular habían vuelto su «*doctrina armada*» contra el resto de Europa y que para estos jacobinos el conflicto resultante, «en su espíritu, y por sus objetivos [...] era una *guerra civil*; y como tal la continuaron [...] una guerra entre los partidarios del antiguo orden moral y político de Europa contra una secta de fanáticos y ambiciosos ateos que aspiraba a sustituirlos en su totalidad»<sup>296</sup>. Todos los Estados eran entonces indudablemente inseguros, creía Burke, pues lo que había empezado como una revolución se había transmutado, primero en una guerra civil confinada a Francia y luego en una guerra que implicaba a todos los habitantes de Europa.

\* \* \*

Burke fue un observador de talante hostil al desarrollo de la Revolución Francesa. Su fusión de revolución y guerra civil no era una sutil puntualización histórica sobre la confusión de estas categorías, sino que se proponía socavar la legitimidad de los revolucionarios. Extrañamente se anticipó a algunos historiadores recientes de la Revolución, que han visto en ella una guerra civil de múltiples dimensiones, por ejemplo, en las ejecuciones del Terror y en la eliminación militar de la actividad contrarrevolucionaria en la Vendée, en el oeste de Francia, entre 1793 y 1795, que se cobró más de 150.000 vidas<sup>297</sup>. Y lo más lamentable es que, luego, este cataclismo político y social determinara en gran medida el guion de las revoluciones futuras. Al mismo tiempo, serviría quizá como la más amplia confirmación de la sugerencia de que la guerra civil es una «forma común de violencia colectiva que enciende las Furias de la revolución, sobre todo cuando se entreteje con la cuasi religiosa guerra extranjera»<sup>298</sup>. A juicio de un importante historiador de la Revolución Francesa, no toda revolución fue una «guerra de independencia», pero cada una de ellas podría considerarse como una guerra civil<sup>299</sup>.

Los revolucionarios reelaboran lo que en otras circunstancias —o a criterio de otros ideólogos— se había calificado de rebeliones, insurrecciones o guerras civiles. En realidad, una señal infalible del éxito de una revolución es precisamente esa nueva clasificación retrospectiva, que puede ocurrir con relativa rapidez. Por ejemplo, el conflicto transatlántico de los años setenta

del siglo XVIII, que muchos contemporáneos consideraron una «guerra civil» británica o incluso «la Guerra Civil Americana», recibió por primera vez el nombre de «Revolución Americana» en un discurso del presidente del Tribunal Supremo de Carolina de Sur, ya en octubre de 1776, aunque la expresión no fue oficial hasta que, en 1799, el Congreso Continental hizo públicas sus *Observaciones sobre la Revolución Norteamericana*<sup>300</sup>. La reclasificación también puede producirse más lentamente, como ocurrió con la denominación de «Revolución inglesa» que el historiador francés François Guizot utilizó por primera vez en 1826 para referirse a la crisis de mediados del siglo XVII en Gran Bretaña; tal como este autor explicó, «la analogía de ambas revoluciones es tal que jamás se habría entendido la Revolución Inglesa como una revolución de no haberse producido la Francesa»<sup>301</sup>.

Para liberar de estos misterios al guion moderno de revolución, hemos de prestar atención a los guiones de guerra civil que los revolucionarios primero siguieron y luego intentaron borrar o negar. En *El Manifiesto Comunista*, Marx y Engels observan que «al señalar las fases más generales del desarrollo del proletariado, hemos seguido la guerra civil más o menos oculta en el seno de la sociedad existente, hasta el punto en que rompe en una revolución abierta»<sup>302</sup>. Un poco más de veinte años después, en *La Guerra Civil en Francia* (1871), Marx señala que el gobierno conservador francés unía fuerzas con los prusianos, que ya habían derrotado a Francia, para aplastar la Comuna de París en 1871: «La empresa más heroica que aún puede acometer la vieja sociedad es la guerra nacional. Y ahora viene a demostrarse que esto no es más que una añagaza de los gobiernos destinada a aplazar la lucha de clases, y de la que se prescinde tan pronto como esta lucha estalla en forma de guerra civil»<sup>303</sup>. En 1916, en plena Primera Guerra Mundial y no mucho después de haber acabado la cuidadosa lectura de *De la guerra*, de Clausewitz, Lenin sostenía que tras la victoria de la revolución proletaria permanecerían al menos tres clases de guerras: las de autodeterminación nacionalista, las de represión burguesa contra los Estados socialistas emergentes y las civiles<sup>304</sup>.

Como «revolucionario profesional de la guerra civil global», Lenin continuaría sosteniendo que los oprimidos solo podrían liberarse por medios

violentos<sup>305</sup>. Para los pueblos no europeos, la guerra sería el instrumento de liberación nacional contra el imperialismo; afirmar otra cosa era sencillamente chovinismo europeo. El socialismo no eliminaría la guerra. Su victoria no podía ser instantánea ni universal. Harían falta muchos golpes para derrotar a la hidra del capitalismo. Y en la medida en que la revolución socialista no puede separarse por completo de la guerra, queda indisociablemente unida a la guerra civil: «Quien acepta la lucha de clases no puede no aceptar las guerras civiles, que en toda sociedad de clases son la continuación, el desarrollo y la intensificación de la lucha de clases. Es lo que toda gran revolución ha confirmado»<sup>306</sup>. Contemplando retrospectivamente la Revolución Rusa, Iósif Stalin habría de coincidir con el análisis de Lenin: «La toma del poder por el proletariado en 1917 fue una forma de guerra civil»<sup>307</sup>. Por tanto, para los actores revolucionarios, la guerra civil era parte integral de la evaluación de las causas, el curso y las consecuencias de las «revoluciones» modernas. Desde este punto de vista, a la hora de rastrear la genealogía de las revoluciones modernas deberíamos considerar seriamente la hipótesis de que la guerra civil fue el género del que la revolución era solo una especie<sup>308</sup>.

---

<sup>234</sup> Abdul-Ahad, «“Syria Is Not a Revolution Any More”».

<sup>235</sup> Compare Viola, «Rivoluzione e guerra civile», 24. «In un certo senso la rivoluzione sprovincializza la guerra civile».

<sup>236</sup> Arendt, *On Revolution*, 12 [*Sobre la revolución*, Madrid, Alianza, 2013].

<sup>237</sup> Tampoco se habla de la guerra civil en el principal artículo sobre la guerra de la *Encyclopédie* [Le Blond], «Guerre». La contemporánea cuarta edición del *Dictionnaire de l'Académie Française* (1762) define *Guerre civile, & guerre intestine* como «La guerre qui s'allume entre peuples d'un même État»; vía de acceso: «Dictionnaires d'autrefois» de ARTFL Project, <http://artfl-project.uchicago.edu/content/dictionnaires-dautrefois>.

<sup>238</sup> Koselleck, «Historical Criteria of the Modern Concept of Revolution», trad. Tribe, 47, 48, 49. Sobre las continuidades conceptuales entre «revolución» y «guerra civil», véanse Koselleck, *Critique and Crisis*, 160-161; Bulst y otros, «Revolution, Rebellion, Aufruhr, Bürgerkrieg», en particular 712-714, 726-727 y 778-780.

<sup>239</sup> Momigliano, «Ancient History and the Antiquarian», 294; Goulemot, *Le règne de l'histoire*, 127-156.



[240](#) Echard, *The Roman History from the Building of the City to the Perfect Settlement of the Empire by Augustus Cæsar*.

[241](#) Vertot, *Histoire de la conjuration de Portugal*; Vertot, *Histoire des révolutions de Suède où l'on voit les changemens qui sont arrivez*; Vertot, *Histoire des révolutions de Portugal*.

[242](#) Trakulhun, «Das Ende der Ming-Dynastie in China (1644)».

[243](#) Sidney, *Discourses Concerning Government*, 195-196.

[244](#) Vattel, *Law of Nations* (1758), 3.18.293, ed. Kapossy y Whatmore, 645.

[245](#) «A Declaration by the Representatives of the United States of America, in General Congress Assembled», 4 de julio de 1776, en Armitage, *Declaration of Independence*, 165.

[246](#) Vattel, *Law of Nations*, 1.4.51, 3.1.1.2, ed. Kapossy y Whatmore, 105, 469.

[247](#) *Ibid.*, 3.18.287, 290, ed. Kapossy y Whatmore, 641, 642.

[248](#) «Thomas Jefferson's "Original Rough Draft" of de Declaration of Independence», en Armitage, *Declaration of Independence*, 161.

[249](#) Vattel, *Law of Nations*, 3.18.292, ed. de Kapossy y Whatmore, 644-645. Sobre la doctrina de la guerra civil, véase Rech, *Enemies of Mankind*, 216-220.

[250](#) Vattel, *Law of Nations*, 3.18.293, ed. de Kapossy y Whatmore, 645.

[251](#) *Ibid.*, 3.18.295, 648-649.

[252](#) Zurbuchen, «Vattel's "Law of Nations" and the Principle of Nonintervention»; Pitts, «Intervention and Sovereign Equality».

[253](#) Vattel, *Law of Nations*, 2.4.56, ed. de Kapossy y Whatmore, 290-291.

[254](#) Braund, «Bernard Romans».

[255](#) Romans, *To the Hone. Jno. Hancock Esqre.*; Romans, *Philadelphia, July 12. 1775*.

[256](#) Romans, *Annals of the Troubles in the Netherlands*.

[257](#) Belcher, *First American Civil War* es la excepción que confirma la regla.

[258](#) Paine, *Common Sense*, en *Collected Writings*, 25.

[259](#) O'Shaughnessy, *Empire Divided*; más en general, véase Armitage, «First Atlantic Crisis».

[260](#) Lawson, «Anatomy of a Civil War»; Shy, *People Numerous and Armed*, 183-192; Wahrman, *Making of the Modern Self*, 223-237 y 239-244; Simms, *Three Victories and a Defeat*, 593-600; Klooster, *Revolutions in the Atlantic World*, 11-44; Jasanoff, *Liberty's Exiles*, 21-53.

[261](#) Elliott, *Empires of the Atlantic World*, 352.

[262](#) Bollan, *The Freedom of Speech and Writing upon Public Affairs, Considered; with an Historical View of the Roman Imperial Laws Against Libels*, 158-159. Sobre el uso que hace Bollan de la historia romana, véase York, «Defining and Defending Colonial American Rights», 213.

[263](#) Price, *Observations on the Nature of Civil Liberty*, 91.

[264](#) Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* 4.7.c, ed. Campbell y Skinner, 2:622 [Smith, *La riqueza de las naciones*, trad. de Carlos Rodríguez Braun, libros I, II, III y selección de los libros IV y V, Madrid, Alianza Editorial, 2011].

[265](#) Pocock, «Political Thought the English Speaking Atlantic, 1760-1790», 256-257.

[266](#) *Newport Mercury*, 24 de abril de 1775, cita en Breen, *American Insurgents, American Patriots*, 281-282.

[267](#) *Civil War; a Poem*; Hartley, *Substance of a Speech in Parliament, upon the State of the Nation and the Present Civil War with America*, 19; Roebuck, *Enquiry, Whether the Guilt of the Present Civil War in America, Ought to Be, Imputed to Great Britain or America*.

[268](#) [Jackson], *Emma Corbett*; Wahrman, *Making of the Modern Self*, 243-244.

[269](#) Cooper, introducción (1831) a *Spy*, 13; Larkin, «What Is a Loyalist?».

[270](#) Pocock, *Three British Revolutions, 1641, 1688, 1776*.

[271](#) «A Declaration ... Setting Forth the Causes and Necessity of Taking Up Arms», 6 de julio de 1775, en Hutson, *Decent Respect to the Opinions of Mankind*, 96, 97 (la cursiva es mía).

[272](#) Lord North a George III, 26 de julio de 1775, cita en Marshall, *Making and Unmaking of Empires*, 338.

[273](#) Paine, *Common Sense*, en *Collected Writings*, 45-46.

[274](#) *Ibid.*, 18-19. Compárese con Howell, *Twelve Several Treatises, of the Late Revolutions in These Three Kingdoms*, 118, donde se da un total de «rebeliones» de «cerca del centenar» desde 1066.

[275](#) Sobre Paine y el «giro republicano» de 1776, véase Nelson, *Royalist Revolution*, 108-145.

[276](#) «Declaration by the Representatives of the United States of America, in General Congress Assembled», 4 de julio de 1776, en Armitage, *Declaration of Independence*, 165 y 170.

[277](#) Beaulac, «Emer de Vattel and the Externalization of Sovereignty».

[278](#) Franklin a C. G. F. Dumas, 9 de diciembre de 1775, en *Papers Benjamin Franklin* 22:287.

[279](#) Armitage, *Declaration of Independence*, 165 y 166.

[280](#) Lempérière, «Revolución, guerra civil, guerra de independencia en el mundo hispánico, 1808-1825»; Adelman, «Age of Imperial Revolutions»; Pani, «Ties Unbound»; Lucena Giraldo, *Naciones de rebeldes*; Pérez Vejo, *Elegía criolla*.

[281](#) José María Cos, «Plan de Guerra», 1 de junio de 1812, en Guedea, *Textos insurgentes (1808-*

1821), 52-55; San Martín a Tomás Godoy Cruz, 12 de abril de 1816, cita en John Lynch, *San Martín: soldado argentino, héroe americano*, trad. de Alejandra Chaparro, Barcelona, Crítica, 2009, 131.

[282](#) Baker, «Revolution 1.0», 189; Baker, «Inventing the French Revolution», 203 y 223.

[283](#) Snow, «Concept of Revolution in Seventeenth-Century England»; Rachum, «Meaning of “Revolution” in the English Revolution (London, 1648-1660)». Para una visión alternativa, véase Harris, «Did the English Have a Script for Revolution in the Seventeenth Century?».

[284](#) Hobbes, *Behemoth; or, The Long Parliament*, 389 [*Behemoth: el largo Parlamento*, trad. y est. preliminar de Antonio Hermosa Andújar, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1992].

[285](#) Edelstein, «Do We Want a Revolution Without Revolution?»; compárese con Rey, «*Révolution*»; William H. Sewell Jr., «Historical Events as Transformations of Structures: Inventing Revolution at the Bastille», en *Logics of History*, 225-270.

[286](#) Vlassopoulos, «Acquiring (a) Historicity», 166.

[287](#) Furet, «The Revolutionary Catechism», en *Interpreting the French Revolution*, trad. de Forster, 83.

[288](#) Marx, *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte* (1851), en *Selected Writings*, 300 [*El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, trad., introd. y notas de Elisa Chuliá Rodrigo, Madrid, Alianza Editorial, 2015, 40].

[289](#) Burke, *Reflections on the Revolution in France*, 26-27 (cita a Livio, *Historias*, 9.1.10) (la cursiva es mía) [*Reflexiones sobre la Revolución en Francia*, trad. de Carlos Mellizo, Madrid, 2016)].

[290](#) Burke, *Letter from the Right Hon. Edmund Burke*, 41.

[291](#) Vattel, *Law of Nations* 3.3.36, ed. de Kapossy y Whatmore, 488. La cita completa dice: «*Justum est bellum, quibus necessaria; et pia arma, quibus nulla nisi in armis relinquitur spes*».

[292](#) Burke, «Speech on the Seizure and Confiscation of Property in St. Eustatius», 14 de mayo de 1781, en *Parliamentary History of England from the Earliest Period to 1803*, vol. 22, col. 231.

[293](#) Burke, *Thoughts on French Affairs*, en *Further Reflections on the Revolution in France*, 207.

[294](#) Vattel, *Law of Nations* 2.4.56, ed. de Kapossy y Whatmore, 291; compárese con *ibid.*, 3.16.253, ed. cit., 627.

[295](#) Kant, «Toward Perpetual Peace», en *Practical Philosophy*, trad. de Gregor, 319-320 [*La paz perpetua* 1.5, presentación de Antonio Truyol y Serra, ed. de Joaquín Abellán, Madrid, Alianza Editorial, 2016, 77]; Hurrell, «Revisiting Kant and Intervention», 198.

[296](#) Burke, «First Letter on a Regicide Peace», 20 de octubre de 1796, y Burke, «Second Letter on a Regicide Peace», 1796, en *Revolutionary War, 1794-1797*, 187 y 267; Armitage, *Foundations of Modern International Thought*, 163-169.

[297](#) Véase, por ejemplo, Martin, «Rivoluzione francese e guerra civile»; Martin, «La guerre civile»; Andress, *Terror*; Martin, *La Vendée et la Révolution*.

[298](#) Mayer, *Furies*, 4-5.

[299](#) Serna, «Toute révolution est guerre d'indépendance».

[300](#) Drayton, *Charge, on the Rise of the American Empire*, 2, 8 y 15.

[301](#) Guizot, *Histoire de la révolution d'Angleterre, depuis l'avènement de Charles Ier jusqu'à la restauration*, i:xvii: «Telle est enfin l'analogie des deux révolutions que la première n'eût jamais été bien comprise si la seconde n'eût éclaté».

[302](#) Marx y Engels, *The Communist Manifesto* (1848), en Marx, *Selected Writings*, 230 («den mehr oder minder versteckten Bürgerkrieg innerhalb der bestehenden Gesellschaft bis zu dem Punkt, wo er in eine offene Revolution ausbricht») [*Manifiesto comunista*, introd. y trad. de Pedro Ribas, Madrid, Alianza Editorial, 2017, 65]; Balibar, «On the Aporias of Marxian Politics».

[303](#) Marx, *The Civil War in France*, en Marx y Engels, *Karl Marx, Friedrich Engels Gesamtausgabe (MEGA)*, 22:158 («und der bei Seite fleigt, sobald der Klassenkampf Bürgerkrieg auflodert») [*La guerra civil en Francia*, Madrid, Fundación Federico Engels, 2003, 92].

[304](#) Lenin, *Clausewitz' Werk «Vom Kriege»*; Hahlweg, «Lenin und Clausewitz».

[305](#) La description es de Carl Schmitt. Schmitt, *Theory of the Partisan*, trad. de Ulmen, 93.

[306](#) Lenin [y Grigorii Zinoviev], *The Military Programme of the Proletarian Revolution* (septiembre de 1916), en *Collected Works*, 23:78. Sobre el contexto inmediato de Lenin y el opúsculo de Zinoviev, véase Nation, *War on War*, 80-83.

[307](#) Stalin, 1928, cita en Rieber, «Civil Wars in the Soviet Union», 140.

[308](#) Compárese con Eckstein, «On the Etiology of Internal Wars», 133; Canal, «Guerra civil y contrarrevolución en la Europa del sur en el siglo XIX», 46.

TERCERA PARTE  
SENDEROS AL PRESENTE

## CAPÍTULO 5

# INTENTOS DE CIVILIZAR LA GUERRA CIVIL EL SIGLO XIX

Es probable que la alocución de Abraham Lincoln (1809-1865) con motivo de la inauguración del Cementerio Nacional de los Soldados, el 19 de noviembre de 1863, sea el discurso mejor conocido de la historia norteamericana. Lincoln situaba con precisión sus palabras en el tiempo y en el espacio: las pronunciaba ochenta y siete años después de la Declaración de Independencia y en un «gran campo de batalla», el de Gettysburg, Pensilvania, razón por la cual ha sido siempre denominado Discurso de Gettysburg.

Hace ochenta y siete años nuestros padres crearon en este continente una nueva nación, concebida bajo el signo de la libertad y consagrada a la premisa de que todos los hombres nacen iguales. Hoy nos hallamos embarcados en una vasta guerra civil que pone a prueba la capacidad de esta nación, o de cualquier otra así concebida y así inaugurada, para subsistir por largo tiempo<sup>309</sup>.

La expresiva elocuencia y la elaborada brevedad de Lincoln en aquel día han dado lugar a más comentarios que cualquier otro texto de la historia norteamericana, excepto la propia Declaración de Independencia y la Constitución. Prácticamente las 272 palabras del discurso han sido minuciosamente examinadas, salvo las más impresionantes, las que describen el conflicto entonces presente, el conflicto en que habían caído los muertos de Gettysburg, como «una gran guerra civil»<sup>310</sup>. Es posible que el discurso resulte familiar, tal vez demasiado familiar incluso, pero el significado de todas sus palabras no es tan claro como parece a primera vista.

Lincoln no podía saber que estaba hablando prácticamente en el punto central de lo que habría de ser el enfrentamiento militar de mayor coste que

tuviera lugar en suelo norteamericano. El conflicto había comenzado dos años y medio antes, en abril de 1861, con el bombardeo de Fort Sumter, en Carolina del Sur, y se prolongaría más o menos el mismo tiempo hasta su final definitivo con la rendición de Robert E. Lee, general de la Confederación, en Appomattox Court House, en abril de 1865, aunque no se puede decir que ese acto pusiera fin a las hostilidades<sup>311</sup>. No cabía duda de que, para ambos bandos, para los afroamericanos que quedaron atrapados entre ellos y para el mundo en general, se trataba de una «gran» guerra en términos de vidas perdidas, costes soportados y lo que en ella se jugaba por uno y otro lado. Nadie, esclavo o libre, combatiente u observador, norteamericano o sureño, unionista o confederado, podía disentir a este respecto. Pero lo que cuando Lincoln habló no estaba tan claro como lo está hoy, tras tanto tiempo transcurrido desde la victoria de la Unión, era que ese gran enfrentamiento fuera una guerra «civil».

Solo seis meses antes del Discurso de Gettysburg, el ejército de la Unión había recibido ejemplares de las *General Orders No.100*, o sea, el código legal de conducta de guerra redactado por Francis Lieber (1798-1872), jurista norteamericano de origen prusiano. Este documento no fue elaborado en el contexto de una guerra convencional entre naciones, sino que estaba aún marcado por las ideas tradicionales de guerra y de guerra civil. Esto era particularmente cierto en cuanto a la definición que Lieber daba de guerra civil en el *Código*. Sabía perfectamente que Vattel, más de un siglo antes, había lanzado un desafío a cualquier descripción jurídica de este tipo, desafío que su superior, el general unionista (y jurista internacional) Henry Wager Halleck (1815-1872), recogería tiempo después para refutar a Vattel. El legado de Lieber en materia de guerra civil fue muy ambiguo, pero el *Código* habría de permanecer en los círculos militares norteamericanos y en los fundamentos del derecho humanitario internacional del siglo xx. Al mismo tiempo, sin embargo, su concepción de la guerra civil era intrínsecamente contradictoria e inaplicable al conflicto que tenía delante. También era irreconciliable con la implícita concepción de la «gran guerra civil» de Lincoln, enunciada en el corazón de una lucha que habría de convertirse en paradigma de la relación entre secesión y guerra civil.

Por ahora deberíamos dudar de que la expresión «guerra civil» se utilizara

alguna vez sin intención política o carga ideológica. En concordancia con la era de las revoluciones, se daba por supuesto que las guerras civiles eran una forma ilegítima de lucha, un retroceso al gobierno turbulento de los reyes o a la recurrente inestabilidad de la Roma republicana, antigua maldición de la que los ilustrados tiempos modernos se habían liberado. Pero había quienes no pensaban lo mismo. Por ejemplo, en el diálogo *Derechos y deberes del ciudadano* (1758), del abad de Mably (1709-1785), republicano francés de mediados del siglo XVIII, un «Milord» inglés lanza la perturbadora afirmación de que «a veces la guerra civil es un gran bien», pues puede actuar como un cirujano que elimina un miembro gangrenoso capaz de destruir el cuerpo político entero<sup>312</sup>. Análogamente, Juan Romero Alpuente (1762-1835), temprano político liberal español, sostenía en un discurso de 1821 que «la guerra civil es un regalo del cielo», pues ofrece la oportunidad de renovación nacional, frase que resonaría en la historia española hasta la guerra civil del siglo XX<sup>313</sup>. Y en 1830, el barón de Chateaubriand, político y memorialista francés (1768-1848), se burlaba de los «amantes de la humanidad que distinguen diferentes tipos de disputas armadas y se desmayan ante el verdadero nombre de la *guerra civil*: “¡Compatriotas que se matan entre sí! Hermanos, padres e hijos en mutuo enfrentamiento!”. Todo esto es muy triste, no cabe duda; sin embargo, a menudo las discordias internas fortalecen y regeneran a un pueblo»<sup>314</sup>. La guerra civil podía seguir siendo justa a ojos de aquellos para quienes era necesaria. Pero, como siempre, el problema estaba en quién decide sobre su necesidad y en cuándo llamarla guerra civil.

Si el de guerra civil no era todavía un concepto obsoleto, estaba al menos anacrónicamente sin regular. La manera de concebirla no guardaba relación con el enfoque sistemático que la época tenía de tantos otros fenómenos. Entre mediados del siglo XVIII y mediados del XIX las cuestiones morales y políticas que planteaban las guerras civiles se agudizaron más aún a falta de marco teórico —y, en especial, jurídico— para acotarlas y, en última instancia, civilizarlas. Esto se debía en gran parte a que durante mucho tiempo la guerra civil había sido tema de historiadores y poetas antes que de filósofos y teóricos sociales<sup>315</sup>. La guerra civil desafiaba algunas de las definiciones más elementales de la guerra, puesto que la definición moderna de guerra veía en esta un conflicto *entre* entes soberanos establecidos —



Estados—, no en su *interior*. Jean-Jacques Rousseau enunciaba su definición clásica en el *Contrato social* (1762): «Guerra no es, pues, una relación de hombre a hombre, sino una relación de Estado a Estado [...] cada Estado solo puede tener por enemigos otros Estados y no hombres». En otras palabras, los individuos no pueden ser enemigos de los Estados, porque «solo son enemigos accidentalmente, y no como hombres, ni siquiera como ciudadanos, sino como soldados»; si son enemigos entre sí, no pueden embarcarse en una guerra<sup>316</sup>. Desde este punto de vista, las guerras civiles no eran en absoluto «guerras», porque los bandos no estaban adscritos a Estados y los combatientes no podían ser todos soldados; esto es, legítimos beligerantes que luchan con la venia de un soberano.

La más importante de las obras modernas sobre la guerra —*De la guerra* (1832), de Carl von Clausewitz— no contiene ni una sola mención de la guerra civil<sup>317</sup>. Como ya se ha observado antes, no hay ninguna gran obra de estrategia titulada *Sobre la guerra civil*, ni siquiera en paralelo a los trabajos de Mao Zedong o el Che Guevara sobre la guerra de guerrillas<sup>318</sup>. El rival contemporáneo de Clausewitz en materia de teoría de la guerra, Antoine Henri Jomini (1779-1869), oficial suizo que había prestado servicio en el ejército francés, admite las guerras civiles y las guerras de religión. Pero concede que «sería absurda la pretensión de proveer de máximas a ese tipo de guerras». Esto se debía a que, para este autor, se trataba de guerras de «opinión» —o, como lo diríamos hoy, guerras ideológicas— y, en tanto tales, más destructivas y crueles que las guerras políticas, porque son más irracionales que estas<sup>319</sup>. Estas actitudes impidieron la ampliación de la Convención de Ginebra (1864) a otras guerras: «va de suyo —afirmaba en 1870 Gustave Moynier, uno de los redactores originales de la Convención— que las leyes internacionales no son aplicables a ellas»<sup>320</sup>. El desafío que afrontaron Lincoln y Lieber fue, pues, hacer lo que Jomini y Moynier creían en principio imposible, a saber, establecer «máximas» para la conducción de la guerra civil mediante la aplicación del derecho internacional y, en consecuencia, llevar la guerra civil al campo de la civilidad.

\* \* \*

La decisión de Abraham Lincoln de calificar de «gran guerra civil» el conflicto que se daba en Estados Unidos era, como se ha sugerido, discutible incluso en 1863. En efecto, tal cosa suponía la interpretación de las acciones de la Confederación que sostenía la Unión. Equivalía a afirmar que los combatientes de ambos lados habían sido, y continuaban siendo, miembros de la misma comunidad política, los Estados Unidos de América. La fórmula ponía de relieve lo que se jugaba en el conflicto, es decir, la unidad de la nación y la inviolabilidad de la Constitución, así como la ilegitimidad de la secesión unilateral. La denominación de «guerra civil» a partir de 1865 y para siempre implica la aceptación del triunfo de esa interpretación y de los principios que la Unión había procurado proteger y defender. No fue fácil llegar a esta conclusión, así que la expresión siguió siendo fuente de fricción hasta bien entrado el siglo xx. Pero en vano se intentó cambiar el nombre aceptado del decisivo cataclismo de la historia norteamericana. Incluso habría sido moralmente inaceptable desafiar la lógica de la expresión «guerra civil», dado que implicaba tanto la unidad como la división y, como tantas veces ha ocurrido en la historia de las ideas de guerra civil, reconocimiento y comunidad en medio de la ruptura. Esta paradoja se mantendría particularmente aguda en el caso norteamericano, pues el conflicto se convirtió en la piedra de toque de la legitimidad de la guerra civil secesionista en cualquier otro sitio.

Para los partidarios de la Confederación, no se trataba de una guerra entre conciudadanos o entre miembros de la misma «sociedad civil», como habría dicho Algernon Sidney. Era una guerra civil secesionista que se llevaba a cabo para establecer, entre otras cosas, el derecho de separarse y que tuvo como desencadenante una serie de actos de secesión respecto de la Unión. Esto, desde la perspectiva de la Confederación, hacía de ella un conflicto *internacional*, no *intranacional*, es decir, una guerra entre sistemas políticos distintos, no interna a una misma comunidad. Los Estados Confederados afirmaban haber ejercido su derecho constitucional a separarse de la Unión y creían haber formado una nueva unión, los Estados Confederados de América, con derecho a dirigir sus asuntos internos, incluso su propia defensa militar, como entidad independiente. En contraposición, para la lógica de la Unión, y la de Lincoln, la secesión de la Confederación era un acto de

«rebelión», y el conflicto para reprimirla, una «guerra civil». El propio Lincoln empleó el término «rebelión» durante el conflicto casi seis veces más que la expresión «guerra civil»<sup>321</sup>. Tal vez un contexto histórico más amplio sugiera por qué.

A mediados del siglo XIX el alcance de la expresión «guerra civil» sufrió presiones particulares. En efecto, fue un período en que las conexiones globales se hicieron más densas, lo que volvió cuestionables las antiguas limitaciones implícitas en la guerra «civil». Dieciocho meses antes del Discurso de Gettysburg, un personaje central de *Los miserables* (1862), la obra maestra del novelista francés Victor Hugo (1802-1895), contempla las cambiantes implicaciones de la guerra civil en un mundo cosmopolita. (Hugo era un gran admirador de Lincoln, después de cuyo asesinato en 1865 colaboró en la organización de una suscripción con el fin de enviar una medalla conmemorativa a Mary Todd Lincoln en honor de la víctima más preclara de la guerra civil)<sup>322</sup>. *Los miserables* llegó rápidamente a Nueva York en traducción inglesa en 1862 y al año siguiente a Richmond, Virginia, como «prácticamente el único alimento literario fresco de quienes se hallaban inmersos en una rebelión de esclavistas», según la despectiva evaluación de un periódico de Rhode Island<sup>323</sup>.

A unos centenares de páginas del comienzo de la obra maestra de Hugo, los contemporáneos de Lincoln podían leer las reflexiones sobre la guerra civil de Marius Pontmercy, hijo del noble veterano de Waterloo. (No parece en absoluto casual que el nombre Mario recuerde al adversario de Sila en la primera guerra civil romana). Cuando Marius se dirige hacia las barricadas de París para luchar contra la restauración de la monarquía de los Borbón, sabía que «iba a su vez a comprometerse en una guerra y a entrar en el campo de batalla, así como que ese campo de batalla en el que estaba a punto de entrar era la calle, y esa guerra con la que estaba a punto de comprometerse era la guerra civil». Se estremeció ante la idea y se preguntó qué hubiera pensado de sus acciones su heroico padre, aun cuando exprese cierta duda filosófica sobre dicho tipo de guerra.

¿Guerra civil? ¿Qué significa esto? ¿Hay alguna guerra que sea extranjera? ¿No es toda guerra una guerra entre hombres, entre hermanos?

Lo único que modifica una guerra es su finalidad. No hay guerra extranjera, ni guerra civil; solo hay guerra injusta y guerra justa [...] La guerra deviene vergüenza, y la espada, puñal, cuando se asesina el derecho, el progreso, la razón, la civilización, la verdad. Entonces la guerra, civil o extranjera, es pura iniquidad y su nombre es crimen<sup>324</sup>.

En ese momento la acción de la novela se sitúa en 1832, pero las cavilaciones de Pontmercy reflejan las propias aprensiones de Hugo acerca de las borrosas fronteras entre guerra civil y otros tipos de conflictos. En el marco del escenario más amplio de la «gran familia del hombre» (para citar una incisiva frase de Lincoln), cualquier distinción entre guerra civil y guerra extranjera había comenzado a desdibujarse<sup>325</sup>.

La Guerra Civil Norteamericana tuvo lugar en el seno de una economía capitalista global construida sobre la base del algodón y el trabajo esclavo, con ramificaciones que se hicieron sentir en el Caribe, Europa, Egipto y el sur de Asia<sup>326</sup>. También se produjo en medio de una explosión de violencia de mediados del siglo XIX. Este período comenzó con lo que, en proporción a las poblaciones, fueron las dos guerras más cruentas del siglo —la Rebelión Taiping en China (1850-1864) y la Guerra del Pacífico (1879-1884), en la que Perú y Bolivia se unieron contra Chile— e incluye la Guerra de Crimea (1853-1856), la Rebelión India o «Motín» de 1857, la Guerra de Reforma en México (1858-1861), la Guerra Boshin en Japón (1868-1869), la Guerra Franco-Prusiana (1870-1871) y, en España, la Tercera Guerra Carlista de sucesión (1872-1876)<sup>327</sup>.

En cuanto a las Américas, el intervalo marcó el último de una larga serie de levantamientos desde mediados del siglo XVIII, durante los cuales los esfuerzos por la reconstrucción imperial habían llevado a movimientos de independencia, revoluciones y guerras civiles que a menudo habían desembocado, aunque no siempre fuera este su objetivo originario, en la formación de Estados más pequeños a partir de otros más grandes y de imperios<sup>328</sup>.

Tampoco fue la violencia de la guerra civil una respuesta excepcional a las circunstancias. Desde la Revolución Holandesa de los años ochenta del siglo XVI hasta la Revolución Norteamericana, y desde los Estados Unidos de 1861

hasta la Yugoslavia de 1991, la secesión condujo por regla general a la guerra civil. En el interior de un Estado, un grupo, exasperado por lo que considera la represión de su derecho de autodeterminación, afirma ese derecho como una aspiración a la independencia. En respuesta, el Estado ya existente reafirma su derecho a la integridad territorial y la autoridad sobre la totalidad de sus habitantes y a reprimir las reclamaciones del grupo con violencia coercitiva. La secesión —intento de crear un Estado nuevo— lleva por tanto a la guerra civil; esto es, a un conflicto armado en el seno de un Estado establecido. Por cierto que ha habido secesiones pacíficas —por ejemplo, la de Noruega respecto de Suecia en 1905, la de Islandia respecto de Dinamarca en 1944, la de Singapur respecto de la Federación Malaya en 1965 y la de Montenegro respecto de Serbia en 2006—, pero son excepciones<sup>329</sup>.

La lógica de la historia parecía tan impecable como implacable: la secesión es hoy causa de guerra civil, de la misma manera en que hasta hace muy poco la guerra civil fue el resultado más probable de un intento de secesión. El cálculo más inclusivo y reciente de guerras en todo el mundo contabiliza 484 guerras independientes entre sí entre 1816 y 2001, de las cuales 296 fueron tipificadas como civiles y 109 se libraron más para la creación de un Estado nuevo que para hacerse con el control de uno ya existente. De este modo, los conflictos secesionistas constituyeron más de la quinta parte de las guerras de los dos últimos siglos y fueron responsables de una proporción importante de las guerras civiles de dicho período. Tendieron a ocurrir con mayor frecuencia «durante las dos transformaciones institucionales que conformaron el paisaje del mundo moderno», es decir, la expansión imperial y el proceso de creación de Estados, en especial después de la descolonización. Además, la probabilidad del estallido de esas guerras «muestra un pico dramático inmediatamente anterior a la formación del Estado-Nación», mientras que «la probabilidad de inicio de una guerra civil es más de cinco veces superior durante los dos primeros años posteriores a la independencia que en el resto del tiempo de postindependencia»<sup>330</sup>. Con esta perspectiva de *longue durée*, la Revolución Norteamericana parece responder a un arquetipo, mientras que la Guerra Civil Norteamericana, una vez más por su extemporaneidad que por su violencia, parece una anomalía.

\* \* \*

La violencia global de la era de la guerra civil había planteado este interrogante, que volvería a presentarse repetidamente en los siglos XIX y XX y cuyas consecuencias se extenderían a nuestros días: ¿es posible civilizar una guerra civil? Nada, por supuesto, podía suavizar su trauma, a saber, el desgarramiento de la comunidad política, el antagonismo en el seno de las familias, la muerte de parientes, el temor a su repetición, la vergüenza tanto en la victoria como en la derrota. Pero a pesar de que la paz perpetua era una esperanza en eterno retroceso, había cierta evidencia de que, si bien era imposible eliminar la guerra, sí era posible domesticarla. Desde el siglo XVII, las potencias europeas y sus herederos en el continente americano se habían esforzado por regular la conducción de sus conflictos y ponerlos bajo el dominio de la ley. Pero otra cosa, ¡ay!, era el trato a pueblos no europeos. Un subproducto tóxico de este esfuerzo fue una grieta cada vez mayor entre aquellos a quienes había que tratar con humanidad y aquellos a los que ni siquiera había que considerar seres humanos. La diferencia correspondía a la línea que se había trazado entre civilidad e incivilidad, entre el reino de la civilización y la barbarie que imperaba fuera de ella.

En lo concerniente al derecho, la guerra civil era una cosa y las guerras entre Estados, otra completamente distinta. En la medida en que se dejaban las acciones de represión interior en manos de los respectivos Estados, la decisión acerca de si los rebeldes debían ser tratados como criminales o como beligerantes era puramente discrecional. Los horrores de la guerra en los campos de batalla de mediados del siglo XIX en Europa motivaron la más conocida de las respuestas humanitarias a la inhumanidad de la guerra: la fundación de la Cruz Roja en 1863, pero incluso esta institución dejó las guerras civiles fuera de su campo de acción. Ya en la segunda reunión para estudiar la creación de una organización para ayudar a los heridos, el comité fundador instó a que «no se contemple ninguna acción en las guerras civiles», aunque se reservaba el derecho de ampliar sus operaciones en el futuro<sup>331</sup>. De manera similar, la Convención de Ginebra originaria, de 1864, no extendió explícitamente su protección a los combatientes en guerras civiles, aunque en el término de una década, tanto los fundadores de la Cruz Roja

como los artífices de la Convención abrigarían reservas a este respecto<sup>332</sup>.

Hasta que se produjo este cambio de actitud, el problema residía en la manera de hacer recaer la guerra civil en el nuevo marco emergente del derecho mundial. Una respuesta posible había asomado los días previos a la Guerra Civil Norteamericana en la mente del filósofo John Stuart Mill (1806-1873). Mill empleó el caso de la intervención en las guerras civiles para ilustrar la nueva geografía de la civilización y la barbarie; durante el conflicto propiamente dicho modificaría las fronteras de la barbarie para incluir a la Confederación. En «A Few Words on Non-intervention» (1859) trazaba el mapa de las responsabilidades éticas de Gran Bretaña en un mundo inestable, que se repartían entre Estados soberanos que cuidaban de sí mismos, «miembros de una comunidad igual de naciones, como Europa cristiana», y «partes [...] con un grado mucho menor de desarrollo social», esto es, pueblos potencialmente sometidos al imperio. El avance de los imperios europeos en todo el planeta se había hecho cada vez más acuciante desde un siglo atrás, cuando Vattel formulara la «disputada cuestión [...] de si se justifica que una nación tome partido por alguno de los dos bandos en guerras civiles o disputas partidarias de otra y, sobre todo, si se justifica que ayude al pueblo de otro país en lucha por su libertad». Mill argumentaba a favor de dos fundamentos sobre los cuales la intervención de potencias externas sería legítima: 1) que la finalidad fuera apoyar a un pueblo a derribar un gobierno extranjero antes que a uno nacional, y 2) que la existencia de «una guerra civil prolongada, en la que los contendientes estuvieran tan equilibrados que no hubiera probabilidad de un desenlace rápido», hiciera necesaria una fuerza exterior que pusiera fin al conflicto<sup>333</sup>.

Estas condiciones reducían drásticamente las posibilidades de intervención que había imaginado Vattel, pero Mill las consideraba compatibles con la práctica de su época y con la moral internacional. Sobre esta base, Mill prestó su vehemente apoyo a la neutralidad británica en la Guerra Civil Norteamericana y se opuso con el mismo vigor a cualquier concesión a la Confederación, «potencia que profesaba los principios de Atila y Gengis Kan como fundamentos de su Constitución». Por tanto, la respuesta no era la paz, sino más bien «la guerra para proteger a otros seres humanos de la injusticia tiránica; una guerra para dar la victoria a sus propias ideas de

derecho y de bien, que es su propia guerra, guerra que se hace con un propósito honesto y por libre elección [...] [este] es a menudo el medio de su regeneración». Aunque este pensamiento no justificara la intervención, Mill veía la guerra como una cruzada a favor de cuatro millones de esclavos que no habían consentido la secesión, sino que eran «seres humanos dignos de ser tratados de acuerdo con los derechos humanos»<sup>334</sup>.

Como Mill sabía perfectamente, el orden internacional moderno descansa en dos principios fundamentales, pero incompatibles. Uno es la inviolabilidad soberana o independencia. En el interior de sus fronteras, cada Estado tiene autoridad y jurisdicción primordiales en las que ninguna potencia exterior puede interferir. El otro es la idea de la obligación de respetar los derechos humanos y de que la comunidad internacional tiene capacidad para intervenir en nombre de aquellos que persiguen el ejercicio de sus derechos o les son violados. Ambos principios son enunciados en la Carta de las Naciones Unidas, firmada en 1945, pero tienen raíces más profundas. De hecho, tal vez haya sido Vattel el primero en exponerlos juntos en su repetido axioma según el cual los Estados —aunque el término que él utiliza, en francés, es «*nations*»— son «libres e independientes»<sup>335</sup>. Estos términos encontrarían su camino, sin que nadie lo reconociera, en la Declaración de Independencia de Estados Unidos, que anunciaba que las antiguas colonias eran «Estados Libres e Independientes» a partir de ese momento, mientras que también afirmaban la igualdad natural de los seres humanos y sus derechos de resistencia. Las primeras fases del conflicto en América del Norte mostrarían que estos dos principios fundacionales podían separarse uno del otro y que cada uno por sí mismo podía ser el detonante de una guerra civil.

Una de las pocas regularidades observables en la historia mundial a partir de 1776 es que cualquier Estado que haya declarado su independencia se opondrá a los intentos de cualquier sector de su población o de su territorio a declararse a su vez independiente. Y esto es así a pesar de que los potenciales secesionistas invoquen los mismos principios, e incluso con el mismo lenguaje, que inspiró la Declaración de Independencia originaria. Así, por ejemplo, en diciembre de 1860, la convención secesionista de Carolina del Sur aprobó una declaración que, en un pasaje, decía:



Carolina del Sur ha *reasumido* su posición entre las naciones del mundo como Estado separado e independiente, con plenos poderes para declarar la guerra, concertar la paz, contraer alianzas, establecer comercio y ejecutar todos los actos a los que tienen derecho los Estados independientes<sup>336</sup>.

(La declaración del Estado de Carolina, como las de otros Estados Confederados, evitaba con sumo cuidado cualquier mención a la igualdad humana y a los derechos de todos los seres humanos, para centrarse en los derechos de los Estados).

Para la nación que había comenzado con su propia Declaración de Independencia, la única respuesta posible a este reto era la acción militar, la guerra. En su discurso del 4 de julio de 1861 al Congreso, Lincoln sostuvo que el ataque de los confederados a Fort Sumter tres meses antes había planteado de modo flagrante no solo a Estados Unidos, sino «a la gran familia humana, la cuestión de si una república constitucional, una democracia —un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo— puede o no mantener su integridad territorial contra sus enemigos interiores». Con su ataque preventivo, los confederados habían formulado la opción de «disolución inmediata o sangre». Pero Lincoln rechazó la descripción que sus enemigos hacían de su acción como secesión para burlarse de «los supuestos Estados en secesión» y refutar, mediante la reducción al absurdo, la afirmación de estos según la cual «la secesión era coherente con la Constitución, es decir, *legal y pacífica*». Si la constitucionalidad de la secesión fuera lícita, razonaba, los Estados federados deberían lógicamente retener un derecho de secesión en su propia constitución, incluso al precio de la autodestrucción. «El principio mismo [de secesión] es un principio de desintegración sobre cuya base ningún gobierno puede perdurar»<sup>337</sup>.

Lincoln daba a entender que en el caso norteamericano la secesión y la guerra civil se relacionaban tanto desde el punto de vista secuencial como desde el causal. Lo primero porque la «supuesta» secesión de Carolina del Sur y los otros Estados de la Confederación habían movido a la Unión a defender su integridad, y como la respuesta armada se produjo dentro de las fronteras de los Estados Unidos, condujo a una guerra interna, o civil. Y la

relación causal se debía a que sin la afirmación de un derecho a separarse, no habrían sido necesarias las hostilidades formales: a falta de secesión, la guerra civil era imposible. Difícilmente se trataba para Lincoln de conexiones accidentales o exclusivamente americanas. Estos hechos inevitables, pensaba, podían darse en «cualquier nación», cualquier miembro de «la gran familia humana» que tuviera por fundamento su integridad territorial. Con la ventaja de más de ciento cincuenta años de experiencia, durante los cuales se ha visto la proliferación de estados, inevitablemente oímos a Lincoln no solo como el gran emancipador y campeón del gobierno popular, sino también como el defensor de la soberanía indivisible de la condición de Estado.

Lincoln reconocía que el mero término «secesión» era casi tan incompatible con un orden constitucional como el acto mismo de practicar la secesión. En 1861 insistiría ante el Congreso en que el retiro de la Unión de los Estados Confederados no era en realidad una secesión, sino una rebelión. Esta era la opinión personal de Lincoln, pero él sostenía que la distinción no era solo suya: «A primera vista, podría parecer que no hay casi diferencia entre llamar “secesión” o “rebelión” al actual movimiento del Sur. Sus promotores, sin embargo, comprenden bien la diferencia. Desde el primer momento supieron que nunca podrían hacer significativa su traición si utilizaban cualquier nombre que implicara *violación* de la ley». En consecuencia, prosigue, los confederados «endulzaron» la rebelión con el argumento de que la secesión era compatible con la Constitución y de esta manera consiguieron «tener cautiva la conciencia pública de su sección durante más de treinta años»<sup>338</sup>.

Lincoln reconoció que la secesión solo podía ser legal si era consensuada; de lo contrario, «ningún Estado puede, por su mera y unilateral decisión, salir legalmente de la Unión [...] sus *resoluciones* y *órdenes* son a este respecto legalmente nulas; y [...] los actos de violencia en el interior de cualquier Estado o cualesquiera Estados son, según las circunstancias, insurreccionales o revolucionarios»<sup>339</sup>. Aparentemente no le preocupaba lo que es hoy el aspecto más acuciante de las discusiones legales sobre la secesión, esto es, la determinación de si el derecho internacional reconoce o no una norma a favor de esa práctica<sup>340</sup>. Lincoln daba implícitamente por supuesto que no y afirmaba en cambio que era incompatible con el constitucionalismo

norteamericano del momento. Como sostiene en el Discurso de Gettysburg, la base de ese orden constitucional era el principio de que «el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no desaparecerá de la tierra». Era preciso defender ese principio, incluso al precio de una gran guerra civil, para obligar a volver a la Unión a los Estados en proceso de ruptura<sup>341</sup>.

\* \* \*

A las pocas semanas del bombardeo de Fort Sumter, todas las partes afectadas —nortños y sureños, americanos y extranjeros— habían reconocido la existencia de una guerra dentro de las fronteras de Estados Unidos<sup>342</sup>. Pero seguía discutiéndose sobre qué clase de conflicto era precisamente y, en consecuencia, qué regulaciones debían aplicarse a su conducción. A los ojos de los partidarios de la Confederación, el presidente Lincoln había juzgado de forma precipitada el problema cuando en abril de 1861 ordenó bloquear los puertos de la bahía de Chesapeake hasta la desembocadura del río Grande sobre la base de que los Estados de la Confederación se habían levantado en «insurrección contra el Gobierno de Estados Unidos». Esto, entre otras cosas, significaba que las fuerzas de la Unión podían capturar los navíos neutrales que intentaran aprovisionar a los Estados Confederados sobre la base de que estaban suministrando abastecimientos a un enemigo en tiempos de guerra<sup>343</sup>.

En febrero de 1863, la Corte Suprema entendió en cuatro casos, colectivamente conocidos como los Prize Cases —casos de buques apresados en bloqueos en tiempos de guerra—, sobre apelaciones procedentes de las cortes de Boston, Nueva York y Key West. Los demandantes sostenían que el bloqueo, así como la posterior utilización del derecho de presa para distribuir el producto de los cuatro buques capturados, aplicaban el derecho de guerra allí donde no se había declarado guerra alguna, y, por tanto, tales reglas no podían surtir ningún efecto. La cuestión principal que se presentaba a la Corte era, pues, la de determinar si había o no estado de guerra que justificara la invocación presidencial de las leyes de la guerra. Justice Robert Grier, que redactó el dictamen en nombre de la mayoría en marzo de 1863, fue persuadido por los abogados del Gobierno de que lo que se estaba

produciendo era, de hecho, una guerra. No obstaba a ello que el movimiento de la Confederación se calificara como «insurrección», ni la ausencia de una declaración de guerra podía impedir al Gobierno tratar como beligerantes a sus adversarios: «Una guerra civil siempre comienza con una insurrección contra la autoridad legal del Gobierno. Nunca se declara solemnemente una guerra civil; son sus accidentes —el número, el poder y la organización de las personas que provocan y conducen la guerra— los que la definen como tal». El presidente estaba obligado a afrontar este conflicto «de la manera en que él lo presentaba, sin esperar a que el Congreso le pusiera un nombre», pero el propio Grier no vaciló en llamarla «la más grande de las guerras civiles»<sup>344</sup>.

Detrás del juicio de Grier se hallaba la definición de guerra civil que había dado Vattel y que marcará una época, aun cuando Grier no siguiera el análisis de Vattel sobre las consecuencias de tal descripción. Vattel había ofrecido una descripción fáctica del estallido de una guerra civil y de aquello que permitiría a todas las partes reconocer el surgimiento de dos naciones en guerra en un mismo territorio. El «número, poder y organización» de los contendientes debía despejar toda duda acerca de la existencia real de una guerra. No hacía falta una declaración formal, pero una vez que fuera evidente que se trataba de una guerra entre dos naciones, el derecho nacional perdía vigencia. En tal caso, lo operativo era más bien el derecho de las naciones, incluidas las leyes de guerra<sup>345</sup>.

Apenas comenzadas las hostilidades, Henry Halleck, oficial del Ejército de los Estados Unidos, atacó detalladamente en su *International Law* (1861) la posición de Vattel respecto de la guerra civil. No se puede decir que sus argumentos fueran abstractos, pues no solo podían aplicarse a la situación específica, sino que incluso podían derivar de ella. Aunque estaba de acuerdo con Vattel en que los dos bandos de una guerra civil tienen derecho a tratar al otro en consonancia con las leyes de la guerra, Halleck negaba la afirmación de que las potencias extranjeras pudieran considerar a ambos como Estados independientes y ayudar al que, a su juicio, asistiera la causa justa. Decía Halleck: «Semejante conducta constituiría una abierta violación de los derechos de soberanía y de independencia». No cabe duda de que este autor tenía en mente la Revolución Norteamericana cuando proseguía con la idea de que podía ocurrir que los Estados extranjeros reconocieran «la

independencia y la soberanía de una provincia rebelde [...] que se establece de hecho», incluso antes de que el antiguo soberano la hubiera reconocido. (Sobre esta base, Francia y otras potencias habían establecido relaciones diplomáticas y militares con Estados Unidos mucho antes de que Gran Bretaña reconociera formalmente la independencia norteamericana, lo que ocurrió en el Tratado de París de 1783). Sin embargo, condenó con fuerza la opinión de Vattel según la cual «un Estado extranjero puede tomar parte en las guerras civiles de sus vecinos». Esto era dar carta blanca al caos internacional, pues «este derecho a intervenir en los asuntos internos de otros Estados no tendría límites»<sup>346</sup>.

En gran parte, esta discusión, como tantas veces ocurre, depende de lo que se entienda por guerra civil. Más adelante en su obra, Halleck ofrecía su propia definición fáctica e histórica. Distinguía entre guerras civiles y lo que él (tras la huella de Jomini) llamaba «guerras de opinión» —ya se tratara de «guerras políticas», como las de la Revolución Francesa, ya de conflictos religiosos, como las Cruzadas o «las guerras del islamismo»— y las guerras nacionales de liberación o rebelión contra la opresión<sup>347</sup>. Su primera definición era estrechamente secesionista; es decir, que se limitaba a aquellas guerras, monárquicas o republicanas, «que eran resultado de operaciones hostiles que llevaban a cabo diferentes partes del mismo Estado, como las Guerras de las Dos Rosas en Inglaterra, la Liga [Católica] en Francia, los güelfos y los gibelinos en Italia o las distintas facciones en México y América del Sur». Las guerras civiles, continuaba este autor, también podían incluir «guerras de insurrección y revolución», cuando en ellas se hallaban involucradas diferentes facciones que luchaban por obtener mayor influencia o por un cambio de gobierno, esto es, lo que previamente he denominado guerras civiles supersesionistas. Sin embargo, «las meras rebeliones [...] se consideran excepciones a esta regla, pues cada gobierno trata a quienes se rebelan contra su autoridad de acuerdo con sus propias leyes». Conceder a todo grupo rebelde el abanico completo de protecciones que garantiza el derecho internacional a los soberanos legítimos «sería a la vez injusto e insultante para el gobierno del Estado contra el que se ha producido la rebelión o la revolución»<sup>348</sup>. Luego, según Halleck, la rebelión y la guerra civil eran bestias completamente distintas. En 1861, como en 1863 y después,

la cuestión estribaba en determinar si lo que se estaba produciendo en Estados Unidos era una rebelión o una guerra civil.

Este choque de perspectivas no solo fue un problema para los políticos, sino también, y de modo más agudo aún, para los jefes militares, sobre todo los del lado de la Unión. ¿Según qué reglas debía el ejército de la Unión tratar a los rebeldes? ¿Eran aplicables las leyes de la guerra, y el hecho de utilizarlas implicaría que se trataba en realidad de un conflicto entre las fuerzas de dos Estados separados? ¿Era posible restringir mediante reglas de combate un conflicto tan irregular? Si un lado consideraba al otro como rebelde o insurgente, ¿podía ponerse algún límite a su conducta en relación con los elementos marginales a la ley? ¿Y qué habría de importar que no fuera una guerra internacional, sino una guerra civil? En 1861, otro de los consejeros de Lincoln, Anna Ella Carroll (1815-1894), antisecesionista y activista de Maryland, respondía en tono desafiante a esas preguntas apoyada en Vattel: «Esta es una guerra civil y, por tanto, el Gobierno puede emplear todos los poderes constitucionales a su disposición para someter a las fuerzas insurrectas en el campo de batalla. Pero aunque tiene la potestad de emplear todos sus poderes, está al mismo tiempo obligado a observar íntegramente las costumbres establecidas en relación con la guerra. Pues las mismas máximas ilustradas de prudencia y humanidad son tan obviamente aplicables a la guerra civil como a cualquier otra guerra»<sup>349</sup>.

La decisión de la Corte Suprema en los Prize Cases —aunque profundamente dividida en cinco votos a favor y cuatro en contra— abrió el camino a la definición legal de la diferencia entre guerra civil y conceptos afines, como los de rebelión e insurrección, así como a la aplicación de «las costumbres de la guerra» a la situación del momento. El resultado fue en realidad el primer intento de definición de la guerra civil, en respuesta a siglos de discusión y confusión. No es casual que el instigador de la búsqueda de una definición legal haya sido Halleck, al mismo tiempo general del ejército y jurista internacional. La persona a la que acudió para esa delicada tarea fue Francis Lieber, probablemente el hombre de leyes que más larga e intensamente haya reflexionado en su época sobre el significado legal de la guerra civil. Pero, por desgracia, incluso él encontraría excesiva esa responsabilidad. Lo único que se logró fue aumentar la perplejidad.

Lieber participó en la Batalla de Waterloo (donde fue dado por muerto en el campo de batalla), luego emigró a Estados Unidos y con el tiempo llegó a ser el primer profesor de ciencias políticas del país. Empezó su carrera en la Universidad de Carolina del Sur, donde el horror que le producía la institución de la esclavitud, en particular en su propia universidad, aumentó sin cesar, hasta que en 1857 se trasladó a Nueva York. Allí enseñó derecho y política en el Columbia College (hoy Columbia University)<sup>350</sup>. Lo que le dio más fama a Lieber fue el haber sido responsable, en 1863, de las *General Orders No. 100* del Ejército de la Unión. Más conocidas como Código de Lieber, estas órdenes han conservado el prestigio de representar el primer intento de codificación de las leyes de la guerra y, en consecuencia, de ser un antecedente directo de las Convenciones de Ginebra y de La Haya, así como de la fundación del derecho de guerra moderno<sup>351</sup>. La idoneidad de Lieber para elaborar este código excedía lo meramente académico. Además de la experiencia acumulada gracias a haber vivido a ambos lados de la línea divisoria entre el Norte y el Sur, su conocimiento de esa división era incluso íntimo. En efecto, tres de sus hijos llevaban uniforme, dos de ellos el de la Unión y uno el de la Confederación. «Ved en mí el símbolo de la guerra civil», se lamentaba en mayo de 1861<sup>352</sup>.

Durante muchos años antes de redactar su Código, Lieber había reflexionado sobre los problemas de la rebelión, la revolución y, en particular, la guerra civil, pero bajo la presión de su cargo se vio obligado a cambiar de opinión acerca de sus definiciones. En unas primeras notas de alrededor de 1850 se extiende sobre los diferentes términos que pueden emplearse para describir los diferentes tipos y grados de revolución —«alzamiento», «revuelta», «sublevación», «insurrección», «sedición», «rebelión», etc., entre los que incluía «secesión» y «guerra civil»<sup>353</sup>. Aproximadamente en la misma época, reflexionó con detenimiento sobre la cuestión de la secesión, en particular en relación con Carolina del Sur, donde a la sazón vivía y enseñaba. No veía nada claras las perspectivas de éxito de una secesión: «Es imposible una secesión pacífica [...] con justificación teórica o no, con razón o sin ella, la Unión dirá: debemos retenerlos; no podemos permitirnos el desgajamiento de uno del sur, la Unión *debe* continuar»<sup>354</sup>. Eso, por supuesto, sucedió una década más tarde. El éxito, o

las perspectivas de éxito, eran para él un criterio esencial para distinguir los distintos tipos de acciones colectivas contra el Estado: «Un Estado puede resistir, puede rebelarse y, si la rebelión consigue imponerse, se la llamará revolución. Pero [...] llamemos a las cosas por su verdadero nombre. Una cosa es el derecho de secesión y otra el de rebelión». En este caso, su ejemplo de «rebelión» afortunada es la Revolución Norteamericana, en la que «la Declaración de Independencia dio [...] existencia nacional» a lo que, hasta el 4 de julio de 1776, habían sido colonias británicas<sup>355</sup>.

A poco de comenzar la guerra entre el Norte y el Sur, Lieber volvió a toparse con la definición de guerra civil. Solo unos meses después del comienzo de las hostilidades, entre octubre de 1861 y febrero de 1862, dictó una serie de clases a sus estudiantes del Columbia College bajo el título «Leyes y Costumbres de la Guerra». Comenzó observando que él y sus oyentes vivían en el «período más bélico de nuestra especie» y, más específicamente, que se hallaban «en medio de una amarga guerra civil, mientras toda Europa se prepara para una guerra a escala gigantesca [...] Vivimos en una era sombría». Aludía a otros conflictos, incluidas la Guerra de Crimea y la Rebelión Taiping, y daba muestras de ser plenamente consciente de que los años centrales del siglo XIX constituían un momento de peculiar inestabilidad mundial. «La rebelión en China y aquí» hace particularmente urgente, pero muy poco clara, la pertinencia de las leyes de la guerra a la guerra civil. Seguía a pensadores como Rousseau en la definición de la guerra como una disputa entre «sociedades políticas», no entre individuos; únicamente los combatientes formales podían ser considerados como enemigos. Esto lo condujo a distinguir entre «guerra» y guerra civil, que fue lo más cerca que llegaría de arriesgar una definición de la segunda antes de su obra sobre el Código. Es esta: «En el derecho internacional damos por supuesto que guerra es la confrontación entre naciones o gobiernos independientes y reconocidos como tales por la familia de naciones. Entendemos por guerra civil el estado prolongado de hostilidades activas de una parte de una sociedad política contra otra parte de la misma sociedad»<sup>356</sup>.

Lieber defendía la aplicación de las leyes de la guerra tanto a la guerra civil como a la «verdadera guerra o *contentio justa* [conflicto justo]» (distinción muy importante), pero únicamente a condición de reconocer la



continuidad de la vigencia del derecho nacional sobre los adversarios del gobierno legítimo:

Pero a toda guerra civil acecha la dificultad de que, por un lado, los rebeldes o insurgentes, además de ser guerreros, beligerantes, son criminales, y en tanto tales deben ser castigados o ser al menos pasibles de castigo del gobierno legal; y, por otro lado, el gran número de insurgentes (sin lo cual no habría habido guerra civil) impide el castigo legal y conduce a las amnistías que se proclaman con prescindencia de la gravedad de los crímenes cometidos por los rebeldes.

A estas alturas, Lieber no distinguía con tanta claridad entre rebelión y guerra civil como Halleck en su *International Law*. Una guerra civil podía reunir las características de una «verdadera guerra o *contentio justa*» y de una acción de represión interior contra la insurrección, pero era imposible castigar a todos los insurgentes como si se tratase de criminales comunes: «Es una cuestión de conveniencia, no de derecho ni de moral»<sup>357</sup>. La superación de esta doble naturaleza de la guerra civil —como verdadera conducta de guerra y como mero acto criminal— presentaba un dilema que Lieber no pudo resolver. Sus apuntes de clase contienen un fragmento en que reflexiona sobre los diversos principios que apuntalan las leyes de la guerra, prelude a una explicación de su aplicación a la guerra civil. El fragmento se interrumpe sin llegar a una conclusión: «Ahora bien, en la guerra civil, etc.». Análogamente, cuando más tarde, en 1862, Lieber publique un breve y pionero tratado bajo el título *Bandos de la guerrilla, considerados en relación con las leyes y costumbres de la guerra*, se abstendrá a propósito de «entrar a considerar su aplicación a la guerra civil en la que estamos enzarzados»<sup>358</sup>.

Eso habría de esperar hasta que Henry Halleck lo invitara, en agosto de 1862, a hacer públicos sus puntos de vista «sobre los usos y costumbres de la guerra». El requerimiento de Halleck llegó en un momento doloroso para Lieber. En su respuesta al general, Lieber revelaba que acababa de recibir la noticia de la muerte de su hijo Oscar en Richmond, Virginia, después de haber luchado en la Batalla de Williamsburg por el Ejército de la Confederación. «La guerra civil —decía con profunda tristeza— ha llamado vigorosamente a nuestra puerta»<sup>359</sup>. Poco después comenzó a trabajar en un

texto breve sobre las leyes de la guerra, en el que hacía tiempo que pensaba —es probable que sus lecciones del Columbia College fueran una preparación del mismo—, pero que ahora recibía nuevo impulso gracias a la invitación de Halleck y la tragedia que pesaba sobre su familia. El problema, confió a Edward Bates, fiscal general de Estados Unidos, era la ausencia de precedentes de prestigio en la literatura jurídica. «La guerra civil ha sido poco tratada por los autores que han escrito sobre el derecho de guerra. Tampoco ha habido nunca una guerra civil con las peculiaridades que distinguen la nuestra». Tendría que confiar, dice a Bates, en «la autoridad del sentido común»<sup>360</sup>.

La correspondencia entre Halleck y Lieber demostró que era muy poca la ayuda que el sentido común podía ofrecer en esa difícilísima situación. El borrador de Lieber había dejado deliberadamente sin distinguir entre guerra civil, rebelión, insurrección e invasión, pero Halleck pedía que el Código definiera cada uno de esos conceptos. Cuando, en febrero de 1863, Halleck puso en circulación lo que consideraba el borrador completo del Código, la guerra apenas entraba en su segundo año. Se había impreso un puñado de ejemplares para permitir que un grupo selecto de lectores anotaran y comentaran el trabajo de Lieber. En un ejemplar que ha sobrevivido, Henry Halleck anota una sorprendente ausencia en la lista de las leyes de la guerra. Dice Halleck: «Para ser más útil en las presentes circunstancias, debería ocuparse de la guerra civil al mismo tiempo que de la guerra entre Estados o entre soberanías *distintas*»<sup>361</sup>. Tal vez Lieber hubiera omitido a propósito la guerra civil con la intención de evitar las dificultades que ya podía advertir que crearía. Sin embargo, siempre agudo jurista, tras la incitación de Halleck trató de ofrecer una definición precisa en sus clases de política en Washington, D.C. Pero era más fácil decirlo que hacerlo. «Estoy escribiendo mis 4 secciones sobre guerra civil e “invasión”», escribe Lieber a Halleck en marzo de 1863. Y comenta: «¡Vaya trabajo peliagudo!»<sup>362</sup>.

La explicación de la guerra civil que Lieber presentó a sus estudiantes en Nueva York —«estado de hostilidades activas de una parte de una sociedad política contra otra parte de la misma sociedad»— era demasiado vaga para el propósito formal de una codificación, y en particular de esa. Después de todo, los párrafos sobre la guerra civil y afines serían la culminación del Código, el

conjunto final de distinciones que sus lectores del ejército de la Unión se llevarían consigo. Entonces, ¿cómo definió Lieber la guerra civil? Las maneras en que la diferenciaba tanto de la «insurrección» como de la «rebelión» reflejaban las condiciones políticas específicas en las que escribía, en la primavera de 1863:

149. La insurrección es el alzamiento de personas en armas contra su gobierno, o una parte de este, o contra una o más de sus leyes, o contra un funcionario o funcionarios del gobierno. Puede limitarse a la simple resistencia armada o puede tener objetivos mayores.

150. Guerra civil es la guerra entre dos o más partes de un país o Estado, cada una de las cuales lucha por el control de la totalidad y se proclama como gobierno legítimo. La expresión se aplica también a veces a la guerra de rebelión, cuando las provincias o partes rebeldes del Estado son contiguas a las que contienen la sede del gobierno.

151. El término rebelión se aplica a una insurrección de gran alcance y es en general una guerra entre el gobierno legítimo de un país y partes o provincias del mismo que tratan de poner fin a su lealtad e instalar un gobierno propio<sup>363</sup>.

Está claro que fue el contexto a partir de 1861 lo que informó las distinciones de Lieber. La diferencia entre «insurrección» y «rebelión» era de grado; la última se aproximaba a la condición de conflicto interestatal, o guerra, siempre que se la emprendiera con «objetivos de mayor enjundia», como poner fin a la lealtad e instalar un gobierno independiente, es decir, un movimiento secesionista *sui generis* como el de la Confederación<sup>364</sup>.

Lieber propuso dos definiciones distintas de guerra civil: una tradicional y otra nueva. La primera —«guerra entre dos o más partes de un país o Estado, cada una de las cuales lucha por el control de la totalidad»— podía remontarse a la tradición romana y corresponde a lo que personalmente he denominado modelo «supersesionista». La segunda definición, que «se aplica también a veces a la guerra de rebelión, cuando las provincias o partes rebeldes del Estado son contiguas a las que contienen la sede del gobierno», no tenía precedentes legales ni históricos. Era de su propia cosecha, cortada a la medida de las necesidades del momento. Era cierto que la Guerra Civil

Norteamericana se libraba entre dos partes del país, pero únicamente la Unión tenía como objetivo la recuperación del control total o proclamaba ser el gobierno legítimo en todo el territorio. Los Estados Confederados profesaban cierta continuidad moral respecto de las colonias rebeldes originarias de la Revolución Norteamericana, pero eso no implicaba ninguna reclamación territorial al resto de los Estados de la Unión. De esta manera se esfumaba la frontera entre rebelión y guerra civil de la construcción de Lieber; una («guerra de rebelión») podía ser presentada como la otra («se aplica también a veces...») dadas las circunstancias adecuadas, es decir, cuando las «provincias rebeldes» eran colindantes con «la sede del gobierno», como, por supuesto, ocurría en América del Norte en 1863, con la capital de Estados Unidos, Washington, D.C., en el Estado de Virginia.

De acuerdo con la segunda definición de Lieber, por tanto, la Guerra Civil no era en absoluto una guerra civil, sino, de hecho, una rebelión. Esto legitimaba la respuesta de la Unión, puesto que la Constitución de los Estados Unidos proveía medios para «reprimir las insurrecciones», incluida la suspensión del *habeas corpus* en «casos de rebelión», que era lo que había hecho Lincoln en 1861 (por consejo y con el apoyo de Lieber). Después de la guerra, la Decimocuarta Enmienda de la Constitución (1868) aludiría consecuentemente a la «implicación en insurrección o rebelión» como una descalificación para ocupar cargos públicos<sup>365</sup>. Y, como hemos visto, la historia oficial del conflicto recibiría el nombre de *La guerra de la rebelión* con el propósito de enfatizar la explicación unionista de la guerra como levantamiento contra un gobierno legítimo<sup>366</sup>. Sin embargo, tanto en público como en privado, Lieber y Lincoln se referían a ella de distintas maneras, en general como «rebelión» y a veces como «guerra civil», con lo que ponían en ridículo los penosos esfuerzos por precisar la distinción entre una y otra.

La definición de Lieber, no obstante, sobrevivió a la Guerra Civil Norteamericana. Como dijo el principal historiador del *Código*, tras el envío de ejemplares a Europa que efectuó Lieber, «el documento ejerció una influencia inmediata» con traducciones e imitaciones que vieron la luz en todo el continente, desde los Países Bajos a Rusia, entre 1866 y 1896<sup>367</sup>. En 1898, dos años después de que los italianos adoptaran un código paralelo, Estados Unidos reeditó sin ninguna alteración las *General Orders No. 100*,

esta vez no en el contexto de una guerra civil, sino de una «insurrección» en Filipinas<sup>368</sup>. El *Código* de Lieber sería estudiado aún por el Ejército de Estados Unidos tras los ataques terroristas de septiembre de 2001; efectivamente, se reimprimió en 2007 como parte de un estudio de una «obra maestra de la guerra contra la guerrilla» en el archipiélago en 1901-1902<sup>369</sup>. Desde la primera aparición del Código, los manuales de operaciones del Ejército norteamericano no intentaron revisar la definición de guerra civil que había dado Lieber, sino que solo actualizaron la categoría un poco después de la Convención de Ginebra de 1949 a fin de que abarcara los «conflictos armados que no revistieran carácter internacional»<sup>370</sup>.

En los años intermedios, la denominación de la guerra más desgarradora de la historia norteamericana continuó siendo objeto de controversia. Durante el conflicto fue imposible llegar a un acuerdo sobre cómo llamarla. Aunque en sus primeras etapas incluso los sureños se referían a ella como guerra civil, en general preferían otros nombres, como «la guerra», «la Guerra de Independencia» e incluso «la Revolución», para dar a entender una continuidad respecto de la lucha por la autodeterminación que habían llevado previamente a cabo dueños blancos de esclavos del Sur, como George Washington y Thomas Jefferson<sup>371</sup>. Mientras tanto, los norteamericanos la llamaban «la Rebelión», «la Guerra de Secesión» y «la Guerra Civil». Solo una vez terminadas las hostilidades formales proliferaron otros nombres, como, por ejemplo, «la Última Guerra » y «la Última Molestia». (Un investigador diligente ha descubierto ciento veinte nombres distintos). «La Guerra entre los Estados» fue una designación más bien posterior y adquirió particular relevancia en 1899, cuando las Hijas Unidas de la Confederación aprobaron una resolución que recuperaba todas las referencias a la Guerra Civil, la Guerra de Secesión y la Guerra de Rebelión. En palabras de una implacable mujer de la Confederación, «no permitáis que se llame Guerra Civil a la Guerra de los Estados. Si permitimos tal cosa, reconocemos que el enfrentamiento se produjo en un único Estado y no entre muchos»<sup>372</sup>.

Hasta 1907, con ocasión del debate acerca de una ley que concediera pensiones a veteranos de la Guerra Mexicana y la Guerra Civil, el Congreso no acordó que el nombre oficial fuera «Guerra Civil». Un senador demócrata había defendido que se trataba en realidad de una «guerra de secesión»: «Fue

una guerra para establecer el derecho de secesión [...] Por su naturaleza, fue una rebelión y hasta cierto punto una guerra civil, pero en sentido amplio, en su pleno sentido, fue una guerra de secesión». Un senador de Mississippi protestó con palabras similares: «No fue una guerra civil ni una guerra de rebelión. Fue una guerra entre Estados soberanos»<sup>373</sup>. Pero estas protestas, al igual que las de otros simpatizantes de la Causa Perdida, fueron inútiles. La mañana siguiente al debate, un periódico de Washington, D.C., informaba: «Ya no se oirá hablar de la “guerra de la rebelión” ni de la “guerra entre los Estados”». Y agregaba: «Lo que el general Butler llamó una vez burlonamente «la última molestia» se conocerá de ahora en adelante como “la guerra civil”. Así lo decidió ayer el Senado»<sup>374</sup>. Las Hijas Unidas de la Confederación permanecieron imperturbables y continuaron con su campaña a favor de la introducción de cambios en los textos escolares y de presión al Congreso para que reconociera «la guerra entre los Estados» sobre la base de que las autoridades mejor reputadas definen la «“guerra civil” como una guerra entre ciudadanos de un “país común”, “ciudadanos de la misma nación”, etc. Pero nosotros hemos mantenido durante cuatro años un gobierno completamente separado del de Estados Unidos, conocido en todo el mundo como Estados Confederados»<sup>375</sup>. Estos esfuerzos constituyeron una parte relativamente minoritaria de la prolongada batalla sobre el recuerdo de la Guerra Civil y su gravitación fue asombrosamente pequeña para la población afroamericana de Estados Unidos. Para ella, la guerra había sido el motor de la emancipación —«la Guerra de la Abolición», en palabras de Frederick Douglass—, origen tanto de profunda esperanza como de decepción igualmente profunda, pero así y todo un gran bien, tal vez incluso un regalo del cielo<sup>376</sup>.

\* \* \*

Durante la Guerra Civil Norteamericana —como un conciliador consenso ha dado hoy en llamar al conflicto de los Estados Unidos— la categoría de guerra civil cayó por primera vez firmemente bajo la autoridad de los juristas. Comenzando por Francis Lieber, fueron ellos el primer grupo de profesionales que proclamó su competencia para definir lo indefinible, sus

precisos determinantes y sus referencias empíricas. Vattel y Halleck habían abierto el camino con su intento de describir la guerra civil en el contexto del derecho de las naciones (o lo que, en época de Halleck había pasado a llamarse derecho internacional). Pero fue Lieber el primero que trató de distinguir entre «guerra civil» y las ideas afines de «insurrección» y «rebelión», si bien dificultosamente, como él se lamentaba, y con éxito limitado, como hemos visto. Los significados de «guerra civil» continuarían ampliándose, así como la necesidad de restringir su proliferación, que culminaría en los últimos años de la Guerra Fría. Pero se había iniciado un siglo antes, por obra de un hombre que también murió en Waterloo. Esa historia de los campos de batalla europeos persiguió a Lieber tanto como la tragedia personal y nacional de la guerra de 1861-1865.

Otra historia habría de continuar obsesionando las memorias de la Guerra Civil Norteamericana, tanto a corto como a largo plazo: la historia de Roma. No obstante haberse liberado de las narraciones romanas acerca de la recurrencia natural de la guerra civil, tanto los partidarios de la Unión como los de la Confederación lanzaron la mirada hacia la antigüedad en busca de analogías de su propia lucha y sus consecuencias. El novelista y poeta Herman Melville (1819-1891), por su parte, afirmaba la importancia del pasado romano incluso repudiándolo, como hace en el poema que escribió para conmemorar la rendición en Appomattox el 9 de abril de 1865, Domingo de Ramos:

The warring eagles fold the wing,  
But not in Caesar's sway;  
Not Rome o'ercome by Roman arms we sing,  
As on Pharsalia's day.  
But Treason thrown, though a giant grown,  
And Freedom's larger play.  
All human tribes glad token see  
In the close of the wars of Grant and Lee<sup>377</sup>.

Con sus alusiones a César, Pompeyo y Lucano, los versos de Melville son casi un epitafio de la concepción romana de la guerra civil en la era de la matanza industrializada.

Casi, pero no del todo. Efectivamente, en junio de 1914, las Hijas Unidas de la Confederación inauguraron en el Arlington National Cemetery, en las afueras de Washington, D.C., un monumento a los muertos de la Confederación, que continuaba con la tradición romana. En el plinto se ve el sello de los Estados Confederados de América con esta inscripción: «A nuestros héroes muertos, de las Hijas Unidas de la Confederación *Victrix Causa Diis Placuit Sed Victa Catoni*» (la causa de los conquistadores complugo a los dioses, pero la de los conquistados [complugo] a Catón)<sup>378</sup>. El verso pertenece al primer libro de *Farsalia*, de Lucano, y la ambivalencia era del propio Lucano. Implica que una guerra civil no podía ser justa para ambos lados, pero que aun los derrotados podrían hallar consuelo moral, aunque fuese ilusorio. Algo parecido había dicho Friedrich Engels a Karl Marx en una carta de mayo de 1862. Los confederados, pensaba Engels, «aceptan *el resultado de las grandes batallas* y se consuelan con *victrix causa diis*, etc.»<sup>379</sup>. Lo que Lincoln había llamado «gran guerra civil» en un cementerio de Pensilvania, la alusión romana en otro cementerio transmutó en emblema de la Causa Perdida. Como tantas otras veces, el progreso hacia la paz perpetua entrañaba una marcha a través de camposantos alimentados por guerras civiles.

---

<sup>309</sup> Lincoln, «Address Delivered at the Dedication of the Cemetery at Gettysburg», 19 de noviembre de 1863, en *Collected Works of Abraham Lincoln*, 7:23.

<sup>310</sup> Véanse en particular Wills, *Lincoln at Gettysburg*; Boritt, *Gettysburg Gospel*, y Johnson, *Writing the Gettysburg Address*, ninguno de los cuales habla de la frase «gran guerra civil».

<sup>311</sup> Cimbala y Miller, *Great Task Remaining Before Us*; Varon, *Appomattox*; Downs, *After Appomattox*.

<sup>312</sup> Mably, *Des droits et des devoirs du citoyen*, 1758, 62-63 («la guerre civile est quelque fois un grand bien»).

<sup>313</sup> «La guerra civil es un don de cielo», cita en Fuentes, «Guerra civil», 609; Fuentes, «*Belle époque*», 84-93.

<sup>314</sup> Chateaubriand, *Mémoires d'outre-tombe*, 1358; Caron, *Frères de sang*, 153-157.

<sup>315</sup> Compárese con Ranzato, «Evidence et invisibilité des guerres civiles»; Grangé, *De la guerre civile*; Grangé, *Oublier la guerre civile?*; y, sobre la ausencia más general de la guerra en la teoría



social, Joas y Köbl, *War in Social Thought*, 2.

[316](#) Rousseau, *Social Contract*, en *Social Contract and Other Later Political Writings* 1.4.9, ed. Gourevitch, 46-47 [*Del contrato social*, prólogo, trad. y notas de Mauro Armíño, Madrid, Alianza Editorial, 2016, 1.4, 41-42]. El argumento de Rousseau era, en parte, un ataque a la idea de Hugo Grocio sobre una guerra «privada», sobre lo cual véase el capítulo 23, *supra*.

[317](#) Clausewitz, *On War [De la guerra]*. También en los escritos menos conocidos de Clausewitz sobre la «guerra pequeña» (*kleiner Krieg*), la guerra civil tiene fugaces apariciones. Clausewitz, *Clausewitz on Small War*, trad. de Daase y Davis, 121, 131 y 163.

[318](#) Mao y Guevara, *Guerrilla Warfare*.

[319](#) «Vouloir donner des maximes pour ces sortes de guerres serait absurde», Jomini, *Précis de l'art de la guerre*, 1:85. Para los intentos más recientes de llevar la guerra civil al campo de la teoría normativa, véase Franco Restrepo, *Guerras civiles*; Fabre, *Cosmopolitan War*, 130-165.

[320](#) Moynier, *Étude sur la Convention de Genève pour l'amélioration du sort des militaires blessés dans les armées en campagne (1864 et 1868)*, 304 («Nous ne parlons pas, cela va sans dire, des guerres civiles; les lois internationales ne leur sont pas applicables».)

[321](#) En los volúmenes 4-8 de *Collected Works of Abraham Lincoln*, que cubren el período 1861-1865, «rebelión» aparece 340 veces, y «guerra civil», 64. <http://quod.lib.umich.edu/l/lincoln/>.

[322](#) Gastineau, *Histoire de la souscription populaire à la médaille Lincoln*; Boritt, Neely y Holzer, «European Image of Abraham Lincoln», 161; Doyle, *Cause of All Nations*, 295-297.

[323](#) Hugo, *Les Misérables (The Wretched): A Novel*; *Providence Evening Bulletin*, 25 de mayo de 1885, cita en Lebreton-Savigny, *Victor Hugo et les Américains (1825-1885)*, 31 (trad. corregida). *Los miserables* se editó en francés en Bruselas a finales de marzo de 1862 y en París a principios de abril del mismo año.

[324](#) Hugo, *Les Misérables: A Novel*, trad. de Wilbour, 4:164-165 [*Los miserables*, trad. de María Teresa Gallego Urrutia, Madrid, Alianza Editorial, 2013].

[325](#) Laurent, «La guerre civile?»; Caron, *Frères de sang*, 157-162.

[326](#) Beckert, *Empire of Cotton*, 242-273.

[327](#) Geyer y Bright, «Global Violence and Nationalizing Wars in Eurasia and America»; Bayly, *Birth of the Modern World, 1780-1914*, 148-165; Platt, *Autumn in the Heavenly Kingdom*.

[328](#) Armitage y otros, «Interchange».

[329](#) Pavković, *Creating New States*, 65-94.

[330](#) Wimmer y Min, «From Empire to Nation-State», 881 (cita); Wimmer, Cederman y Min, «Ethnic Politics and Armed Conflict»; Wimmer, *Waves of War*.

[331](#) «Meeting of the Sub-committee [of the Société Publique for the Relief of Wounded Combatants], held on March 17, 1863», en International Committee of the Red Cross, «The Foundation of the Red

Cross», 67.

[332](#) Boissier, *Histoire du Comité international de la Croix-Rouge*, 391-394; Siordet, «The Geneva Conventions and Civil War»; Sivakumaran, *The Law of Non-international Armed Conflict*, 31-37 (a quien reconozco mi deuda en este párrafo).

[333](#) Mill, «A Few Words on Non-intervention», en *Collected Works of John*, 21:120, 118 y 121; Varouxakis, *Liberty Abroad*, 77-89.

[334](#) Mill, «The Contest in America» (1862), en *Collected Works of John Stuart Mill*, 21:140, 142 y 138; Varouxakis, «“Negrophilist” Crusader».

[335](#) Pitts, «Intervention and Sovereign Equality».

[336](#) «Declaration of the Immediate Causes Which Induce and Justify the Secession of South Carolina from the Federal Union» (20 de diciembre de 1860), en *Journal of the Convention of the People of South Carolina, Held in 1860, 1861 and 1862*, 461-466 (la cursiva es mía).

[337](#) Lincoln, «Message to Congress in Special Session» (4 de julio de 1861), en *Collected Works of Abraham Lincoln*, 4:426, 435 y 436 (la cursiva es de Lincoln).

[338](#) *Ibid.*, 4:433.

[339](#) Lincoln, «First Inaugural Address» (4 de marzo de 1861), en *Collected Works of Abraham Lincoln*, 4:265. Lincoln había escrito originariamente «traidores» en lugar de «revolucionarios», *ibid.*, 4:265, n. 16.

[340](#) Pavkovic, *Creating New States*, 221-240.

[341](#) Lincoln, «Address Delivered at the Dedication of the Cemetery at Gettysburg», en *Collected Works of Abraham Lincoln*, 7:23.

[342](#) Wright, «American Civil War (1861-65)», 43.

[343](#) Neff, *Justice in Blue and Gray*, 32-34.

[344](#) The Prize Cases, 67 U.S. 635 (1863); McGinty, *Lincoln and the Court*, 118-143; Lee y Ramsey, «Story of the Prize Cases»; Neff, *Justice in Blue and Gray*, 20-29.

[345](#) The Prize Cases, 67 U.S. 635 (1863), cita de Vattel, *Law of Nations* 3.18.293, ed. de Kapossy y Whatmore, 645.

[346](#) Halleck, *International Law*, 73-75.

[347](#) Halleck también tomó de Jomini la categoría de «guerras del islamismo». Más tarde, Halleck tradujo *Life of Napoleon*, de Jomini.

[348](#) Halleck, *International Law*, 332-333.

[349](#) Carroll, *War Powers of the General Government*, 7-8, cita de Vattel, *Law of Nations* 3.18.293.

[350](#) Dyer, «Francis Lieber and the American Civil War»; Mack y Lesesne, *Francis Lieber and the*

*Culture of the Mind.*

[351](#) Baxter, «Modern Codification of the Law of War»; Hartigan, *Military Rules, Regulations, and the Code of War*; Witt, *Lincoln's Code*; Finkelman, «Francis Lieber and the Modern Law of War».

[352](#) Lieber a George Stillman Hillard, 11 de mayo de 1861, Lieber MSS, Henry E. Huntington Library, San Marino, California (en adelante HEH), LI 2308.

[353](#) Lieber, «[Notes on the] English and Ferench [*sic*] Revolutions» (ca. 1850), Lieber MSS, HEH, LI 365.

[354](#) Lieber, «Some Questions Answered-Seccession-the Strength of Armies and Navys, &ca.» (ca. 1851), Lieber MSS, HEH, LI 369.

[355](#) Lieber, «[Remarks Regarding the *Right of Secession*]» (ca. 1851), Lieber MSS, HEH, LI 368.

[356](#) Lieber, «Twenty-Seven Definitions and Elementary Positions Concerning the Laws and Usages of War» (1861) y «Laws and Usages of War» (oct. 1861-feb. 1862), Lieber MSS, Eisenhower Library, Johns Hopkins University, caja 2, items 15, 16-18.

[357](#) Lieber, «Laws and Usages of War», Lieber MSS, John Hopkins University, caja 2, ítem 17. La referencia a «contentio justa» proviene de Alberico Gentile (1552-1608), citado en Kennedy, *Influence of Christianity on International Law*, 91.

[358](#) Lieber, «*Civil War*», Lieber MSS, John Hopkins, caja 2, ítem 18; Lieber, *Guerrilla Parties*, 21; Witt, *Lincoln's Code*, 193-196.

[359](#) Halleck a Lieber, 6 de agosto de 1862; Lieber a Halleck, 9 de agosto de 1862, Lieber MSS, HEH, LI 1646, 1758.

[360](#) Lieber a Bates, 9 de noviembre de 1862, Lieber HEH, LI 852.

[361](#) Halleck, anotación marginal a Lieber, *Code for Government of Armies in the Field*, 25-[26], HEH, 243077.

[362](#) Lieber a Halleck, 4 de marzo de 1863, Lieber MSS, HEH 1778; compárese con Lieber [*U.S. Field Order 100*], *Section X*.

[363](#) Lieber, *Instructions for the Government of Armies of the United States in the Fireld*, 34.

[364](#) Neff, *War and the Law of Nations*, 256-257.

[365](#) Constitución de los Estados Unidos, artículo 1, secs. 8-9; Decimocuarta Enmienda (1868), sec. 3.

[366](#) Véase también U.S. Naval War Records Office, *Official Records of the Union and Confederate Navies in the War of the Rebellion*.

[367](#) Witt, *Lincoln's Code*, 340-345.

[368](#) U.S. Department of War, *Instructions for the Government of Armies of the United States in the Field*.

[369](#) Ramsey, *Masterpiece of Counter guerrilla Warfare*, 119-141.

[370](#) Por ejemplo, Davis, *Military Laws of the United States*, 798; U.S. Department of War, *Rules of Land Warfare*; U.S. Department of War, *Basic Field Manual*; U.S. Department of the Army, *Law of Land Warfare*, 9. Más en general, véase Kretchik, *U.S. Army Doctrine*.

[371](#) Compárese con Fleche, *Revolution of 1861*.

[372](#) Coulter, «Name for the American War of 1861-1865», 123, cita de Mildred Rutherford; Hoar, *South's Last Boys in Gray*, 524-525 (estima en 120 los nombres para designar la guerra); Musick, «War by Any Other Name»; Coski, «War Between the Names»; Manning y Rothman, «Name of War».

[373](#) Thomas M. Patterson, *Congressional Record* (11 de enero de 1907), 944, en Record Group 94 (Office of the Adjutant General), Administrative Precedent File («Frech File»), caja 16, fajo 58, «Civil War», National Archives, Washington, D.C.

[374](#) *Congressional Record* (11 de enero de 1907), 944-949; recorte de un periódico sin nombre de Washington, D.C., 12 de enero de 1907, «Frech File», National Archives, Washington, D.C.

[375](#) Coulter, «Name for the American War of 1861-1865», 128-129; United Daughters of the Confederacy, *Minutes of the Twenty-First Annual Convention of the United Daughters of the Confederacy*, 298.

[376](#) Blight, *Race and Reunion* 15, 300-337.

[377](#) «Las águilas guerreras pliegan el ala, / pero no al modo de César; / no cantamos a Roma dominada por las armas romanas, / como el día de Farsalia, / sino a la Traición vencida, aunque en gigante devenida, / y al mayor despliegue de Libertad. / Emblema ven de dicha todas las familias humanas / en el fin de las guerras de Grant y de Lee». Melville, «The Surrender of Appomattox (abril de 1865)», en *Published Poems*, 100; «My Brother Got Killed in the War», 301-303.

[378](#) Lucan, *Bellum civile* 1.128, en Lucan, *Civil War*, trad. de Braund, 6 [Lucano, *Farsalia*, 1.128, ed. de Sebastián Mariner, Madrid, Alianza Editorial, 1996]; Jacob, *Testament to Union*, 169; Malamud, «Auctoritas of Antiquity», 310-311.

[379](#) Engels a Marx, 23 de mayo de 1862, en Marx y Engels, *Collected Works*, trad. de Dixon y otros, 41:367.

## CAPÍTULO 6

# MUNDOS DE GUERRA CIVIL

## EL SIGLO XX

«Todas las guerras europeas —decía Voltaire— son guerras civiles. En el siglo xx, esta formulación se aplica al planeta entero. En nuestro mundo, que se estrecha a medida que las comunicaciones se hacen más rápidas, todas las guerras son civiles, pues todas las batallas son batallas entre conciudadanos, más aún, entre hermanos»<sup>380</sup>. Estas palabras pertenecen a Jaime Torres Bodet (1902-1974), el estudioso, poeta y diplomático mexicano que fue segundo director general de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) después de la Segunda Guerra Mundial. Las pronunció en 1949, poco después de la fundación de la ONU y sus organizaciones hermanas tras la huella de los importantes acontecimientos de 1947-1948, entre ellos la independencia y la partición de India, la fundación del Estado de Israel y el primer conflicto arabe-israelí, así como la promulgación de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, esto es, un momento de inflexión que uno de sus contemporáneos, el científico alemán emigrado Sigmund Neumann (1904-1962) llamaría — con el agregado de la Guerra Civil China y el floreciente nacionalismo anticolonialista en Oriente Próximo y el Sudeste de Asia— «la era de las revoluciones» y también «de la guerra civil internacional»<sup>381</sup>.

Ni el título del discurso que Torres Bodet pronunció en París el 24 de octubre de 1949 con motivo de la celebración del Día de las Naciones Unidas —«Por qué luchamos»— ni el contenido de su mensaje aludían al conflicto militar mundial que había terminado cuatro años antes, sino a otra lucha, la lucha por la paz. En esa ocasión, los sentimientos de Torres Bodet en relación con la guerra civil eran más sólidos que su erudición. Pese a su famoso argumento según el cual Europa era una «especie de gran república dividida en diversos Estados», todos con «los mismos principios de derecho público y

de política que otras regiones del mundo ignoran», Voltaire no amplió su visión de la comunidad europea al extremo de poder imaginar sus guerras como guerras civiles<sup>382</sup>. Este salto lo dio en cambio un predecesor más cortesano que él, el arzobispo católico francés y autor de obras sobre temas políticos François de Salignac de la Mothe Fénelon (1651-1715). En su obra, inmensamente popular, de consejos a un joven príncipe titulada *Diálogos de los muertos* (1712), Fénelon ofrece en boca de Sócrates —uno de sus personajes— una elocuente argumentación pacifista basada en el principio cosmopolita de humanidad común:

Todas las guerras son guerras civiles [*Toutes les guerres sont civiles*], derramamiento de sangre de unos hombres por otros y desgarramiento de las propias entrañas; cuanto más se extiende, más letal es la guerra; así, los combates de un pueblo contra otro son peores que los de familias privadas contra una república. Por tanto, debemos no entrar jamás en una guerra, a menos que nos veamos obligados a ello por extrema necesidad, y en ese caso solo para repeler a nuestros enemigos<sup>383</sup>.

No todas esas guerras son solo guerras civiles; son, como habría dicho Lucano, peores que guerras civiles, precisamente porque involucran en ellas a sectores cada vez más amplios de la humanidad<sup>384</sup>. Una de las mayores paradojas de la historia intelectual de la guerra civil fue que a medida que el mundo se acercaba al ideal cosmopolita de humanidad universal, más próximas resultaban las guerras internacionales e incluso las mundiales. El resultado no buscado del progresivo estrechamiento del mundo, con el aumento de la empatía y de la interacción cosmopolita, no fue una paz más segura, sino la agudización del sufrimiento<sup>385</sup>. Pensadores ilustrados como Fénelon, que creían en la unidad cultural de Europa, temían que todas las guerras entre europeos terminaran siendo guerras civiles, porque eran libradas en los límites de una comunidad de conciudadanos que se reconocían como tales. De acuerdo con la idea posterior de derecho cosmopolita de Immanuel Kant en *La paz perpetua*, el campo del reconocimiento mutuo se mundializaba debido a que «se ha avanzado tanto en el establecimiento de una comunidad, más o menos estrecha, entre los pueblos de la tierra, que la

violación de *un* derecho en un punto de la tierra repercute en *todos* los demás»<sup>386</sup>.

A lo largo del siglo de guerra casi permanente que fue la «Segunda Guerra de los Cien Años» de Europa (1688-1815), la guerra civil europea había llegado irónicamente a significar, tanto en el continente como en sus asentamientos imperiales, un grado de unidad cultural y a la vez una diferencia de orden civilizatorio respecto del resto del mundo. En su propio *Proyecto de paz perpetua* (1761), Jean-Jacques Rousseau consideraba que las guerras entre las potencias europeas eran «mucho más deplorables, pues sus combinaciones afectan al plano personal [...] sus frecuentes disputas tienen casi la misma crueldad que las guerras civiles»<sup>387</sup>. Se cuenta que cuatro décadas después, durante las negociaciones para el Tratado Anglofrancés de Amiens, en 1802, Napoleón decía al ministro británico Charles James Fox que «excepto Turquía, Europa no es más que una provincia del mundo; cuando nos enfrentamos en la batalla, no estamos haciendo otra cosa que una guerra civil»<sup>388</sup>. Y en 1866, el historiador francés Henri Martin no veía fin a estas guerras civiles europeas, que para él incluían la reciente Guerra de Crimea (1853-1856), pues consideraba que Rusia también formaba parte de la civilización europea<sup>389</sup>. En el período de entreguerras del siglo xx volvería a ser común el hecho de llamar guerras civiles a todas las guerras europeas, lo que en general se atribuía a Napoleón, tal vez en recuerdo de su aguda observación de 1802<sup>390</sup>.

La segunda mitad del siglo xx sería efectivamente testigo de la mundialización de la guerra civil, aunque no exactamente de la manera en que Torres Bodet y sus predecesores de la Ilustración hubieran anticipado. Este nuevo mundo de guerra civil surgió con tres características superpuestas. En primer lugar, apenas terminada la Segunda Guerra Mundial, la guerra civil (hoy tecnocráticamente rebautizada como «conflicto armado de carácter no internacional») ha ido cayendo poco a poco bajo la jurisdicción de instituciones internacionales, en particular las del derecho humanitario internacional, pero con posteriores modificaciones durante la era de la descolonización y luego durante los conflictos internos de la última década del siglo. En segundo lugar, y en estrecha relación con lo anterior, las guerras civiles parecieron volverse ubicuas, pues se distribuían por muchas regiones

del mundo (en particular de África y Asia, pero en los años noventa también de una Europa que, por lo demás, estaba pacificada), para terminar desplazando poco a poco a las guerras entre Estados como el tipo de guerra más común y la forma más difundida de violencia organizada a gran escala. Y en tercer lugar, las comunidades en cuyo interior se suponía que tenían lugar las guerras civiles —sistemas políticos, *civitates* o ámbitos de la vida humana en común— fueron ampliándose hasta que en el siglo actual la idea de «guerra civil europea» dio paso a diversas concepciones de «guerra civil mundial».

Al mismo tiempo, así en el terreno jurídico como en el político, a menudo se concibieron como guerras civiles los grandes conflictos transnacionales de la era, de la Primera Guerra Mundial a la Guerra Fría, y luego la «guerra global contra el terrorismo» a comienzos del siglo XXI. Sin embargo, como veremos, en las décadas de los sesenta y los setenta del siglo XX los científicos sociales y los filósofos ya habían empezado a centrar más su interés en la guerra civil como tema de análisis, especulación y definición. Todos estos razonamientos han dejado su huella en las ideas actuales de guerra civil y es probable que permanezcan en el futuro.

\* \* \*

En agosto de 1949, poco antes de que Torres Bodet pronunciara su discurso en octubre, concluía sus deliberaciones en Ginebra una conferencia humanitaria cuyo objetivo era precisamente mejorar los efectos cada vez más extendidos de la guerra. La Conferencia Diplomática, que es como se la conoció, atrajo representantes de todo el mundo con el fin de revisar la Cuarta Convención de La Haya de 1907 y el Convenio de Ginebra de 1929, en particular en lo referente a la situación de los civiles en tiempo de guerra. El problema más urgente que llevaban en mente muchos de los delegados allí reunidos era el de extender a «las víctimas de conflictos que no sean de índole internacional» las protecciones que se garantizaban a los combatientes reconocidos en la guerra internacional convencional. No todos estaban de acuerdo en que fuese necesario ni deseable; hubo quienes, incluida la delegación británica, pensaban que la intrusión del derecho internacional en



las disputas nacionales internas era una violación de la soberanía nacional. (Recuérdese que, de hecho, exactamente con esos mismos argumentos, la Convención de Ginebra originaria de 1864 no se aplicó a las guerras civiles). Otros, en cambio, sostuvieron con éxito que «no deben ponerse los derechos del Estado por encima de todas las consideraciones humanitarias», porque «la guerra civil es más cruel que la guerra internacional». El resultado de esas deliberaciones fue el Artículo Común 3 de los Convenios de Ginebra (1949), que terminó aplicándose a lo que dio en llamarse «conflicto armado que no sea de índole internacional» (más tarde abreviado en «conflicto armado no internacional» o, más breve aún, «NIAC» [Non International Armed Conflict])<sup>391</sup>.

Las deliberaciones de 1949 que condujeron al Artículo Común 3 se basaron en propuestas que el Comité Internacional de la Cruz Roja había presentado el año anterior en Estocolmo, con el fin de otorgar a la aplicación ya existente de los Convenios de Ginebra carácter «obligatorio para todos los contendientes» en «casos de un conflicto armado que no sea de índole internacional, en particular de guerra civil, conflictos coloniales o guerras de religión». Tras mucha discusión, el borrador revisado que se presentó en Ginebra en 1949 omitía la última cláusula de clasificación y especificaba únicamente «conflicto armado que no sea de índole internacional». Esta fue en adelante la fórmula preferida entre los juristas internacionales y las organizaciones internacionales, a pesar de las objeciones de que podía llegar a abarcar un espectro demasiado amplio de actos violentos en el interior de las fronteras de un Estado, de legítimos luchadores por la libertad a bandidos o incluso delincuentes comunes; de hecho, cualquiera que estuviera implicado en disturbios o golpes de Estado antes que en acciones reconocibles como guerras. ¿Merecían todos ellos la protección de los Convenios de Ginebra, aun cuando sus acciones fueran ilegales para el derecho nacional?<sup>392</sup> La mayor parte de las guerras civiles eran guerras «no internacionales», mientras que unas pocas guerras «no internacionales» eran guerras civiles. El intento de trazar una línea divisoria entre estas dos categorías mutuamente solapadas habría de ser hasta hoy una fuente continua de controversia y de confusión<sup>393</sup>.

Tal como fue finalmente adoptado, el Artículo Común 3 de los Convenios

de Ginebra era minimalista en sus ambiciones. Disponía que los civiles y los miembros de las fuerzas armadas que ya no combatieran (por estar, por ejemplo, heridos o enfermos) fueran «tratados con humanidad en todas las circunstancias» —que «se reúna y se atienda a los heridos y los enfermos»—, que se permitiera a la Cruz Roja asistir a cualquier implicado en el conflicto y que las partes en conflicto procuraran aplicar al máximo posible el resto de las medidas de los Convenios de Ginebra<sup>394</sup>. El artículo permitía gran libertad de interpretación, aunque solo fuera porque no se hizo ningún esfuerzo por definir con mayor exactitud en qué consistía un «conflicto armado que no sea de índole internacional», a fin de evitar «los peligros de sub- y de sobreinclusión». El resultado de todo ello no fue tan amplio como para comprender, por ejemplo, una variedad de acciones de represión interna (o las amenazas a la soberanía nacional que las provocaban), ni tan restrictivo como para dejar demasiados conflictos al margen de cualquier regulación o mejora. Por otro lado, concedía a los Estados amplia discrecionalidad para decidir si los conflictos traspasaban o no el umbral de la rebelión para convertirse en guerra civil y, en consecuencia, decidir por sí mismos si sus acciones contra los rebeldes eran acordes al Artículo Común 3 y el resto de los Convenios de Ginebra. Esta libertad resultó particularmente valiosa a los Estados con colonias de ultramar que exigieran la autodeterminación. Así sucedió en el caso de Portugal, que en 1949 «se reservó el derecho de no aplicar las Disposiciones del Artículo 3, en la medida en que pudieran ser contrarias a las estipulaciones del derecho portugués, en todos los territorios sometidos a su soberanía en cualquier lugar del mundo»<sup>395</sup>.

El Artículo Común 3 fue redactado y aprobado en 1949 en parte como respuesta a preocupaciones relativas a la inadecuación de que dieron muestras los Convenios de Ginebra del momento en conflictos recientes, tales como la Guerra Civil Española (1936-1939). En las décadas siguientes a la Segunda Guerra Mundial, la incrementada incidencia de los conflictos «no internacionales» exigía mayor precisión en la aplicación de los Convenios. En medio de las guerras subsidiarias de la Guerra Fría y de las ruinas de los imperios en desintegración, la intervención en conflictos internos se hizo más común, empañando el brillo de la Larga Paz que por entonces emergía en Europa. Entre 1974 y 1977, estas presiones motivaron un programa de

actualización y revisión de los Convenios de Ginebra. En este contexto, el Instituto de Derecho Internacional (Institut de Droit International) —el principal cuerpo profesional de la comunidad mundial de juristas internacionales— se reunió en 1975 en la ciudad alemana de Wiesbaden para redactar un documento titulado «El principio de no intervención en las guerras civiles». Este protocolo de Wiesbaden tomaba nota de «la gravedad del fenómeno de las guerras civiles y del sufrimiento que provocan» y expresaba su preocupación por que dichos conflictos pudieran escalar rápidamente de magnitud hasta convertirse en conflictos internacionales si cualquiera de los bandos buscaba implicación extranjera, lo que incitaría al otro bando a hacer lo propio. Se urgió a las partes interesadas del extranjero a que no intervinieran, excepto para ofrecer ayuda humanitaria, técnica y económica «que no pudiera influir de un modo sustancial en el resultado de la guerra civil». A la hora de establecer las condiciones para la no interferencia, el instituto trató de definir brevemente la «guerra civil» como «cualquier conflicto armado no internacional que irrumpa en el territorio de un Estado» y en el que o bien una insurrección aspire a tomar el gobierno, o bien dos o más grupos se disputen el control del Estado en ausencia de gobierno. Es decisivo que el Protocolo de Wiesbaden estableciera límites para especificar qué *no* era guerra civil; así, los «desórdenes o levantamientos locales, los conflictos armados entre entidades políticas separadas por una frontera internacional» y «los conflictos que surgen de la descolonización», nada de eso entraba en la mencionada categoría<sup>396</sup>.

Estas deliberaciones culminaron en un conjunto de protocolos complementarios, el segundo de los cuales —Protocolo Adicional II (1977) — se aplicó a los conflictos no internacionales. Los límites establecidos en Wiesbaden continuaron aplicándose, puesto que el PA II dejaba fuera de su ámbito las agitaciones sociales e incluso las guerras de descolonización, cubiertas por el Protocolo Adicional I, en virtud del cual se aplicó directamente por primera vez el derecho humanitario internacional en las luchas antiimperialistas. El segundo Protocolo Adicional ampliaba las protecciones y las prohibiciones relativas a las guerras civiles y es aún hoy el principal componente del derecho humanitario en lo que a ellas atañe<sup>397</sup>. La aplicación de esas protecciones depende de que se considere estar en

presencia de un conflicto «no internacional». Si se piensa que el conflicto es «internacional» —es decir, entre dos comunidades soberanas independientes—, los Convenios de Ginebra se aplican en todo su alcance. En el caso de que se lo considere «no internacional», debe ser cubierto por el Artículo Común 3 y el Protocolo Adicional II<sup>398</sup>. Pero si no se estima que la violencia implique conflicto alguno —tal vez porque se trate de mera agitación social o de una insurrección—, permanece en el ámbito de la jurisdicción nacional y, por tanto, es objeto de pura política interna. En estos casos, depende mucho de que se decida que un conflicto es «no internacional» o, para decirlo en lenguaje llano, una guerra «civil».

Las fronteras legales de lo que es o no es guerra civil han seguido siendo flexibles y dinámicas<sup>399</sup>. La resolución más importante del instituto en relación con los conflictos no internacionales (1999) reflejaba la experiencia de las guerras de los Balcanes. «*Considerando* que los conflictos armados con entidades no estatales como contendientes se han multiplicado sin cesar y que su origen es cada vez más de índole étnica, religiosa o racial» con consecuencias extraordinariamente devastadoras para las poblaciones civiles, el instituto recomendaba la aplicación del derecho humanitario internacional a «conflictos armados internos entre las fuerzas armadas de un gobierno y las de una o varias entidades no estatales, o de diversas entidades no estatales entre sí»<sup>400</sup>. Este cambio reflejaba a su vez la jurisprudencia del Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia, o TPIY, que a lo largo de la última década del siglo pasado ha intentado aplicar el derecho humanitario internacional a conflictos internos.

En 1996, el TPIY dictaminó que cuando, en 1992, la antigua República Federal de Yugoslavia retiró su apoyo a la etnia serbia, Bosnia dejó de ser una guerra internacional para convertirse en guerra civil. Este cambio fue particularmente significativo porque el acusado ante el tribunal, el criminal de guerra bosnio Duško Tadić, negaba a este tribunal jurisdicción sobre sus acciones porque la disposición que había creado el tribunal solo se aplicaba a conflictos armados internacionales. La sentencia del tribunal de 1996 fue luego revocada tras la apelación, pero reveló en qué medida todo depende de que el conflicto se defina como guerra civil o no (en este caso, si se podía o no hacer a Tadić responsable de las violaciones a los Convenios de

Ginebra)<sup>401</sup>. La Cámara de Apelaciones del TPIY dejó muy claras las cosas en su sentencia sobre el caso *Tadić*:

¿Por qué proteger a los civiles de la violencia bélica o prohibir la violación, la tortura o la destrucción gratuita de hospitales, iglesias, museos o propiedad privada, así como proscribir las armas que provocan sufrimientos innecesarios en la guerra, y sin embargo abstenerse de aplicar la misma protección cuando la violencia irrumpe «únicamente» en el interior de un Estado soberano?<sup>402</sup>.

Las instituciones internacionales creadas aproximadamente en la última década han tratado de responder de manera convincente a estos interrogantes, sobre la base de los esfuerzos anteriores, como los de la Cruz Roja, tendientes a aplicar a las guerras civiles las limitaciones cada vez más aceptadas para la guerra convencional<sup>403</sup>. La revisión de 2004 del manual del Ministerio de Defensa británico sobre las leyes de la guerra para el personal militar, por ejemplo, sirvió para insertar las guerras civiles en el marco teórico de la guerra<sup>404</sup>. El innovador *Counterinsurgency Field Manual* de 2007 del Ejército norteamericano, escrito con los acontecimientos de Irak y Afganistán *in mente*, también recordaba la necesidad de aplicar las disposiciones pertinentes de los Convenios de Ginebra y reconocía que «aunque las insurrecciones pueden darse conjuntamente con un estado de guerra legal entre dos naciones, son conflictos típicamente internos a una única nación»<sup>405</sup>.

Sin embargo, los recientes esfuerzos por llevar la guerra civil al terreno de la civilidad han quedado frustrante y letalmente sin coronar, como señaló el TPIY. No ha habido «trasplante pleno y automático» de las leyes de la guerra a la guerra civil, ni podrá haberlo mientras las partes interesadas en esos conflictos no acuerden someterse a la jurisdicción del derecho humanitario internacional. No obstante, el TPIY establece un principio esencial para hacer efectivo el deseado «trasplante»: «Lo que en las guerras internacionales es inhumano, y en consecuencia está prohibido, no puede dejar de ser inhumano e inadmisibles en el enfrentamiento civil»<sup>406</sup>. Si este principio llega a ser jurídicamente operativo, tal vez el mundo pueda acercarse a la guerra civil

«civilizada».

Pero nunca las cosas son tan simples. Tomemos el caso de Siria en 2011-2012. Para los sirios de a pie, la confrontación con el régimen de Bashar al-Assad de todo el año 2011 y la primera mitad de 2012 era una guerra civil. Sin embargo, fuera de Siria, las partes interesadas consideraron discutible tal cosa. En diciembre de 2011, Mark Toner, el portavoz del Departamento de Estado de los Estados Unidos, presentó objeciones cuando se le preguntó si estaba de acuerdo con un funcionario de la ONU para quien Siria estaba experimentando una guerra civil. «Pensamos que es necesario poner fin a la violencia en Siria. Y esto incluye [la violencia] entre los elementos de la oposición —dijo—. Pero no hay manera de equiparar a ambos bandos, que es lo que, a mi juicio, implica la expresión “guerra civil”»<sup>407</sup>. Por su lado, el régimen de Assad, naturalmente, solo veía rebelión. La oposición decía estar comprometida en la resistencia. Mientras tanto, potencias como Rusia y Estados Unidos blandían la amenaza recíproca de declarar unilateralmente una guerra civil como si disputaran sobre intervención y no intervención<sup>408</sup>.

Solo en julio de 2012, tras más de un año de conflicto y unos diecisiete mil muertos, el Comité Internacional de la Cruz Roja pudo confirmar que lo que se estaba desarrollando en Siria era, en realidad, un «conflicto armado de carácter no internacional»<sup>409</sup>. Solo con esa especificación se podía aplicar a los distintos bandos las disposiciones de los Convenios de Ginebra<sup>410</sup>. En el siglo XXI, la resistencia a llamar guerra civil al conflicto se había convertido en una actitud típica de las organizaciones internacionales precisamente por todo lo que —política, militar, legal y éticamente— dependía entonces del uso o no de esa fórmula, de tal manera que un conjunto de protocolos legales diseñados para humanizar el comportamiento en la guerra civil, esto es, para imponer ciertas limitaciones humanitarias a su práctica y minimizar su terrible coste humano, parece haber servido tan solo para que los actores internacionales se abstuvieran de cualquier esfuerzo en ese sentido. Para entender cómo se llegó a esta paradójica situación, hemos de repasar una breve genealogía del tratamiento de la guerra civil en las ciencias sociales a partir de la década de los sesenta del siglo XX.

\* \* \*

«Ahora que la ciencia social se ha vuelto historia intelectual, es casi imprescindible plantear este interrogante: ¿por qué la ciencia social, que tantos estudios ha realizado sobre tantos temas, dedica tan pocos al disturbio político violento, a la guerra interior?»<sup>411</sup>. He aquí uno de esos raros momentos en que un historiador puede oír que alguien del pasado le habla directamente desde las fuentes. No deja de ser inquietante imaginar que en este caso el actor hablaba en 1963 y ya entonces echaba en falta un historiador intelectual que confeccionara un mapa de su campo, pero la pregunta del profesor de Princeton Harry Eckstein (1924-1999) era, y sigue siendo, muy aguda.

Hacía mucho que imperaba el consenso académico, y Eckstein era consciente de ello, acerca de la absoluta inutilidad de la guerra civil. Por consiguiente, el de la guerra civil había sido un tema menospreciado y en apariencia igualmente irrelevante en todas las disciplinas académicas. Sin embargo, a partir de los años sesenta del siglo pasado y bajo la influencia primero de la Guerra Fría, y después de las guerras de descolonización, los científicos sociales norteamericanos, a menudo con el respaldo de la Rand Corporation e instituciones similares del complejo académico-militar, se implicaron cada vez más en el estudio de lo que se llamó en sentido lato «guerra interior», una categoría que abarcaba cualquier cosa desde la guerra de guerrillas y la insurrección a las guerras civiles, los golpes de Estado y las revoluciones<sup>412</sup>. Pese a los esfuerzos de un grupo de investigación sobre la guerra interior que él mismo dirigió en la Universidad de Princeton y en el que participaban politólogos, sociólogos e incluso algún que otro historiador, la respuesta al llamamiento de Eckstein no fue tan rápida ni tan entusiasta como él habría deseado. El progreso fue lento. «Los problemas conceptuales decisivos sobre la guerra interior se hallan aún en su estado preteórico —se lamentaba en 1970 uno de sus primeros analistas sistemáticos—. No se han recopilado ni evaluado teorías satisfactorias de la guerra interna»<sup>413</sup>.

La continua confusión acerca del significado de «guerra civil» pudo comprobarse públicamente en la primavera de 1968, cuando el Comité de Relaciones Exteriores del Senado de los Estados Unidos celebró una serie de sesiones durante la Guerra de Vietnam bajo el título *La naturaleza de la revolución*, presididas por el senador J. William Fulbright y a las que se

invitó a exponer su punto de vista a distinguidos académicos, incluidos Crane Brinton (1898-1968), eminente historiador harvardiano de la revolución, y su colega más joven Louis Hartz (1919-1986), politólogo y estudioso del liberalismo. El último día de sesiones, un joven politólogo de Princeton, John T. McAlister, trató de explicar la imposibilidad de abordar el conflicto haciendo ver que Estados Unidos no estaba «luchando en una guerra civil, que es un asunto puramente interno», sino que había resultado inmerso en «una guerra revolucionaria que implicaba a todo el pueblo vietnamita». Inmediatamente el senador Fulbright quiso saber qué diferencia había entre guerra revolucionaria y guerra civil y MacAlister respondió lo siguiente: «En las guerras civiles, incluso la nuestra, los bandos en lucha alientan objetivos secesionistas. En una guerra revolucionaria, por el contrario [...] el principal objetivo es la unificación [...] [y] son muy distintos los objetivos políticos acerca del conjunto de la reconstitución sobre la base del orden político implicado». A continuación se produjo este extravagante diálogo entre los dos sureños, Fulbright, de Arkansas, y McAlister, de Carolina del Sur.

PRESIDENTE: Entonces, según esa definición, ¿nuestra propia guerra entre Estados fue una guerra civil o una guerra revolucionaria?

McALISTER: Yo diría que fue una guerra civil.

PRESIDENTE: ¿Buscaban separarse?

McALISTER: Buscábamos separarnos; sí.

PRESIDENTE: Buscábamos separarnos. (Risa). Pero fracasamos.

McALISTER: Correcto.

PRESIDENTE: ¿Y desde entonces fue una guerra revolucionaria por ver quién la utiliza mejor?

McALISTER: Correcto.

PRESIDENTE: ¿Correcto?

McALISTER: Correcto.

PRESIDENTE: Muy bien<sup>414</sup>.

Tal vez este humor resultara de mal gusto en la época del movimiento de los derechos civiles, pero ponía de relieve una persistente confusión entre los politólogos acerca de las definiciones de guerra civil y de revolución.

Hasta el prominente filósofo político de Harvard estaba confundido. En la



primavera de 1969, es decir durante la Guerra de Vietnam, John Rawls (1921-2002) impartió un curso de licenciatura que llevaba por título «Problemas morales: naciones y guerra»<sup>415</sup>. Dos años después publicaría *A Theory of Justice*, la obra a la que en general se atribuye la revitalización de la filosofía política norteamericana a finales del siglo xx. Aunque en este libro era notable la reticencia en materia de justicia internacional, en sus clases de Harvard Rawls abordó abiertamente las cuestiones que agitaban los campus universitarios, incluido el de Harvard, acerca de la ética de la guerra, el servicio militar y la desobediencia civil. Las discusiones en torno a la guerra justa —tanto las causas justas de la guerra (*jus ad bellum*) como la justicia de las acciones en la guerra (*jus in bello*)— ocuparon una buena parte de las clases. Rawls distinguía diferentes tipos de guerras a fin de definir los principios que mejor se aplicarían en cada caso. La tipología inicial que se ha encontrado en sus notas de clase propone nueve tipos:

1. Guerras entre Estados (Primera y Segunda Guerra Mundial)
2. Guerras civiles [de justicia social] internas a un Estado o sociedad (Revolución Francesa)
3. Guerras de secesión de minorías en el interior de una región (Guerra Civil Norteamericana)
4. Guerras coloniales de secesión [antiimperialistas] (Guerra de Argelia, ¿Guerra Revolucionaria Norteamericana?)
5. Guerras de intervención [intervención humanitaria]
6. Guerras de unificación nacional (Guerra de las Dos Rosas; de los Tudor)
7. Guerras de conquista imperial (Guerras de Roma)
8. Guerras de cruzadas, religiosas o seculares
9. Guerras de liberación nacional [en el sentido actual] (guerra de guerrillas)<sup>416</sup>

Las categorías de Rawls son tan reveladoras como sus aplicaciones. Había que distinguir las guerras civiles *no solo* de las guerras entre Estados, *sino también* de las guerras de secesión, y estas además se dividían entre secesiones intraestatales y antiimperialistas. En consecuencia, una guerra

civil solo podía considerarse una guerra justa si su objetivo era lo que Rawls llamaba «justicia social», esto es, reforma general interna dirigida al bienestar de todos los habitantes de un Estado o una sociedad, como Francia después de 1789. Las guerras de secesión podían concebirse como justas sobre la base de que tendieran a aliviar a una población oprimida, como, por ejemplo, la de una minoría en un Estado establecido o la de un pueblo colonizado en el seno de un imperio. En concordancia con los juristas internacionales y los politólogos contemporáneos, diferenciaba entre guerras civiles, por un lado, y «guerras de liberación nacional» y guerra de guerrillas, por otro<sup>417</sup>.

Las distinciones de Rawls eran inteligentes, pero sus ejemplos eran bastante poco claros. En primer lugar, no estaba seguro de qué tipo de guerra de secesión había sido la Guerra Revolucionaria Norteamericana. En el conjunto de sus lecciones incluía bajo la denominación «guerras de secesión de minorías» tanto la Guerra Civil Norteamericana como la Revolución Norteamericana. No hay pruebas de que Rawls, quien evidentemente *no* incluía la guerra civil entre las guerras de justicia social, equiparara ambos grandes conflictos, pero tal vez haya señales de que se negaba a asimilar a los patriotas norteamericanos con los *colons* argelinos; en la Revolución Norteamericana era la población colonial europea la que trataba de liberarse del imperio, no la población indígena o esclava, por ejemplo. Y como ejemplo de guerra civil de justicia social no mencionaba la Revolución Francesa, pero sí la Guerra Civil Española.

En un momento posterior de su serie de lecciones, cuando trató más detalladamente el caso de la *jus ad bellum*, Rawls analizó brevemente si se podía justificar la intervención en una guerra civil, para lo cual tomó como puntos de referencia «Few Words on Non-intervention», de John Stuart Mill, y la Guerra de Vietnam. Rawls no dio importancia a lo que llamaba «exasperantes» errores del argumento de Mill y observó que con él hubiera sido «imposible justificar nuestra intervención en Vietnam», porque ninguno de los motivos que Mill había alegado respecto de la intervención británica en el siglo XIX se hubiera podido aplicar a la política norteamericana en Vietnam: «No intervinimos de manera neutral en una guerra civil prolongada, ni intervinimos para ayudar a un pueblo a expulsar un gobierno despótico de origen extranjero». En realidad, concluía Rawls, en este caso la intervención

solo debiera producirse con el auspicio *internacional*, allí donde la intervención sea imparcial [...] y obedezca a inequívocas razones humanitarias»<sup>418</sup>.

Para Rawls, en esas lecciones, la guerra civil era al menos temporalmente útil para aclarar los límites de la intervención humanitaria y para esclarecer las diferencias entre diversos ejemplos de liberación nacional y revolución. Unos años después, para el filósofo e historiador francés Michel Foucault (1926-1984), la guerra civil era más útil aún para ayudar a definir lo que él comenzaba a denominar «física» del poder. En su calidad de profesor del prestigioso Collège de France, en París, Foucault estaba obligado a impartir clases públicas sobre la investigación que llevaba a cabo. En 1973 su curso llevó por título «La sociedad punitiva», tema que llegaría a ser central en su concepción de los regímenes modernos de poder. Al igual que muchos otros comentaristas de las décadas de los años sesenta y setenta del siglo pasado a ambos lados del Atlántico, Foucault pensaba que la guerra civil era «un concepto bastante poco desarrollado tanto filosófica como política e históricamente», aunque solo fuera porque la mayoría de los analistas lo consideraban lo que él llamó «el accidente, la anormalidad [...] la monstruosidad teórico-práctica»<sup>419</sup>. Con su característica habilidad teórica y osadía histórica, Foucault propuso trasladar la guerra civil de las zonas marginales al centro del análisis con el argumento de que difícilmente se la podía considerar marginal o irrelevante en lo que respecta a la comprensión del poder. La guerra civil, diría, es en realidad la matriz de todas las luchas por el poder<sup>420</sup>.

La asombrosa explicación que Foucault dio de la guerra civil en sus lecciones de 1973 imprimía tres giros particularmente esclarecedores a las explicaciones históricas acostumbradas. En primer lugar, mostró que no podía equipararse la guerra civil con la guerra hobbesiana de todos contra todos del *Leviatán*. En efecto, Foucault sostenía que la guerra civil era todo lo contrario del estado de naturaleza de Hobbes. En segundo lugar, se oponía al supuesto de que la guerra civil fuera la antítesis del poder por representar su disolución y su quiebra y afirmaba que, por el contrario, la guerra civil era en realidad la verdadera apoteosis del poder; la política era guerra *civil* por otros medios. Y en tercer lugar, sostenía que, de hecho, la guerra civil no había

desaparecido gradualmente en Europa durante la transición del primer período moderno de guerras de religión y de sucesión monárquica al mundo más estable de la modernidad. No había habido ningún movimiento progresivo que llevara de una era de guerras civiles a una de revoluciones; más bien al contrario, la guerra civil había permanecido como rasgo fundamental de lo que Foucault, con una fórmula que se hizo famosa, llamó «sociedad disciplinaria», en la cual las estructuras de poder están constantemente dando forma a los seres humanos.

Al acusar a Hobbes y a sus partidarios de confundir la guerra civil con la guerra de todos contra todos (*bellum omnium contra omnes*), Foucault sostenía que, por el contrario, no podrían ser más distintas, tanto por su carácter (una, colectiva; la otra, individual) como por su motivación y, de modo decisivo, por su relación con la soberanía; en la teoría política de Hobbes, la guerra de todos contra todos era la condición que precedía a —y en realidad necesitaba de— la constitución de un soberano, mientras que lo que distinguía la guerra civil era el colapso de la soberanía, la disolución del propio soberano<sup>421</sup>. La guerra civil se orientaba a capturar o transformar el poder y, en consecuencia, «se desplegaba en el teatro del poder»; persigue el poder, a tal punto que el ejercicio diario del poder puede considerarse una guerra civil. En este sentido, concluía Foucault imprimiendo a la famosa frase de Clausewitz un giro que este maestro del arte de la guerra jamás habría aprobado: «La política es la continuación de la guerra civil»<sup>422</sup>.

Mientras Rawls y Foucault se preocupaban por la teoría de la guerra civil, los científicos sociales ya llevaban décadas, particularmente en Estados Unidos, esforzándose por conseguir una definición funcional. La piedra de toque más importante de la innovación fue el Correlates of War Project, por entonces con sede en la Universidad de Michigan. Fue el intento más sistemático de las ciencias sociales empíricas de medir la incidencia del conflicto en el mundo mediante la recopilación y el análisis de datos sobre guerras desde 1816. En un principio, el grueso del trabajo, al igual que los anteriores programas de investigación sobre conflictos —como, por ejemplo, *A Study of War* (1942), del politólogo norteamericano Quincy Wright, y *Statistics of Deadly Quarrels* (1960), del excéntrico meteorólogo británico Lewis Fry Richardson—, se ocupó de la guerra interestatal<sup>423</sup>. Pero la

separación entre guerra interior y guerra internacional no podía continuar por tiempo indefinido, porque, como admitían los responsables del Correlates of War Project, «las guerras civiles, las insurrecciones y las intervenciones extranjeras han llegado a dominar los titulares de nuestra generación y hoy desempeñan en la comunidad internacional un papel tan importante como la guerra tradicional entre Estados»<sup>424</sup>.

Una vez ampliado el alcance del Correlates of War Project para que incluyera las guerras internas, el equipo tuvo necesidad de desarrollar criterios de guerra civil que, en oposición a otras formas de conflicto, pudieran emplearse para clasificar los ingentes volúmenes de datos que habían reunido sobre conflictos y que se remontaban a los Acuerdos del Congreso de Viena de 1815. Buscaban una definición más bien cuantitativa que cualitativa para, en sus palabras, «minimizar los prejuicios subjetivos» y, de modo explícito, «facilitar la formación de la base de datos» como medio para escapar a lo que consideraban un laberinto de definiciones incoherentes y en competencia recíproca. Por eso, la definición de guerra civil que se ideó para el Correlates of War terminaría presentando un punto numérico de corte, un conjunto de condiciones límite, algunos criterios empíricos y una multitud de problemas:

lucha militar sostenida, predominantemente interna, con un mínimo de mil muertos anuales en combate y que enfrenta a las fuerzas del gobierno central con una fuerza insurreccional capaz de [...] infligir a aquellas por lo menos un 5 por ciento de las bajas que ella padece<sup>425</sup>.

Esta definición «decepcionantemente simple» estaba pensada para permitir a los politólogos, entre otros, crear la gran base de datos indispensable para analizar la incidencia de la guerra civil a lo largo del tiempo y a lo ancho del mundo<sup>426</sup>. También dejaba de lado muchos conflictos que hubieran empañado el análisis, porque no encajaban en tan estrecha definición.

El núcleo de esa definición era empírico, no vivencial. Esto quiere decir que aunque los combatientes y las víctimas creyeran estar atrapados en una guerra civil, mientras el tributo de muertos no llegara al millar o las fuerzas antigubernamentales no mataran al menos a cincuenta personas, los

científicos sociales podían decirles que estaban equivocados, por lo menos a los fines del análisis comparativo. Para distinguirlo de otras formas de violencia interna, como disturbios y golpes de Estado, el conflicto tenía que estar militarizado; solo era «predominantemente interno», porque también tenía que abarcar guerras civiles internacionalizadas en las que hubieran intervenido potencias o fuerzas externas; el millar de muertos anuales lo definía como guerra civil «importante»; debía tener dos bandos (pero no necesariamente solo dos), uno de los cuales era el gobierno establecido; finalmente, era preciso que estuviese militarizado en ambos bandos para distinguirlo de, digamos, masacres o genocidios.

Esta definición presentaba muchas dificultades<sup>427</sup>. La mayor, sin duda, era la cantidad de conflictos que quedaban al margen de ella. Piénsese en la condición de ser un conflicto «predominantemente interno», es decir, interno a un Estado soberano reconocido como tal por la comunidad internacional, lo que equivalía a describirlo como «interno» a la *metrópolis*, lo cual estaba deliberadamente estipulado con el fin de excluir las guerras poscoloniales de liberación nacional, que era lo que hacían los protocolos legales internacionales de la época. Al igual que tales protocolos, esta especificación llevaría a omitir como guerras civiles un conflicto como la Guerra de Argelia o, para remontarnos más en el tiempo, la Revolución Norteamericana<sup>428</sup>. Un segundo problema era que el énfasis en las *metrópolis* también implicaba la existencia no solo de Estados, sino de Estados-nación según el modelo «westfaliano» de delimitación territorial de la soberanía; de acuerdo con estos términos, no podía haber habido guerra civil propiamente dicha antes de aproximadamente los comienzos del siglo XIX —por no hablar de la Grecia clásica o la antigua Roma, por ejemplo—, porque había muy pocos Estados del tipo que los estudiosos de las relaciones internacionales identifican como tales<sup>429</sup>. Sin soberanía unitaria y su reconocimiento exterior, al parecer, no podía haber *civilitas* y, por tanto, tampoco guerra «civil».

Por último, la definición excluiría muchos conflictos que al menos algunos de sus protagonistas y observadores externos consideraron guerras civiles, como, por ejemplo, la Guerra del Sonderbund de 1847 en Suiza. Pese a que fue una de las más breves e incruentas que se registran —solo duró veinticinco días y se cobró 93 vidas según el cómputo más fiable—, en su

momento, lo mismo que hoy, se la consideró una guerra civil<sup>430</sup>. De la misma manera, dejaría al margen la Guerra Civil Irlandesa de 1922-1923 (en la que se estima que murieron 540 soldados partidarios del tratado, además de tal vez 800 miembros del ejército y una cantidad desconocida de republicanos)<sup>431</sup>. Y tampoco comprendería el conflicto de Irlanda del Norte conocido como *The Troubles*, que se cobró alrededor de 3.500 víctimas mortales entre 1969 y 2001, con un pico de 479 en 1972; en realidad, la cifra requerida de mil muertos no se alcanzó hasta abril de 1974, tras cinco años de conflicto<sup>432</sup>.

La índole esencialmente controvertible de la definición del Correlates of War Project salió sin ambages a plena luz durante la Segunda Guerra del Golfo, momento —2007-2008— en que fue utilizada tanto para demostrar que se trataba de una guerra civil dentro de las fronteras de Irak como para lo contrario. Hubo fuertes desacuerdos en cuanto a si esta categoría se adecuaba a los hechos concretos. Los representantes de la administración Bush y otros, en su mayoría estrategias militares y comentaristas políticos neoconservadores, negaban que los disturbios merecieran esa denominación. ¿Terrorismo? ¿Insurrección? Tal vez; pero ¿guerra civil? Seguramente no. Pero en julio de 2006, Nicholas Sambanis, politólogo de Yale, había anunciado en *The New York Times* que, de acuerdo con los criterios normales de la ciencia social, Irak estaba en realidad experimentando una guerra civil<sup>433</sup>. Un poco después, en ese mismo año, a muchas personas, tanto en Irak como fuera del país, ya no les quedaba ninguna duda acerca de lo que estaba ocurriendo. El secretario general de Naciones Unidas, Kofi Annan, dijo ante la BBC: «Cuando luchamos en Líbano y otros lugares, llamamos a aquello guerra civil; esto es mucho peor»<sup>434</sup>.

Al mismo tiempo, diversos sectores de los medios de comunicación norteamericanos, incluso la red de televisión de la NBC y periódicos tales como *The New York Times* y *Los Angeles Times*, también llamaron guerra civil al conflicto en Irak<sup>435</sup>. Adel Ibrahim, un joven jeque chií, declaró con vehemencia ante el *Times*: «Tienen ustedes que hacer saber al mundo que aquí, en Irak, hay una guerra civil. Es una guerra civil demoledora [...] No sabemos quién es enemigo y quién es amigo»<sup>436</sup>. Cuando al entonces primer ministro de Turquía, Recep Tayyip Erdogan, le preguntaron si creía que en

Irak había una guerra civil, respondió lo siguiente: «Los musulmanes se matan unos a otros solo porque pertenecen a diferentes sectas. Esto es una guerra civil, no puedo dar ninguna otra definición»<sup>437</sup>. A finales de 2006, la mitad de la población de Estados Unidos estaba de acuerdo, conforme a una encuesta del Pew Research Center de diciembre de ese año, según la cual eran «más los norteamericanos que piensan que la actual violencia en Irak es principalmente una guerra civil que los que opinan que se trata de una insurrección contra Estados Unidos y sus aliados»<sup>438</sup>. Pocos meses después, un analista de la Chatham House, el *think tank* británico para asuntos internacionales, sostenía que en Irak no había una guerra civil, sino que en realidad había «varias guerras civiles e insurrecciones entre diferentes comunidades y organizaciones»: chiíes contra suníes, suníes contra Estados Unidos, chiíes contra otros chiíes, suníes contra otros suníes, kurdos contra no kurdos, y así sucesivamente<sup>439</sup>.

En su testimonio de septiembre de 2006 ante el Congreso de los Estados Unidos, el politólogo de Stanford James Fearon no tuvo dudas en que «la tasa de asesinatos en Irak —fácilmente más de 30.000 en tres años— coloca este conflicto junto a muchos otros conflictos recientes que pocos vacilan en llamar “guerras civiles” (por ejemplo, Sri Lanka, Argelia, Guatemala, Perú, Colombia)». Fearon definió la guerra civil como «un conflicto violento, protagonizado por grupos organizados con el objetivo de tomar el poder central o el de una región o cambiar las políticas del gobierno». La violencia en Irak se adapta a este paradigma, agregó. También había superado un umbral significativo de bajas y podía comparársela directamente con otras guerras civiles del mundo desde 1945, como, por ejemplo, las de Líbano, Turquía o Bosnia<sup>440</sup>. Esa comparación contribuyó luego a imaginar qué futuro esperaba a Irak y las fuerzas de coalición allí establecidas. Los resultados no eran estimulantes: las guerras civiles duran más que otras guerras, diez años en promedio; a menudo, no terminan si no es con una victoria militar decisiva de uno u otro bando; marcharse demasiado precipitadamente después de una intervención solo puede empeorar las cosas, y mucho; los acuerdos de poder compartido normalmente dan paso a la violencia cuando los garantes externos de esos acuerdos se marchan.

Más adelante, Fearon revisó al alza la cifra de víctimas y la llevó a 60.000,



lo que convertía a «Irak en noveno lugar por el número de bajas anuales desde 1945», y observó que todo lo que las guerras civiles anteriores permitían aprender de ellas sugería que el programa de la administración Bush para Irak estaba profundamente equivocado y que con toda probabilidad terminaría en un tremendo fracaso<sup>441</sup>. Eran lúgubres pronósticos, otra onerosa consecuencia de la aplicación de la categoría de guerra civil. Pero, como era previsible, también se daba, y con igual firmeza, la convicción de su adecuación a la realidad iraquí. En diciembre de 2006, el primer ministro iraquí, Nouri al-Maliki, rechazó enérgicamente la caracterización del conflicto como guerra civil y acusó a Kofi Annan de «limpiar la imagen» de Saddam Hussein como posible beligerante. Lo que Fearon y otros veían con claridad, los comentaristas del otro bando lo negaban con vehemencia<sup>442</sup>.

La historia de *longue-durée* resulta útil a la hora de refutar a quienes quieren ver en Irak una guerra civil. En marzo de 2006, el periodista conservador iraní Amir Taheri publicó un ensayo, breve pero de gran alcance, rebotante de contraejemplos históricos. Negaba que Tucídides hubiese escrito sobre la guerra civil y consideraba que Cicerón había sido el primero en popularizar esa expresión. Redujo la definición romana a su rasgo principal: «que enfrentaba un grupo de ciudadanos romanos a otro y sin intervención armada de potencias extranjeras». Esto se adaptaba a las guerras de Sila y Mario y las de César y Pompeyo, pero no a ninguna de las múltiples revueltas de la historia romana, como la de Espartaco. Del ejemplo romano infería Taheri que la guerra civil «debe basarse en motivos políticos, no religiosos ni étnicos», y que «el conflicto debe girar en torno al control de la totalidad del Estado en disputa y no tener como objetivo su división en unidades más pequeñas». Estos criterios restrictivos denegaban la calificación de guerra civil a casi todos los conflictos que siempre se habían denominado de esa manera —incluidas la Guerra Civil Norteamericana y la Guerra Civil de Argelia (1992-2002)—, excepto los casos de la rusa, la española y la libanesa. ¿A qué conclusión llegó Taheri? A que la de Irak «no es una guerra civil» y que no lo sería mientras los múltiples conflictos superpuestos en el país no cuajaran en una lucha de dos bandos laicos por el control del Estado iraquí sin asistencia ni intervención externa<sup>443</sup>.

Más tarde, ese mismo año, el eminente historiador militar y periodista británico *sir* John Keegan y el comentarista norteamericano Bartle Bull también rechazaron, solo que de un modo ligeramente más flexible, la expresión «guerra civil» para describir la violencia en Irak. Para que un conflicto merezca la designación de «guerra civil», sostenían, «la violencia debe ser “civil”, debe ser “guerra” y debe tener como objetivo por ambos bandos el ejercicio o la adquisición del poder nacional». Esto quiere decir que debe librarse en el marco de un Estado por cuerpos organizados de combatientes originarios de una misma población nacional que empleen la fuerza para conseguir o para retener la plena autoridad política sobre el territorio. Keegan y Bull, al igual que Taheri, descubrieron a partir de la historia que los ejemplos de guerra civil eran «extremadamente raros» y contaron cinco: la Guerra Civil Inglesa (1642-1649), la Norteamericana (1861-1865), la Rusa (1918-1922), la Española (1936-1939) y la Libanesa (1975-1990). Como en Irak los bandos en lucha estaban fragmentados, parcialmente formados por insurgentes no iraquíes y luchaban por objetivos más contradictorios o simplemente más opacos que el apoderamiento de la autoridad nacional, Keegan y Bull concluyeron que los disturbios de Irak no debían calificarse como la *sexta* guerra civil del mundo moderno. En cambio, pensaban que «los desórdenes en Irak se acercan más a la lucha político-militar por el poder» y además se hicieron eco del análisis de Erdogan acerca de la división sectaria entre suníes y chiíes con esta observación: «Podría decirse que el islam está en estado permanente de guerra civil»<sup>444</sup>.

El gobierno iraquí y representantes de la administración Bush negaron oficialmente que Irak fuera presa de una guerra civil. Para aquel, reconocer lo contrario habría implicado su pérdida de autoridad. Para la coalición norteamericana, dicha caracterización entrañaba un conjunto de implicaciones estratégicas. En la medida en que hacía su apuesta en una lucha interna por la dominación, podría verse obligada a decidir a qué bando apoyar, si a los suníes o a los chiíes. Podía también significar que los invasores habían desatado enemistades sectarias que hasta entonces no habían encontrado vías de expresión y que los acontecimientos comenzaban a escapar a su control. Si esa inestabilidad continuaba, se requerirían mayores contingentes militares para impedir que trascendiera las fronteras de Irak.

Como alternativa, podría ser necesaria una retirada rápida, pero indecorosa, para no verse más profundamente inmersos en el dilema local, que una presencia extraña podía enardecer, pero no resolver.

En el verano de 2007, David Patten, un sargento norteamericano de la Tercera División de Infantería de Estados Unidos en Bagdad con un doctorado en filosofía en su haber, advirtió que «una retirada prematura podía llevar a una profecía de autocumplimiento, pues crearía las condiciones para una guerra civil ahora inexistente». Acusaba a las referencias poco rigurosas a la guerra civil de ser apenas algo más que mera afectación e inexactitud, como cuando en enero de 2006 el representante demócrata John Murtha declaró «estamos luchando en una guerra civil», o cuando en marzo de ese mismo año el ex primer ministro interino iraquí, Aya Allawi, se lamentó en estos términos: «Si esto no es una guerra civil, solo Dios sabrá qué es una guerra civil». Sin embargo, advertía Patten, «no se trata de un debate político. Es pura cuestión de precisión»<sup>445</sup>.

Patten citaba el manual de campo para conflictos de baja intensidad del Ejército de los Estados Unidos:

**guerra civil:** una guerra entre facciones del mismo país; hay cinco criterios para el reconocimiento internacional de esta situación: los contendientes deben controlar el territorio, tener un gobierno en funcionamiento, ser objeto de cierto reconocimiento extranjero, tener fuerzas armadas regulares identificables e involucrarse en operaciones militares importantes<sup>446</sup>.

Esta definición estaba destinada a diferenciar la guerra civil de otros tipos de conflictos por su organización, más formal y a mayor escala que otras formas de guerra irregular. Sin embargo, en pocas guerras civiles recientes ambos bandos han controlado el territorio y han poseído un «gobierno en funcionamiento», por no hablar del reconocimiento internacional de alguno de ellos. La clasificación se ajusta a un ejemplo peculiar y más bien raro de guerra civil, el de la que implica fuerzas armadas más típicas de guerras interestatales de la era industrial, cuyo máximo ejemplo es la Guerra Civil Norteamericana, improbable modelo para la mayoría de las guerras civiles de

los siglos xx y xxi. La utilidad de esta definición es, pues, bastante limitada para otros observadores que no sean los del Ejército de los Estados Unidos, y ni siquiera para ellos queda claro qué utilidad podría tener en las actuales condiciones de guerras asimétricas.

Patten pensaba que en Irak solo se veía satisfecho uno de los criterios de definición, el de que los contendientes poseyeran el control del territorio. Sin embargo, cuando desarrolló la definición de guerra civil con el rigor de las ciencias sociales que había formulado Melvin Small y David Singer, descubrió que solo «en los últimos cuarenta y cinco años Irak había padecido *siete* guerras civiles separadas», cifra que chocaba espectacularmente con las *cinco* guerras civiles que Keegan y Bull detectaban en toda la historia moderna desde mediados del siglo xvii o las *tres* de Taheri desde finales de la república romana<sup>447</sup>.

Todos esos intentos de precisión están condenados al fracaso en la medida en que son ilusorios, por la simple razón de que el de guerra civil es un concepto esencialmente controvertido. En realidad, hasta puede discutirse el propio significado de «guerra» y de «civil» por separado y, de hecho, en la mayoría de los análisis sociocientíficos este significado cambia en función de factores específicos como localización, intensidad y duración. Tampoco hay acuerdo acerca de qué aspectos de la guerra civil son prioritarios en las diversas definiciones ni de cómo podrían aplicarse de manera coherente a conflictos particulares. La precisión, en el sentido de empleo de definiciones claras, termina siendo una cuestión inevitablemente política. Los elementos de esas definiciones, lo mismo que su aplicación, son siempre asuntos de disputas principistas, lo que parece ser particularmente cierto respecto de la guerra civil, concepto esencialmente controvertido acerca de los elementos esenciales de controversia.

\* \* \*

En el siglo xxi, diversas concepciones de comunidad supranacional han dado lugar a oscuros temores y clarividentes análisis de la guerra civil en tanto fenómeno que ha tenido lugar a escala regional, continental y finalmente planetaria. Cuando los límites imaginarios de la guerra civil se expandieron,

coincidieron con el conocimiento de que las guerras civiles se estaban volviendo cada vez más transnacionales por la forma y mundiales en cuanto a su impacto. El aciago cosmopolitismo de Fénélon encontró eco tardío en el escritor antifascista italiano Gaetano Salvemini, el pintor alemán Franz Marc y el economista John Maynard Keynes a ambos extremos de la Primera Guerra Mundial. En septiembre de 1914, Salvemini advirtió a sus lectores de que serían testigos no ya de una guerra entre naciones, sino de una «guerra civil mundial» de pueblos, clases y partidos, en la que nadie podría permanecer neutral; dos meses después, en noviembre de 1914, Marc llamaba por primera vez «Guerra Civil Europea» a la Gran Guerra<sup>448</sup>. Después de la guerra, en 1919, Keynes recordaba con pesar la civilización común en la que Francia, Alemania, Italia, Austria, Holanda, Rusia, Rumania y Polonia «florecieron juntas [...] juntas se enzarzaron en una guerra y [...] juntas pueden caer» en el curso de «la Guerra Civil Europea»<sup>449</sup>. Esa expresión atrajo por igual a liberales y a marxistas durante todo el siglo como manera de describir las continuidades entre las dos guerras «mundiales», al menos en Europa<sup>450</sup>.

Los indicios de enemistad en vísperas de la Segunda Guerra Mundial habían creado el temor a una «guerra civil internacional» entre «rojos y negros» que trascendiera los países de Europa<sup>451</sup>. Una vez desatado el conflicto, esta «gigantesca guerra civil a escala internacional» presentó una oportunidad de liberación nacional, de acuerdo con lo que escribió, entre 1941 y 1942, el marxista indio M. N. Roy<sup>452</sup>. Una idea parecida defendió más tarde Ernst Nolte, el historiador revisionista alemán de derechas, para quien todo el período comprendido entre 1917 y 1945 fue una «Guerra Civil Europea» en el sentido de una lucha en el seno de una única comunidad desgarrada entre las fuerzas opuestas del bolchevismo y el fascismo<sup>453</sup>. La caracterización de todo el período de las guerras mundiales como un único conflicto encontraría favorable acogida en inesperadas e importantes figuras, como la del exsecretario de Estado norteamericano Dean Acheson, quien se refirió al período 1914-1945 como «guerra civil europea» —guerra que comprometía toda una civilización— que se solapaba con una «guerra civil asiática» en el este de Asia<sup>454</sup>.

Esa ampliación de la idea de guerra civil fue propiciada por la Guerra Fría,

conflicto al que se daría en llamar «guerra civil global [que] ha dividido y atormentado a la humanidad», en palabras del presidente John Fitzgerald Kennedy en su segundo Discurso sobre el Estado de la Unión de enero de 1962<sup>455</sup>. Dos meses después, en marzo de 1962, en una conferencia en España, Carl Schmitt habló de «la guerra civil global de enemistad revolucionaria de clase» desencadenada por el socialismo leninista<sup>456</sup>. En el caso de Schmitt, la idea expansiva de guerra civil no era de la misma cosecha que la de Guerra Fría, sino que había sido una expresión técnica propia y de sus seguidores desde 1939, a modo de crítica de las pretensiones de todos los universalismos revolucionarios, ya fuera de la Revolución Francesa, de 1848 o de la «actual guerra civil mundial» (como la llamó en 1950)<sup>457</sup>. Quienes más simpatizaban con estos legados eran los Estudiantes Norteamericanos por una Sociedad Democrática, cuya *Declaración de Puerto Huron* de junio de 1962 pronosticó que «la guerra que tan cercana parece no se librará entre Estados Unidos y Rusia, no será una guerra exterior entre dos entidades nacionales, sino una guerra civil internacional en toda la *civitas* no respetada ni protegida que se extiende por todo el mundo»<sup>458</sup>. Con ellos simpatizaba Hannah Arendt, quien un año después sostuvo en *Sobre la Revolución* que el siglo xx había presenciado el surgimiento de un nuevo fenómeno a partir de la naturaleza interrelacionada de guerras y revoluciones: «Las consecuencias de una revolución se muestran en la forma de guerra mundial, un tipo de guerra civil que abarca el planeta entero, como una parte notable de la opinión pública consideró, y muy justificadamente, incluso la Segunda Guerra Mundial»<sup>459</sup>.

Más recientemente se ha utilizado la expresión «guerra civil global» para designar la lucha entre terroristas transnacionales, por ejemplo los guerrilleros de al-Qaeda, y agentes estatales, como Estados Unidos y Gran Bretaña. En manos de algunos de sus defensores, este uso posterior al 11-S alude a la globalización de una lucha interna, en particular a la existente en un islam escindido entre suníes y chiíes, proyectada a escala mundial. En tanto metáfora más amplia del terrorismo, «guerra civil global» también se ha empleado para referirse a una lucha desenfrenada entre bandos opuestos sin ninguna de las limitaciones a las que se someten las formas de guerra convencionales, el retorno a un estado de naturaleza en el que una guerra de

todos contra todos ignora por completo cualquier regla y un tipo especial de conflicto en el que han desaparecido las fronteras entre lo «interno» y lo «externo», entre lo intraestatal y lo interestatal<sup>460</sup>. Con este espíritu, los teóricos críticos Michael Hardt y Antonio Negri escribieron en 2004 que «nuestro mundo contemporáneo se caracteriza por una guerra civil global, permanente y generalizada, por la constante amenaza de violencia que deja efectivamente en suspenso la democracia»<sup>461</sup>. Esto era la guerra civil entendida como lo que Schmitt había llamado «estado de excepción», es decir, el estado de emergencia determinado por un soberano todopoderoso, en el que la vigencia de la ley es reemplazada por el gobierno discrecional o la ley marcial. «En 2005, Giorgio Agamben observaba lo siguiente: «Ante el imparable desarrollo de lo que ha dado en llamarse “guerra civil global”, el estado de excepción tiende cada vez más a convertirse en el paradigma dominante de gobierno de la política contemporánea»<sup>462</sup>.

Semejantes expansiones metafóricas del ámbito de la guerra civil suponen rasgos reconocibles de las antiguas ideas de guerra civil, como, por ejemplo, la de una comunidad definida, una lucha por el dominio en su seno y la desviación respecto de cualquier curso normal de política o «civilización». La idea de guerra civil «global» implica además una idea de humanidad universal que se afirma localizando el conflicto en el interior de una única comunidad amplia, esa ciudad mundial o cosmópolis poblada por conciudadanos mutuamente hostiles. A este respecto, el reciente lenguaje de guerra civil global aparece como una intensificación de las perdurables ideas de guerra civil de origen romano, más tarde ampliadas e intensificadas por la expansión de empatía y de horizontes propia del cosmopolitismo. Tal vez esta guerra civil «global» no admita la medición analítica que los científicos sociales confían en poder aplicar a otras formas de conflicto. Tampoco es objeto de regulación legal ni de mejoramiento humanitario, como los juristas internacionales creen que pueden serlo otras guerras de carácter no internacional. No obstante, las complejidades internas que la expresión entraña, el peso ideológico que soporta desde comienzos del siglo XX y las connotaciones antimusulmanas implícitas en el caso de ciertos usuarios, hacen de ella, al igual que del de «guerra civil», un concepto esencialmente controvertido. A este respecto, el reciente debate sobre la «guerra civil

global» puede considerarse como una intensificación o una cualificación de las concepciones enfrentadas de guerra civil de las que deriva.

La idea de guerra civil global ha visto incrementada su aceptación desde el surgimiento del terrorismo transnacional<sup>463</sup>. Este terrible fenómeno lleva la violencia de estilo bélico a la esfera de la vida cotidiana y de modo especialmente doloroso a las calles de distintas ciudades del mundo, como, por ejemplo, Nueva York en 2001, Madrid en 2004, Londres en 2005, Bombay en 2008, Sídney en 2014, París y San Bernardino en 2015 y Bruselas en 2016. Los atacantes suelen ser demonizados como extraños a las sociedades a las que atacan, aun cuando hayan nacido en ellas o hayan adoptado la ciudadanía del país correspondiente, y por tanto no se los describe de la misma manera que a quienes tradicionalmente constituyeron los bandos contendientes en las guerras «civiles» o guerras entre conciudadanos. Al mismo tiempo, la proliferación de diversas formas de guerra irregular y de las concepciones más plásticas de la guerra diseñadas para comprenderlas y combatir las ha contribuido a flexibilizar y ampliar el alcance metafórico de la «guerra civil». Por último, la disminución a largo plazo de las guerras entre Estados, junto con el surgimiento de guerras en su interior —al menos en proporción a los niveles generales de violencia organizada— ha estimulado la creencia de que tal vez en el futuro no haya guerras, sino guerras civiles<sup>464</sup>. Tal vez en el siglo XXI todas las guerras sean en realidad guerras civiles, pero por razones muy diferentes y en sentidos más difíciles de captar —y más escalofriantes— que los que imaginaba Torres Bodet en 1949.

---

<sup>380</sup> Torres Bodet, «Why We Fight». Mi agradecimiento a Glenda Sluga por esta referencia.

<sup>381</sup> Neumann, «International Civil War», 333 y 350; Kunze, «Zweiter Dreißigjähriger Krieg».

<sup>382</sup> Voltaire, *Le siècle de Louis XIV* [*El siglo de Luis XIV*] (1756), cita en Pagden, «Europe: Conceptualizing a Continent», en *The Idea of Europe: From Antiquity to the European Union*, ed. Pagden, 37.

<sup>383</sup> Fénelon, *Fables and Dialogues of the Dead*, 183; Bell, *First Total War*, 59.

<sup>384</sup> Lucan, *Bellum civile* 1.1-2: «bella per Emathios plus quam civilia campos, / [...] canimus» (la cursiva es mía) [Lucano, *Farsalia*].



[385](#) Armitage, «Cosmopolitanism and Civil War».

[386](#) Kant, «Toward Perpetual Peace», en *Practical Philosophy*, trad. de Gregor, 330 [*La paz perpetua*, presentación de Antonio Truyol y Serra, ed. de Joaquín Abellán, Madrid, Alianza, 2016, 102].

[387](#) Rousseau, *Project for Perpetual Peace*, 9 («presque la cruauté des guerres civiles»).

[388](#) Bourrienne, *Mémoires de M. de Bourrienne, ministre d'état*, 5:207: «La Turquie exceptée, l'Europe n'est qu'une province du monde; quand nous battons, nous ne faisons que de la guerre civile».

[389](#) Martin, *La Russie et l'Europe*, 106: «Toutes les guerres entre Européens sont guerres civiles».

[390](#) Véase, por ejemplo, G. K. Chesterton, en Hymans, Fort y Rastoul, *Pax mundi*; Coudenhove-Kalergi, *Europe Must Unite*, portada.

[391](#) Diplomatic Conference for the Establishment of International Conventions for the Protection of Victims of War, *Final Record of the Diplomatic Conference of Geneva of 1949*, 2B:325, 11; Sivakumaran, *Law of the Non-international Armed Conflict*, 30-31 y 40.

[392](#) International Committee of the Red Cross, *Seventeenth International Cross Conference, Stockholm, August 1948: Report*, 71; Pictet, *Geneva Convention for the Amelioration of the Wounded and Sick in Armed Forces in the Field*, 39-48. Sobre el borrador del Artículo Común 3, véase Moir, *Law of Internal Armed Conflict*, 23-29.

[393](#) Para orientarse sobre los antecedentes legales a lo largo del siglo XX, véanse Rougier, *Les guerres civiles et le droit des gens*; Siotis, *Le droit de la guerre et les conflits armés d'un caractère non-international*; Castrén, *Civil War*; La Haya, *War Crimes in Internal Armed Conflicts*; Solis, *Law of Armed Conflict*; Dinstein, *Non-international Armed Conflicts in International Law*; Moir, «Concept of Non-international Armed Conflict».

[394](#) Convenio de Ginebra, Artículo Común 3, en Pictet, *Geneva Convention for the Amelioration of the Condition of the Wounded and Sick in Armed Forces in the Field*, 37-38.

[395](#) Sivakumaran, *Law of Non-international Armed Conflict*, 163; Diplomatic Conference for the Establishment of International Conventions for the Protection of Victims of War, *Final Record of the Diplomatic Conference of Geneva of 1949*, 1:351, cita en *ibid.*, 163. Sobre los determinantes coloniales del debate en torno a los Convenios de Ginebra revisados, véanse Klose, «Colonial Testing Ground», 108-111; Klose, *Human Rights in Colonial Violence*, trad. de Geyer, 122-124.

[396](#) Institut de Droit International, «Principle of Non-intervention in Civil Wars».

[397](#) Moir, *Law of Internal Armed Conflict*, 89-132; Sivakumaran, *Law of Non-international Armed Conflict*, 49-92 y 182-192.

[398](#) Cullen, *Concept of Non-international Armed Conflict in International Humanitarian Law*; Vité, «Typology of Armed Conflicts in International Humanitarian Law», 75-83; David, «Internal (Non-international) Armed Conflict».

[399](#) Sobre la cuestión general de la clasificación de los conflictos, véanse Wilmshurst, *International Law and the Classification of Conflicts*.

[400](#) Institut de Droit International, «Application of International Humanitarian Law and Fundamental Human Rights, en Armed Conflicts in Which Non-state Entities Are Parties».

[401](#) Kolb, «Le droit international public et le concept de guerre civile depuis 1945»; Mattler, «Distinction Between Civil Wars and International Wars and Its Legal Implications».

[402](#) International Criminal Tribunal for the Former Yugoslavia, *Prosecutor v. Tadić*, § 97.

[403](#) Para un resumen y una crítica de estos esfuerzos, véase Kreß y Mégret, «The Regulation of Non-international Armed Conflicts».

[404](#) U.K. Ministry of Defense, *Manual of the Law of Armed Conflict*, 381-408.

[405](#) Sewall, introducción a *U.S. Army/Marine Corps Counterinsurgency Field Manual*, 352.

[406](#) International Criminal Tribunal for the Former Yugoslavia, *Prosecutor v. Tadić*, §§ 126 y 119.

[407](#) U.S. Department of State, Office of Electronic Information, Bureau of Public Affairs, «Daily Press Briefing-December 2, 2011»; Pressman, «Why Deny Syria Is in a Civil War?».

[408](#) Chenoweth, «Syrian Conflict Is Already a Civil War»; Murphy, «Why It's Time to Call Syria a Civil War».

[409](#) «Syria Crisis: Death Toll Tops 17,000, Says Opposition Group», *Huffington Post*, 9 de julio de 2012; «Syria in Civil War, Red Cross Says», *BBC News, Middle East*, 65, 15 de julio 2012.

[410](#) International Committee of the Red Cross, «Internal Conflicts or Other Situations of Violence».

[411](#) Eckstein, «Introduction: Toward Study of Internal War», en *Internal War*, 1. Sobre Eckstein, véase Almond, «Harry Eckstein as Political Theorist».

[412](#) Eckstein, «On the Etiology of Internal Wars». Para revisiones recientes de la Guerra Fría y las ciencias sociales, véanse Engerman, «Social Science in Cold War»; Gilman, «Cold War as Intellectual Force Field».

[413](#) Orlansky, *State of Research on Internal War*, 3; compárese con Eckstein, *Internal War*, 32: «Las cuestiones decisivas [...] son cuestiones preteóricas».

[414](#) U.S. Congress, Senate, Committee on Foreign Relations, *Nature of Revolution*, 155-156; Brinton, *Anatomy of Revolution*; McAlister, *Viet Nam*.

[415](#) Para un contexto político e intelectual más amplio en cuyo marco Rawls dicta sus clases, véase Forrester, «Citizenship, War, and the Origins of International Ethics in American Political Philosophy, 1960-1975».

[416](#) Rawls, «Moral Problems».

[417](#) Compárese, por ejemplo, con Speier, *Revolutionary War*.

[418](#) John Rawls, «Topic III: *Just War: Jus ad bellum*» (1969), Harvard University Archives, Acs. 14990, caja 12, archivo 4; Mill, «A Few Words on Non-intervention» (1859), en *Collected Works of John Stuart Mill*, 21:111-123.

[419](#) Foucault, «La société punitive», Lección 1 (3 de enero de 1973), 16-17; Foucault, *La société punitive*, 14-15; Foucault, *Punitive Society*, trad. de Burchell, 13 [*La sociedad punitiva*, trad. de Horacio Pons, Buenos Aires, FCE, 2016].

[420](#) Hoffman, «Foucault's Politics and Bellicosity as a Matrix for Power Relations».

[421](#) Foisneau, «Farewell to Leviathan».

[422](#) Foucault, «La société punitive», Lección 2 (10 de enero de 1973), 22-23 y 28-29; Foucault, *La société punitive*, 26-31 («la guerre civile se déroule sur le théâtre du pouvoir»), 34 («la politique est la continuation de la guerre civile»); Foucault, *Punitive Society*, trad. de Burchel, 24-32 [*La sociedad punitiva*, trad. Horacio Pons, Buenos Aires, FCE, 2016].

[423](#) Wright, *Study of War*; Richardson, *Statistics of Deadly Quarrels*; Singer y Small, *Wages of War, 1816-1965*.

[424](#) Small y Singer, *Resort to Arms*, 203-204.

[425](#) *Ibid.*, 210-220; Henderson y Singer, «Civil War in the Postcolonial World, 1946-1992», 284-285.

[426](#) Sambanis, «What Is Civil War?», 816.

[427](#) Para otros análisis, véanse, por ejemplo, Duvall, «Appraisal of the Methodological and Statistical Procedures of the Correlates of War Project»; Cramer, *Civil War Is Not a Stupid Thing*, 57-86; Vasquez, *War Puzzle Revisited*, 27-29.

[428](#) Más tarde, el Correlates of War Project abandonó la distinción metrópolis/periferia. Sarkees y Wayman, *Resort to War*, 43 y 47.

[429](#) La dificultad persigue incluso a la definición más pragmática de guerra civil que ofrece el politólogo de Yale Stathis Kalyvas: «lucha armada dentro de los límites de una *entidad soberana reconocida* entre bandos sometidos a una autoridad común al comienzo de las hostilidades». Kalyvas, *Logic of Violence in Civil War*, 17 (la cursiva es mía).

[430](#) Remak, *Very Civil War*, 157.

[431](#) Hopkinson, *Green Against Green*, 272-273.

[432](#) Sutton, *Index of Deaths from the Conflict in Ireland, 1969-1993*; Conflict Archive on the Internet, «Violence: Deaths During the Conflict».

[433](#) Sambanis, «It's Official»; véase también Toft, «Is It a Civil War, or Isn't It?».

[434](#) Annan, cita en Cordesmann, *Iraq's Insurgency and the Road to Civil Conflict*, 2:393.

[435](#) Lando, «By the Numbers, It's Civil War».

[436](#) Wong, «Matter of Definition».

[437](#) Erdogan, cita en Cordesmann, *Iraq's Insurgency and the Road to Civil Conflict*, 2:393.

[438](#) Keeter, «Civil War».

- [439](#) Stansfield, «Accepting Realities in Iraq».
- [440](#) Fearon, «Testimony to U.S. House of Representatives [...] on “Iraq: Democracy or Civil War?”».
- [441](#) Fearon, «Iraq’s Civil War».
- [442](#) Zavis, «Maliki Challenges “Civil War” Label».
- [443](#) Taheri, «There Is No Civil War in Iraq».
- [444](#) Keegan y Bull, «What Is a Civil War?».
- [445](#) Patten, «Is Iraq in a Civil War?», 32, 27.
- [446](#) *U.S. Army Field Manual 100-20: Military Operations in Low Intensity Conflict*, cita en Patten, «Is Iraq in a Civil War?», 28.
- [447](#) Patten, «Is Iraq in a Civil War?», 29 (la cursiva es mía).
- [448](#) «Piú che ad una guerra fra nazioni, noi assistiamo ad una mondiale guerra civile»: Salvemini, «Non abbiamo niente da dire» (4 de septiembre de 1914), en *Come siamo andati in Libia e altri scritti dal 1900 al 1915*, 366; «[...] dieser Großkrieg ist ein europäischer Bürgerkrieg, ein Krieg gegen der inneren, unsichtbaren Feind des europäischen Geistes»: Marc, «Das geheime Europa» (noviembre de 1914), en Marc, *Schriften*, 165; Losurdo, *War and Revolution*, trad. de Elliott, 82; Traverso, *A ferro e fuoco*, 29.
- [449](#) Keynes, *Economic Consequences of the Peace*, 5 [*Las consecuencias económicas de la paz*, Barcelona, Crítica, 2002].
- [450](#) Rusconi, *Se cessiamo di essere una nazione*, 101-121; Traverso, *A ferro e fuoco*; Traverso, «New Anti-Communism»; Cattani, «Europe as a Nation», 8-9.
- [451](#) Friedrich, «International Civil War», en *Foreign Policy in the Making*, 223-253; Losurdo, «Une catégorie centrale du révisionnisme».
- [452](#) Roy, *War and Revolution*, 46-54, 83-91, 96 y 108-109; Manjapra, *M. N. Roy*, 128-129.
- [453](#) Nolte, *Der europäische Bürgerkrieg, 1917-1945*; Nipperdey, Doering-Manteuffel y Thamer, *Weltbürgerkrieg der Ideologien*; Bonnet, «Réflexions et jeux d’échelles autour de la notion de “guerre civile européenne”». Para un enfoque diferente, véase Payne, *Civil War in Europe, 1904-1949*.
- [454](#) Acheson, *Present at the Creation*, 4-5.
- [455](#) John F. Kennedy, «State of the Union Address» (11 de enero de 1962), en U.S. President (1961-1963: Kennedy), *Public Papers of the Presidents of the United States: John F. Kennedy*, 2:9; Miller, *Modernism and the Crisis of Sovereignty*, 15-16.
- [456](#) Schmitt, *Theory of the Partisan*, trad. de Ulmen, 95.
- [457](#) Schmitt, *Donoso Cortés gesamteuropäischer Interpretation*, 7 («der europäische Bürgerkrieg von 1848 [...] und der globale Weltbürgerkrieg der Gegenwart»), 18-19, 21, 85-86 y 113-114; Schmitt, *La guerre civile mondiale*; Kesting, *Geschichtsphilosophie und Weltbürgerkrieg*; Schnur, *Revolution und*

*Weltbürgerkrieg*; Portinaro, «L'epoca della guerra civile mondiale?»; Müller, *Dangerous Mind*, 104-115; Jouin, *Le retour de la guerre juste*, 269-290.

[458](#) Students for a Democratic Society, *Port Huron Statement*, 27.

[459](#) Arendt, *On Revolution*, 17 [*Sobre la revolución*, Madrid, Alianza, 2013]; Bates, «On Revolutions in the Age».

[460](#) Galli, *Political Spaces and Global War (2001-2002)*, trad. de Fay, 171-172; Härting, *Global Civil War and Post-colonial Studies*; Odysseos, «Violence After the State?»; Odysseos, «Liberalism's War, Liberalism's Order».

[461](#) Hardt y Negri, *Multitude*, 341.

[462](#) Agamben, *State of Exception*, trad. de Attell, 2-3; véase también Agamben, *Stasis*, trad. de Heron, 24 («La forma que la guerra civil ha adoptado hoy en el mundo en la historia mundial es la del “terrorismo” [...] El terrorismo es la “guerra civil global” que una y otra vez afecta una u otra zona del planeta»).

[463](#) Sobre las congruencias, empíricas y de definición, entre «guerra civil» y «terrorismo», véase Findley y Young, «Terrorism and Civil War».

[464](#) Jung, «Introduction: Towards Global Civil War?».

## CONCLUSIÓN

# GUERRAS CIVILES DE PALABRAS

Tanto es lo que está hoy en juego a la hora de aplicar o evitar la categoría de «guerra civil», que resulta casi imposible dejar permanentemente de lado la política. Ahora estamos mejor preparados para comprender por qué. Cuando conocemos mejor la inaprensible historia de la guerra civil, estamos en condiciones de distinguir más claramente sus marcas de nacimiento, ver sus cicatrices acumuladas y apreciar la persistente sensibilidad de las heridas de la guerra civil. Nuestras ideas sobre la guerra civil transmiten el dolor de dos milenios. Y ese dolor continúa perturbando nuestra política incluso hoy.

Lo mismo que el término «genocidio», en la actualidad la expresión «guerra civil» no solo tiene connotaciones políticas, sino también implicaciones legales que pueden disparar la acción de la comunidad internacional; en efecto, trazar las fronteras entre genocidio y guerra civil — dos conceptos esencialmente controvertidos y ambos con efectos legales— puede resultar cada vez más discutible<sup>465</sup>. Tantas son las imágenes y asociaciones de horror y destrucción que evoca la guerra civil, que es difícil imaginar alguna consecuencia positiva de ella. Esta sensación apunta al verdadero núcleo de la expresión, que es una paradoja, incluso un oxímoron. ¿Qué puede haber de «civil» en una guerra? El adjetivo «civil» califica formas benignas de la actividad humana, como en las expresiones sociedad civil y desobediencia civil, al igual que en servicio civil, que es otra manera de designar la función pública. Sus parientes etimológica y lingüísticamente más próximos son «civilidad» y «civilización». La guerra no reúne de forma pacífica a la gente ni dirige de manera no violenta sus energías; difícilmente implica urbanidad o refinamiento, dado que entraña tanto derramamiento de sangre y tanta muerte. Seguramente la oscuridad de la guerra cubre cualquier resplandor de lo que pudiera llamarse civil.

Alguien podría argumentar que se trata de una mera cuestión semántica o retórica, simple juego de palabras y no verdaderas cuestiones de vida o

muerte. Otra forma de respuesta es la que surge de la perspectiva que he adoptado en este libro, esto es, la de asumir que tales argumentos dicen mucho acerca de la manera en que definimos nuestra comunidad, identificamos a nuestros enemigos y alentamos a nuestros aliados. Las palabras son medios con los que construimos nuestro mundo; no son los únicos, por cierto, pero son los instrumentos con los que lo construimos en conversación con nuestros prójimos cuando tratamos de persuadirlos de nuestro propio punto de vista para justificar nuestras acciones y para atraer a los distantes e incluso a la posteridad. Pero al hablar de guerras, las palabras se blanden como armas, ya sea que la sangre esté aún caliente, ya que la batalla se haya enfriado. «Las palabras que se refieren a la guerra —incluso los nombres de la guerra— son realmente discutibles»<sup>466</sup>, y no hay guerra de nombre más controvertible que la guerra civil.

La aplicación de la expresión «guerra civil» puede depender de que quien la proclama sea gobernante o rebelde, triunfador o vencido, gobierno establecido o un tercero interesado. Como ha escrito un importante estudioso de la guerra civil contemporánea, «la descripción de un conflicto como guerra civil entraña un peso simbólico y político debido a que la expresión puede conferir o denegar legitimidad. En realidad, su mero uso (o no) forma parte del propio conflicto»<sup>467</sup>. O, como afirmaba más sucintamente Thomas de Quincey, «las sutilezas de la guerra civil, ¡qué inmensidad!»<sup>468</sup>. La disputa por los nombres puede continuar mucho más allá de la finalización del conflicto: por ejemplo, el uso de «guerra civil» para describir la lucha entre la resistencia italiana y el gobierno fascista durante la Segunda Guerra Mundial ha seguido siendo tema de controversia debido a la equivalencia que parecía implicar entre ambos bandos<sup>469</sup>.

Más recientemente, en los conflictos hoy en curso, el resto de las potencias de la tierra pueden evadir responsabilidades o decidir que esas guerras están fuera de su control porque son exclusivamente «civiles», esto es, asuntos internos de un Estado. Las consecuencias de estas decisiones han sido fundamentales en importantes conflictos a lo largo de los siglos y a lo ancho del mundo. Por ejemplo, la Revolución Norteamericana, ¿fue únicamente una revolución para los colonos de América del Norte, o fue también una guerra civil en el seno del Imperio Británico? ¿Fue la Guerra

Civil de Estados Unidos una guerra entre bandos opuestos equivalentes o una rebelión en el seno de las fronteras de un único Estado soberano? ¿La denominación de guerras «civiles» a los conflictos de Ruanda y de Bosnia de la última década del siglo pasado permite al resto del mundo rehuir responsabilidades por lo que tuvo lugar tras las fronteras cerradas? ¿Y el hecho de llamar «genocidio» y no guerra civil a lo que ocurrió en Darfur después de 2003 hace de un conflicto fundamentalmente político un conflicto «étnico» intratable y, por eso mismo, sin esperanza de solución razonable? [470](#).

La elección de la categoría tiene consecuencias morales a la vez que políticas. Puede ser cuestión de vida o muerte para decenas de miles de personas, por lo general las que menos control tienen sobre la suerte que se imprime a su destino. La decisión de que lo que vemos sea realmente una guerra civil puede tener consecuencias políticas, militares, legales y económicas no solo para la población del país desgarrado por la guerra, sino para la de otros países. Por lo que sabemos, es posible que la comunidad internacional desee estar al tanto de la existencia de dicho conflicto para evitar implicarse en él. Efectivamente, a veces se da por supuesto que una guerra civil es asunto de otros, que los extraños a ella deben permanecer al margen. Pero también, a la inversa, puede aplicarse dicha categoría para autorizar la intervención tras el hundimiento de un Estado y la consiguiente crisis humanitaria<sup>471</sup>. Estas polaridades, tanto en la motivación como en la respuesta, también forman parte de la naturaleza paradójica del concepto.

La decisión de que se está ante una guerra civil también puede determinar qué disposiciones de las leyes de la guerra y del derecho humanitario internacional es posible aplicar mientras se desarrolla la lucha y más tarde, cuando se juzgue a los agresores y se identifique a los criminales de guerra. Es probable que las consecuencias financieras sean ingentes; millones de dólares de ayuda humanitaria de Naciones Unidas y sus agencias pueden depender de que se aplique o no la categoría de guerra civil a un conflicto en un Estado miembro. En todas estas situaciones, el reconocimiento como tal de una guerra civil en presencia de ella puede ser impreciso, peligroso y caro. De ahí la gran urgencia en decidir sobre una definición y de aplicarla con el máximo rigor posible a casos particulares. A menudo, la presión por definir



la guerra civil está inversamente relacionada con la apuesta política que el ofrecimiento de tal definición entraña, pues a mayor exigencia de precisión, mayor es la probabilidad de que la exactitud sea ella misma fuente de disputa política.

La mera denominación de «guerra civil» puede dotar de legitimidad a formas de violencia que de otro modo serían reprimidas o criticadas. Al menos desde el siglo XIX, si la violencia dentro de un Estado es susceptible de ser calificada de «guerra» antes que de rebelión o insurrección, por ejemplo, los bandos que en ella participan son responsables de la protección a los combatientes (así como del castigo a quienes violen las leyes de la guerra). La existencia de un conflicto al que se designe como «guerra» —incluso la guerra «civil»— puede conllevar el reconocimiento de la comunidad internacional y, a su vez, la posibilidad de diversos tipos de apoyo exterior, como el económico, legal e incluso militar. Recuérdese, por ejemplo, el reconocimiento internacional que se dio en 2011-2012 al Consejo Nacional de Transición de Libia durante la guerra civil en este país<sup>472</sup>. Pese a que las asociaciones históricas de la expresión «guerra civil» sean abrumadoramente negativas, en determinados momentos y en circunstancias particulares sus consecuencias legales y políticas han sido positivas.

Las concepciones actuales de la guerra civil llevan en su seno los múltiples significados del pasado, así como de los discursos afines —de historia, política, derecho y ciencia social, por ejemplo— que se han depositado en sus propias capas de significación. De la historia, sobre todo de la romana, proviene la comprensión de la guerra civil como fenómeno recurrente y secuencial. De la política, la guerra civil ha tomado sus vínculos con la civilización y la soberanía, la rebelión y la revolución. Del derecho deriva tanto el esfuerzo por contener la guerra civil en el marco de una definición precisa como el intento de regularla de acuerdo con protocolos legales. Y a la ciencia social moderna se debe el estudio de la guerra civil como fenómeno global, acumulativo, listo para recibir nuevos elementos y susceptible de ser analizado en sus causas y sus consecuencias. En su flujo conceptual, la amplitud de estas olas ha permitido a la guerra civil atravesar siglos, pero también ha dejado brechas en su estela. El de guerra civil se convirtió en un concepto tan controvertido porque se lo pudo utilizar de

manera competitiva y porque poco a poco ganó prestigio como tema, en particular después de que pensadores jurídicos como Vattel y Lieber lo señalaran como marca de beligerancia, señal de intervención o estímulo para la regulación humanitaria. Todas esas características permanecen contingentemente relacionadas con la guerra civil en el presente como manifestación de sus múltiples pasados acumulados y a la vez de la controversia a su respecto, quizá ya demasiado compleja como para poder superarla alguna vez.

La guerra civil es un legado al que tal vez la humanidad no pueda escapar. No quiero decir con esto que los seres humanos sean hereditariamente competitivos, codiciosos y agresivos ni que nuestro destino haya de ser para siempre el suicidio social, el hundir espadas en nuestras propias entrañas, como habría dicho Lucano. Lo que quiero decir es que el de guerra civil es uno de esos conceptos indispensables que, una vez inventados, han demostrado ser sorprendentemente traducibles. Pasó de Roma a muchas lenguas importantes del mundo sin dificultad y sin perder nada de la horrible carga acumulada. Esa innovación, que los griegos habían eludido, se convirtió, bajo el conciso oxímoron y el convincente relato histórico elaborado por los romanos, en una idea irrefutable hasta el siglo XIX. Ni siquiera la promesa utópica de cambio revolucionario pudo destronar la guerra civil del repertorio del pensamiento político, aunque solo fuera porque la política misma ha sido siempre una guerra civil por medios menos mortales. De esta manera, la idea adquirió el hechizante poder de algo no inventado, sino descubierto.

¿Qué puede hacer el historiador ante semejante fuerza? Tal vez haya dos maneras de responder a esta pregunta. Una sería tratar de recuperar cierta presunta esencia de la expresión, reducir de alguna manera su profusión de significados a algo más manejable. La otra sería reconstruirla en toda su complejidad, sacar a la luz de qué manera ha llegado a cargarse de tanto significado. Como hemos comprobado en recientes debates acerca de los conflictos de Irak y Siria, los intentos de encerrar la guerra civil en el marco de una única definición solo han servido para aumentar la confusión y la controversia. Por tanto, parecería mejor trabajar en la otra dirección y explorar los diversos significados de «guerra civil» tal como se han ido

decantando en siglos. Con el abandono de la engañosa promesa de sencillez del primer enfoque se habría conseguido eludir la inevitable perplejidad que de él deriva.

Allí donde un filósofo, un jurista o incluso un científico social solo encuentra confusión y discusiones en torno a la expresión «guerra civil», el historiador huele una oportunidad. Todas las definiciones de guerra civil son forzosamente contextuales y conflictivas. La tarea del historiador no es dar con una mejor, sobre la cual todos los demás pudieran estar de acuerdo, sino averiguar el origen de concepciones tan incompatibles entre sí, qué han significado y cómo han surgido en la experiencia de quienes han vivido situaciones a las que así se ha denominado o de quienes han intentado comprenderlas en el pasado.

La guerra civil, primero y ante todo, es una categoría vivencial; normalmente, quienes en ella participan tienen la certeza de hallarse inmersos en una guerra civil antes de que las organizaciones internacionales la reconozcan como tal. Pero es una experiencia que se refracta en el lenguaje y la memoria a través del registro de guerras civiles del pasado y de las maneras que se las pensó y explicó, a menudo en tiempos remotos y lugares muy lejanos, así como en los temores de que las guerras civiles de la historia del propio país pudieran repetirse. Es una experiencia enmarcada —hay quien diría distorsionada— por la herencia conceptual de la guerra civil. Una vez formado, el concepto de guerra civil queda irrevocablemente a nuestra disposición como una lente a través de la cual pueden verse los conflictos y como un arma con la que se libran las batallas retóricas sobre su significado. La guerra civil debería entenderse en el dominio de las ideas que son a la vez heredadas y contestadas. Las luchas por su significado asegurarán que sus múltiples futuros sean tan disputados y transformadores como su controvertido pasado.

---

[465](#) Moses, «Civil War or Genocide?»; Rabinbach, «The Challenge of the Unprecedented».

[466](#) Lepore, *Name of War*, xv.

[467](#) Kalyvas, «Civil Wars», 416, donde observa que se trata de «un fenómeno con tendencia a producir fácilmente confusión semántica e incluso rechazo». Véanse también Waldmann, «Guerra civil»;

Angstrom, «Towards a Typology of Internal Armed Conflict»; Sambanis, «What Is Civil War?»; Mundy, «Deconstructing Civil Wars»; González Calleja, Arbusti y Pinto, «Guerre civili», 34-42; González Calleja, *Las guerras civiles*, 34-78; Jackson, «Critical Perspectives», 81-83.

[468](#) De Quincey, «[Fragments Relating to “Casuistry”]» (ca. 1839-1843), en *De Quincey*, 11:602.

[469](#) Pavone, *Civil War*, 269-270.

[470](#) Mamdani, «Politics of Naming»; Mamdani, *Saviors and Survivors*, 3-6.

[471](#) Freedman, «What Makes a Civil War?».

[472](#) Talmon, «Recognition of the Libyan National Transitional Council».

## POSFACIO

Según un amargo proverbio ruso, el pasado es impredecible; todo historiador sabe cuánta verdad puede haber en eso. Qué consideramos históricamente importante, qué problemas merecen investigación académica, qué temas se presentan como más urgentes, todo esto cambia a la luz de las preocupaciones del presente. A veces solo una coincidencia, un momento en que el pasado y el presente se solapan de forma iluminadora, puede señalar al historiador la pregunta correcta. Este libro empezó justo con una coincidencia de este tipo, en la que dos batallas sobre el significado de la guerra civil resonaron conjuntamente a través del tiempo.

La guerra civil no era un tema al que hubiera esperado dedicar mi tiempo, y mucho menos aún al que hubiese deseado hacerlo. Sin embargo, a finales de 2006 trabajé en la magnífica Huntington Library de San Marino, California, situada a apenas treinta y dos kilómetros al sur de Los Ángeles, la ciudad donde tuvieron lugar los disturbios de 1992, absolutamente inimaginables desde los bajos edificios neoclásicos, sus magníficos jardines o su famosa colección de arte británico. Mi tema se presentó allí durante lo que resultó ser el período más turbulento de la Segunda Guerra del Golfo. En su cruento apogeo, entre octubre de 2006 y enero de 2007, morían en los enfrentamientos de Irak un promedio de tres mil personas por mes, entre soldados y civiles<sup>473</sup>.

Precisamente en ese momento descubrí que las ricas colecciones de Huntington contenían los papeles de Francis Lieber. Los temas que Lieber había sido uno de los primeros en tratar sistemáticamente, al menos en el contexto del derecho militar norteamericano —el estatus de los combatientes enemigos, el tratamiento de los prisioneros cogidos en el campo de batalla y las reglas de la justicia militar—, se convertían en noticias de primera página a la luz de la «guerra global al terror» que perseguía la administración de George W. Bush. Cuando me puse a trabajar con las cartas y los borradores de Lieber, encontré que el pasado y el presente se acompasaban insistente e

inquietantemente en torno al desafío de la guerra civil. En Estados Unidos, en Irak y en otros países comenzaba a encenderse el debate acerca de la naturaleza del conflicto contemporáneo en Mesopotamia. La perplejidad de Lieber a mediados del siglo XIX acerca de la definición de la guerra civil y la complejidad paralela de su aplicación en Irak a comienzos del siglo XXI me impresionaron como si se tratara de dos paradas en un viaje histórico mucho más largo que llegara de la antigua Roma hasta nuestros días, pasando por los comienzos del período moderno.

Unas semanas después de la sorprendente revelación que experimenté en la Huntington, otro hecho fortuito me inspiró el trabajo sobre la guerra civil. En febrero de 2007 presenté mi primer libro, *The Declaration of Independence: A Global History*, en la John Carter Brown Library, Rhode Island. Ted Widmer —historiador y exredactor de los discursos presidenciales—, por entonces director de la biblioteca, me dijo que estaba terminando un trabajo sobre la misión estadounidense de exportar libertad al mundo<sup>474</sup>. Yo tenía frescos en la mente tanto a Francis Lieber como los debates sobre Irak. Con poca cortesía respondí a Ted que, más que de un relato sobre la exportación norteamericana de libertad, teníamos necesidad de una historia mucho más oscura, la de la guerra civil y sus significados en el tiempo. Poco después, esa misma tarde, un rastreo rápido de los catálogos de la biblioteca me convenció de que nadie había reconstruido nunca esa historia. Decidí escribir una continuación de mi libro sobre la Declaración de la Independencia y proseguir ese estudio de la *formación del Estado* con una historia de la quiebra del Estado. El resultado, muchos años y muchas guerras civiles de por medio, es *Guerras civiles: una historia en ideas*.

\* \* \*

Todo libro es resultado de la colaboración; cada persona colabora a su manera. Este es el producto de conversaciones de gran amplitud de miras, mucha buena fortuna y grandes ofrendas de amistad durante muchos años en muchos sitios.

Mi principal deuda institucional es con la Huntington Library, La Queen's University Belfast y la Harvard University. Ni remotamente se me habría

ocurrido este proyecto sin la beca de investigación Mellon que tuve en la Huntington en 2006-2007. Por tanto, mi primer agradecimiento es para Roy Ritchie, el entonces director de investigación de la biblioteca, por no inquirir demasiado cuando cambié la orientación del trabajo en el curso del año.

Dos acontecimientos estimulantes, en Belfast y en Cambridge, Massachusetts, enmarcaron la redacción del libro. En mayo de 2010 presenté una versión muy inicial de mi argumentación con ocasión de las Wiles Lectures, en la Queen's University. El encargo de conferenciante de Wiles es tan intimidante como inspirador: «relacionar las investigaciones del disertante con la historia general de la civilización» y «extraer las consecuencias de la reflexión sobre las implicaciones de mayor alcance de estudios históricos más detallados». Estoy profundamente agradecido a los Wiles Trustees del momento —Sean Connolly, Robert Evans, David Hayton y, por encima de todos, al fallecido Chris Bayly— por el inmenso honor de su invitación y por la oportunidad única que me brindaron de insertar las ideas sobre guerra civil en «la historia general de la civilización». También estoy muy agradecido a Liz Cohen, a la sazón directora de mi departamento, por aligerarme de obligaciones a fin de que pudiese escribir y pronunciar las conferencias en un momento en que estaba particularmente ocupado.

Tal vez el mayor de los muchos placeres y privilegios que me procuraron las lecciones de Wiles haya sido la oportunidad de invitar a un equipo de estudiosos a poner a prueba mis argumentos en una serie de tonificantes seminarios vespertinos templados por buen whisky irlandés. Vayan especiales agradecimientos para Duncan Bell, Richard Bourke, Mike Braddick, Michael Hopkinson, Colin Kidd, Jane Ohlmeyer, Josiah Osgood, Jennifer Pitts y Adam Smith por venir a Belfast y ofrecerme su consejo, así como para Richard English, Peter Gray, Keith Jeffrey (fallecido), David Livingstone y Chris Marsh, del equipo local de Queens. David Hayton, en su calidad de jefe de la School of History and Anthropology en ese momento, fue un impecable anfitrión durante esa memorable semana.

Cinco años después, en abril de 2015, presenté un borrador del manuscrito en un taller patrocinado por el Harvard's Center for American Political Studies. Mi más sincero agradecimiento a Gabriella Blum, Darrin McMahon, Sam Mon, Eric Nelson, John Stauffer y Richard Thomas, así como a Peter

Gordon, James Hankins y Jim Kloppenberg por su despiadada crítica y su consejo amistoso, y a Joshua Ehrlich por su ayuda en la grabación del debate. El generoso sostén de Dan Carpenter y las habilidades organizativas de Maura Donaldson fueron decisivos a la hora de hacer que el taller resultara todo un éxito. Mi cálido agradecimiento también a Michèle Lowrie y John McCormick por sus respuestas durante un seminario igualmente dinamizador unas semanas más tarde en el Neubauer Collegium for Culture and Society de la University of Chicago y al entregado grupo que discutió el manuscrito final en la Universität Bielefeld en junio de 2016. El sostén sabático del Weatherhead Center for International Affairs de Harvard fue indispensable para acabar el libro.

También he tenido la buena fortuna de presentar partes de mi argumentación a públicos perspicaces y comprometidos de todo el mundo. Por las invitaciones a hablar sobre guerra civil, estoy muy agradecido a Chris Bayly (Cambridge), Alastair Bellany (Rutgers), Kenzie Bok (Cambridge), Eva Botella Ordinas (Real Colegio Complutense), Richard Bourke (Nicolai Rubinstein Lecture, Queen Mary), Nigel Bowles (the Sir John Elliott Lecture, Oxford), Charles Crouch (Savannah), Don Doyle (Charleston), Dan Edelstein (Stanford), Yasuo Endo (Tokio), Laura Frader (Northeastern), Alison Games (Georgetown), Rebecca Goetz (the Ervin Frederick Kalb Lecture, Rice), Eva Marlene Hausteiner y Stefan Schlelein (Humboldt-Universität), Will Hay (Estado de Misisipi), Russ Heller (Boise), Jakob Huber y Nimrod Kovner (LSE), Jun Iwai (Seigakuin), Paul Kennedy (Yale), Christina Koulouri (Panteion), Alison LaCroix (Maurice and Muriel Fulton Lecture, Chicago Law School), Jonathan Lear (Chicago), Sandy Levinson (Tom Sealy Lecture, University of Texas School of Law), Matthijs Lok (Ámsterdam), Dirk Moses (European University Institute), Panagiotis Roilos (Harvard), Helena Rosenblatt (John Patrick Diggins Memorial Lecture, CUNY Graduate Center), Joan-Pau Rubiés y Neil Safier (Huntington Library), Katherine Sawyer (Estado de Luisiana), Brian Schoen (Costa Lecture, Ohio), Javier Fernández Sebastián (Buenos Aires), Alex Semyonov (San Petersburgo), Eric Slauter (Chicago), Glenda Sluga (Sídney), Courtney Weiss Smith (Wesleyan), Peter Stacey (UCLA), Simon Stern y Anna Su (Katherine Baker Memorial Lecture, Toronto Faculty of Law), Miles Taylor (York), Spyridon



Tegos (Rethymnon), Bruno Tribout (Londres), Luciana Villas Bôas (Río de Janeiro), Chris Waters (Providence y Williams), Thomas Welskopp (Bielefeld), Richard Whatmore (Sussex), Caroline Winterer (Stanford) y Ângela Xavier (Lisboa).

Por muchos otros intercambios de información a lo largo de años agradezco a Cliff Ando, Charles Bartlett, Gary Bass, David Bell, Peter Bol, Hannah Callaway, Elizabeth Cross, Emma Dench, Ian Donaldson, Dan Edelstein, John Elliott, Philip Fileri, Juan Francisco Fuentes, Michael Geyer, Ninon Grangé, Jo Guldi, Bernard Harcourt, Jo Innes, Maya Jasanoff, João Feres Júnior, Daniel Jütte, Shruti Kapila, Ville Kari, Robin Kiera, Krishan Kumar, Carsten Hjort Lange, Nicholas McDowell, Adam Mestyan, Sankar Muthu, Louiza Odysseos, Anthony Pagden, Erika Pani, John Pocock, Ingrid Purnell, Sophie Rosenfeld, Joan-Pau Rubiés, Nick Sacco, Elaine Scarry, Rob Schneider, Mira Siegelberg, Zoltan Simon, Emile Simpson, Giulia Sissa, Lauri Tähtinen, Georgios Varouxakis, Ted Widmer, John Witt, Susan Woodward, Philip Wynn, John Zammito y Andrew Zimmerman. También debo agradecer a Jonathan Bate su estímulo en el momento decisivo, a Joshua Eaton una lectura sutil de un primer borrador del manuscrito y, sobre todo, al extraordinario equipo del Harvard History Department, en especial a Janet Hatch, Ann Kaufman, Elena Palladino y Kimberly O'Hagan, el haberme mantenido a flote durante mi etapa de director del departamento.

El inquebrantable apoyo de mi agente, Andrew Wylie, y de todo el personal de la Wylie Agency, en particular James Pullen y Sarah Chalfant, ha sido muchas veces puesto a prueba sin jamás fallar, lo mismo que la paciencia de mis editores, George Andreou, Heather McCallum y Lilia Moritz Schwarcz. Gracias a todos.

Por último, mi más cálido reconocimiento a quienes me han animado a lo largo del trayecto: Alison Bashford, Joyce Chaplin, las tres D., Graham Earles, Andrew Fitzmaurice, Stella Ghervas, Eileen Gillooly, Peter Gordon, Jim Kloppenberg, Eric Nelson y Quentin Skinner.

Dedico este libro a la memoria de dos amigos de amistad inquebrantable y fuentes de inspiración como historiadores, que fallecieron mientras yo terminaba el manuscrito. Su legado perdura.

---

[473](http://www.iraqbodycount.org/database/) <http://www.iraqbodycount.org/database/>; United Nations Assistance Mission for Iraq, «Human Rights Report, 1 September-31 October 2006». 4.

[474](#) Ted Widmer, *Ark of the Liberties: America and the World*, Nueva York, Hill and Wang, 2008.

# BIBLIOGRAFÍA

## *Fuentes primarias*

- Acheson, Dean, *Present at the Creation: My Years in the State Department*, Nueva York, Norton, 1969.
- Adams, John, *Discourses on Series of Papers, on Political History*, Boston, Russell and Cutler, 1805.
- Appian, *An Auncient Historie and Exquisite Chronicle of the Romane Warres, Foren*, Londres, Ralph Newbery and Henry Bynneman, 1578.
- , *The Civil Wars*, trad. de John Carter, Londres, Penguin Books, 1996 [Apiano, *Historia romana*, trad. y notas de A. Sancho Royo, Madrid, Gredos, 1985].
- , *Shakespeare's Appian: A Selection from the Tudor Translation of Appian's Civil Wars*, ed. de Ernest Schanzer, Liverpool, Liverpool University Press, 1956.
- Arendt, Hannah, *On Revolution*, Londres, Penguin, 1990 [*Sobre la revolución*, Madrid, Alianza, 2013].
- ARTFL (Project for American and French Research on the Treasury of the French Language), «Dictionnaires d'autrefois», <http://artfl-project.uchicago.edu/content/dictionnaires-autrefois>.
- Astell, Mary, «An Impartial Enquiry into the Causes of the Rebellion and Civil War in This Kingdom», en *Political Writings*, ed. de Patricia Springborg, 135-197, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.
- Augustine, *The City of God Against the Pagans*, ed. de R.W. Dyson, Cambridge, Cambridge University Press, 1998 [Agustín, *La ciudad de Dios*, en Agustín, *Obras Completas*, tomos XVI y XVII, ed. bilingüe de José Morán, Madrid, Biblioteca de autores cristianos, 1964].
- Biondi, Giovanni Francesco, «Civill Warrs of England: In the Life of Henry the Sixth», trad. de Henry, conde de Monmouth, f MSEng 1055, Houghton Library, Harvard University.
- , *An History of the Civill Warres of England, Betweene the Two Houses of Lancaster and Yorke*, trad. de Henry, conde de Monmouth, Londres, John

- Benson, 1641.
- Bonaparte, Napoléon, *Précis des guerres de Jules César Écrit à Sante-Hélène par Marchand, sous la dictée de l'Empereur*, Bécherel, Perséides, 2009.
- Bourrienne, Louis Antoine Fauvelet de, *Mémoires de M. de Bourrienne, ministre d'état; sur Napoléon, le directoire, l'empire et la restauration*, 10 vols., París, L'Advocat, 1829-1830.
- Burke, Edmund, *Further Reflections on the Revolution in France*, ed. de Daniel E. Ritchie, Indianápolis, Liberty Fund, 1992 [*Reflexiones sobre la Revolución en Francia*, trad. de Carlos Mellizo, Madrid, 2016].
- , *A Letter from the Right Hon. Edmund Burke ... to Sir Hercules Langrishe ... on the Subject of Roman Catholics of Ireland*, 2.<sup>a</sup> ed., Londres, J. Debrett, 1792.
- , *Reflections on the Revolution in France*, ed. de J. G. A. Pocock, Indianápolis, Hackett, 1987.
- , *The Revolutionary War, 1794-1797: Ireland.*, vol. 9 de *The Writings and Speeches of Edmund Burke*, ed. de R. B. McDowell, Oxford, Clarendon Press, 1991.
- Caesar, *Civil War*, ed. y trad. de Cynthia Damon, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2016 [Julio César, *Guerra Civil*, trad. literal y literaria de Julio Calonge Ruiz, Madrid, Gredos, 1986].
- Carroll, Anna Ella, *The War Powers of the General Government*, Washington, D.C., Henry Polkinhorn, 1861.
- Chateaubriand, François-René, *Mémoires d'outre-tombe*, ed. de Pierre Clarac, París, Le Livre de Poche, 1973 [*Memorias de ultratumba*, trad. de José Ramón Monreal, Barcelona, Acantilado].
- Cicero, *On Duties*, trad. de Walter Miller, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1913 [Cicerón, *Sobre los deberes*, trad., introd. y notas de José Guillén Cabañero, Madrid, Alianza Editorial, 2015].
- , *Political Speeches*, trad. de D. H. Berry, Oxford, Oxford University Press, 2006 [Cicerón, *Discursos políticos y forenses*, trad., prólogo y notas de Agustín Blázquez, Barcelona, Iberia, 1968].
- Civil War; a Poem. Written in the Year 1775*, sin lugar, sin fecha [1776?].
- Clarendon, Henry Hyde, Cione of, *The History of the Rebellion and Civil Wars in England, Begun in the Year 1641*, 2 vols., Oxford, At the Theatre, 1702-1704.

- Clausewitz, Carl von, *Clausewitz on Small War*, ed. y trad. de Christopher Daase y James W. Davis, Oxford, Oxford University Press, 2015.
- , *On War*, ed. y trad. de Michael Howard y Peter Paret, Princeton, N.J., Princeton University Press, 1984 [*De la guerra*, Madrid, La esfera de los libros, 2005].
- Cooper, James Fenimore, *The Spy: A Tale of the Neutral Ground*, ed. de James P. Elliott, Lance Schachterle and Jeffrey Walker, Nueva York, AMS Press, 2002.
- Corbet, John, *An Historicall Relation of the Militar Government of Gloucester*, Londres, Robert Bostock, 1645.
- Coudenhove-Kalergi y Richard Nicolaus, *Europe Must Unite*, Glarus, Paneuropa, 1939.
- Davila, Arrigo Caterino, *The Historie of the Civill Warres of France*, trad. de Charles William Aylesbury, Londres, W. Lee, D. Pakeman y J. Bedell, 1647-1648.
- , *The History of Civil Wars of France*, trad. de Charles Cotterell y William Aylesbury, Londres, Henry Herringman, 1678.
- Davis, George B. (comp.), *The Military Laws of the United States*, Washington D.C., Government Printing Office, 1897.
- De Quincey, Thomas, *The Works of Thomas De Quincey*, ed. de Grevel Lindop, 21 vols., Londres, Pickering & Chatto, 2000-2003.
- Diplomatic Conference for the Establishment of International Conventions for the Protection of Victims of War, *Final Record of the Diplomatic Conference of Geneva of 1949*, 3 vols., Berna, Federal Political Department [1949].
- Doughty, Robert, *The Notebook of Robert Doughty, 1662-1665*, ed. de James M. Rosenheim, Norwich, Norfolk Record Society, 1989.
- Drayton, William Henry, *A Charge, on the Rise of the American Empire*, Charleston, S.C., David Bruce, 1776.
- Dubos, Nicolas (comp.), *Le mal extrême: La guerre civile vue par les philosophes*, París, CNRS, 2010.
- Dugdale, William. *A Short View of the Late Troubles in England; Briefly Setting Forth Their Rise, Growth, and Tragical Conclusion. As Also, Some Parallel Thereof with the Barons Wars ... but Chiefly with That in France, Called the Holy League*, Oxford, Moses Pitt, 1681.
- Eutropius, *Eutropii historiae romanæ breviarum*, 6.<sup>a</sup> ed., Edimburgo, J. Paton,

- 1725 [Eutropio, *Breviario* (Eutropio) y *Libro de los Césares* (Aurelio Augusto), trad., introducción y notas de Emma Falque, Madrid, Gredos, 1999].
- Fénelon, François de Salignac de la Mothe, *Fables and Dialogues the Dead. Written in French by the Late Archbishop of Combray*, trad. de Ozell, Londres, W. Chetwood y S. Chapman, 1722.
- Filmer, sir Robert, *Patriarcha; or, The Natural Power of Kings*, Londres, Walter Davis, 1680.
- Florus, *Epitome of Roman History*, trad. de Edward Seymour Foster, Cambridge, Mass., Harvard University, 1929 [Floro, *Epítome de la historia de Tito Livio*, int., trad. y notas de Gregorio Hinojo Andrés e Isabel Moreno Ferrero, Madrid, Gredos, 2000].
- Foucault, Michel, *The Punitive Society: Lectures at the Collège de France, 1972-1973*, ed. de Graham Burchell, Houndmills, Palgrave Macmillan, 2015 [*La sociedad punitiva*, trad. de Horacio Pons, Buenos Aires, FCE, 2016].
- , *La société punitive: Cours au Collège de France, 1972-1973*, ed. de François Ewald, Alessandro Fontana y Bernard Harcourt, París, EHESS, Gallimard, Seuil, 2013.
- , «La société punitive» (3 de enero-28 de marzo de 1973), Archives de la Bibliothèque générale du Collège de France.
- Franklin, Benjamin, *The Papers of Benjamin Franklin*, ed. de Leonard W. Labaree y otros, 41 vols., New Haven, Conn., Yale University Press, 1959-2011.
- Friedrich, Carl Joachim, *Foreign Policy in the Making: The Search for a New Balance of Powe*, Nueva York, W.W. Norton, 1938.
- Garcilaso de la Vega, *Historia general del Perú, trata el descubrimiento del; y como lo ganaron los Españoles. Las guerras civiles que hubo entre Piçarros, y Almagros*, Córdoba, Andreas Barrera, 1617.
- Gardiner, Samuel Rawson (comp.), *The Constitutional Documents of the Puritan Revolution, 1625-1660*, 3.<sup>a</sup> ed., Oxford, Clarendon Press, 1903.
- Gastineau, Benjamin, *Histoire de la souscription populaire à la médaille Lincoln*, París, A. Lacroix, Verboeckoven [1865].
- Gibbon, Edward, *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, Londres, Andrew Strahan y Thomas Cadell, 1782-1788.
- Grotius, Hugo, *Commentary on the Law of Prize and Booty*, ed. de Martine

- Julia van Ittersum, Indianápolis, Liberty Fund, 2006 [Grocio, *Del derecho de presa. Del derecho de la guerra y de la paz*, trad. de Primitivo Mariño Gómez, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1987].
- , *De Rebus Belgicis; or, The Annals and History of the Low-Country-Warres*, Londres, Henry Twyford y Robert Paulet, 1665.
- , *The Rights of War and Peace*, ed. de Richard Tuck, 3 vols., Indianápolis, Liberty Fund, 2005 [Hugo Grocio, *Del derecho de la guerra y de la paz*, versión directa del latín de Jaime Torrubiano Ripoll, 4 tomos, Madrid, Reus, 1925].
- Guarini, Baptista, *Il Pastor Fido: The Faithfull Shepheard with an Addition of Divers Other Poems Concluding Short Discourse of the Long Civill Warres of Rome*, trad. de Richard Fanshawe, Londres, Humphrey Moseley, 1648.
- Guedea, Virginia (comp.), *Textos insurgentes (1808-1821)*, México, D.F., Universidad Nacional Autónoma de México, 2007.
- Guizot, François, *Histoire la révolution d'Angleterre, depuis l'avènement de Charles Ier jusqu'a la restauration*, 2 vols., París, A. Leroux y C. Chantpie, 1826.
- Halleck, H. W., *International Law; or, Rules Regulating the Intercourse of States in Peace and War*, San Francisco, H. H. Bancroft, 1861.
- Harington, sir John, *The Epigrams of Sir John Harington*, ed. de Gerard Kilroy, Farnham, Ashgate, 2009.
- Hartley, David, *Substance of a Speech in Parliament, upon the State of the Nation and the Present Civil War with America*, Londres, John Almon, 1776.
- Heath, James, *A Chronicle of the Late Intestine War in the Three Kingdomes of England, Scotland, and Ireland*, Londres, Thomas Basset, 1676.
- Hobbes, Thomas, *Behemoth: The History of the Causes of the Civil-Wars of England*, Londres, William Crooke, 1682.
- , *Behemoth; or, The Long Parliament*, ed. de Paul Seaward, Oxford, Clarendon Press, 2010 [*Behemoth: el Largo Parlamento*, trad. y est. preliminar de Antonio Hermosa Andújar, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1992].
- , *The Correspondence*, ed. de Noel Malcolm, 2 vols. Oxford, Clarendon Press, 1994.
- , *The Elements of Law, Natural and Politic: Part I, Human Nature. Part II,*

- De Corpore Politico; with Three Lives*, ed. de J. C. A. Gaskin, Oxford, Oxford University Press, 1994 [*Elementos de derecho natural y político*, traducción, prólogo y notas de Dalmacio Negro Pavón, Madrid, Alianza Editorial, 2005].
- , *Leviathan*, ed. de Noel Malcolm, 3 vols., Oxford, Clarendon Press, 2012 [*Leviatán*, trad., prólogo y notas de Carlos Mellizo, Madrid, Alianza Editorial, 2009, 448].
- , *Writings on Common Law and Hereditary Right*, ed. de Alan Cromartie y Quentin Skinner, Oxford, 2005.
- Horace, *The Complete Odes and Epodes*, trad. de David West, Oxford, Oxford University Press, 1997.
- Howell, James, *Twelve Several Treatises, of the Late Revolutions in These Three Kingdomes*, Londres, J. Grismond, 1661.
- Hugo, Victor, *Les Misérables: A Novel*, trad. de Charles Edward Wilbour, 5 vols., Nueva York, Carleton, 1862 [*Los miserables*, trad. de María Teresa Gallego Urrutia, Madrid, Alianza Editorial, 2013].
- , *Les Misérables (The Wretched): Novel*, trad. revisada de Richmond, Va., West & Johnston, 1863-1864.
- Hutson, James H. (comp.), *A Decent Respect to the Opinions of Mankind: Congressional State Paperes. 1774-1776*, Washington, D.C., Library of Congress, 1976.
- Hymans, Fort, Paul Fort y Amand Rastoul (comps.), *Pax mundi: Livre d'ot de la paix*, Ginebra, Société Paxunis, 1932.
- Institut de Droit International, «The Application of International Humanitarian Law and Fundamental Human Rights, in Armed Conflicts in Which Non-state Entities Are Parties», *Annuaire del'Institut de Droit International* 68 (1999), 386-399.
- , «The Principle of Non-intervention in Civil Wars», *Annuaire de l'Institut de Droit International* 56 (1975), 544-549.
- International Committee of the Red Cross, «The Foundation of the Red Cross: Some Important Documents», ed. de Jean S. Pictet, *International Review of the Red ross* 3 (1963), 60-75.
- , *Seventeenth International Red Cross Conference, Stockholm, August 1948: Report*, Estocolmo, International Committee of the Red Cross, 1948.
- International Criminal Tribunal for the Former Yugoslavia, *Prosecutor v.*



- Tadić*, IT-94-1-AR72, Decision on Defence Motion for Interlocutory Appeal on Jurisdiction (Appeals Chamber), 2 de octubre, 1995.
- [Jackson, Samuel], *Emma Corbett; or, The Miseries of Civil War. Founded on Some Recent Circumstances Which Happened in America*, 3 vols., Bath, Pratt and Clinch, 1780.
- Jomini, Antoine Henri, *The Life of Napoleon*, trad. de Henry Wager Halleck, 4 vols., Nueva York, D. Van Norstrand, 1864.
- , *Précis de l'art de la guerre; ou, Nouveau analytique des principales combinaisons de la stratégie, de la grande tactique et de la politique militaire*, 2 vols., París, Anselin, 1838.
- Jouffroy, Théodore Simon, *Mélanges philosophiques par Théodore Jouffroy*, París, Paulin, 1833.
- Journal of the Convention of the People of South Carolina, Held in 1860, 1861, and 1862*, Columbia, R.W. Gibbes, 1862.
- Kant, Immanuel, *Practical Philosophy*, ed. y trad. de Mary J. Gregor, Cambridge, Cambridge University Press, 1996 [*La paz perpetua*, presentación de Antonio Truyol y Serra, ed. de Joaquín Abellán, Madrid, Alianza Editorial, 2016].
- Kennedy, C. M., *The Influence of Christianity on International Law*, Cambridge, Macmillan, 1856.
- Keynes, John Maynard, *The Economic Consequences of the Peace*, Harmondsworth, Penguin Books, 1988 [*Las consecuencias económicas de la paz*, Barcelona, Crítica, 2002].
- [Le Blond, Guillaume], «Guerre», en *Encyclopédie; ou, Dictionnaire raisonné sciences, des sciences, des arts et des métiers*, ed. de Denis Diderot Jean y Jean le Rond d'Alembert, 7:985-998, 17 vols., París, Briasson, 1751-1765.
- Lenin, Vladimir Il'ich, *Clausewitz' Werk «Vom Kriege»: Auszüge und Randglossen*, Berlín, Ministerium für nationale Verteidigung, 1957.
- , *Collected Works*, 45 vols., Moscú, Progress, 1960-1972.
- Lieber, Francis, *A Code for the Government of Armies in the Field, as Authorized by the Laws and Usages of War on Land*, «Printed as Manuscript for the Board Appointed by the Secretary of War» (Washington, D.C., 1863), Henry E. Huntington Library, San Marino, Calif., HEH 243077.
- , *Guerrilla Parties: Considered with Reference to the Laws and Usages of*

- War, Nueva York, D. Van Nostrand, 1862.
- , *Instructions for the Government of Armies of the United States in the Field*, Nueva York, D. Van Nostrand, 1863.
- , «Twenty-Seven Definitions and Elementary Positions Concerning the Laws and Usages of War», 1861, Lieber MSS, Eisenhower Library, Johns Hopkins University, caja 2, ítem 15.
- , [U.S. Field Order 100]. *Section X. Insurrection-Rebellion-Civil War-Foreign Invasion of the United States* [1863], Huntington Library, San Marino, HEH 240460.
- Lincoln, Abraham, *The Collected Works of Abraham Lincoln*, ed. de Roy P. Basler, 11 vols., New Brunswick, N.J., Rutgers University Press, 1953-1955.
- Livy, *The Rise of Rome: Books 1-5*, trad. de T. J. Luce, Oxford, Oxford University Press, 1998 [Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, 7 vols., Madrid, Gredos, 1993].
- Locke, John, *Political Essays*, ed. de Mark Goldie, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.
- , *Two Treatises of Government*, ed. de Peter Laslett, ed. rev., Cambridge, Cambridge University Press, 1988 [*Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil*, trad., prólogo y notas de Carlos Mellizo, Madrid, Alianza Editorial, 2012, 46].
- Lucan, *Civil War*, trad. de Susan H. Braund, Oxford, Oxford University Press, 19926 [Lucano, *Farsalia*, ed. de Sebastián Mariner, Madrid, Alianza Editorial, 1996].
- , *In Cath Catharda: The Civil War of the Romans: An Irish Version Lucan's Pharsalia*, ed. y trad. de Whitley Stokes, Leipzig, Salomon Hirzel, 1909.
- , *M. Annaei Lvcani Pharsalia; sive, De bello civili Caesaris et Pompeii lib. X*, ed. de Hugo Grotius, Leiden, Frans Raphelengius, 1614.
- , *Pharsale de M. A. Lucain*, trad. de Philippe Chasles y M. Greslou, 2 vols., París, C. F. L. Panckoucke, 1835-1836.
- Mably, Gabriel Bonnot de, *Des droits et des devoirs du citoyen*, ed. de Jean-Louis Lecercle, París, Marcel Didier, 1972.
- Mao Zedong y Che Guevara, *Guerrilla Warfare*, Londres, Cassell, 1962.
- Marc, Franz, *Schriften*, ed. de Klaus Lankheit, Colonia, DuMont, 1978.
- Marx, Karl, *Selected Writings*, ed. de David McLellan, Oxford, Oxford

- University Press, 1977 [*El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, trad., introd. y notas de Elisa Chuliá Rodrigo, Madrid, Alianza Editorial, 2015].
- Marx, Karl y Friedrich Engels, *The Collected Works of Karl Marx and Frederick Engels*, trad. de Richard Dixon y otros, 50 vols., Londres, Lawrence and Wishart, 1975-2004 [*Manifiesto comunista*, introd. y trad. de Pedro Ribas, Madrid, Alianza Editorial, 2017, y *La guerra civil en Francia*, Madrid, Fundación Federico Engels, 2003].
- , *Karl Marx, Friedrich Engels Gesamtausgabe (MEGA)*, ed. del Institut für Marxismus-Leninismus beim Zentralkomitee der Kommunistischen Partei der Sowjetunion und vom Institut für Marxismus-Leninismus beim Zentralkomitee Sozialistischer Einheitspartei Deutschlands, Berlín, Dietz, 1975.
- May, Thomas, *The History of the Parliament of England Which Began November the Third, MDCXL*, Londres, George Thomason, 1647.
- Melville, Herman, *Published Poems*, vol. 11 de *The Writings of Herman Melville*, ed. de Robert C. Ryan, Harrison Hayford, Alma MacDougall Reising y Thomas Tanselle, Evanston, Ill., Northwestern University, 2009.
- Mill, John Stuart, *Collected Works of John Stuart Mill*, ed. de John M. Robson, 33 vols., Toronto, University of Toronto Press, 1963-1991.
- Milton, John, *Paradise Lost, A Poem Written in Ten Books*, ed. de John T. Shawcross y Michael Lieb, 2 vols., Pittsburgh, Duquesne University Press, 2007.
- Montaigne, Michel de, *Essays Written in French by Michael Lord of Montaigne*, trad. de John Florio, Londres, Edward Blount y William Barret, 1613 [*Ensayos Completos* 2.23, trad. de Almudena Mantojo, Madrid, Cátedra, 2016].
- Montesquieu, Charles de Secondat, barón de, *Reflections on the Causes of the Rise and Fall of the Roman Empire*, Edimburgo, Alexander Donaldson, 1775 [*Grandeza y decadencia de los romanos*, Barcelona, Alba Editorial, 1998].
- Moynier, Gustave, *Étude sur la Convention de Genève pour l'amélioration du sort des militaires blessés dans les armées en campagne (1864 et 1868)*, París, Libraire de Joël Cherbuliez, 1870.
- [Nelson, John], *A True Copy of the Journal of the High Court of Justice, for the Tryal of K. Charles I*, Londres, Thomas Dring, 1684.
- Nietzsche, Friedrich, *On the Genealogy of Morality*, ed. de Keith Ansell-

- Pearson, ed. rev., Cambridge, Cambridge University Press, 2007 [*La genealogía de la moral*, trad., introd. y notas de Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza Editorial, 2016].
- «An Ordinance of the Commons in England in Parliament assembled with a List of the Commissioners & officers of the said Court by them elected» (3 de enero de 1649), British Library, Londres, signatura E.536(35).
- Orléans, Pierre Joseph d', *The History of the Revolutions in England Under the Family of the Stuarts, from the Year 1603*, Londres, Edmund Curll, 1711.
- Orosius, *Seven Books of History Against the Pagans*, trad. de A. T. Fear, Liverpool, Liverpool University, 2010 [Orosio, *Historia contra los paganos*, Barcelona, Biblioteca Universitaria, 1983].
- Paine, Thomas, *Collected Writings*, ed. de Eric Foner, Nueva York, Library of America, 1995.
- The Parliamentary History of England from the Earliest Period to 1803*, 36 vols., Londres, T. C. Hansard, 1806-1820.
- Petronius, *The Satyricon*, trad. de P. Sullivan, ed. rev., Londres, Penguin, 2011 [Petronio, *Satiricón*, ed. y trad. de Bartolomé Segura Ramos, Madrid, Cátedra, 2003].
- Plato, *The Collected Dialogues of Plato Including the Letters*, ed. de Edith Hamilton y Huntington Cairns, Princeton, N.J., Princeton University Press, 1961 [Platón, *La República*, trad., introd. y notas de José Manuel Pabón y Manuel Fernández Galiano, Madrid, Alianza Editorial, 2008, y *Las Leyes*, trad., introd. y notas de José Manuel Pabón y Manuel Fernández Galiano, Madrid, Alianza Editorial, 2008].
- Plutarch, *Roman Lives*, trad. de Robin Waterfield, Oxford, Oxford University Press, 1999 [Plutarco, *Vidas paralelas*, trad. de Emilio Crespo, Madrid, Alianza Editorial, 2007].
- Price, Richard, *Observations on the Nature of Civil Liberty*, Londres, Thomas Cadell, 1776.
- Rawls, John, «Moral Problems: Nations and War» (1969), Harvard University Archives, Acs. 14990, caja 12, carpeta 4.
- Roebuck, John, *An Enquiry, Whether the Guilt of the Present Civil War in America, Ought to Be Imputed to Great Britain or America*, sin lugar, sin fecha, [1776?].
- Romans, Bernard, *Annals of the Troubles in the Netherlands: ... A Proper*

- and Seasonable Mirror for the Present Americans*, 2 vols., Hartford, Conn., Bernard Romans, 1778-1782.
- , *Philadelphia, July 12. 1775. It Is Proposed to Print, a Complete and Elegant Map, from Boston to Worcester, Providence, and Salem. Shewing the Seat of the Present Unhappy Civil War in North-America*, Filadelfia, Robert Aitken, 1775.
- , *To the Hone. Jno Hancock Esqre. President of the Continental Congress; This Map of the Seat of Civil War in America Is Respectfully Inscribed* [Filadelfia, Nicholas Brooks?, 1775].
- Rómverja saga*, ed. de Þorbjörg Helgadóttir, 2 vols., Reikiavik, Stofnun Árna Magnússonar, 2010.
- Rousseau, Jean-Jacques, *The Discourses and Other Early Political Writings*, ed. de Victor Gourevitch, Cambridge, Cambridge University Press, 1997 [*Discurso sobre las ciencias y las artes. Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, prólogo, trad. y notas de Mauro Armiño, Madrid, Alianza Editorial, 2012].
- , *A Project for Perpetual Peace*, Londres, 1761.
- , *The Social Contract and Other Writings*, ed. de Victor Gourevitch, Cambridge, Cambridge University Press, 1997 [*Del Contrato social*, prólogo, trad. y notas de Mauro Armiño, Madrid, Alianza Editorial, 2016].
- Roy, M. N., *War and Revolution: International Civil War*, Madras, Radical Democratic Party, 1942.
- Sallust, *Fragments Histories; Letters to Caesar*, ed. de John T. Ramsey, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2015 [Salustio, *Fragments de las Historias*, en Cayo Salustio Crispo, *Conjuración de Catilina, Guerra de Yugurta; Fragmentos de las Historias* (y otras obras), trad. y notas de B. Segura Ramos, Madrid, Gredos, 1997].
- , *Sallust*, trad. de J. C. Rolfe, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1921 [Salustio, *La conjuración de Catilina*, trad., introd. y notas de Mercedes Montero Montero, Madrid, Alianza Editorial, 2000].
- Salvemini, Gaetano, *Come siamo andati in Libia e altri scritti dal 1900 al 1915*, ed. de Augusto Torre, Milán, Feltrinelli, 1963.
- Sandoval, Prudencio de, *The Civil Wars of Spain in the Beginning of the Reign of Charls the 5t, Emperor of Germanie and King*, trad. de James Wadsworth, Londres, John Holden, 1652.
- Schmitt, Carl, *Donoso Cortés in gesamteuropäischer Interpretation: Vier*

- Aufsätze*, Colonia, Greven, 1950.
- , *Ex Captivitate Salus: Erfahrungen der Zeit 1945/47*, Colonia, Alemania, Greven, 1950.
- , *Glossarium: Aufzeichnungen aus den Jahren 1947 bis 1958*, ed. de Gerd Giesler y Martin Tielke, Berlín, Duncker & Humblot, 2015.
- , *La guerre civile mondiale: Essais (1943-1978)*, trad. de Céline Jouin, Maisons-Alfort, Ère, 2007.
- , *Theory of the Partisan: Intermediate Commentary on the Concept of the Political*, trad. de G. L. Ulmen, Nueva York, Telos Press, 2007.
- Sidney, Algernon, *Court Maxims*, ed. de Hans W. Blom, Eco Haitsma Mulier y Ronald Janse, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.
- , *Discourses Concerning Government*, Londres, Booksellers of London and Westminster, 1698.
- Smith, Adam, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, ed. de R. H. Campbell y A. S. Skinner, 2 vols., Oxford, Oxford University Press, 1976 [*La riqueza de las naciones*, trad. de Carlos Rodríguez Braun, libros I, II, III y selección de los libros IV y V, Madrid, Alianza Editorial].
- Statutes of the University of Oxford Codified in the Year 1636 Under the Authority of Archbishop Laud*, ed. de John Griffiths, Oxford, Clarendon Press, 1888.
- Students for a Democratic Society, *Port Huron Statement*, Nueva York, Students for Democratic Society, 1964.
- Suetonius, *Suetonius*, trad. de J. C. Rolfe, ed. rev., Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1998 [*Suetonio, Vidas de los doce Césares*, ed. y trad. de Vicente Picón, Madrid, Cátedra, 1998].
- Tacitus, *Histories*, III, trad. de Clifford H. Moore, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1925 [Tácito, *Historias*, ed. de Juan Luis Conde, Madrid, Cátedra, 2006, 54].
- Thucydides, *Eight Bookes of the Peloponnesian Warre*, trad. de Thomas Hobbes, Londres, Richard Mynne, 1629 [Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, trad. e introducción de Antonio Guzmán Guerra, Madrid, Alianza Editorial, 2014].
- , *Hystory Writtone by Thucidides the Athenyan of the Warre, Whiche Was Betwene the Peloponesians and the Athenyans*, trad. de Thomas Nicolls, Londres, William Tylle, 1550.

- , *The War of the Peloponnesians and the Athenians*, trad. de Jeremy Mynott, Cambridge, Cambridge University Press, 2013.
- Torres Bodet, Jaime, «Why We Fight», *UNESCO Courier*, 1 de noviembre, 1949, 12.
- United Daughters of the Confederacy, *Minutes of the Twenty-First Annual Convention of the United Daughters of the Confederacy. Held in Savannah, Georgia, November 11-14, 1914*, Raleigh, N.C., Edwards and Broughton, 1915.
- U.S. Congress, Senate, Committee on Foreign Relations, *The Nature of Revolution: Hearings Before the Committee on Foreign Relations, United States Senate, Ninetieth Congress, Second Session (February 19, 21, 16, and March 7, 1968)*, Washington, D.C., U.S. Government Printing Office, 1968.
- U.S. Continental Congress, *Observations on the American Revolution*, Filadelfia, s.n., 1779.
- U.S. Department of the Army, *The Law of Land Warfare/Department of the Army, July 1956*, Washington, D.C., Government Printing Office, 1976.
- U.S. Department of War, *Basic Field Manual: Rules of Land Warfare*, Washington, D.C., Government Printing Office, 1940.
- , *Instructions for the Government of Armies of the United States in the Field. Prepared Lieber, LL.D.*, Washington, D.C. U.S. Government Printing 1898.
- , *Rules of Land Warfare*, Washington, D.C., Government Printing Office, 1914.
- , *The War of the Rebellion: A Compilation of the Official Records of the Union and Confederate Armies*, 70 vols., Washington, D.C., U.S. Printing Office, 1880-1891.
- U.S. Naval War Records Office, *Official Records of the Union and Confederate Navies in the War of the Rebellion*, 30 vols., Washington, D.C., Government Printing Office, 1894-1922.
- U.S. Office of the Adjutant General, Administrative Precedent File («Frech File»). Record Group 94, box 16, bundle 58, «Civil War», National Archives, Washington, D.C.
- U.S. President (1961-1963: Kennedy), *Public Papers of the Presidents of the United States: John F. Kennedy. Containing the Public Messages, Speeches, and Statements of the President, 1961-1963*, 3 vols.,

- Washington, D.C., U.S. Government Printing Office, 1962-1963.
- Vattel, Emer de, *The Law of Nations*, ed. de Béla Kapossy y Richard Whatmore, Indianápolis, Liberty Fund, 2008.
- Vázquez de Menchaca, Fernando, *Controversiarum illustrium ... libri tres*, Fráncfort, S. Feyerabend y G. Corvinus, 1572.
- Vertot, René-Aubert de, *Histoire de la conjuration de Portugal*, París, La Veuve d'Edme Martin, 1689.
- , *Histoire des révolutions arrivées dans le gouvernement de la république romaine*, 3 vols., París, François Barois, 1719.
- , *Histoire des révolutions de Portugal*, Amsterdam, Aux Dépens d'Etienne Roger, 1712.
- , *Histoire des révolutions de Suède où l'on voit les changements qui sont arrivez*, París, s.n., 1695.
- Wheare, Degory, *The Method and Order of Reading Both Civil and Ecclesiastical Histories*, trad. de Edmund Bothun, Londres, Charles Brome, 1685.
- Whitney, Geoffrey, *A Choice of Emblemes and Other Devises*, Leiden, Christopher Plantin, 1586.

#### *Fuentes secundarias*

- Abdul-Ahad, Ghaith, «“Syria Is Not a Revolution Any More —This Is Civil War”», *Guardian*, 18 de noviembre de 2013.
- Adamson, John, «The Baronial Context of the English Civil War», *Transactions of the Royal Historical Society*, 5th ser., 40 (1990), 93-120.
- , *Noble Revolt: The Overthrow of Charles I*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 2007.
- Adelman, Jeremy, «An Age of Imperial Revolutions», *American Historical Review* 113, núm. 2 (abril de 2008), 319-340.
- Agamben, Giorgio, *Stasis: Civil War as a Political Paradigm*, trad. de Nicholas Heron, Stanford, Calif., Stanford University Press, 2015.
- , *State of Exception*, trad. de Kevin Attell, Chicago, University of Chicago Press, 2005.
- Allanson, Marie, Eirk Melander y Lotta Themnér, «Organized Violence, 1829-2016», *Journal of Peace Research* 54, núm. 4 (julio de 2017), 574-87.
- Almond, Gabriel A., «Harry Eckstein as Political Theorist», *Comparative*



- Political Studies* 31, núm. 4 (agosto de 1998), 498-504.
- Ando, Clifford, *Law, Language, and Empire in the Roman Tradition*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2011.
- , *Roman Social Imaginaries: Language and Thought in the Contexts of Empire*, Toronto, University of Toronto Press, 2015.
- Andress, David, *The Terror: Civil War in the French Revolution*, Londres, Little, Brown, 2005.
- Angstrom, Jan, «Towards a Typology of Internal Armed Conflict: Synthesising a Decade of Conceptual Turmoil», *Civil Wars* 4, núm. 3 (otoño de 2001), 93-116.
- Arena, Valentina, *Libertas and the Practice of Politics in the Late Roman Republic*, Cambridge, Cambridge Press, 2012.
- Armitage, David, «Cosmopolitanism and Civil War», en *Cosmopolitanism and the Enlightenment*, ed. de Joan-Pau Rubiès y Neil Safier, Cambridge, Cambridge University Press, de próxima aparición.
- , *The Declaration of Independence: A Global History*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2007.
- , «Every Great Revolution a Civil War», en *Scripting Revolution: A Historical Approach to the Comparative Study of Revolutions*, ed. de Baker y Dan Edelstein, 57-68, Stanford, University Press, 2015.
- , «The First Atlantic Crisis: The American Revolution», en *Early North America in Global Perspective*, ed. de Philip D. Morgan y Molly A. Warsh, 309-336, Londres, Routledge, 2014.
- , *Foundations of Modern International Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013.
- , «Secession and Civil War», en *Secession as an International Phenomenon: From America's Civil War to Contemporary Separatist Movements*, ed. de Don H. Doyle, 37-55, Athens, University of Georgia Press, 2010.
- , «What's the Big Idea? Intellectual History and the *Longue Durée*», *History of European Ideas* 38, núm. 4 (diciembre de 2012), 493-507.
- Armitage, David y otros, «AHR Roundtable: Ending Civil Wars», *American Historical Review* 120, núm. 5 (diciembre de 2015), 1682-1837.
- , «Interchange: Nationalism and Internationalism in the Era of the Civil War», *Journal of American History* 98, núm. 2 (septiembre de 2011), 455-489.

- , «La longue durée en débat», *Annales: Histoire, Sciences Sociales* 70, núm. 2 (abril-junio de 2015), 319-378.
- Armitage, David, Conal Condren y Andrew Fitzmaurice (comps.), *Shakespeare and Early Modern Political Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009.
- Armitage, David y Sanjay Subrahmanyam (comps.), *The Age of Revolutions in Global Context, c. 1760-1840*, Basingstoke, Macmillan, 2010.
- As-Sirri, Ahme, *Religiös-politische Argumentation im frühen Islam (610-685): Der Begriff Fitna: Bedeutung und Funktion*, Fráncfort, Peter Lang, 1990.
- Asso, Paolo (comp.), *Brill's Companion to Lucan*, Leiden, Brill, 2011.
- Ayalon, Ami, «From Fitna to Thawa», *Studia Islamica* 66 (1987), 145-174.
- Baker, Keith Michael, «Inventing the French Revolution», en *Inventing the French Revolution*, ed. de Keith Michael Baker, 203-223, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.
- , «Revolution 1.0», *Journal of Modern European History* 11, núm. 2 (mayo de 2013), 219.
- Balibar, Étienne, «On the Aporias of Marxian Politics: From Civil War to Class Struggle», *Diacritics* 39, núm. 2 (verano de 2009), 59-73.
- Bates, David, «On Revolutions in the Nuclear Age: The Eighteenth Century and the Postwar Global Imagination», *Qui Parle* 15, núm. 2 (2005), 171-195.
- , *States of War: Enlightenment Origins of the Political*, Nueva York, Columbia University Press, 2012.
- Batstone, William W. y Cynthia Damon, *Caesar's «Civil War»*, Oxford, Oxford University Press, 2006.
- Bauman, Richard A., *The Crimen Maiestatis in the Roman Republic and Augustan Principate*, Johannesburgo, Witwatersrand University Press, 1967.
- Baxter, R. R., «The First Modern Codification of the Law of War: Francis Lieber and General Orders N.º 100», *International Review of the Red Cross* 3, núms. 25-26 (abril-junio de 1963), 170-189, 234-250.
- Bayly, C. A., *The Birth of the Modern World, 1780-1914*, Oxford, Blackwell, 2004.
- BBC News, *Middle East*, «Syria in Civil War, Red Cross Says», 15 de julio de 2012, <http://www.bbc.com/news/world-middle-18849362>.

- Beard, Mary, *The Roman Triumph*, Cambridge, Mass., Belknap Press of Harvard University Press, 2007.
- , *SPQR: A History of Ancient Rome*, Londres, Profile Books, 2015.
- Beaulac, Stéphane, «Emer de Vattel and the Externalization of Sovereignty», *Journal of the History of International Law* 5, núm. 2 (2003), 237-292.
- Beckert, Sven, *Empire of Cotton: A Global History*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2014.
- Belcher, Henry, *The First American Civil War: First Period, 1775-1778*, 2 vols., Londres, Macmillan, 1911.
- Bell, David A., *The First Total War: Napoleon's Europe and the Birth of Warfare as We Know It*, Boston, Houghton Mifflin, 2007.
- Bentley, Gerald Eades, *Shakespeare and Jonson: Their Reputations in the Seventeenth Century Compared*, 2 vols., Chicago, University of Chicago Press, 1945.
- Berent, Moshe, «Stasis, or the Greek Invention of Politics», *History of Political Thought* 19, núm. 3 (otoño de 1998), 331-362.
- Bevir, Mark, «What Is Genealogy?», *Journal of the Philosophy of History* 2, núm. 3 (otoño de 2008), 263-275.
- Blattman, Christopher y Edward Miguel, «Civil War», *Journal of Economic Literature* 48, núm. 1 (marzo de 2010), 3-57.
- Blight, David W., *Race and Reunion: The Civil War in American Memory*, Cambridge, Mass., Belknap Press of Harvard University Press, 2001.
- Boissier, Pierre, *Histoire du Comité international de la Croix-Rouge. De Solférino à Tsoushima*, París, Plon, 1963.
- Bonnell, Andrew G. «“A Very Valuable Book”: Karl Marx and Appian», en *Appian's Roman History: Empire and Civil War*, ed. de Kathryn Welch, 15-22, Swansea, The Classical Press of Wales, 2015.
- Bonnet, Romain, «Réflexions et jeux d'échelles autour de la notion de “guerre civile européenne”», *Amnis* 14 (2015), <http://amnis.revues.org/2282>.
- Boritt, Gabor, *The Gettysburg Gospel: The Lincoln Speech That Nobody Knows*, Nueva York, Simon & Schuster, 2006.
- Boritt, Gabor, Mark E. Neely Jr. y Harold Holzer, «The European Image of Abraham Lincoln», *Winterthur Portfolio* 21, núm. 2/3 (verano-otoño de 1986), 153-183.
- Botteri, Paula, «Stásis: Le mot grec, la chose romaine», *Métis* 4, núm. 1

- (1989), 87-100.
- Bowersock, G. W., «Gibbon on Civil Rebellion in the Decline of the Roman Empire», *Daedalus* 105, núm. 3 (verano de 1976), 63-71.
- Braddick, Michael, *God's Fury, England's Fire: A New History of the English Civil Wars*, Londres Allen Lane, 2008.
- Brass, Paul, *The Theft of the Idol: Text and Context in the Representation of Collective Violence*, Princeton, N.J., Princeton University Press, 1997.
- Braumoeller, Bear F., «Is War Disappearing?», ponencia presentada ante la convención anual de la Political Science Association, 28 de agosto-1 de septiembre de 2013, [http://papers.ssrn.com/s013/papers.cfm?abstract\\_id=2317269](http://papers.ssrn.com/s013/papers.cfm?abstract_id=2317269).
- Braund, Kathryn E. Holland, «Bernard Romans: His Life and Works», en *Concise Natural History of East and West Florida*, de Bernard Romans, 1-41, ed. de Kathryn E. Holland Braund, Tuscaloosa, University of Alabama Press, 1999.
- Braund, Susan, «A Tale of Two Cities: Statius, Thebes, and Rome», *Phoenix* 60, núm. 3/4 (otoño-invierno de 2006), 259-273.
- Breed, Brian, Cynthia Damon y Andreola Rossi (comps.), *Citizens of Discord: Rome and Its Civil Wars*, Oxford, Oxford University Press, 2010.
- Breen, T. H., *American Insurgents, American Patriots: The Revolution of the People*, Nueva York, Hill and Wang, 2010.
- Brett, Annabel S., *Changes of State: Nature and the Limits of the City in Early Modern Natural Law*, Princeton, N.J., Princeton University Press, 2011.
- Brinton, Crane, *The Anatomy of Revolution*, ed. rev., Nueva York, Vintage Books, 1965.
- Brown, Peter, *Augustine of Hippo: A Biography*, nueva ed., University of California Press, 2000.
- Brown, Robert, «The Terms *Bellum Sociale* and *Bellum Civile* in the Late Republic», en *Studies in Latin Literature and Roman History* 11, ed. de Carl Deroux, 94-120, 2003.
- Brunt, P. A., *Italian Manpower, 225 B.C.-A.D 14*, Oxford, Oxford University Press, 1971.
- , *Social Conflicts in the Roman Republic*, Londres, Chatto and Windus, 1971.

- Bulst, Neithard, Jörg Fisch, Koselleck y Christian Meier, «Revolution, Rebellion, Aufruhr, Bürgerkrieg», en *Geschichtliche Grundbegriffe: Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, ed. de Otto Brunner, Werner Conze y Reinhart Koselleck, 653-788, 8 vols., Stuttgart, Ernst Klett, 1972-1997.
- Burke, Peter, «A Survey of the Popularity of Ancient Historians, 1450-1700», *History and Theory* 5, núm. 2 (1966), 135-152.
- Canal, Jordi, «Guerra civil y contrarrevolución en la Europa del sur en el siglo XIX: Reflexiones a partir del caso español», *Ayer* 55, núm. 3 (2004), 37-60.
- Caron, Jean-Claude, *Frères de sang: La guerre civile en France au XIXe siècle*, Seyssel, Champ Vallon, 2009.
- Castrén, Erik, *Civil War*, Helsinki, Suomalainen Tiedeakatemia, 1966.
- Cattani, Paola, «Europe as a Nation: Intellectuals and Debate on Europe in the Inter-war Period», *History of European Ideas* (30 de junio de 2016), <http://dx.doi.org/10.1080/01916599.2016.1202126>.
- Centre for the Study of Civil War, Peace Research Institute Oslo, <http://www.prio.no/CSCW>.
- Checkel, Jeffrey T. (comp.), *Transnational Dynamics of Civil War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013.
- Chenoweth, Erica, «The Syrian Conflict Is Already a Civil War», *American Prospect*, 15 de enero de 2012, <http://prospect.org/article/syrian-conflict-already-civil-war>.
- Cimbala, Paul A. y Randall M. Miller (comps.), *The Great Task Remaining Before Us: Reconstruction as America's Continuing Civil War*, Nueva York, Fordham University Press, 2010.
- Clavadetscher-Thürlemann, Silvia, *Πόλεμος δίκιος und bellum iustum: Versuch einer Ideengeschichte*, Zúrich, Juris, 1985.
- Coate, Mary, *Cornwall in the Great Civil War and Interregnum 1642-1660: A Social and Political Study*, Oxford, Clarendon Press, 1933.
- Collier, David, Fernando Daniel Hidalgo y Olivia Maciuceanu, «Essentially Contested Concepts: Debates and Applications», *Journal of Political Ideologies* 11, núm. 3 (octubre de 2006), 211-246.
- Collier, Paul, *The Bottom Billion: Why the Poorest Countries Are Failing and What Can Be Done About It*, Oxford, Oxford University Press, 2007.
- , *Wars, Guns, and Votes: Democracy in Dangerous Places*, Nueva York,

- Harper, 2009.
- Collier, Paul, Anke Hoeffler y Måns Söderbom, «On the Duration of Civil War», *Journal of Peace Research* 41, núm. 3 (mayo de 2004), 253-273.
- Collier, Paul y Nicholas Sambanis (comps.), *Understanding Civil War: Evidence and Analysis*, 2 vols., Washington, D.C., World Bank, 2005.
- Conflict Archive on the Internet, «Violence: Deaths During the Conflict» (2001), <http://cain.ulst.ac.uk/issues/violence/deaths.htm>.
- Conte, Gian Biagio, *Latin Literature: A History*, trad. de Joseph B. Solodow, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1994.
- Cordesmann, Anthony H., *Iraq's Insurgency and the Road to Civil Conflict*, con Emma R. Davies, 2 vols., Westport, Conn., Praeger Security International, 2008.
- Coski, John M., «The War Between the Names», *North and South* 8, núm. 7 (enero de 2006), 62-71.
- Coulter, E. Merton, «A Name for the American War of 1861-1865», *Georgia Historical Quarterly* 36, núm. 2 (junio de 1952), 109-131.
- Cramer, Christopher, *Civil War Is Not a Stupid Thing: Accounting for Violence in Developing Countries*, Londres, Hurst, 2006.
- Crenshaw, Martha, «Why Is America the Primary Target? Terrorism as Globalized Civil War», en *The New Global Terrorism: Characteristics, Causes, Controls*, ed. de Charles W. Kegley Jr., 160-172, Upper Saddle River, N.J., Prentice Hall, 2002.
- Cullen, Anthony, *The Concept of Non-international Armed Conflict in International Humanitarian Law*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.
- David, Eric, «Internal (Non-international) Conflict», en *The Oxford Handbook of International Law in Armed Conflict*, ed. de Andrew Clapham y Paola Gaeta, 353-362, Oxford, Oxford University Press, 2014.
- DeRouen, Karl, Jr. y Uk Heo (comps.), *Civil Wars of the World: Major Conflicts Since World*, 2 vols., Santa Bárbara, Calif., ABC-CLIO, 2007.
- Dinstein, Yoram, *Non-international Armed Conflicts in International Law*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014.
- Dixon, Jeffrey, «What Causes Civil Wars? Integrating Quantitative Research Findings», *International Studies Review* 11, núm. 4 (diciembre de 2009), 707-735.
- Donagan, Barbara, *War in England, 1642-1649*, Oxford, Oxford University

- Press, 2010.
- Donaldson, Ian, «Talking with Ghosts: Ben Jonson and the English Civil War», *Ben Jonson Journal* 17, núm. 1 (mayo de 2010), 1-18.
- Downs, Gregory P., *After Appomattox: Military Occupation and the Ends of War*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2015.
- Doyle, Don. H., *The Cause of All Nations: An International History of the American Civil War*, Nueva York, Basic Books, 2015.
- Draper, Hal, *Karl Marx's Theory of Revolution*, vol. 3, *The Dictatorship of the Proletariat*, Nueva York, Monthly Review Press, 1977.
- Dunne, J. Paul, «Armed Conflicts», en *Global Problems, Smart Solutions: Costs and Benefits*, ed. de Bjørn Lomborg, 21-53, Cambridge, Cambridge University Press, 2013.
- Duvall, Raymond, «An Appraisal of the Methodological and Statistical Procedures of the Correlates of War Project», en *Quantitative International Politics: An Appraisal*, ed. de Francis W. Hoole y Dina A. Zinnes, 67-98, Nueva York, Praeger, 1976.
- Dyer, Brainerd, «Francis Lieber and the American Civil War», *Huntington Library Quarterly* 2, núm. 4 (julio de 1939), 449-465.
- Eckstein, Harry, «On the Etiology of Internal Wars», *History and Theory* 4, núm. 2 (1965), 133-163.
- , (comp.), *Internal War: Problems and Approaches*, Nueva York, Free Press of Glencoe, 1963.
- Edelstein, Dan, «Do We Want a Revolution Without Revolution? Reflections on Political Authority», *French Historical Studies* 35, núm. 2 (primavera de 2012), 269-289.
- Eliot, T. S., *Milton: Annual Lecture on a Master Mind, Henriette Hertz Trust of the British Academy 1947*, Londres, Geoffrey Cumberlege, 1947.
- Elliott, J. H., *Empires of the Atlantic World: Britain and Spain in America, 1492-1830*, New Haven, Conn., Yale University Press, 2006.
- Engerman, David, «Social Science in the Cold War», *Isis* 101, núm. 2 (junio de 2010), 393-400.
- Enzensberger, Hans Magnus, *Civil War*, trad. de Piers Spence y Martin Chalmers, Londres, Granta Books, 1994.
- Espósito, Roberto, *Terms of the Political: Community, Immunity, Biopolitics*, trad. de Rhiannon Noel Welch, Nueva York, Fordham University Press, 2012.

- Fabre, Cécile, *Cosmopolitan War*, Oxford, Oxford University Press, 2012.
- Faust, Drew Gilpin, «“Numbers on Top of Numbers”: Counting the Civil War Dead», *Journal of Military History* 70, núm. 4 (octubre de 2006), 995-1009.
- , *This Republic of Suffering: Death and the American Civil War*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2008.
- Fearon, James D., «Iraq’s Civil War», *Foreign Affairs* 86, núm. 2 (marzo/abril de 2007), 2-16.
- , «Testimony to U.S. House of Representatives ... on “Iraq: Democracy or Civil War?”», 15 de septiembre de 2006. <https://web.stanford.edu/group/fearon-research/cgi-bin/wordpress/wp-content/uploads/2013/10/Testimony-before-the-U.S.-House-Subcommittee-on-National-Security-Emerging-Threats-and-International-Relations-September-15-2006.pdf>.
- , «Why Do Some Civil Wars Last So Much Longer Than Others?», *Journal of Peace Research* 41, núm. 3 (mayo de 2004), 275-301.
- Fearon, James D. y David Laitin, «Ethnicity, Insurgency, and Civil War», *American Political Science Review* 97, núm. 1 (febrero de 2003), 91-106.
- Findley, Michael G. y Joseph K. Young, «Terrorism and Civil War: A Spatial and Temporal Approach to a Conceptual Problem», *Perspectives on Politics* 10, núm. 2 (junio de 2012), 285-305.
- Finkelman, Paul, «Francis Lieber and the Modern Law of War», *University of Chicago Law Review* 80, 4 (otoño de 2013), 2071-2132.
- Fitzmaurice, Andrew, *Sovereignty, Property, and Empire, 1500-2000*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014.
- Fleche, Andre M., *The Revolution of 1861: The American Civil War in an Age of Nationalist Conflict*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2012.
- Flower, Harriet I., *The Art of Forgetting: Disgrace and Oblivion in Roman Political Culture*, Chapel Hill, University of North Carolina, 2006.
- , «Rome’s First Civil War and the Fragility of Republican Culture», en *Citizens of Discord: Rome and Its Civil Wars*, ed. de Brian W. Breed, Cynthia Damon y Andreola Rossi, 73-86, Nueva York, Oxford University Press, 2010.
- Foisneau, Luc, «A Farewell to Leviathan: Foucault and Hobbes on Power, Sovereignty, and War», en *Insiders and Outsiders in Seventeenth-Century*



- Philosophy*, ed. de G. A. J. Rogers, Tom Sorell y Jill Kraye, Londres, Routledge, 2010, 207-222.
- Forrester, Katrina, «Citizenship, War, and the Origins of International Ethics in American Political Philosophy, 1960-1975», *Historical Journal* 57, núm. 3 (septiembre de 2014), 773-801.
- Forst, Rainer, *Toleration in Conflict: Past and Present*, trad. de Ciaran Cronin, Cambridge, Cambridge University Press, 2013.
- Franco, Restrepo y Vilma Liliana, *Guerras civiles, Introducción al problema de su justificación*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2008.
- Freedman, Lawrence, «What Makes a Civil War?», *BBC News, Middle East*, 20 de abril de 2006, [http://news.bbc.co.uk/2/hi/middle\\_east/4902708.stm](http://news.bbc.co.uk/2/hi/middle_east/4902708.stm).
- Fry, Douglas P., *Beyond War: The Human Potential of Peace*, Oxford, Oxford University Press, 2007.
- Fuentes, Juan Francisco, «Belle époque: Mito y concepto de guerra civil en España (1898-1939)», *Revista de Occidente* (octubre de 2013), 79-110.
- , «Guerra civil», en *Diccionario político y social del siglo xx español*, ed. de Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes, 608-617, Madrid, Alianza Editorial, 2008.
- Fuks, Alexander, «Thucydides and the Stasis in Corcyra: Thuc. III 82-83 versus [Thuc.] III 84», *American Journal of Philology* 92, núm. 1 (enero de 1971), 48-55.
- Furet, François, *Interpreting the French Revolution*, trad. de Elborg Forster, Cambridge, Cambridge University Press, 1981.
- Gaddis, John Lewis, *The Long Peace: Inquiries into the History of the Cold War*, Nueva York, Oxford University Press, 1987.
- Galli, Carlo, *Political Spaces and Global War*, trad. de Elizabeth Fay, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2010.
- Gallie, W. B., «Essentially Contested Concepts», *Proceedings of the Aristotelian Society* 56 (1955-1956), 167-198.
- , *Philosophy and the Historical Understanding*, 2.<sup>a</sup> ed., Nueva York, Schocken Books, 1968.
- Gardet, Louis, «Fitna», en *The Encyclopaedia of Islam*, ed. de H. A. R. Gibb y otros, 2:930, 2.<sup>a</sup> ed., 13 vols., Leiden, Brill, 1960-2009.
- Gehrke, Hans-Joachim, *Stasis: Untersuchungen zu den inneren Kriegen in den griechischen Staaten des 5. und 4. Jahrhunderts v. Chr.*, München, Beck, 1985.

- Geuss, Raymond, «Nietzsche and Genealogy», en *Morality, Culture, and History*, 1-28, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.
- Geyer, Michael y Charles Bright, «Global Violence and Nationalizing Wars in Eurasia and America: The Geopolitics of War in the Mid-nineteenth Century», *Comparative Studies and History* 38, núm. 4 (octubre de 1996), 619-657.
- Ghervas, Stella, «La paix par le droit, ciment de la civilisation en Europe? La perspective du Siècle des Lumières», en *Penser l'Europe au XVIII<sup>e</sup> siècle: Commerce, civilisation, empire*, ed. de Antoine Lilti y Céline Spector, 47-70, Oxford, Foundation, 2014.
- Gibson, Jonathan, «Civil War in 1614: Lucan, Gorges, and Prince Henry», en *The Crisis of 1614 and the Addled Parliament: Literary and Historical Perspectives*, ed. de Stephen Clucas y Rosalind Davies, 161-176, Aldershot, Ashgate, 2002.
- Gilman, Nils, «The Cold War as Intellectual Force Field», *Modern Intellectual History* 13, núm. 2 (agosto de 2016), 507-523.
- Giraldo Ramírez, Jorge, *El rastro de Caín: Una aproximación filosófica a los conceptos de guerra, paz y guerra civil*, Bogotá, Escuela Nacional Sindical, 2001.
- Girard, René, *Violence and the Sacred*, trad. de Patrick Gregory, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1984.
- Gleditsch, Kristian Skrede, «A Revised List of Wars Between and Within Independent States, 1816-2002», *International Interactions* 30, núm. 3 (julio-septiembre de 2004), 231-262.
- , «Transnational Dimensions of Civil War», *Journal of Peace Research* 44, núm. 3 (mayo de 2007), 293-309.
- Goldstein, Joshua S., *Winning the War on War: The Decline of Armed Conflict Worldwide*, Nueva York, Dutton, 2011.
- González Calleja, Eduardo, *Las guerras civiles: Perspectiva de análisis desde las ciencias sociales*, Madrid, Catarata, 2013.
- González Calleja, Eduardo, Irene Arbusti y Carmine Pinto, «Guerre civili: Un percorso teorico», *Meridiana* 76 (2013), 31-56.
- Goulemot, Jean Marie, *Le règne de l'histoire: Discours historiques et révolutions XVII<sup>e</sup>-XVIII<sup>e</sup> siècles*, París, Albin Michel, 1996.
- Gowing, Alain M., «“Caesar Grabs My Pen”: Writing Civil War Under Tiberius», en *Citizens of Discord: Rome and Its Civil Wars*, ed. de Brian

- W. Breed, Cynthia Damon y Andreola Rossi, 249-260, Nueva York, Oxford University Press, 2010.
- , *Empire and Memory: The Representation of the Roman Republic in Imperial Culture*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005.
- Grafton, Anthony, *What Was History? The Art of History in Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.
- Grangé, Ninon, *De la guerre civile*, París, Armand Colin, 2009.
- , *Oublier la guerre civile? Stasis, chronique d'une disparition*, París, VRIN/EHESS, 2015.
- , «*Tumultus et tumulto: Deux conceptions de la cité en guerre contre elle-même, Machiavel et Ciceron*», *Historia Philosophica* 4, (2006), 11-31.
- Guldi, Jo y David Armitage, *The History Manifesto*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014 [*Manifiesto por la historia*, trad. de Marco Aurelio Galmarini, Madrid, Alianza Editorial, 2016].
- Hacker, J. David, «A Census-Based Count of the Civil War Dead», *Civil War History* 57, núm. 4 (diciembre de 2011), 307-348.
- Hadfield, Andrew, *Shakespeare and Republicanism*, Cambridge, University Press, 2005.
- Hahlweg, Werner, «Lenin und Clausewitz: Ein Beitrag zur politischen Ideengeschichte des 20. Jahrhunderts», *Archiv für Kulturgeschichte* 36 (1954), 20-59, 357-387.
- Hale, John K., «*Paradise Lost: A Poem in Twelve Books, or Ten?*», *Philological Quarterly* 74, núm. 2 (primavera de 1995), 131-149.
- Hardt, Michael y Antonio Negri, *Multitude: War and Democracy in the Age of Empire*, Nueva York, Penguin Press, 2004.
- Harloe, Katherine y Neville Morley (comps.), *Thucydides and the Modern World*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012.
- Harris, Tim, «Did the English Have a Script for Revolution in the Seventeenth Century?», en *Scripting Revolution: A Historical Approach to the Comparative Study of Revolutions*, ed. de Dan Edelstein y Keith Michael Baker, 25-40, Stanford, Calif., Stanford University Press, 2015.
- Harrison, John y Peter Laslett, *The Library of John Locke*, Oxford, Oxford University Press for the Oxford Bibliographical Society, 1965.
- Hartigan, Richard Shelly, *Military Rules, Regulations, and the Code of War: Francis Lieber and the Certification of Conflict*, New Brunswick, N.J., Transaction, 2011.

- Härting, Heike, *Global Civil War and Post-colonial Studies*, Globalization Working Papers 06/3, Institute on Globalization and the Human Condition, McMaster University, mayo de 2006.
- Harvey, David, *Rebel Cities: From the Right to the City to the Urban Revolution*, Londres, Verso, 2012.
- Hazan, Éric, *A History of the Barricade*, trad. de David Fernbach, Londres, Verso, 2015.
- Henderson, Errol A. y J. David Singer, «Civil War in the Postcolonial World, 1946-1992», *Journal of Peace Research* 37, núm. 3 (mayo de 2000), 275-299.
- Henderson, John, *Fighting for Rome: Poets and Caesars, History and Civil War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.
- Heuzé, Philippe, «Comment peindre le passage du Rubicon?», en *Présence de César: Actes du Colloque de 9-11 Décembre 1983: Hommage au doyen Michel Rambaud*, ed. de Raymond Chevallier, París, Belles Lettres, 1985, 57-65.
- Hironaka, Ann, *Neverending Wars: The International Community, Weak States, and the Perpetuation of Civil War*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2005.
- Hoar, Jay S., *The South's Last Boys in Gray: An Epic Prose Elegy*, Bowling Green, Ohio, Bowling Green State University Popular Press, 1986.
- Hoeffler, Anke, «Alternative Perspective», en *Global Problems, Smart Solutions: Costs and Benefits*, ed. de Bjørn Lomborg, Cambridge, Cambridge University Press, 2013, 54-61.
- Hoekstra, Kinch, «Hobbes's Thucydides», en *The Oxford Handbook of Hobbes*, ed. de A. P. Martinich y Kinch Hoekstra, Oxford, Oxford University Press, 2016, 547-574.
- Hoffman, Marcelo, «Foucault's Politics and Bellicosity as a Matrix for Power Relations», *Philosophy and Social Criticism* 33, núm. 6 (septiembre de 2007), 756-778.
- Holmes, Clive, «The Trial and Execution of Charles I», *Historical Journal* 53, núm. 2 (junio de 2010), 289-316.
- Hopkinson, Michael, *Green Against Green: The Irish Civil War*, Dublín, Gill and Macmillan, 1988.
- Howard, Michael, *The Invention of Peace and the Reinvention of War*, ed. rev., Londres, Profile, 2002.

- Huffington Post*, «Syria Crisis: Death Toll Tops 17,000, Says Opposition Group», 9 de julio de 2012, [http://www.2012/07/09/syria-crisis-death-toll-17000\\_n\\_1658708.html](http://www.2012/07/09/syria-crisis-death-toll-17000_n_1658708.html).
- Hurrell, Andrew, «Revisiting Kant and Intervention», en *Just and Unjust Military Intervention: European Thinkers from Vitoria to Mill*, ed. de Stefano Recchia y Jennifer M. Welsh, Cambridge, Cambridge University Press, 2013, 196-218.
- International Committee of Red Cross, «Internal Conflicts or Other Situations of Violence —What Is the Difference for Victims?», ICRC Resource Centre, 12 de diciembre de 2012, <http://www.icrc.org/eng/resources/documents/interview/2012/12-10-niac-non-international-armed-conflict.htm>.
- Jackson, Richard, «Critical Perspectives», en *Routledge Handbook of Civil Wars*, ed. de Edward Norman y Karl Derouen, Londres, Routledge, 2014, 79-90.
- Jacob, Kathryn Allamong, *Testament to Union: Civil War Monuments in Washington, D.C.*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1998.
- Jacoby, Russell, *Bloodlust: On the Roots of Violence from Cain and Abel to the Present*, Nueva York, Free Press, 2011.
- Jal, Paul, *La guerre civile à Rome: Étude littéraire et morale*, París, Presses Universitaires de France, 1963.
- , «“Hostis (Publicus)” dans la littérature latine de la fin de la République», *Revue des Études Anciennes* 65 (1963), 53-79.
- , «“Tumultus” et “bellum ciuile” dans les Philippiques de Cicéron», en *Hommages à Jean Bayet*, ed. de Marcel Renard y Robert Schilling, Bruselas, Latomus, 1964, 281-289.
- Jasanoff, Maya, *Liberty’s Exiles: American Loyalists in the Revolutionary World*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2011.
- Jensen, Freyja Cox, «Reading Florus in Early Modern England», *Renaissance Studies* 23, núm. 5 (noviembre 2009), 659-677.
- , *Reading the Roman Republic in Early Modern England*, Leiden, Brill, 2012.
- Joas, Hans y Wolfgang Köbl, *War in Social Thought: Hobbes to the Present*, trad. de Alex Skinner, Princeton, N.J., Princeton University Press, 2013.
- Johnson, Martin P., *Writing the Gettysburg Address*, Lawrence, University Press of Kansas, 2013.

- Jouin, Céline, *Le retour de la guerre juste: Droit international, épistémologie et idéologie chez Carl Schmitt*, París, J. Vrin, 2013.
- Jung, Dietrich, «Introduction: Global Civil War?», en *Shadow Globalization, Ethnic Conflicts and New Wars: A Political Economy of Intra-state War*, ed. de Dietrich Jung, Londres, Routledge, 2003, 1-6.
- Kaldor, Mary, *New and Old Wars*, 3.<sup>a</sup> ed., Cambridge, Polity Press, 2012.
- Kalyvas, Stathis N., «Civil Wars», en *The Oxford Handbook of Comparative Politics*, ed. de Carles Boix y Susan C. Stokes, Oxford, Oxford University Press, 2007, 416-434.
- , *The Logic of Violence in Civil War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006.
- , «“New” and “Old” Civil Wars: A Valid Distinction?», *World Politics* 54, núm. 1 (octubre de 2001), 99-118.
- , «The Ontology of “Political Violence”: Action and Identity in Civil Wars», *Perspectives on Politics* 1, núm. 3 (septiembre de 2003), 475-494.
- , «Promises and Pitfalls of an Emerging Research Program: The Microdynamics of Civil War», en *Order, Conflict, and Violence*, ed. de Stathis N. Kalyvas, Ian Shapiro y Tarek Masoud, Cambridge, Cambridge University Press, 2008, 397-421.
- Keegan, John y Bartle Bull, «What Is a Civil War? Are We Witnessing One in Iraq?», *Prospect* 129 (diciembre de 2006), 18-19.
- Keenan, Danny, *Wars Without End: The Land Wars in Nineteenth-Century New Zealand*, ed. rev., Auckland, Penguin Books, 2009.
- Keeter, Scott, «Civil War: What’s in a Name?», Pew Research Center Publications, 6 de diciembre de 2006, <http://pewresearch.org/pubs/104/civil-war-whats-in-a-name>.
- Keitel, Elizabeth, «Principate and Civil War in the *Annals* of Tacitus», *American Journal of Philology* 105, núm. 3 (otoño de 1984), 306-325.
- Kelsey, Francis W., «The Title of Caesar’s Work on the Gallic and Civil Wars», *Transactions and Proceedings of the Philological Association* 36 (1905), 211-238.
- Kelsey, Sean, «The Ordinance for the Trial of Charles I», *Historical Research* 76, núm. 193 (agosto de 2003), 310-331.
- , «The Trial of Charles I», *English Historical Review* 118, núm. 477 (junio de 2003), 583-617.
- Kesting, Hanno, *Geschichtsphilosophie und Weltbürgerkrieg: Deutungen der*

- Geschichte von der französischen Revolution bis zum ost-westkonflikt*, Heidelberg, Carl Winer, 1959.
- Kissane, Bill, *Nations Torn Asunder: The Challenge of Civil War*, Oxford, Oxford University 2016.
- Kissane, Bill y Nick Sitter, «Ideas in Conflict: The Nationalism Literature Comparative Study of Civil War», *Nationalism and Ethnic Politics* 19, núm. 1 (2013), 38-57.
- Klooster, Wim, *Revolutions in the Atlantic World: A Comparative History*, Nueva York, New York University Press, 2009.
- Kloppenber, James T., *Toward Democracy: The Struggle for Self-Rule European and American Thought*, Nueva York, Oxford University Press, 2016.
- Klose, Fabian, «The Colonial Testing Ground: The International Committee of the Red Cross and the Violent End of Empire», *Humanity* 2, núm. 1 (primavera de 2011), 107-126.
- , *Human Rights in the Shadow of Colonial Violence: The Wars of Independence in Kenya and Algeria*, trad. de Dona Geyer, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2013.
- Kolb, Robert, «Le droit international public et le concept de guerre civile depuis 1945», *Relations Internationales* 105 (primavera de 2001), 9-29.
- Koselleck, Reinhart, *Critique and Crisis: Enlightenment and the Pathogenesis of Modern Society*, Oxford, Berg, 1988.
- , «Historical Criteria of the Modern Concept of Revolution», en Koselleck, *Futures Past: On the Semantics of Historical Time*, trad. de Keith Tribe, Nueva York, Columbia University Press, 2004, 43-57.
- Kreß, Claus y Frédéric Mégret, «The Regulation of Noninternational Armed Conflicts: Can a Privilege of Belligerency Be Envisioned in the Law of Non-international Conflict?», *International Review of the Red Cross* 96, núm. 893 (marzo de 2014), 29-66.
- Kretchik, Walter E., *U.S. Army Doctrine: American Revolution to the War on Terror*, Lawrence, University Press of Kansas, 2011.
- Kunze, Michael, «Zweiter Dreißigjähriger Krieg-internationaler Bürgerkrieg/Weltbürgerkrieg: Sigmund Neumanns Beitrag zu einer begriffsgeschichtlichen Kontroverse», en *Intellektuelle Emigration: Zur Aktualität eines historischen Phänoms*, ed. de Frank Schale, Ellen Thümler y Michael Vollmer, Wiesbaden, Springer, 2012, 127-153.

- Kyriadis, Savvas, «The Idea of Civil War in Thirteenth- and Fourteenth-Century Byzantium», *Recueil des Travaux de l'Institut d'Études Byzantines* 49 (2012), 243-256.
- La Haye, Eva, *War Crimes in Internal Armed Conflicts*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008.
- Lando, Barry, «By the Numbers, It's Civil War», *Los Angeles Times*, 29 de noviembre de 2006, <http://articles.latimes.com/2006/nov/29/opinion/oe-lando29>.
- Lange, Carsten Hjort, «Triumph and Civil War in the Late Republic», *Papers of the British School at Rome* 81 (2013), 67-90.
- , *Triumphs in the Age of Civil War: The Late Republic and the Adaptability of Triumphal Tradition*, Londres, Bloomsbury Publishing, 2016.
- Larkin, Edward, «What Is a Loyalist? The American Revolution as Civil War», *Common-Place* 8, núm. 1 (octubre de 2007), <http://www.common-place.org/vol-08/no-01/larkin/>.
- Larrère, Catherine, «Grotius et la distinction entre guerre privé et guerre publique», en *Penser la guerre au xvii<sup>e</sup> siècle*, ed. de Ninon Grangé, Saint-Denis, Presses Universitaires de Vincennes, 2012, 73-93.
- Laurent, Franck, «“La guerre civile? qu'est-ce à dire? Est-ce qu'il y a une guerre étrangère?”», en *Hugo et la guerre*, ed. de Claude Millet, París, Maisonneuve & Larose, 2002, 133-156.
- Lawson, Philip, «Anatomy of a Civil War: New Perspectives on England in the Age of the American Revolution, 1767-1782», *Parliamentary History* 8, núm. 1 (mayo de 1989), 142-152.
- Lebreton-Savigny, Monique, *Victor Hugo et les Américains (1825-1885)*, París, Klincksieck, 1971.
- Lee, Thomas H. y Michael D. Ramsey, «The Story of the *Prize Cases*: Executive Action and Judicial Review in Wartime», en *Presidential Power Stories*, ed. de Christopher H. Schroeder y Curtis A. Bradley, Nueva York, Foundation Press, 2009, 53-92.
- Lekas, Padelis, *Marx on Classical Antiquity: Problems in Historical Methodology*, Brighton, Wheatsheaf Books, 1988.
- Lempérière, Annick, «Revolución, guerra civil, guerra de independencia en el mundo hispánico, 1808-1825», *Ayer* 55, núm. 3 (2004), 15-36.
- Lepore, Jill, *The Name of War: King Philip's War and the Origins of American Identity*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1998.



- Lind, L. R., «The Idea of the Republic and the Foundations of Roman Political Liberty», en *Studies in Latin Literature and Roman History* 4, ed. de Carl Deroux, Bruselas, Latomus, 1986, 44-108.
- Lintott, Andrew, *Violence in Republican Rome*, 2.<sup>a</sup> ed., Oxford, Oxford University Press, 1999.
- Logan, George M., «Daniel's *Civil Wars* and Lucan's *Pharsalia*», *Studies in English Literature* 11 (1971), 53-68.
- , «Lucan-Daniel-Shakespeare: New Light on the Relation between *The Civil Wars* and *Richard II*», *Shakespeare Studies* 9 (1976), 121-140.
- Loraux, Nicole, *The Divided City: On Memory and Forgetting in Ancient Athens*, trad. de Corinne Pache y Jeff Fort, Nueva York, Zone Books, 2002.
- , «*Oikeios polemos*: La guerra nella famiglia», *Studi Storici* 28, núm. 1 (enero-marzo de 1987), 5-35.
- , «Thucydide et la sédition dans les mots», *Quaderni di Storia* 23 (enero-junio de 1986), 95-134.
- Losurdo, Domenico, «Une catégorie centrale du révisionnisme: concept de guerre civile internationale», *Cités* 29 (2007), 13-23.
- , *War and Revolution: Rethinking the Twentieth Century*, trad. de Gregory Elliott, Londres, Verso, 2015.
- Lounsberry, Marie Olson y Frederic Pearson, *Wars: Internal Struggles, Global Consequences*, Toronto, University of Toronto Press, 2009.
- Lucena Giraldo, Manuel, *Naciones de rebeldes: Las revoluciones de independencia latinoamericanas*, Madrid, Taurus, 2010.
- Lynch, Colum, «The U.N. War over Calling Syria a “Civil War”», *Foreign Policy*, 13 de junio de 2012, [http://turtlebay.foreignpolicy.com/posts/2012/06/13/the\\_un\\_war\\_over\\_call](http://turtlebay.foreignpolicy.com/posts/2012/06/13/the_un_war_over_call)
- Lynch, John, *Soldado argentino, héroe americano*, trad. de Alejandra Chaparro, Barcelona, Crítica, 2009.
- MacCormack, Sabine, *On the Wings of Time: Rome, the Incas, Spain, and Peru*, Princeton, N.J., Princeton University Press, 2007.
- MacCormick, Neil, «Sovereignty and After», en *Sovereignty in Fragments: The Past, Present, and Future of a Contested Concept*, ed. de Hent Kalmó y Quentin Skinner, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, 151-168.
- Mack, Charles R. y Henry H. Lesesne (comps.), *Francis Lieber and the*

- Culture of the Mind*, Columbia, University of South Carolina Press, 2005.
- Malamud, Margaret, «The *Auctoritas* of Antiquity: Debating Slavery Through Classical Exempla in the Antebellum USA», en *Ancient Slavery and Abolition: From Hobbes to Hollywood*, ed. de Edith Hall, Richard Alston y Justine McConnell, Oxford, Oxford University Press, 2011, 279-317.
- Mamdani, Mahmood, «The Politics of Naming: Genocide, Civil War, Insurgency», *London Review of Books*, 8 de marzo de 2007, 1-9.
- , *Saviors and Survivors: Darfur, Politics, and the War on Terror*, Nueva York, Pantheon Books, 2009.
- Mandelbaum, Michael, *The Dawn of Peace in Europe*, Nueva York, Twentieth Century Fund Press, 1996.
- Manicas, Peter T., «War, Stasis, and Greek Political Thought», *Comparative Studies in Society and History* 24, núm. 4 (octubre de 1982), 673-688.
- Manjapra, Kris, *M. N. Roy: Marxism and Colonial Cosmopolitanism*, Nueva Delhi, Routledge, 2010.
- Manning, Chandra y Adam Rothman, «The Name of War», *Opinionator* (blog), *New York Times*, 17 de agosto de 2013, <http://opinionator.blogs.nytimes.com//2013/08/17/the-name-of-war/>.
- Marañón Moya, Gregorio, «El general De Gaulle en Toledo», *El País*, 8 de agosto de 1981, 8.
- Marshall, P. J., *The Making and Unmaking of Empires: Britain, India, and America, c. 1750-1783*, Oxford, Oxford University Press, 2005.
- Martin, Jean-Clémnet, «La guerre civile: Une notion explicative en histoire?», *EspacesTemps* 71-73 (1999), 84-99.
- , «Rivoluzione francese e guerra civile», en *Guerre fratricide: Le guerre civil in età contemporanea*, ed. de Gabriele Ranzato, Turín, Bollati Boringhieri, 1994, 28-55.
- , *La Vendée et la Révolution: Accepter la mémoire pour écrire l'histoire*, París, Perrin, 2007.
- Martinez-Gross, Gabriel y Emmanuelle Tixier du Mesnil (comps.), «La *fitna*: Le désordre politique dans l'islam médiéval», *Médiévales* 60 (primavera de 2011), 5-127.
- Mason, Haydn T. (comp.), *The Darnton Debate: Books and Revolution in the Eighteenth Century*, Oxford, Voltaire Foundation, 1998.
- Mason, T. David, «The Evolution of Theory on Civil War and Revolution»,

- en *Handbook of War Studies III: The Intrastate Dimension*, ed. de Manus I. Midlarsky, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2009, 63-99.
- Masters, Jamie, *Poetry and Civil War in Lucan's «Bellum Civile»*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992.
- Mattler, Michael J., «The Distinction Between Civil Wars and International Wars and Its Legal Implications», *Journal of International Law and Politics* 26, núm. 4 (verano de 1994), 655-700.
- Mayer, Arno J., *The Furies: Violence and Terror in the French and Russian Revolutions*, Princeton, N.J., Princeton University Press, 2000.
- McAlister, John T., *Viet Nam: The Origins of Revolution*, Princeton, N.J., Princeton University Press, 1969.
- McDowell, Nicholas, «Towards a Poetics of Civil War», *Essays in Criticism* 65, núm. 4 (octubre de 2015), 341-367.
- McGinty, Brian, *Lincoln and the Court*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2008.
- McMahon, Darrin M., *Divine Furie: A History Genius*, Nueva York, Basic Books, 2013.
- , *Happiness: A History*, Nueva York, Atlantic Monthly Press, 2006.
- , «The Return of the History of Ideas?», en *Rethinking Modern European Intellectual History*, ed. de Darrin McMahon y Samuel Moyn, Nueva York, Oxford University Press, 2014, 13-31.
- McNelis, Charles, *Statius' Thebaid and the Poetics of Civil War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.
- Mendell, Charles W., «The Epic of Asinius Pollio», *Yale Classical Studies* 1 (1928), 195-207.
- Meyer, Robert T., «The Middle-Irish Version of the *Pharsalia* of Lucan», *Papers of the Michigan Academy of Science, Arts, and Letters* 44, núm. 3 (1959), 355-363.
- Miller, Andrew John, *Modernism and the Crisis of Sovereignty*, Nueva York, Routledge, 2008.
- Moir, Lindsay, «The Concept of Non-international Armed Conflict», en *The 1949 Geneva Conventions: A Commentary*, ed. de Andrew Clapham, Paola Gaeta y Marco Sassòli, Oxford, Oxford University Press, 2015, 392-414.
- , *The Law of Internal Armed Conflict*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.

- Momigliano, Arnaldo, «Ancient History and the Antiquarian», *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes* 13, núm. 3/4 (1950), 285-315.
- Le Monde*, «Pour Valls, le FN peut conduire à la “guerre civile”», 11 de diciembre de 2015, [http://www.lemonde.fr/elections-regionales-2015/video//2015/12/11/pour-valls-le-fn-peut-conduire-a-la-guerre-civile\\_4829710\\_4640869.html](http://www.lemonde.fr/elections-regionales-2015/video//2015/12/11/pour-valls-le-fn-peut-conduire-a-la-guerre-civile_4829710_4640869.html).
- Moses, Dirk, «Civil War or Genocide? Britain and the Secession of East Pakistan in 1971», en *Civil Wars in South Asia: State, Sovereignty, Development*, ed. de Aparna Sundar y Nandini Sundar, Nueva Delhi, Sage India, 2014, 142-64.
- Mueller, John, *Retreat from Doomsday: The Obsolescence of Major War*, Nueva York, Basic Books, 1989.
- Müller, Jan-Werner, *A Dangerous Mind: Carl Schmitt in Post-war European Thought*, New Haven, Conn., Yale University Press, 2003.
- Mundy, Jacob, «Deconstructing Civil Wars: Beyond the New Wars Debate», 42, 3 (junio de 2011), 279-295.
- Münkler, Herfried, *The New Wars*, trad. de Patrick Camiller, Cambridge, Polity, 2005.
- Murphy, Dan, «Why It's Time to Call Syria a Civil War», *Christian Science Monitor*, 5 de junio de 2012.: <http://www.csmonitor.com/World/Backchannels/2012/0605/Why-it-s-time-to-call-Syria-a-civil-war>.
- Musick, Michael P., «A War by Any Other Name», *Prologue: The Journal of the National Archives* 27, núm. 2 (verano de 1995), 149.
- Nation, R. Craig, *War on War: Lenin, the Zimmerwald Left, and the Origins of Communist Internationalism*, Durham, N.C., Duke University Press, 1989.
- Neely, Mark A., Jr., *The Civil War and the Limits of Destruction*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2007.
- Neff, Stephen C., *Justice in Blue and Gray: A Legal History of the Civil War*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2010.
- , *War and the Law of Nations: A General History*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005.
- Nelson, Eric, *The Royalist Revolution: Monarchy and the American Founding*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2014.
- Neumann, Sigmund, «The International Civil War», *World Politics* 1, núm. 3

- (abril de 1949), 333-350.
- Newman, Edward, «Conflict Research and the “Decline” Civil War», *Civil Wars* 11, núm. 3 (septiembre de 2009), 255-278.
- , *Understanding Civil Wars: Continuity and Change in Intrastate Conflict*, Londres, Routledge, 2014.
- Nicolet, Claude (comp.), *Demokratia et aristokratia: À popos de Gracchus: Mots grecs et réalités romaines*, París, Université de Paris I, 1983.
- Nipperdey, Thomas, Anselm Doering-Manteuffel y Hans-Ulrich Thamer (comps.), *Weltbürgerkrieg der Ideologien: Antworten an Ernst Nolte: Festschrift zum 70. Geburtstag*, Berlín, Propyläen, 1993.
- Nolte, Ernst, *Der europäische Bürgerkrieg, 1917-1945: Nationalsozialismus und Bolschewismus*, Berlín, Propyläen, 1987.
- Norbrook, David, «Lucan, Thomas May, and the Creation of a Republican Literary Culture», en *Culture and Politics in Early Stuart England*, ed. de Kevin Sharpe y Peter Lake, Basingstoke, Palgrave, 1994, 45-66.
- , *Writing the English Republic: Poetry, Rhetoric, and Politics, 1627-1660*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.
- Núñez González, Juan María, «On the Meaning of *Bella Plus Quam Ciuilia* (Lucan 1, 1): A Relevant Hyperbole», en *Studies in Latin Literature and Roman History* 13, ed. de Carl Deroux, Bruselas, Latomus, 2006, 380-389.
- Odysseos, Louiza, «Liberalism’s War, Liberalism’s Order: Rethinking the Global Liberal Order as a “Global Civil War”», ponencia presentada en Liberal Internationalism, San Francisco, 25 de marzo de 2008.
- , «Violence *After* the State? A Preliminary Examination of the Concept of “Global Civil War”», ponencia presentada en Violence Beyond the State, Turín, 12-15 de septiembre de 2007.
- Orlansky, Jesse, *The State of Research on Internal War*, Science and Technology Division, Research Paper P-565, Arlington, Va., Institute for Defense Analyses, 1970.
- Orr, D. Alan, «The Juristic Foundation of Regicide», en *The Regicides and the Execution of Charles I*, ed. de Jason Peacey, Basingstoke, Palgrave, 2001, 117-137.
- , *Treason and the State: Law, Politics, and Ideology in the English Civil War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.
- Orwin, Clifford, «Stasis and Plague: Thucydides on the Dissolution of

- Society», *Journal of Politics* 50, núm. 4 (noviembre de 1988), 831-847.
- Osgood, Josiah, *Caesar's Legacy: Civil War and the Emergence of the Roman Empire*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006.
- , «Ending Civil War at Rome: Rhetoric and Reality, 88 B.C.E.-197 C.E.», *American Historical Review* 120, núm. 5 (diciembre de 2015), 1683-1695.
- O'Shaughnessy, Andrew, *An Empire Divided: American Revolution and the British Caribbean*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2000.
- Östenberg, Ida, «Veni Vidi Vici and Caesar's Triumph», *Classical Quarterly* 63, núm. 2 (diciembre de 2013), 27.
- Pani, Erika, «Ties Unbound: Membership and Community During the Wars of Independence: The Thirteen North American Colonies (1776-1783) and New Spain (1808-1820)», en *Les empires atlantiques des Lumières au libéralisme, 1763-1865*, ed. de Federica Morelli, Clément Thibaud y Geneviève Verdo, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2009, 39-65.
- Panourgía, Neni, *Dangerous Citizens: The Greek Left and the Terror of the State*, Nueva York, Fordham University Press, 2009.
- Patten, David A., «Is Iraq in a Civil War?», *Middle East Quarterly* 14, núm. 3 (verano de 2007), 27-32.
- Pavković, Aleksandar, *Creating New States: Theory and Practice of Secession*, con Peter Radan, Aldershot, Ashgate, 2007.
- Pavone, Claudio, *A Civil War: A History of the Italian Resistance*, trad. de Peter Levy y David Broder, Londres, Verso, 2013.
- Payne, Stanley G., *Civil War in Europe, 1905-1949*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011.
- Pelling, Christopher, «“Learning from That Violent Schoolmaster”: Thucydidean Intertextuality and Some Greek Views of Roman Civil War», en *Citizens of Discord: Rome and Its Civil Wars*, ed. de Brian W. Breed, Cynthia Damon y Andreola Rossi, Nueva York, Oxford University Press, 2010, 105-118.
- Pérez Vejo, Tomás, *Elegía criolla: Una reinterpretación de las guerras de independencia hispanoamericanas*, México, D.F., Tusquets, 2010.
- Phillipson, Nicholas, *Adam Smith: An Enlightened Life*, Londres, Allen Lane, 2010.
- Pictet, Jean S., *Geneva Convention for the Amelioration of the Condition of the Wounded and Sick in Armed Forces in the Field, Commentary*, Ginebra, International Committee of the Red Cross, 1952.

- Pinker, Steven, *The Better Angels of Our Nature: Why Violence Has Declined*, Nueva York, Viking, 2011.
- Pitts, Jennifer, «Intervention and Sovereign Equality: Legacies of Vattel», en *Just and Unjust Intervention: European Thinkers from Vitoria to Mill*, ed. de Stefano Recchia y Jennifer M. Welsh, Cambridge, Cambridge University Press, 2013, 132-153.
- Platt, Stephen R., *Autumn in the Heavenly Kingdom: China, the West, and the Epic Story of the Taiping Civil War*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2012.
- Pocock, J. G. A., «The Fourth English Civil War: Dissolution, Desertion, and Alternative Histories in the Glorious Revolution», *Government and Opposition* 23, núm. 2 (abril de 1988), 151-166.
- , «Political Thought in the English-Speaking Atlantic, 1760-1790: I, The Imperial Crisis», en *The Varieties of British Political Thought, 1500-1800*, ed. de J. G. A. Pocock, Gordon J. Schochet y Lois G. Schworer, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, 246-282.
- , «Thomas May and the Narrative of Civil War», en *Writing and Political Engagement in Seventeenth-Century England*, ed. de Derek Hirst y Richard Strier, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, 112-144.
- , (comp.), *Three British Revolutions, 1641, 1688, 1776*, Princeton, N.J., Princeton University Press, 1980.
- Poignault, Rémy, «Napoléon Ier et Napoléon III lecteurs de Jules César», en *Présence de César: Actes du Colloque de 9-11 Décembre 1983: Hommage au doyen Michel Rambaud*, ed. de Raymond Chevallier, París, Belles Lettres, 1985, 329-345.
- Portinaro, Pier Paolo, «L'epoca della guerra civile mondiale?», *Teoria Politica* 8, núm. 1-2 (1992), 65-77.
- Pressman, Jeremy, «Why Deny Syria Is in a Civil War?», *Mideast Matrix*, 16 de enero de 2012, <http://mideastmatrix.wordpress.com/2012/01/16/syria-civil-war>.
- Price, Jonathan J., *Thucydides and Internal War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.
- , «Thucydidean Stasis and the Roman Empire in Appian's Interpretation of History», en *Appian's Roman History: Empire and Civil War*, ed. de Kathryn Welch, 45-63, Swansea, The Classical Press of Wales, 2015.
- Raaflaub, Kurt A., «Caesar the Liberator? Factional Politics, Civil War, and Ideology», en *Caesar Against Liberty? Perspectives on His Autocracy*, ed.

- de Francis Cairns y Elaine Fantham, Cambridge, Francis Cairns, 2003, 35-67.
- , *Dignitatis contentio: Studien z. Motivation u. polit. Taktik im Bürgerkrieg zwischen Caesar u. Pompeius*, München, Beck, 1974.
- , (comp.), *Social Struggles in Archaic Rome: New Perspectives on the Conflict Order*, 2.<sup>a</sup> ed., Oxford, Blackwell, 2005.
- Rabinbach, Anson, «The Challenge of the Unprecedented: Raphael Lemkin and the Concept of Genocide», *Simon Dubnow Institute Yearbook 4* (2005), 397-420.
- Rachum, Ilan, «The Meaning of “Revolution” in the English Revolution (London, 1648-1660)», *Journal of the History of Ideas* 56, núm. 2 (abril de 1995), 195-215.
- Radan, Peter, «Lincoln, the Constitution, and Secession», en *Secession as an International Phenomenon: From America’s Civil War to Contemporary Separatist Movements*, ed. de Don H. Doyle, Atenas, University of Georgia Press, 2010, 56-75.
- Ramsey, Robert D., III, *A Masterpiece of Counter guerrilla Warfare: BG J. Franklin Bell in the Philippines, 1901-1902*, Fort Leavenworth, Kans., Combat Studies Institute Press, 2007.
- Ranzato, Gabriele, «Evidence et invisibilité des guerres civiles», en *La guerre civile entre histoire et mémoire*, ed. de Jean-Clément Martin, Nantes, Ouest, 1994, 17-25.
- Rech, Walter, *Enemies of Mankind: Vattel’s Theory of Collective Security*, Leiden, Martinus Nijhoff, 2013.
- Reiter, Dan, Allan C. Stam y Michael C. Horowitz, «A Revised Look at Interstate Wars, 1816-2007», *Journal of Conflict Resolution* 60, núm. 5 (agosto de 2016), 956-976.
- Remak, Joachim, *A Very Civil War: The Swiss Sonderbund War of 1847*, Boulder, Colo., Westview Press, 1993.
- Rey, Alain, «Révolution»: *Histoire d’un mot*, París, Gallimard, 1989.
- Rice, Susan E., Corinne Graff y Janet Lewis, *Poverty and Civil War: What Policymakers Need to Know*, Brookings Institution, Global Economy and Development Working Papers 02 (diciembre de 2006).
- Richardson, Lewis Fry, *Statistics of Deadly Quarrels*, ed. de Quincy Wright y C. C. Lienau, Pittsburgh, Boxwood Press, 1960.
- Rieber, Alfred J., «Civil Wars the Soviet Union», *Kritika: Explorations in*



- Russian and Eurasian History* 4, núm. 1 (invierno de 2003), 129-162.
- Rohrbacher, David, *The Historians of Late Antiquity*, Londres, Routledge, 2002.
- Rosenberger, Veit, *Bella et expeditiones: Die antike Terminologie der Kriege Roms*, Stuttgart, Franz Steiner, 1992.
- Rosenfeld, Sophia, *Common Sense: A Political History*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2011.
- Rougier, Antoine, *Les guerres civiles et le droit des gens*, París, L. Larose, 1903.
- Rusconi, Gian Enrico, *Se cessiamo di essere una nazione: Tra etnodemocrazie regionali e cittadinanza europea*, Bolonia, Il Mulino, 1993.
- Sambanis, Nicholas, «A Review of Recent Advances and Future Directions in the Literature on Civil War», *Defense and Peace Economics* 13, núm. 2 (junio de 2002), 215-243.
- , «It's Official: There Is Now a Civil War in Iraq», *The New York Times*, 23 de julio, 2006: <http://www.nytimes.com/2006/07/23/opinion/23sambanis.html>.
- , «What Is Civil War? Conceptual and Empirical Complexities of an Operational Definition», *Journal of Conflict Resolution* 48, núm. 6 (diciembre de 2004), 814-858.
- Sarkees, Meredith, «Patterns of Civil Wars in the Twentieth Century: The Decline of Civil War?», en *Routledge Handbook of Civil Wars*, ed. de Edward Newman y Karl Derouen, Londres, Routledge, 2014, 236-256.
- Sarkees, Meredith Reid y Frank Whelon Wayman, *Resort to War: A Data Guide to Inter-state, Extra-state, Intra-state Wars, 1816-2007*, Washington, D.C., CQ Press, 2010.
- Scanlon, Thomas Francis, *The Influence of Thucydides on Sallust*, Heidelberg, Winter, 1980.
- Schiavone, Aldo, *Spartacus*, trad. de Jeremy Carden, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2013.
- Schnur, Roman, *Revolution und Weltbürgerkrieg: Studien zur Ouverture nach 1789*, Berlín, Duncker & Humblot, 1983.
- , *Rivoluzione e guerra civile*, ed. de Pier Paolo Portinaro, Milán, Giuffrè, 1986.
- Schuhmann, Karl, «Hobbes's Concept of History», en *Hobbes and History*,

- ed. de J. Rogers y Tom Sorell, Londres, Routledge, 2000, 3-24.
- Seager, Robin, *Pompey the Great: A Political Biography*, 2.<sup>a</sup> ed., Oxford, Blackwell, 2002.
- , «Sulla», en *The Cambridge Ancient History*, 2.<sup>a</sup> ed., vol. 11, *The Last Age of the Roman Republic, 146-43 b.c.*, ed. de J. A. Crook, Andrew Lintott y Elizabeth Rawson, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, 165-207.
- Seaward, Paul, «Clarendon, Tacitism, and the Civil Wars of Europe», en *The Uses of History in Early Modern England*, ed. de Paulina Kewes, San Marino, Calif., Huntington Library, 2006, 285-306.
- Serna, Pierre, «Toute révolution est guerre d'indépendance», en *Pourquoi faire la Révolution*, ed. de Jean-Luc Chappey, Bernard Gainot, Guillaume Mazeau, Frédéric Régent y Pierre Serna, Marsella, Agone, 2012, 19-49.
- Sewall, Sarah, Introducción a *The U.S. Army/Marine Corps Counterinsurgency Field Manual: U.S. Army Field Manual N.º 3-24: Marine Corps Warfighting Publication N.º 3-33.5*, Chicago, University of Chicago Press, 2007.
- Sewell, William H., Jr., *Logics of History: Social Theory and Social Transformation*, Chicago, University of Chicago Press, 2005.
- Shapiro, James, «“Metre Meete to Furnish Lucans Style”: Reconsidering Marlowe's Lucan», en “A Poet and a Filthy Playmaker”: *New Essays on Christopher Marlowe*, ed. de Friedenreich, Roma Gill y Constance B. Kuriyama, Nueva York, AMS Press, 1988, 315-326.
- Sheehan, James J., *Where Have All the Soldiers Gone? The Transformation of Modern Europe*, Boston, Houghton Mifflin, 2008.
- Sherwin-White, A. N., *The Roman Citizenship*, 2.<sup>a</sup> ed., Oxford, Clarendon Press, 1973.
- Shy, John, *A People Numerous Armed: Reflections on the Military Struggle for American Independence*, ed. rev., Ann Arbor, University of Michigan, 1990.
- Simms, Brendan, *Three Victories and a Defeat: The Rise and Fall of the First British Empire, 1714-1783*, Londres, Allen Lane, 2007.
- Singer, J. David y Melvin Small, *The Wages of War, 1816-1965: A Statistical Handbook*, Nueva York, John Wiley & Sons, 1972.
- Siordet, Frédéric, «The Geneva Conventions and Civil War», *Revue internationale de la Croix-Rouge. Supplement* 3, núm. 11-12 (noviembre-

- diciembre 1950), 132-144 y 201-218.
- Siotis, Jean, *Le droit de la guerre et les conflits armés d'un caractère noninternational*, París, Librairie Générale de Droit et de Jurisprudence, 1958.
- Sivakumaran, Sandesh, *The Law of Non-international Armed Conflict*, Oxford, Oxford University Press, 2012.
- Skaperdas, Stergios y otros, *The Costs of Violence*, Washington, D.C., World Bank, 2009.
- Skinner, Quentin, *Forensic Shakespeare*, Oxford, Oxford University Press, 2014.
- , «A Genealogy of the Modern State», *Proceedings of the British Academy* 162 (2009), 325-370.
- Small, Melvin y J. David Singer, *Resort to Arms: International and Civil Wars, 1816-1980*, Beverly Hills, Calif., Sage, 1982.
- Snow, Vernon F., «The Concept of Revolution in Seventeenth-Century England», *Historical Journal* 5, núm. 2 (1962), 167-174.
- Solis, Gary D., *The Law of Armed Conflict: International Humanitarian Law in War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.
- Speier, Hans, *Revolutionary War*, Santa Mónica, Calif., Rand, 1966.
- Stansfield, Gareth, «Accepting Realities in Iraq», Cathan House Middle East Programme Briefing Paper 07/02 (mayo de 2007), <http://www.chathamhouse.org.uk/publications/papers/view/-/id/501/>.
- Stauffer, John, «Civility, Civil Society, and Civil Wars», en Center for Civil Discourse, *Civility and American Democracy: Nine Scholars Explore the History, Challenges, Role of Civility in Public Discourse*, 88-99, Boston, University of Massachusetts, 2012.
- Stouraitis, Ioannis, «Byzantine War Against Christians —an *Emphylios Polemos?*», *Byzantina Symmeikta* 20 (2010), 85-110.
- Straumann, Benjamin, *Roman Law in the State of Nature: The Classical Foundations of Hugo Grotius's Natural Law*, Cambridge, Cambridge University Press, 2015.
- Suri, Jeremi, *Power and Protest: Global Revolution and the Rise of Détente*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2003.
- Sutton, Malcolm, *An Index of Deaths from the Conflict in Ireland, 1969-1993*, Belfast, Beyond the Pale, 1994.
- Taheri, Amir, «There Is No Civil War in Iraq: Here Is Why», *Asharq Al-*

- Aswat, 31 de marzo de 2006, <http://www.aawsat.net/2006/03/article55267289>.
- Talmon, Stefan, «Recognition of the Libyan National Transitional Council», *ASIL Insights*, 16 de junio de 2011, <http://www.asil.org/insights/volume/15/issue/16/recognition-libyan-national-transitional-council>.
- Thomas, Richard, «“My Brother Got Killed in the War”: Internecine Intertextuality», en *Citizens of Discord: Rome and Its Civil Wars*, ed. de Brian W. Breed, Cynthia Damon y Andreola Rossi, Nueva York, Oxford University Press, 2010, 293-308.
- Toft, Monica Duffy, «Is It a Civil War, or Isn't It?», *Nieman Watchdog*, 28 de julio de 2006, [www.niemanwatchdog.org/index.cfm?fuseaction=ask\\_this.view&askthisid=220](http://www.niemanwatchdog.org/index.cfm?fuseaction=ask_this.view&askthisid=220).
- Tønnesson, Stein, «A “Global Civil War”?», en *The Consequences of September 11: A Symposium on the Implications for the Study International Relations*, ed. de Bengt Sundelius, Estocolmo, Utrikespolitiska Institutet, 2002, 103-111.
- Trakulhun, Sven, «Das Ende der Ming-Dynastie in China 1644): Europäische Perspektiven auf eine “große Revolution”», en *Revolutionsmedien — Medienrevolutionen*, Grampp, Kay Kirchmann, Marcus Sandl, Rudolf Schlögl y Eva Wiebe, Constanza, UVK, 2008, 475-508.
- Traverso, Enzo, *A ferro e fuoco: La guerra europea, 1914-1945*, Bolonia, Il Mulino, 2007.
- , «The New Anti-Communism Reading the Twentieth Century», en *History and Revolution: Refuting Revisionism*, ed. de Mike Haynes Wolfreys, Londres, Verso, 2007, 138-155.
- U.K. Ministry of Defence, *The Manual of the Law of Armed Conflict*, Oxford, Oxford University Press, 2004.
- United Assistance Mission for Iraq, «Human Rights Report, 1 September-31 October 2006», [http://www.uniraq.org/documents/HR\\_Report\\_Sep\\_Oct\\_2006\\_EN.pdf](http://www.uniraq.org/documents/HR_Report_Sep_Oct_2006_EN.pdf).
- Uppsala Conflict Data Program, <http://www.pcr.uu.se/research/UCDP/>.
- Urbainczyk, Theresa, *Slave Revolts in Antiquity*, Berkeley, University of California Press, 2008.
- U.S. Army Field Manual 100-20: *Military Operations in Low Intensity Conflict* (5 de diciembre de 1990),

www.globalsecurity.org/military/library/policy/army/ fm/100-20/10020gl.htm.

- U.S. Department of State, Office of Electronic Information, Bureau of Public Affairs, «Daily Press Briefing-December 2, 2011», <http://www.state.gov/r/pa/prs/dpb/2011/12/178090.htm>.
- Varon, Elizabeth R., *Appomattox: Victory, Defeat, and Freedom at the End of the Civil War*, Nueva York, Oxford University Press, 2014.
- Varouxakis, Georgios, *Liberty Abroad: J. S. Mill on International Relations*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013.
- , «“Negrophilist” Crusader: John Stuart Mill on the American Civil War and Reconstruction», *History of European Ideas* 39, núm. 5 (septiembre de 2013), 729-754.
- Vasquez, John A., *The War Puzzle Revisited*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009.
- Viola, Paolo, «Rivoluzione e guerra civile», en *Guerre fratricide: Le guerre civili in età contemporanea*, ed. de Gabriele Ranzato, Bollati Boringhieri, 1994, 5-26, Turín.
- Vité, Sylvain, «Typology of Armed Conflicts in International Humanitarian Law: Legal Concepts and Actual Situations», *International Review of the Red Cross* 91, 873 (marzo de 2009), 69-74.
- Vlassopoulos, Kostas, «Acquiring (a) Historicity: Greek History, Temporalities, and Eurocentrism the *Sattelzeit* (1750-1850)», en *The Western Time of Ancient History: Historiographical Encounters with the Roman Pasts*, ed. de Alexandra Lianeri, Cambridge, Cambridge University Press, 2011, 156-178.
- Wahrman, Dror, *The Making of the Modern Self: Identity and Culture in Eighteenth-Century England*, New Haven, Conn., Yale University Press, 2004.
- Waldmann, Peter, «Guerra civil: Aproximación a un concepto difícil de formular», en *Sociedades en guerra civil: Conflictos violentos de Europa y América Latina*, ed. de Peter Waldmann y Fernando Reinardes, Barcelona, Paidós, 1999, 27-44.
- Walter, Barbara F., «Does Conflict Beget Conflict? Explaining Recurring Civil War», *Journal of Peace Research* 41, núm. 3 (mayo de 2004), 371-388.
- Wellman, Christopher Heath, *A Theory of Secession: The Case for Political*

- Self-Determination*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005.
- Wiedemann, Thomas, «Reflections of Roman Political Thought in Latin Historical Writing», en *The Cambridge History of Greek and Roman Political Thought*, ed. de Christopher Rowe y Malcolm Schofield, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, 517-531.
- Wills, Garry, *Lincoln at Gettysburg: The Words That Remade America*, Nueva York, Simon & Schuster, 1992.
- Wilmshurst, Elizabeth (comp.), *International Law and the Classification of Conflicts*, Oxford, Oxford University Press, 2012.
- Wimmer, Andreas, *Waves of War: Nationalism, State Formation, and Ethnic Exclusion in the Modern World*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013.
- Wimmer, Andreas, Lars-Eric Cederman y Brian Min, «Ethnic Politics and Armed Conflict: A Configurational Analysis of a New Global Data Set», *American Sociological Review* 74, núm. 2 (abril de 2009), 316-317.
- y Brian Min, «From Empire to Nation-State: Explaining Wars in the Modern World, 1816-2001», *American Sociological Review* 71, núm. 6 (diciembre de 2006), 867-897.
- Wiseman, T. P., *Remus: A Roman Myth*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.
- , «The Two-Headed Sate: How the Romans Explained Civil War», en *Discord: Rome and Its Civil Wars*, ed. de Brian W. Breed, Cynthia Damon y Andreola Rossi, Nueva York, Oxford University Press, 2010, 25-44.
- Witt, John Fabian, *Lincoln's Code: The Laws of War in American History*, Nueva York, Free Press, 2012.
- Wong, Edward, «A Matter of Definition: What Makes a Civil War, and Who Declares It So?», *New York Times*, 26 de noviembre de 2006, <http://www.nytimes.com/2006/11/26/world/middleeast/26war.html>.
- Woodman, A. J. «Poems to Historians: Catullus 1 and Horace, Odes 2.1», en *Myth, History, and Culture in Republican Rome: Studies in Honour of T. P. Wiseman*, ed. de David Braund y Christopher Gill, Exeter, University of Exeter Press, 2003, 199-213.
- Woolhouse, Roger, *Locke: A Biography*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.
- World Bank, *World Development Report 2011: Conflict, Security, and Development*, Washington, D.C., World Bank, 2011.

- Wrangham, Richard y Dale Peterson, *Demonic Males: Apes and the Origins of Human Violence*, Boston, Houghton Mifflin, 1996.
- Wright, Quincy, «The American Civil War (1861-65)», en *The International Law of Civil War*, ed. de Richard A. Falk, Baltimore, Johns Hopkins Press, 1971, 30-108.
- , *A Study of War*, 2 vols., Chicago, University of Chicago Press, 1942.
- Wyke, Maria, *Caesar: A Life in Western Culture*, Londres, Granta Books, 2007.
- Wynn, Philip, *Augustine on War and Military Service*, Minneapolis, Fortress Press, 2013.
- York, Neil L., «Defining and Defending American Rights: William Bolla, Agent», *American Political Thought* 3, núm. 2 (otoño de 2014), 197-227.
- Zavis, Alexandra, «Maliki Challenges «Civil War’ Label», *Los Angeles Times*, 5 de diciembre de 2006, <http://articles.latimes.com/2006/dec/05/world/fg-iraq5>.
- Zurbuchen, Simone, «Vattel’s “Law of Nations” and the Principle of Non-intervention», *Grotiana* 31 (2012), 69-84.

Título original: *Civil Wars: A History in Ideas*

Edición en formato digital: 2018

Copyright © 2018 David Armitage.

Todos los derechos reservados.

© de la traducción: Marco Aurelio Galmarini, 2018

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

ISBN ebook: 978-84-9181-051-3

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)